Wenceslao Fernández Flórez

Las siete columnas



El ermitaño Acracio dialoga con Satanás, que se lamenta de que en el mundo ya no tiene a quien tentar, puesto que nadie le hace caso. Los siete pecados capitales (lujuria, pereza, gula, ira, envidia, avaricia y soberbia) dan a la vida humana un dinamismo y un aliciente de que antes carecía. El ermitaño propone a Satanás que retire del mundo estos siete pecados, y el demonio accede. Pero los efectos son terribles: sin avaricia nadie desea trabajar; sin lujuria disminuyen los índices de natalidad; sin soberbia nadie lucha por mejorar. Las pasiones mueven las acciones humanas, y los siete pecados capitales resultan ser, paradójicamente, los pilares sobre los que se sustenta la sociedad.

Lectulandia

Wenceslao Fernández Flórez

Las siete columnas

ePub r1.0
Editor 28.11.16

Wenceslao Fernández Flórez, 1926

Editor digital: Editor
ePub base r1.2

CAPÍTULO PREVIO

EN EL QUE SATANÁS DA UN PASO CUYAS CONSECUENCIAS NADIE ADVERTIRÁ HASTA LA SEGUNDA PARTE DE ESTE LIBRO

Al amparo de la roca, alta, negra y picuda, se disimulaba la choza; ante ella, unos metros de llano; después, el abismo. Era como un elevado balcón sobre la planicie, ajedrezada por los cultivos prósperos.

La montaña, inmensa y desierta, se había revestido de la solemnidad del anochecer; los ásperos aromas que la tierra pagana brindara al sol de mediodía se extinguieron, y en el aire diáfano quedó tan solo el delicado y dulce olor de una menta humilde. En la calma conmovedora, después de las emanaciones de los pinos, bajo el ardor de junio, aquel olor era como el canto de un niño en una catedral cuando apenas ha enmudecido el órgano caudaloso. Y parecía ser también suave hechizo el que tornaba, poco a poco, azul la montaña, y el que ponía en la amplia soledad cierta embriaguez misteriosa.

Acracio, el anacoreta, sintió su alma retenida en aquella turbación. Era tan grande el bienestar del crepúsculo, que se advirtió en él como un goce demasiado carnal, como en pecado. Estaba inmóvil junto a la entrada de la choza, cruzadas las manos, apagado el fuego místico de sus ojos en el rostro huesudo, de barba rala y mezquina; tan inmóvil como los pinos y como las rocas. Hubiese querido que en aquel momento inefable su alma escapase como un humilde aroma, montaña arriba, hacia la anhelada Presencia. Tanta era la quietud, que semejaba preceder y anunciar un milagro, y mejor que calma, se diría estupor. En los ocasos estivales abundaban estas pausas, en las que parecía que hubiera de realizarse algún prodigio, y entonces latía con más ansia el corazón del anacoreta. Esperaba, esperaba… Sufría en el profundo y delicioso afán de obtener de la Divina Bondad algunas de esas confortaciones con que fueron asistidos los ascetas de edades remotas; pero en los diez años de penitencia, dura y rígida, sobre aquella cornisa de la sierra, lejos de los hombres, sufriendo el hambre y el frío de los huracanes, nunca le había rozado lo sobrenatural. Un día, en oración, vio aproximarse, en vuelo zumbador, una paloma torcaz, que se detuvo, cerca de él, al borde del precipicio medroso. Tenía la atmósfera una claridad extraña. El anacoreta percibió avivado el rumor de su sangre en los oídos; pensó en los cuervos que llevaban el pan al profeta Elías y en el águila que atendía a San Vito y a San Modesto en los eriales de Lucania. Una emoción, hecha de delicia y de angustia, le rindió; cerrados los ojos, humilló su frente hasta tocar la tierra. ¿Olía verdaderamente a incienso y a sándalo? La paloma miró al siervo de Dios torciendo la graciosa cabeza, picoteó el suelo y se fue. El zumbido de sus alas desencantó al eremita. Consideró su ilusión y la halló orgullosa.

—¡Señor —gimió—, bien sé que no soy digno…!

Otro día, en un tibio ocaso, de calma inmensa, sideral, vio salir del lejano bosque

y bajar hacia la peña un can enorme y negro, de orejas puntiagudas y pupilas brillantes. Acracio tuvo entonces otra ansia y otra vanidad. Supuso que el Ángel Malo acudía a rendirle por el temor, como a tantos varones de vida ejemplar, apartada del mundo. Espero, con el ánimo fortalecido, en aspa los brazos sobre el pecho descarnado y anheloso… Se abrieron en abanico, detrás de unas nubes, los últimos rayos del sol, ya desaparecido, y en el cielo, magníficamente incendiado, se creó un fondo de apoteosis para el guerrero de la fe, que esperaba sin temor el combate. Pero silbó un pastor en el bosque, y el can dio la vuelta y obedeció, veloz, a la llamada.

Solía castigar rudamente el anacoreta estos deliquios de su humildad, no obstante representar tan solo acucia de perfeccionamiento y santa impaciencia de ser puesto a prueba su amor. De igual manera suspira el guerrero bisoño por encontrarse frente al enemigo. La fama del virtuoso solitario iba creciendo. Mujeres afligidas llevábanle sus hijos dolientes, algún zagal se arriesgaba en invierno a emprender la ascensión entre la nieve para brindarle una carga de leña o vituallas con que atender su necesidad; se sabía de él en la ciudad, emporio del vicio, y se le admiraba. Pero, a pesar de su rigor edificante, nunca habían sido lanzados contra él, para reducirle, los demoníacos fantasmas de la tentación, que distinguieron a otros santos con sus preferencias; ni los esclavos portadores de joyas deslumbrantes; ni esos caballeros pálidos, con olor a azufre, que ofrecen el mando y el poder; ni las mujeres infernales que, en las noches de luna, surgen ante las chozas de los anacoretas y dejan resbalar la única vestidura de su manto y se muestran bañadas por la suave luz, abiertos los brazos, erguidos los pechos, un ascua en las pupilas y en toda la piel ese tono deliciosamente dorado que solo se adquiere al calor de las llamas eternas…

Cuando registraba el fondo de su propia conciencia, creía encontrar Acracio el grave pecado que, sin duda, tenía que expiar aún largamente. Allí estaba el reptil enroscado con tal tesón, que no había penitencias que lograran hacerle abandonar su cobijo. He aquí la culpa: desde que, en un instante de reprobable inmodestia, Acracio pensó merecer la santidad, sentíase descontento de su apellido. Era Pérez, hijo del tejedor Pérez, y sus abuelos, conductores de diligencias, se llamaban Pérez también. Imaginó el eremita que en el santoral no podría escribirse jamás su horrible nombre anarquizante y que nadie se decidiría a rezar a un santo de tan vulgar apellido. No le sirvió de consuelo recordar que Juan González y Martínez tiene un puesto en los altares, porque se dijo que, al fin, todo el mundo le llama San Juan de Sahagún por la villa donde nació, y él, Acracio, había visto la primera luz en Gallinejas. San Acracio Pérez o San Acracio de Gallinejas…, como quiera que fuese, su nombre no movería devoción.

Pudo cambiarlo, pero deseó castigar la flaqueza de haber pensado así, y llevó su apellido como un cilicio espiritual. Nunca se le oyó llamarse a sí mismo más que Pérez, porque descubrió que esto le mortificaba más que nombrarse Acracio, palabra en la que, aparte su significación, descubrió cierta grata eufonía.

Aún era grande en la montaña la transparencia del aire, que se había tornado gris;

pero por la llanura se arrastraban las sombras. Y en este anochecer no las vio el amable beato fluir como un agua tranquila que rezumase por todos los poros de la tierra. Pareciole que surgían de la franja negra del horizonte como monstruosas serpientes, más bien como vermes indescriptibles que caminasen hacia él con mansos flujos de sus cuerpos sin consistencia. Las lucecitas que se encendían aquí y allá eran como pupilas de endriagos. Avanzaron las sombras, se unieron. Aparentaron brazos de un pulpo cuya monstruosa y blanca cabeza estuviese aún en el otro hemisferio. Después fueron como una ola negra que viniese a batir en la montaña. Un estrato que prolongaba su fina y roja recta línea se oscureció, y la primera estrella brilló sobre el pico más alto de los montes, trémula, como si la proximidad de la nieve la hubiese aterido; magnífica y amable, llena de esa sugestión guiadora de los astros. Unos ojos de fuego acecharon al santo varón tras una informe mata de jaras; pero el santo varón no los vio.

El alma meliflua del anacoreta se bañaba en la infinita suavidad de la tierra y el cielo. Negros jirones escalaban ya la montaña. De pronto, una doble y encendida mirada taladró el crepúsculo, llegó hasta el hombre inmóvil y desapareció. Brotaba de los focos de un carruaje que iba o tornaba de la ciudad invisible. Y entonces le pareció al ermitaño que una ardorosa bocanada le envolvía, y oyó el rápido y asustado volar de un enjambre de pájaros, quizá perseguido por algún ave nocturna que hubiese precipitado su caza. Una piedra rodó por un talud, arrastrando a otras piedras. Comenzaron a sonar los mil ruidillos que poblaban la montaña al advenir las sombras. Y bruscamente todo calló, en el más hondo y ancho de los silencios, en un silencio singular, frío y medroso, que se advertía en la medula. El santo varón volvió lentamente su rostro…

Sentado en una peña musgosa, a un metro del suelo, con la barbilla apoyada en las manos y los codos en las rodillas, estaba Satanás.

El sobresalto irguió, como un fuerte resorte, el cuerpo enflaquecido del anacoreta. Después, su blanca mano trazó espaciada y complacidamente, la señal de la cruz. Satanás continuó como clavado en la roca. La ardorosa fe hizo recordar al ermitaño el trance de San Dunstán, que atenazó al diablo por las narices, y el de San Antonio, escupiéndole en el rostro. Se sintió invadido de un belicoso afán, de un terrible deseo de luchar con sus propios brazos contra el Enemigo, a semejanza de tantos otros fieles servidores de Dios, y se inclinó para recoger su nudoso cayado.

Satanás apartó entonces las manos que casi ocultaban sus mejillas, y dejó ver su rostro, bello y triste. Por su voz y sus enormes alas de murciélago pareció correr un estremecimiento.

—Acracio —habló con voz dulce y persuasiva—, nada debes temer de mí.

—No te temo —afirmó el anacoreta.

—Pues suelta el garrote.

—¡Aléjate, tentador! —barbotó el eremita.

Satanás sonrió con amargura.

—Acracio, no vengo a tentarte. Lo aseguro. Suelta el garrote. ¿Por qué quieres que reproduzcamos una de aquellas alocadas pendencias de antaño? ¿Crees que he vuelto a mostrarme en la vieja forma para sostener en la soledad de esta sierra una lucha a palos y a puñadas con una criatura mortal? Óyeme y suelta el palo, te lo ruego; estoy tan amargado y tedioso, que puedo decir que hasta ahora no conocí la horrible condición de mi castigo. Ante ti se encuentra el más infeliz de todos los seres. Cuando fui expulsado de la Gloria no sufrí. La soberbia y la cólera me ocultaban las posibles desdichas. En tan grande rebelión había el satisfactorio orgullo de haber sido capaz de mantenerla. Y no era eso tan solo… Tú bien sabes, Acracio, que fui el amo del mundo durante eras y eras… Él creó al hombre amorosamente, y yo hice que el hombre prefiriese mi culto. Proyecté hasta el Cielo el más doloroso de todos los agravios: el de la ingratitud. La Humanidad me adoró bajo mil formas extravagantes; fui el tótem de las tribus primitivas: el ciervo, el oso, el perro venerado por un clan; fui la vaca sagrada de los brahmanes, la sierpe Vodu del Dahomey, el monstruo con cabeza de águila de los altares asirios, el sol de los indios quichuas, el ascua cuyas cenizas aventaban con sus manos las mujeres del Irán en cada aurora; fui la muchedumbre infinita de espíritus que reverenciaban los chinos… Entonces yo era el amo del mundo. Se creía que Él era un bebedor de sangre humana. Fue a mí a quien Agamenón sacrificó a Ifigenia, y a mí a quien sirvieron los judíos al entrar, sembrando la muerte, en la Tierra de Promisión. Yo tutelé la espantosa infancia del hombre. Después, mucho después aún, fue mi sombra mayor sobre el planeta. Se me buscaba y se me huía; legiones de hombres esgrimían contra mí el hisopo de los exorcismos, y legiones de hombres venían a firmar, con la pluma del gallo mojada en su propia sangre, pactos pavorosos. Él y yo nos repartíamos la tierra, y ninguna criatura dejó de alistarse en uno de los dos bandos. En el misterio de los bosques y en la soledad de las montañas, millares de infelices se reunían en las noches alegres de los sábados, y yo los veía prosternarse ante mis hendidas pezuñas. Me ofrecieron misas, y tuve también mis mártires, que ardieron en las hogueras de la Inquisición y se retorcieron, blasfemando, entre tormentos tan crueles como los sufridos por los otros… Fue mi epopeya. Los más grandes poetas se ocupaban de mí, y en todas las almas estaba grabado mi nombre terrible.

Satán exhaló un profundo suspiro.

—¿Qué ocurre ahora?… —siguió tristemente—. ¿Quién soy yo? ¿Qué conciencia turbo? Aquellos dos grandes ejércitos, que estremecían con sus luchas este mísero planeta, han firmado la paz sin contar con sus capitanes. Desdeñosamente vueltos de espaldas a nosotros, parecen desconocer que hayamos existido nunca. Si aún hay quien divaga acerca de Él, es para intentar analizarlo científicamente, con frases que tienen la frialdad de la razón y la petulancia de un silogismo. Pero ni aun así merecen estos investigadores de lo divino la atención de la muchedumbre. En cuanto a mí, jamás he pensado llegar a situación tan precaria, a tan ultrajante abandono. Fui el Rival. Soy… (me avergüenza reconocerlo), soy apenas una interjección. Si los

hombres no tuviesen necesidad de intercalar fonemas en sus frases, ¿me nombrarían alguna vez? Se me evoca al advertir un olvido, al recibir un pisotón, al protestar amablemente contra una broma. Soy como un sonido sin importancia, como un gruñido. Se dice «¡diablo!» como se dice «¡córcholis!» o «¡caramba!». ¿Soy algo más? ¡Ay, sí! También soy una máscara astrosa en los carnavales callejeros, y a los chiquillos les regocija tirar del rabo de percalina, fláccido como el burlete de una ventana, que lleva mi sosias tiznado y aguardentoso. ¡Suerte infausta! Nadie me ama y nadie me teme, nadie cree en mí. Si fueses a contar en la ciudad que me has visto y hablado, se apresurarían a encerrarte en un manicomio.

La amargura de Satanás era inmensa y sincera. El santo anacoreta se atrevió a decir con voz que la costumbre del rezo había hecho dulce y suave:

—Tu lugar está en el Infierno.

Y el Ángel Malo extendió sus brazos en un lento ademán.

—El Infierno es esto; el Infierno es la costra terrena sobre la que pululan los hombres; mi castigo consiste en no poder abandonarlos y en presenciar sus estupideces y sus mezquindades. Piensa en el terrible martirio que esto representa para una inteligencia superior. Antes, cuando me reconocían, era más llevadera mi angustia. El odio o el amor que se reciben mantienen el espíritu en actividad. Cuando en el mundo había muchos hombres como tú, Acracio, me he divertido intensamente ideando tentaciones y asaltos. Manejaba trucos sensacionales. ¡Palabra! Y más de una vez, viendo a un súcubo derrotado remedar los dengues de un asceta que había rechazado la oferta de su cuerpo lujurioso y magnífico, me reí tanto, que la tierra tembló y en todo el mundo se oyó el trueno de mis carcajadas. Pero ahora sufro más que un rey destronado; padezco un martirio singular. Hablo y no me oyen, me muestro y no me ven… La nostalgia y el tedio entenebrecen mis largos ocios. En la redondez del orbe no hay más criatura estimable que tú. He buscado en todos los desiertos, y en los bosques más intrincados, y en las arrugas todas de la tierra, y solo tú mantienes en ella las amables tradiciones, las prácticas de los buenos tiempos y aquella misma fe… Te he vigilado en estos diez años por miedo a engañarme. Al principio desconfié… No debes ofenderte…, recordaba un reciente caso… Había descubierto un anacoreta en un rincón de los Apeninos. Observaba una vida impecable, no vestía más que una tosca túnica, llevaba la cabeza desnuda bajo la lluvia y el sol, castigaba su cuerpo con duros ejercicios, comía tan solo frutas y raíces… Una tarde me presenté a él. Me miró atentamente, murmuró: *All right!*, y se puso a reproducir mi silueta en un libro de apuntes. Era un naturalista inglés que practicaba sus teorías en aquel retiro.

Resolló ruidosamente el Diablo.

—¿Qué mundo es este? Lo desconozco. He entrado en el cuerpo de varias criaturas por procedimientos puramente clásicos: oculto en la naranja que comió un mancebo, y en el vino que se le antojó a una preñada, y también deslizándome por la abierta boca de una virgen que se durmió sin rezar sus oraciones… Poseídos por mí,

aquellos seres se retorcieron convulsivamente y vomitaron espuma entre los dientes apretados… No lo hicieron mejor los endemoniados de las pasadas épocas. Pero fue inútil. La medicina declaró que solo se trataba de unos epilépticos.

Volvió a hundir Satán la cabeza entre las manos tan violentamente, que los puños deprimieron las morenas mejillas, y quedó su mirada, entre hosca y triste, vagando en el aire oscuro. La llanura y el monte eran ya una sola sombra. En el horizonte remoto había nacido un resplandor. Se diría que la última luminosidad del crepúsculo permanecía allí, olvidada en la bruma, o que un pálido incendio invisible sustituía con sus fulgores los de la espléndida agonía del sol. Era como si el cielo, desangrado en el purpúreo ocaso, mostrase su exhausta lividez. Todas las noches se encendía aquella mancha en las nubes, para disolverse en el orto. Desde muy lejos revelaba así la ciudad la hoguera de sus luces innumerables; la ciudad, donde todo ardía pálidamente: los focos de las amplias vías, y los ojos en que destellaba la ambición, y los que se animaban en lujuria, y los que centelleaban de ira, y los que alegraba la gula, y aquellos en que la soberbia ponía su brillo álgido de metal… Es posible que en la claridad lechosa que el cénit retenía, como si no quisiera dejarla llegar hasta Dios, hubiese también el reflejo de millares y millares de pupilas humanas, en cada una de las cuales viviera el fuego lamentable de un pecado mortal.

El santo varón, que se apiadaba de los pinos que el vendaval torcía, y que auxiliaba al escarabajo cuando le veía agitar en el aire sus patas, vanamente obstinado en recobrar la posición perdida; el alma solitaria, encendida en amor por todo lo creado, sintió nacer un punto de compasión hacia aquella congoja que tan extrañamente le mostraba, tan llorosa y desnuda, la caída grandeza del Enemigo. Inclinó hacia el pecho la rala barba gris, cerró los ojos y extendió la mano huesuda. Su voz comenzó a murmurar, firme, pero ya sin saña:

—*Vade retro!*…

Satanás saltó al suelo desde la roca. Sus alas eran como un manto y como un palio a la vez.

—Espera —dijo.

Y temblaba una honda angustia en su acento.

—Espera… Nunca ensayaré contra ti mis tentaciones. Nunca turbaré tus rezos. Eres, sobre la tierra, el único que me recuerda lo que fui y lo que pude. Nada haré para estorbar la salvación de tu alma; nada te pido…

Juntó sus manos en una súplica ansiosa.

—Permíteme tan solo que de cuando en cuando venga a visitarte y hablemos de Él… ¡Hace tantos años que no encuentro interlocutor para este tema, para mi único tema!…

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

EN EL QUE COMIENZA EL DESFILE DE LA TURBA HUMANA

Archibaldo Granmont dio un nervioso paseo por el lujoso gabinete y volvió a inmovilizarse, con el ceño fruncido, ante su secretario.

—Según eso —gruñó, cruzando los brazos robustos—, no disponemos más que de media docena de niños.

—Exactamente —murmuró el interpelado.

—Entonces, ¿qué se propone usted, Lucio? ¿Cubrirme de oprobio?

—Excelencia…

—¿Hundirme en el ridículo? Cuando Archibaldo Granmont regala un asilo a la Beneficencia, lo regala completo. Se lo he advertido a usted. Regalo el solar, el edificio, el personal, las camas, las sillas… ¿Puedo prescindir de los asilados, que son lo principal? No; Archibaldo Granmont no incurre en semejante falta. Busque usted más chiquillos; páguelos al precio que pidan. Es preciso que sean los mejores asilados que haya en la ciudad.

El secretario se atrevió a disculparse:

—Tenía apalabrados dos ejemplares magníficos, excelencia: un niño con una cabeza enorme y otro con una cabeza diminuta; solo el verlos hace llorar. Pero a última hora sus parientes no han querido entregarlos.

—¡Imbéciles! —rugió Granmont—. ¿Y sabían que eran para mi asilo? ¿Qué pretenden, entonces?

—Lo ignoro, señor.

—No me extrañaría que quisiesen presumir con la posesión de esas cabezas raras. Se habrán dicho: «Archibaldo Granmont tiene todo lo que apetece menos un chiquillo con una cabeza demasiado grande o demasiado pequeña.» Pero se equivocan, Lucio. Duplique usted la cantidad ofrecida. Si no acceden, traeremos de fuera tantos niños de testas absurdas, que nadie volverá a mirar a esos otros.

—Así se hará, excelencia.

Saludó el secretario con una profunda inclinación, recogió sus papeles y se dispuso a marchar. Granmont le advirtió, ya encalmado:

—Encontrará usted en la antesala a la señorita Sánder. Que pase.

Y el poderoso señor se alejó de la magnífica mesa de trabajo, aproximose lentamente a una ventana, fue después a contemplar en un espejo su alta estatura y su rostro alargado, de expresión enérgica y dominadora, y volviose para fijar su mirada en la puerta por donde había de aparecer la señorita Sánder.

Pero antes de llegar persona alguna a presencia del magnate tenían que ocurrir ciertos fenómenos. Así, primero se estremeció el tapiz de la entrada; luego asomó una mano apretada en un guante de hilo blanco; después, una cara estúpida, y, por último,

todo un criado de librea. El criado lanzó un nombre, recogió un ademán aprobatorio, se ocultó un momento, volvió a surgir y dejó paso a una joven elegantemente vestida, hacia la que avanzó Archibaldo sin excesiva diligencia.

—Siéntese usted, amiga mía —rogó con voz ligeramente dulcificada—; hace casi un mes que deseo hablarle, pero mi asilo de huérfanos me ha ocupado todo ese tiempo. Voy a darle a usted una noticia: he contratado el Teatro Nacional.

El hermoso rostro de Adriana Sánder se encendió de alegría.

—Y he pensado —siguió Granmont— que sea usted su primera figura.

—¡Señor Granmont! —exclamó, transportada, la joven—. ¡No en vano se dice que es usted el filántropo más generoso del mundo!

—Aún hay más. He alquilado un piso en la Gran Avenida, y mi secretario me acaba de informar que las habitaciones han quedado ya amuebladas y tapizadas y en disposición de que usted las habite.

Adriana Sánder pasó de la alegría a la sorpresa.

—¿De que yo las habite?…

—En el garaje hay dos coches: uno de ellos, un torpedo de carreras. Me han dicho que le gusta a usted guiar.

La joven se puso en pie bruscamente.

—Señor Granmont, no comprendo nada de esto. ¿Con qué intención me hace usted esas ofertas?

—No me gustan las preguntas ociosas, señorita. Usted conoce perfectamente la respuesta que podía darle. Tengo mucho que hacer, y deseo que esta entrevista preliminar sea corta. Solo he de decirle que mi joyero es Juan Leví, de la calle del Álamo; pero no me opongo a que usted prefiera cualquier otro.

—¡Oh! —clamó, enrojecida de vergüenza, la joven—. Usted me propone con todo descaro que me convierta en su amante. ¿Usted se olvida de que soy una mujer honrada?

—No, no lo he olvidado. Sé que es usted la mujer más codiciada entre todas nuestras actrices; la ronda a usted la maldad de los hombres, y cualquier día sucumbirá a ella. No proteste. Es lo que ocurre siempre. Entonces se perjudicarían sus facultades artísticas, perdería el favor del público, conocería acaso la trágica vida de quien arrastra las alas con que voló en otro tiempo… ¿No decía usted hace un instante que soy un filántropo? Pues he aquí la más hermosa caridad que puede hacerse. El Teatro Nacional no funciona porque arruina a sus empresarios. Yo lo abro nuevamente al arte. Usted no ha tenido, hasta ahora, campo bastante para desplegar su talento. Yo le ofrezco el primer escenario de la nación. En cuanto a lo demás, asociar su nombre al mío en las conversaciones de los ociosos no es cosa que perjudique intolerablemente a una mujer.

—Esto es demasiado. Permita que me retire.

—Retírese cuando guste, Adriana; no tengo intención de causarle violencia.

La artista marchó con pasos precipitados; pero cuando ya alzaba el tapiz se

detuvo.

—Reconozca usted, señor Granmont —dijo—, que su conducta es imperdonable.

—No puedo, Adriana —respondió cortésmente el prócer—; creo que antes de enjuiciarla debía usted examinar los muebles y el garaje y detenerse algún tiempo ante el escaparate de Leví.

Adriana soltó la cortina y se desplomó, llorando, sobre una butaca.

—¡Oh, qué desgraciada soy, qué desgraciada soy! ¿Cómo no se avergüenza usted de seducir así a una pobre muchacha?

Granmont miró su reloj silenciosamente.

—¡Por lo menos dígame usted que me ama! —gritó la joven, recuperando su honrosa indignación.

—Pero, amiga mía —se avino a razonar Archibaldo—, eso apenas tiene importancia. Piense usted en que para oír una proposición semejante a la que acabo de hacerle, muchísimas mujeres venderían su alma al Diablo. Le aseguro otra vez que hago todo eso por filantropía, y que no dispongo de tiempo; esa cuestión del asilo me preocupa… A propósito: he ordenado que la incluyan a usted en la lista de invitados a la inauguración. Estará allí la flor del reino.

—Nada me importa la flor del reino.

—¿Irá usted?

—Señor Granmont, es usted un monstruo. ¿Quiere volverme loca? Hace un momento me estaba usted insinuando cosas horribles, y de repente cambia de tema. ¿Es serio esto? ¿Cuándo debo hacerle caso?

—Perdón. Me había distraído.

—¡Oh! —suspiró la actriz, consternada—. ¡Qué incorrección, Archibaldo! ¡Distraerse así cuando se está seduciendo a una señorita! ¡No lo hubiese creído de usted! Comprendo que es inútil hablar más de este asunto.

Y se dirigió nuevamente a la puerta.

—Conteste usted, al menos —gritó el magnate.

Pero Adriana había salido ya. Transcurrieron unos segundos. Alzose otra vez el tapiz y asomó el bellísimo rostro de la joven para formular esta pregunta:

—¿Qué número es el de la casa?

—El 116 de la Gran Avenida.

—Gracias.

Y la honorable muchacha se marchó definitivamente.

Tres días después, en la fiesta con que se inauguró el asilo, nadie ignoraba ya que la virtud de Adriana Sánder, que había resistido numerosas tentaciones, capitulaba ante el aristócrata millonario; y la verdad es que entre tantas personas como llenaban los grandes patios y los amplios salones del edificio, solo una consideraba aquella claudicación como algo más que una aventura sin importancia, y si alguien pudiese tener interés en saber quién era, le bastaría fijarse en el único invitado que no había mordido un sándwich, ni probado el *cup*, ni perseguido un saludo ni una sonrisa de

Granmont; en el único que había desfilado por los dormitorios y los comedores y el gimnasio y la escuela sin lanzar exclamaciones de alabanza y de asombro; diríase también que sin ver nada de lo que miraba; en el que, cuando aparecieron las cajas de puros, cogió uno solo, y ni aun lo encendió. Y entonces habría descubierto a Florio Oliván. El joven fabricante de *foie-gras*, que ahora escondía su tristeza en un rincón del enorme patio, entre su leal amigo Alberto Truffe, gordo y pequeño como una pelota de *push-ball*, y el tétrico Marco Massipo, callado y digno, el más concienzudo de todos los hombres que hayan podido dedicarse a la trascendental faena de hinchar el hígado de los patos.

Pero nadie se tomó el excesivo trabajo de husmear aquella tribulación perdida entre tanto júbilo. La merienda había sido abundantísima, y la gente saboreaba ya el placer de mirarse y el de cambiar entre sí esos lugares comunes que demuestran que se ha recibido una buena educación. Entre los olmos del patio iba espesándose la muchedumbre; un rumor poderoso de charlas, de risas de mujer, de exclamaciones alegres, rebosaba por los altos muros y caía en la explanada, donde otra muchedumbre de ociosos sin invitación procuraba adivinar lo que estaba sucediendo en la fiesta. Por las grandes ventanas abiertas del edificio se escapaba lentamente el humo del magnesio después de las numerosas fotografías. En lo alto de la escalinata que descendía al patio, un grupo de señores enlevitados, especialmente graves, conversaba con solemnidad.

El propio Truffe no parecía conceder demasiada importancia a la pena de su amigo. En su corazón, abundantemente rodeado de grasa, no tenía acceso el rencor, pero un sentimiento muy parecido se había albergado en él desde que Florio, impresionado por la revelación de la femenina ligereza, le había hecho alejarse del *buffet*. A partir de este instante solo intercaló algunos monosílabos en el afligido monólogo de Oliván. En cuanto a Marco Massipo, no hablaba casi nunca. Era un hombre próximo al medio siglo, tostado por el sol, fuerte y hosco, dueño de un abundante bigote que se desmayaba sobre la boca y el mentón, ocultándolos. Desde muy niño había estado Marco empleado en el cementerio de San Mamed, que fue clausurado al extenderse la ciudad hacia aquellos parajes. Entonces, el ocioso sepulturero halló trabajo en la fábrica de Oliván, y con el tiempo había llegado a ser el hombre de confianza de este y, a la vez, el jefe de los corrales donde innúmeros patos, introducidos en jaulas de alambre, sufrían en la oscuridad y en el silencio la hipertrofia de su víscera suculenta. Hay que decir que la prosperidad y el cambio de vida no consiguieron modificar el carácter de Marco. Más bien parecía que le amargaba una nostalgia. En sus lacónicas frases había siempre lúgubres alusiones, y solo perdía su continencia verbal cuando le era dado narrar anécdotas del triste recinto en el que había transcurrido más de la mitad de su vida.

—¡Qué espanto, Alberto, qué espanto! —comentaba Oliván.

—Un verdadero espanto —apoyó Truffe con el tono más indiferente del mundo.

—¿Quién habría de decirnos que aquella inocente niña a la que hemos visto

correr entre los viñedos terminaría así? ¡Un amante, Alberto; tiene un amante!

—No cabe duda, amigo mío —contestó el gordiflón con el rostro iluminado por la esperanza, porque acababa de ver que se aproximaban algunos camareros con bandejas.

Pero al mismo tiempo Florio descubría a Adriana, que se abría paso entre los grupos, con evidente intención de saludarle. El joven apretó con fuerza el brazo de su camarada.

—¡Vámonos! —rogó con apremio—. ¡No vuelvas la cabeza, por tu vida!

—¿Qué sucede?

—Viene Adriana. Vámonos.

Truffe se lanzó presurosamente hacia el camarero.

—¡Por ahí, no!

—¿Por dónde? —indagó el glotón, sin retroceder, fingiendo azorarse.

Pero ya Adriana se hallaba ante ellos y tendía su mano a Oliván.

—Hace muchos días que no nos vemos, Florio. ¿Qué es de ti?

Él contestó reprochadoramente:

—Continúo donde estaba, y me gustaría que tú pudieses decir lo mismo.

La joven le miró sorprendida, y después enrojeció e inclinó la cabeza.

—¿Te han contado…?

—Sí.

Hubo un silencio. Truffe y Massipo aligeraban rápidamente la carga del camarero, desentendidos de la entristecida pareja. Adriana habló:

—Tú eres mi mejor y más antiguo amigo. No me juzgues demasiado severamente. La lucha es muy dura, y estoy sola. Granmont puede facilitarme el triunfo, puede darme la felicidad…

—¿Le amas?

—No.

—¿Qué esperas de él?

—Florio, desde hace tres días, tres días nada más, desde que acepté… la amistad de ese hombre, todo ha cambiado para mí; sin pedir nada, todo lo tengo. Soy la primera actriz del Teatro Nacional; mi nueva vida comienza con una fastuosidad que casi me espanta. Me busca y me saluda más gente que cuando no era sino una pobre «muchacha formal». Todos los periódicos de hoy publican mi retrato y una biografía ditirámbica al ocuparse de mi debut.

—Lo ha pagado Granmont para servir a su soberbia.

—Pero es a mí a quien sirve.

—¡A qué costa!

—El mundo es así.

—No todo el mundo.

La joven volvió a mirarle con los ojos turbios de lágrimas.

—Florio, tú conoces desde la infancia mi vida de lucha, que fue alguna vez de

miseria… ¿Crees que no tengo derecho a ser feliz, por caro que pueda parecer el precio?

El corazón de Oliván se ablandó ante el tono de angustia de aquellas frases. Fue el hombre, ahora, quien inclinó la cabeza. Y en tal instante el murmullo de las charlas se hizo clamor. En lo alto de la escalinata acababa de aparecer Archibaldo Granmont en medio de las criaturas que tenían la felicidad de albergarse en el asilo. Estallaron tempestuosamente los aplausos. Granmont avanzó, llevando de la mano a un chiquillo de enorme cabeza y a otro casi privado de ella. Entonces la multitud de invitados prorrumpió en vivas.

Pero ya el alcalde extendía una mano, recomendando silencio para hacer oír las manifestaciones de gratitud que, en representación de la ciudad, ofrecía al donador magnífico. Enumeró los bienes que el pueblo había recibido de Granmont: la cantina económica Granmont, la biblioteca pública Granmont, el asilo Granmont… Anunció que daría el nombre del filántropo a una calle.

En seguida, un hombre delgado y triste, vestido de negro, se acercó al balaustre de la escalera y dedicó un discurso a los niños. Era Teófilo Alp, fundador y gerente de la Caja de Ahorros. En todas las solemnidades sonaba su voz de fagot para propagar las excelencias de la economía. ¿Qué quería ahora? Felicitar a los niños redimidos por Granmont de la desgracia y la miseria y brindarse a abrirles una cartilla de ahorro con las veinticinco pesetas que a cada uno de ellos había dado el magnate.

—¡Ahorrad —gritaba—, y ofreceréis con ello una prueba de civilización! El hombre civilizado se distingue de los demás en que ahorra. El salvaje no ahorra nunca; vive al día, se encoge de hombros ante lo futuro. Si vosotros os acostumbráis a ahorrar desde la infancia, tenéis mucho adelantado para ser útiles a vuestra patria y a vosotros mismos. «El ahorro —ha dicho un tratadista insigne— es la escuela elemental del capitalista.»

Y procedió a quitarles el dinero. Entonces pudo comprobar, con dolor, que los quince asilados eran quince pequeños completamente salvajes, que abrigaban el propósito de gastar inmediatamente en golosinas y juguetes los cuartos que le hubieron de confiar entre lágrimas.

Como antes que los discursos terminasen habían desaparecido ya los camareros, los invitados comenzaron a desfilar. Quedaron aún, en lo alto de la escalinata, el ilustre Granmont y algunos personajes de importancia. El filántropo explicaba a los periodistas que en ningún otro asilo se podría encontrar un niño con la cabeza tan grande y otro con la cabeza tan chica como los que tenía a su lado, y se avino a ser fotografiado entre ellos. Después se sometió a otra pose, rodeado de los personajes que aún permanecían cerca de él. Fueron colocándose todos, con satisfacción mal disimulada, en los peldaños, fingiendo acceder a un capricho molesto. Algunos reporteros que ya abandonaban el local tornaron presurosos con los trípodes en alto, como si llevasen cogida por una pata una araña monstruosa. Florio, que contemplaba con rencor el grupo, comentó:

—Miradlos: cada uno cree ser el centro del universo, el que ha de atraer más miradas al aparecer en la plana de un periódico. Cada uno supone que los demás están allí para que él se destaque. Fijaos cómo la soberbia les estira el cuello. Ved el empaque del sabio Noke y del famoso Sike, y la jactancia del comandante Cœdere, que se ha atusado sus bigotes, y cómo las cejas del crítico Héctor Azil se han elevado en un gesto desdeñoso… ¡Tropa de miserables!… La primera idea que encontraréis en sus cráneos es que el mundo fue hecho para que ellos se pudiesen lucir. Y ese Granmont…, ese Granmont…

Calló, cerrando los puños, porque el prócer pasaba cerca de él, saludando con leves inclinaciones. Un coche lujoso trepidaba en el patio, próximo a la verja, donde aún se hacinaban los curiosos, y el lacayo, doblándose tan respetuosamente que parecía buscar algo en el suelo, mantenía abierta la portezuela. Subió el filántropo; estallaron nuevas aclamaciones, a las que contestó con semblante risueño, y el hombre galoneado trepó al pescante y transmitió la orden de partir.

Oliván y sus amigos marcharon también. Vivía el joven en una casa vecina a su fábrica, en medio del campo, a unas dos leguas de la ciudad. Cuando llegaron declinaba el sol. Instaláronse en la amplia galería desde la cual se divisaba el ubérrimo valle y la sierra lejana. El mal humor de Florio había impuesto el mutismo durante el rápido viaje. Truffe se atrevió a decir apenas que sentía calor, y el comprensivo Marco no necesitó nuevas declaraciones para colocar ante él un gigantesco *bock* de cerveza, que el insaciable glotón bebió tan sin reposo, que al final hubo de respirar largamente como si surgiese de una inmersión prolongada. Entonces cruzó las hoyosas manos sobre la esfera del abdomen y sonrió como en éxtasis.

—¡Hermoso verano, Florio! —alabó—. La llanura parece una mesa servida para un banquete de dioses. Los viñedos ofrecen la mejor cosecha del siglo; nunca vi los trigales con mayor lozanía; ha sido preciso apuntalar las ramas de los frutales, y, en el río, truchas como atunes se pasean irritadas contra la torpeza de los pescadores… Basta contemplar toda esa abundancia para sentirse feliz.

Miró a su amigo con el rabillo del ojo. Oliván no parecía, ciertamente, muy satisfecho, a pesar de tan óptimas noticias.

—Pero a ti —gruñó Truffe— nada te arrancará de tu obsesión melancólica. ¿Sabes lo que te digo? Que fui aún más delgado que tú y amé a Lida como Romeo pudo amar a Julieta. Cuando me abandonó me puse tan amarillo y esquelético, que me quiso contratar un director de circo como una curiosidad. No pensaba más que en Lida, y la amargura de la traición me hacía odiar a todos los humanos. Hoy conozco perfectamente la diferencia que hay entre una mala mujer y un buen cocinero, y si tengo que establecer una prelación entre un abrazo y una codorniz rellena, me guardaré bien de hacer esperar a la inocente avecilla.

Florio no presentó el menor síntoma de interesarse por tales preferencias.

—En fin —exclamó Truffe, algo enojado—: ¿puede saberse lo que has hecho tú para evitar lo sucedido? Conoces a Adriana desde que era niña, y la quieres desde

hace un lustro. ¿Cuándo oyó de tus labios una proposición formal?… Eres insoportable, Florio. Tengo la seguridad de que abrías todas las mañanas tu correo esperando encontrar una declaración de Adriana.

Olivan protestó:

—Tan bien como yo, sabe ella que la amo; pero no van nuestras vidas por el mismo camino. Antes de marcharme al extranjero, Adriana era casi una chiquilla; cuando volví se había lanzado a esa vida estúpida del teatro. ¿Qué querías que hiciese? Tú serías el primero en ponerte grave si te dijese que iba a pedir su mano. Creí que la olvidaría. No pude. Y ahora, ¿qué soy para ella? El buen amigo de su niñez, demasiado serio para asociarme a sus locuras, y también demasiado pobre para satisfacer su ambición.

—Tú no eres pobre; tú eres el dueño de la mejor fábrica de *foie-gras* del reino.

—Pero Archibaldo Granmont es multimillonario y tiene un nombre ilustre desde hace doce siglos. ¡Al diablo con él! ¿Te has fijado cómo mira a la gente? Parece que nadie ve, que nadie llega al nivel de sus ojos. Creo que le mataría sin arrepentirme, Alberto. Es el hombre más soberbio que hubo y hay en la tierra.

Se oyó la voz de Marco.

—El hombre más soberbio que hubo, señor, está enterrado hace muchos años en el cementerio de San Mamed.

Y, aunque henchido de morriña por la evocación, acercose a llenar cuidadosamente el *bock* de Truffe.

—Nadie sabe escanciar cerveza tan bien como tú, Marco —alabó, conmovido, el gordiflón—; voy a beber este vaso a tu salud.

—No creo que me sirva de mucho, señor —comentó el empleado—; pero lo agradezco.

—Ahora —aseguró Truffe cuando volvió a dejar vacío el enorme recipiente— estoy en la mejor disposición espiritual para escuchar la historia de ese réprobo.

Massipo miró a su amo.

—Si al señor Oliván no le molesta oírla —aventuró.

Y como Florio hizo un mohín de indiferencia, con el que quiso revelar que ninguna aflicción conocida (ya fuese un relato de Massipo, ya un terremoto) podía agravar su pena, el antiguo conserje de San Mamed se sentó cerca de los dos amigos, y habló así:

—El hombre más soberbio que hubo en la tierra, señores míos, murió hace veinte años. Era el barón de la Cetea, y se llamaba José; pero él cambió este nombre, demasiado vulgar, por el de Everardo, después de comprobar que en toda la provincia no existía nadie ofrecido a tal devoción.

De lo que el caballero de mi historia hiciese durante su vida nada he de decir, porque no me cuidé de averiguarlo. Sé únicamente que podía vestir quince o veinte uniformes distintos, cada uno de los cuales le procuraba un distinto privilegio, aunque todos venían a quedar reducidos a reunirse con otros señores igualmente trajeados. El

servidor que durante algún tiempo fue a llevar flores a la tumba de nuestro personaje explicó que tales reuniones tenían por objeto principal murmurar de los moros, aburrida labor a la que se obligaban al adoptar alguno de aquellos extraordinarios figurines, y dirigir alusiones a sus propios antepasados. El barón de la Cetea estaba especialmente orgulloso de su primer abuelo, y lo citaba con cualquier pretexto y ocasión. Sé también que, entre todos los trajes, el que hacía más feliz al noble caballero era uno que le daba derecho a estar en pie cuatro horas diarias ante la puerta de una de las habitaciones del palacio real. El mismo criado me dijo que su difunto señor era tan orgulloso, que nunca había frotado dos veces una cerilla para encenderla. Si al primer roce del fósforo en la cajita no brotaba la llama, el altivo Everardo lo arrojaba y requería otro, porque insistir con el mismo le parecía que era humillarse y deber un favor.

No extrañará a ustedes saber que este hombre dedicó unos cuantos pliegos de su testamento a precisar cómo había de ser enterrado. Pocos vanidosos se resisten a esta preocupación. El de mi historia se preparó un entierro sensacional. Fatigó al morir a mucha más gente de la que otros humanos pueden molestar en toda su vida. Primero se hizo meter en un féretro de maderas preciosas, y estuvo tieso y grave, envuelto en su más hermoso uniforme, dejándose ver, por todo el que quiso, un día entero, como si su carroña fuese algo excepcional. A las diez de la noche, los primeros gases de la descomposición conmovieron levemente su boca, e hizo «¡puaf!». Precisamente acababan de entrar en la cámara mortuoria el primer ministro y otros personajes de excepcional categoría.

«¡Qué fastidio! —pensó el orgulloso difunto—. ¿Cómo juzgarán estos señores mi corrección?»

Y los miró con el rabillo del ojo, buscando en aquellas caras alguna mueca de reproche o de burla; pero no vio más que seriedad y tristeza. Y se tranquilizó.

Aparte de este detalle sin importancia, ningún cadáver, como el del barón, conservó un gesto tan solemne en el ataúd. Veinticuatro horas estuvo expuesto, y no se aburrió ni un instante. Era el difunto más dignamente difunto que pudiera encontrarse, y quienes le vieron entonces con su uniforme blanco, y su gola rizada, y su buen crucifijo de marfil entre las manos, y las botas con espuelas, que imponía la orden, lustrosas como espejos, y un párpado caído y el otro entreabiéndose para mostrar un poco de la córnea, no lo habrán olvidado aún.

Sin embargo, el momento más sabroso para el fallecido personaje fue aquel en que se sintió deslizado suavemente sobre el fondo pulimentado del coche mortuorio, el coche a la federica que él había requerido en su testamento. Todo era magníficamente luctuoso: los caballos, la carroza, las plumas, las libreas de los lacayos…, y aunque alguno de estos galopines no fuese tan gordo como convendría a su casaca, se le podía perdonar muy bien en gracia al sufrimiento que, sin duda, había de causarle la peluca, demasiado pequeña. Se puso en marcha el entierro y, detrás de él, el discordante alboroto de los sacerdotes (a los que en vano parecía querer avenir

el fagot melancólico) y el rastrear de los pies de la muchedumbre; más allá, una interminable hilera de coches con coronas. Gasas, guantes negros, chisteras, y, en la presidencia del duelo, el representante del rey, un cortesano lívido y flaco, de pecho hundido y lento andar, al que, por su aspecto de cadáver aprobado y sin plaza conferían casi siempre en palacio estas delegaciones, de las que él estaba legítimamente orgulloso.

Ver detrás de la carroza a aquel personaje fue la mayor alegría que el difunto debió a su nuevo estado. Y pronto estuvo, por otros motivos, tan satisfecho de haber muerto, que no pudo encontrar goce alguno para comparar a este goce. Pasar en una carroza a la federica, interrumpiendo el tránsito, con centenares de personas bien vestidas, a pie, detrás de uno, es un placer inefable; pero ser saludado por todo el mundo, provocar en el viejo y en el niño, en el rico y en el pobre, un grave ademán que deje largo tiempo descubierto el cráneo calvo o rizoso, nevado o rubio, es un deleite que muy pocos hombres conocieron en vida. El barón recibía aquellos saludos con la impasible gravedad que procura el convencimiento de haberlos merecido.

«Al fin —pensaba— se me hace justicia.»

Le hubiese gustado que los sacerdotes cantasen durante todo el camino; pero esta queja no oscureció demasiado su contento. Iba muy bien, y no había baches que hiciesen peligrar la estabilidad del espadín, el bastón y el sombrero de plumas colocados sobre el féretro. En muchos balcones aparecían mujeres que se persignaban, y algunas personas que salían de sus casas, al pasar el entierro volvían a entrar con temor indisimulado.

Esto recordó al difunto la facultad que, como tal, había adquirido de hacer mal de ojo a la gente, y se divirtió lo indecible mirando, al través de la caja, con su espantable pupila, a todo hombre que surgía, a su paso, de cualquier portal.

Muchos buenos negocios fracasaron aquel día por culpa del altivo señor.

Desde que la tierra de San Mamed fue bendita para servir de cementerio, no hubo, entre los millones de seres que recibieron en ella sepultura, un solo precedente de la extraña conducta del barón de la Cetea. Las costumbres de los difuntos son muy sencillas, y en sus reuniones, contra lo que pudiera creerse, no existe la menor solemnidad. Gustan de referirse historias, de danzar y de perseguir fuegos fatuos. El barón de la Cetea no tardó mucho en salir, por las noches, a recorrer las calles del campo santo, envuelto en un jirón de su capa blanca de caballero de no sé qué. Pero no cruzó la palabra con nadie ni se acercó al grupo de sus vecinos, irresistiblemente pintoresco bajo la luz lunar. A fe mía que en el grupo había difuntos distinguidísimos: estaba allí el señor Calamín, que tenía en su lápida un epitafio en octava real, y otro esqueleto que lucía seis muelas de oro. Y, sin embargo, ninguno de los dos se atribuía importancia alguna. Precisamente una noche en que el barón se esforzaba en descifrar los versos laudatorios del señor Calamín, llegó este de retirada y saludó cortésmente.

—Le felicito a usted —dijo el barón—; es una excelente idea esta del epitafio poético. Lamento que no se me haya ocurrido…

—A la larga —objetó el otro modestamente—, aburre un poco. No he de ocultar que los primeros meses estaba muy orgulloso con mi octava; pero me parece que me convierte en… algo así como un caramelo.

—¿Un caramelo, señor mío?

—Sí; en mi infancia gustaba yo mucho de unos caramelos que lucían unos versos en su envoltura de papel. Pero esta es una obsesión trivial. Permítame usted que me extrañe de no verle en nuestras reuniones.

—¡Oh! —murmuró displicentemente el de Cetea—. No he encontrado quien me presente…

—Le aseguro que no es preciso…

—En fin: prefiero decirle a usted la verdad; temo hallar personas indeseables…; me molesta la chusma.

—Pero —explicó con asombro el señor Calamín— aquí no hay chusma; no hay más que la comunidad de los difuntos. Ni sangre azul, ni manos callosas, ni cerebros privilegiados; todo eso se lo han comido los gusanos o se lo ha bebido la tierra. La muerte nos ha igualado, y no hallamos en su seno nada que nos separe en jerarquías…

El barón de la Cetea interrumpió:

—Siento que un caballero tan distinguido como parece ser usted defienda esos conceptos. Lo que nos diferencia en la vida es la manera de llegar a ella, y no veo por qué esto mismo no nos ha de diferenciar en la muerte. Yo entré en la vida en una cuna blasonada. Y esto bastó. Y entré en el cementerio en una carroza a la federica. Pues bien: no querrá usted sostener que sería igual si viniese en un carro de tercera.

—Yo he llegado en una de primera clase —proclamó el señor Calamín, contagiado de jactancia.

—Lo he presumido —reconoció su interlocutor—. Presentémonos. ¿Qué ha sido usted en la vida?

—Jefe de negociado. ¿Y usted?

—Sería muy largo de enumerar todos mis títulos; pero acaso le agrade especialmente saber que fui camarero secreto de capa y espada de Su Santidad.

El hombre elogiado en la octava real hizo una reverencia.

—Tengo un verdadero honor… Y ¿era muy trabajoso ese cargo?

—Nada de eso. No he visto al Papa más que una vez en la vida.

—Entonces…

—Comprenda usted que yo tenía que preocuparme de mi esquela de defunción. Es sabido que hay muchos cargos y muchas distinciones que carecen de otra finalidad que la de constar en las esquelas… Pero creo que ya es hora de retirarnos.

—Adiós, señor.

—Adiós, señor. En ese nicho…, a sus órdenes…

Quebrantando las sencillas costumbres de los difuntos, el barón logró bien pronto dividirlos en castas. Tenía su tertulia de privilegiados, y los viernes los reunía en su

panteón, donde, en verdad, no hacía otra cosa que hablarles de su remoto abuelo, el primer barón de la Cetea. Nadie tenía un abuelo tan importante como él, y era en vano que el esqueleto de las seis muelas de oro intentase atraer la atención cuando hablaba el camarero secreto. Antes de disolver la tertulia, todos los viernes, el señor Calamín obtenía venia para recitar su octava real, y era muy aplaudido. Esto procuraba cierto matiz literario a las veladas.

Una noche en que el barón iba en solitario paseo junto a las tapias, vio un esqueleto sentado, en meditativa actitud, sobre una lápida musgosa. El gran señor le miró de reojo, con el altivo desdén que le merecía la canalla. A simple vista se advertía que el que allí cavilaba era un vecino de la fosa común. Su osamenta debía tener muchos años, quizá muchos siglos, y estaba mugrienta y oscurecida por adherencias terrosas. El gran señor pasó, silencioso y digno. Pero se oyó llamar:

—¡Everardo!

Era una voz ronca y enérgica, en la que parecía adivinarse un matiz burlón. El camarero secreto de Su Santidad se detuvo. Y los dos esqueletos se contemplaron unos instantes de hito en hito.

—Estoy muy contento de verte, Everardo —dijo aquel haz de huesos sucios, con acento tranquilo—. Sí, muy contento. Tal como te encuentras, nadie puede decir ya que no te pareces a tu padre, y esto es una satisfacción para la estirpe.

—Y ¿quién es usted? —barbotó el orgulloso.

—Soy un abuelo tuyo: el primer barón de la Cetea, querido. Ese soy, aunque la fosa común me haya deteriorado bastante. Me enteré ayer de que habías llegado, y me dije: «Puede ser que me divierta charlar un rato con él.» ¿Qué hay por ese mundo? ¿Qué vida llevabas allí?

—La que correspondía a mi rango, abuelo —respondió el barón, un poco confuso aún.

—Bien. Eso me gusta. ¿Sigue siendo un buen negocio el pirateo?

—¿El pirateo…?

—¡Voto a…! Valía la pena de volver a vivir, hijo mío, solo para gustar aquellas emociones. He oído que el mundo es ahora bastante monótono y que obligan a la gente a saber leer y escribir. Debe de estar convertido en una reunión de señoritas. ¡Oh, aquellos tiempos…, aquellos tiempos…! No he de negar que conocí el hambre y las humillaciones; pero desde que asesinamos al dueño de la cetea y me erigí en capitán de ella y nos dedicamos a la piratería, la existencia fue mucho más agradable.

—Yo siempre he creído que había sido usted jefe de una nave real.

—Cuando ocurrió eso ya había bebido yo muchos barriles. Y a los barriles debí mi fortuna. ¿Conoces la hazaña? La nave de Arnaldo, el genovés, nos vio porque nos colocamos de propósito en su ruta. Fingíamos dedicarnos al transporte de vinos en el Adriático, y llevábamos un buen cargamento. Sucedió lo previsto. Los de Arnaldo se apoderaron del vino, amarraron a popa a la cetea y nos encadenaron a los bancos de su navío. «Bebed —pensábamos nosotros—, y nuestro trabajo se acabará muy

pronto.» Habrás comprendido que los barriles estaban envenenados. Unas horas después morían, entre aullidos, los tripulantes de la galera. Arnaldo y algunos más se libraron de la ponzoña; pero nos fue fácil reducirlos. Entonces se me ocurrió empalar al genovés en el palo de la cetea. Tardaba en clavarse, y tuvimos que atar unas cuerdas a sus tobillos, y tirar fuertemente. Fue un espectáculo divertido.

—¡Qué horror!

—Así hicimos nuestra entrada en el puerto. Cuando lo supo el rey don Enrique, a quien el de Génova traía desvelado, no solo perdonó nuestras culpas, sino que me confirió el mando de la galera apresada. Tres años después me casé con Mencía, tu virtuosa abuela, y a aquel loco impulso debo el placer de hablar ahora contigo, Everardo.

Dio un suspiro y evocó.

—¡Qué excelente mujer! Cuando tuve que apuñalar a su padre, que nos negaba el consentimiento, aquella santa no cesaba de rogar: «¡No le hagas sufrir, no le hagas sufrir, no es necesario; degüéllalo sin más torturas!…» ¡Sensible corazón! No podía ver una desgracia.

Everardo, con torvo abatimiento, se había sentado cerca de su ascendiente y ocultaba el cráneo entre las manos. De pronto se oyó cerca de ellos un sordo golpe en la tierra. Una voz suspiró:

—¡Baja sin miedo!

Y vieron un hombre que extendía sus brazos hacia otro que aún cabalgaba en la tapia.

—¡Escondámonos —ordenó el fundador de la casa Cetea— o somos perdidos!

Y arrastró a su nieto al amparo de una sepultura.

Los dos recién llegados dialogaban cerca de ellos con tal sigilo que no era posible oír sus palabras. Depositaron junto a la tumba un gran saco y una escalera de cuerda y avanzaron en la sombra.

—Vienen a robar esqueletos —informó el viejo pirata—; son fabricantes de botones de hueso que se surten aquí de materiales…

Movió tristemente la cabeza.

—Ahora van a la fosa común. Es lo peor que tiene ser huésped de aquel agujero; corre uno el riesgo de verse asegurando los calzoncillos de la gente… Me han dicho que tienes un magnífico panteón. Pienso instalarme allí desde esta noche.

Everardo no contestó. Sondó las tinieblas y escuchó el rumor de los pasos para calcular su lejanía. Luego se precipitó velozmente sobre el sucio esqueleto de su antepasado, lo atenazó, lo dobló, lo hundió en el saco de los ladrones e hizo un nudo para evitar que huyese.

—¡Everardo…, Everardo!… —llamaba el prisionero con voz angustiada.

—¡Uf! —hizo el barón—. ¿Qué sería de los Ceteas si tuviesen que presentar este bandido a sus amistades?

Sacudió sus manos, donde se obstinaba el asco de haber tocado aquella mugre, y

se alejó.

CAPÍTULO II

DONDE SE TRATA DE IMPORTANTES NEGOCIOS Y SE CONOCE A UN JOVEN DE EJEMPLAR CONDUCTA

Había ya mucha gente en la sala de juntas de la Caja de Ahorros cuando Oliván entró. Sentose en una butaca de las últimas filas y examinó, un poco asombrado, a los concurrentes. Al decidirse a atender la invitación que le había enviado Teófilo Alp no suponía que aquella reunión hubiese de tener la importancia que anunciaba el número y la calidad de los congregados. Entre las cuarenta y tantas personas que se agitaban con impaciencia en sus asientos o se confiaban, en un persistente murmullo, anticipaciones acerca del objeto de la asamblea, figuraban las firmas más estimadas en el comercio y en la industria de la nación. Florio vio también algunos políticos y al ingeniero Lawel, pálido y sonriente, como en lucha con una gran emoción, que dialogaba con sus colegas, el famoso Sike y el célebre Noke, en un grupo sobre el que muchas veces convergía la atención general. Florio había convivido en el extranjero con Lawel, y ambos —aunque separados ahora por sus diversas obligaciones— se profesaban una cordial simpatía. De buena gana se hubiese aproximado el fabricante a su amigo para interrogarle acerca de los fines de la asamblea; pero no se atrevió. Advertíase que casi todos los presentes se hallaban en la misma ignorancia. Cuando el opulento David, gordo y narigudo, pasó difícilmente entre las filas de butacas, rozándolas con su corpachón hinchado, algunas manos se extendieron hacia él para detenerle; pero el millonario se desprendió sonriendo, sin contestar a las preguntas más que con estas prometedoras palabras:

—Grandes noticias, grandes noticias… Ahora les dirán…

La entrada del gerente de la Caja de Ahorros impuso un impresionante silencio. Cerráronse las puertas de la sala, y algunas personas que estaban en pie apresuráronse a buscar asiento. Teófilo Alp, enflaquecido y luctuoso, quedose erguido detrás de la mesa presidencial, y llamó con un movimiento de cejas al ingeniero Lawel, que fue a sentarse cerca de él, evidentemente turbado por una ansiedad que le impelía a convertir en esferitas, entre sus dedos nerviosos, todo el papel secante de una carpeta.

La voz nasal del gerente de la Caja de Ahorros se hizo oír. El ilustre financiero hablaba, con las manos y las miradas fijas en el tablero de la mesa; pero, a medida que avanzaba en su discurso, sus pequeños ojos chispeantes hacían correr como una mariposa de luz por toda la sala, y se agitaban sus manos con ese temblor que también hay en los dedos de los avaros cuando cuentan su oro.

La Fortuna —dijo— le había elegido inmerecidamente para lanzar al mundo la noticia más trascendental de su tiempo. Cuando su triple operación hubiese terminado, podría decirse que quedaba abierta una nueva época para la vida de la Humanidad, y cada uno de los que colaborasen en la obra gigantesca, que había de ser emprendida inmediatamente, experimentaría el noble orgullo de haber hecho girar

hacia un rumbo próspero el timón del destino, del gran destino de las criaturas.

¿Hasta qué sombrías profundidades de los siglos era preciso aventurarse para hallar en los hombres el primer deseo de volar? Él no lo sabía. Acaso en los grandes bosques húmedos y sin flores de las postrimerías del terciario, donde algunos indicios permiten suponer que ya marcaba el hombre sus pasos sobre la tibia y blanda tierra, entre los de animales monstruosos, fue donde el afán atrevido se formuló primeramente. Adán deseó alguna vez ser como un ave para ver y alcanzar la presa que su hambre exigía, o para huir del fiero acoso de los carnívoros de la selva, o cuando, en las terribles convulsiones geológicas de aquella era de juventud del globo, las fuertes presiones elevaban cordilleras y abrían valles, en los que se precipitaban las aguas tumultuosas, madres de la vida, y Adán, enloquecido de terror, huía, sin saber adónde, sobre el suelo inseguro, entre el tropel de bestias que el miedo pánico empujaba.

Ya desde entonces, sin duda, el hombre aspiró a volar. Y este anhelo milenario se incorporó a la mitología y anidó en el alma de los poetas. Los idólatras ponen alas a sus fetiches, y los cristianos, a los ángeles; la literatura dedica kilómetros y kilómetros de versos al ansia de remontarse en el aire tranquilo o tormentoso, hacia la nubecilla nacarada, hacia la mujer querida, hacia el añorado rincón de la tierra.

Cuando se inventó el aeroplano, la Humanidad saludó con gritos de júbilo aquella realización, tanto tiempo esperada. Pero el aeroplano, ¿dio realmente al hombre el dominio del aire? Por desgracia, no. La larga y trágica enumeración de las víctimas hacía imposible todo intento de engaño. Raro era el día que no hubiese que lamentar un percance. Por causas que no podía evitar ni la perfección industrial ni la pericia del piloto, las aves mecánicas caían muchas veces desde el cielo que creían conquistado; el hombre logró igualar la audacia de Ícaro, pero no la tranquila seguridad del águila. La frecuencia de los accidentes hacía imposible la utilización del invento hasta el último límite de sus posibilidades teóricas. Para que su influjo en la vida de los pueblos tuviese la enorme trascendencia, la incalculable eficacia debida, era preciso vencer toda posibilidad de fracaso, hacer que un viaje aéreo fuese tan seguro…, no: más seguro aún que un viaje en un buque, en un tren, en un automóvil.

Pues bien: eso se había conseguido ya. Lawel, el ingeniero Lawel, cuyo nombre quedaba con eso incorporado al de los grandes bienhechores de la Humanidad, había ideado un estabilizador de infalibles efectos.

—Es posible afirmar —dogmatizó Alp— que la aviación ha realizado por este hecho su milagrosa metamorfosis. Hasta hoy casi no era más que un arriesgado deporte. Desde hoy es el más precioso auxiliar de las actividades humanas.

Teófilo Alp abrió una sabia pausa, que fue como la válvula por donde escapó en murmullos el asombro de los oyentes. Alzose un atropellado rumor, en el que se trenzaban comentarios distintos. No todos los presentes habían logrado conciliar su idea de Alp, hombre de negocios, con aquel discurso, en el que se encomiaba un

progreso científico, y algunas frases, rebuscadamente líricas, de la perorata, habían puesto en el rostro de más de un millonario la sonrisa con que nos burlamos de una debilidad. Un viejecito de cabeza purpúrea declaró en voz alta, para ser oída, que tanto le importaba la aviación como las cometas de los chicos, y que nunca sería él quien accediese a despegarse del suelo.

Pero ya continuaba Alp, y la atención se hizo a poco más tensa y complacida. El orador anunciaba la constitución de una sociedad que explotaría en el mundo entero la patente Lawel. El ánimo con que se había concebido la nueva empresa era gigantesco, y cuando todo estuviese en marcha no habría negocio alguno que se le pudiese comparar en extensión ni rendimiento. Hábilmente, con la maestría que desplegaba siempre en esa clase de asuntos, el gerente de la Caja de Ahorros trazó un rápido bosquejo del porvenir de la compañía: los servicios de comunicación, nacionales e internacionales; el rápido transporte de mercancías entre los lugares más apartados del globo, y nutriéndose de esta segura facilidad de los viajes, múltiples empresas de menor importancia, pero cuya suma de rendimientos vendría a ser incalculable: hoteles construidos por la sociedad en los lugares más bellos del planeta recibirían los millares de pasajeros que los aparatos transportasen; enormes aeroplanos, cuyos modelos estaban aún en estudio, acarrearían, con un gasto casi irrisorio, al través de distancias enormes, productos que antes tenían dificultada su difusión por la lentitud de las comunicaciones. La compañía había de planear inmediatamente tres de estos negocios filiales: el de pescados, el de frutas y el de carnes muertas. Las frutas cogidas en el sur podrían ofrecerse por la noche en el norte, aún húmedas del matinal rocío; los peces que ayer surcaban las aguas del Atlántico, hoy serían vendidos en los mercados de la Europa central. Una organización cuidadosa permitiría fijar precios de extraordinaria baratura y realizar a la vez fabulosas ganancias. Alp leyó unas notas para demostrarlo. Las cifras, aun calculadas sin optimismo, eran engolosinantes, y su claridad y la inteligente honradez de las conjeturas convencían más que un largo discurso. Con la cabeza inclinada en un esfuerzo de comprensión y los ojos deslumbrados, como si fulgiesen ante ellos los montones de oro, aquellos catadores de negocios seguían, sugestionados, las palabras de Alp, que habían vuelto a hacerse concisas y duras, abandonando los oropeles del exordio.

Terminó de leer, y no se oyó una voz ni un aplauso. Cada oyente se había recogido en sí mismo para repasar sus impresiones y decidir su actitud. Algunas cejas se fruncieron bajo las frentes sudorosas. Teófilo Alp añadió muy pocas palabras. Era preciso constituir la sociedad, comenzar inmediatamente la fabricación de aparatos, adquirir terrenos para estaciones y campos de aterrizaje. El total desarrollo de la idea consumiría muchos millones. Él, Teófilo Alp, se había permitido reunir aquel ilustre grupo de personalidades, seguro de que eran las más indicadas para impulsar la empresa; la Caja de Ahorros no vacilaría en invertir en la sociedad una cifra elevada; pero tampoco a la Caja de Ahorros le correspondía el mérito de la primera

inscripción. La primera inscripción la había hecho el magnánimo Archibaldo Granmont; el mismo generoso personaje pagó liberalmente todos los gastos de Lawel durante los estudios y ensayos de su invento.

Las miradas convergían en Granmont, sentado en primera fila, que recibía impasible el homenaje. Lawel, entonces, se levantó bruscamente y gritó, extendiendo un brazo:

—¡Es verdad! Y yo quiero hacer público mi reconocimiento al señor Granmont.

Bruscamente también, se sentó, moviendo la cabeza de arriba abajo con entusiástica prisa. En la sala estalló una salva de aplausos, y la gente abandonó sus asientos para reunirse en corrillos alborotadores y para pedir al presidente de la Caja de Ahorros detalles complementarios. Se supo entonces que se contaba con la colaboración de Sike y Noke, los dos sabios de renombre universalmente conocido. Hasta entonces, la vida de Sike había transcurrido en la mayor austeridad, consagrada a la obtención de aceros duros. No se le conocía un afecto y había desdeñado muchas ocasiones de enriquecerse. El ingeniero Noke, cuya brillante reputación se había afirmado paralelamente a la de su colega, dedicaba su sabiduría a idear proyectiles que venciesen la dureza de las corazas de Sike. Como ambos estaban dotados de un gran talento y nada les importaba fuera de su ciencia, la pugna que sostenían solo podía terminar con la muerte de uno de ellos. Cuando Sike lanzaba un nuevo acero, sonaban las trompetas de la fama, y los telegrafistas de todo el mundo tecleaban con prisa sobre sus aparatos. Cuando Noke presentaba su más reciente modelo de proyectil, para el que no eran más duras que la manteca las planchas sikerianas, el alarido triunfal se repetía. Cada periódico del reino había publicado con estos motivos más de veinte veces los retratos de uno y otro inventor, y todas las cruces y las medallas que premian en un país bien organizado los méritos de los hombres estaban ya en poder de los dos gloriosos trabajadores.

No le costó mucho esfuerzo a Florio apartar a Lawel hasta un desierto rincón de la sala. La principal atención de los congregados no se refería al autor de los estabilizadores, sino a Alp y Granmont, y después de unos cuantos apretones de manos el joven ingeniero había quedado solo entre los grupos. Así, acogió con júbilo a Oliván y le siguió sonriente, con un brazo apoyado en sus hombros.

—Estoy muy contento con tu triunfo, Lawel —dijo Oliván—, y creo que la compañía, tal como ha presentado Alp el asunto, hará inmediatamente un gran negocio. Tengo algún dinero disponible…, una suma crecida… Estoy planeando una ampliación de mis fábricas…; pero esto me seduce más. Sin embargo, antes de entregar a Alp mis reservas, yo quiero oírte.

—¿Qué quieres oírme? —preguntó el inventor sonriendo.

—¡Oh!… No sé si conoces suficientemente este mundillo en que estamos. A veces, sin una absoluta seguridad, atendiendo no más que a probabilidades, a esperanzas, se compromete la fortuna propia y la ajena en… Yo bien sé que tú eres un hombre serio…

Lawel le interrumpió:

—En realidad, yo no entiendo de eso; pero puedo decirte que mis estabilizadores no son un *bluff*.

Florio le abrazó, jubiloso.

—Perdóname.

Y añadió, repentinamente serio, bajando la voz:

—Necesito mucho dinero, mucho dinero, las riquezas de Midas… De eso depende quizá que yo sea toda la vida desgraciado o feliz.

—¿Qué quieres comprar?

—Un corazón.

—Mucho es, pero también es mucha la fuerza que da una ambición semejante. Ten alientos, Florio; y, si te puede servir de estímulo, piensa que yo he alcanzado un triunfo con el que nunca soñé por un impulso igual al que te mueve. Si yo no me hubiese enamorado de Celia, continuaría siendo aquel hombre un poco escéptico y perezoso que tú conociste, sin más fortuna que el sueldo que me paga el Estado y sin más prestigio que el que supone una carrera vulgar. Puedo decir que Celia fue quien inventó los estabilizadores. Por lo menos, el ansia de alcanzarla me lanzó a mi empresa. Nos presentaron hace dos años en una fiesta, en la que mucha gente distinguida había decidido bailar para hacer menos penosa la situación de no sé qué desdichados. Celia era la muchacha más hermosa de cuantas allí estaban y, sobre hermosa, heredera de un fortunón. Alrededor de ella había siempre un enjambre devoto, y en el enjambre, los más orgullosos portadores de títulos. Entre todos ellos mi pequeñez se hacía minúscula. Celia me llamó, una vez Powell; otra vez, Pullman, y otra vez, Kleber. Entonces yo le dije: «Debe usted procurar retener bien un nombre que dentro de unos meses conocerá el mundo entero.» Fue una bravata ridícula, y yo mismo quedé avergonzado de ella; pero desde entonces comencé a trabajar con empeño para descollar. ¿Has advertido que a estos hombres que nos rodean no es precisamente el estabilizador lo que les importa, sino los dividendos que puede repartir la compañía? Pues, así, a mí mismo no me importa, en último término, más que el amor de Celia. ¿Sabes lo que pienso, amigo mío? Que todos o casi todos los avances que el hombre logra en su camino tienen como impulso secreto la mujer.

—¡Se ha dicho tantas veces!…

—Pero toda la verdad que comprobamos nos parece nueva y como descubierta por nosotros. Y yo te digo que sin Celia no estaríamos ahora tratando de un perfeccionamiento de la aviación.

Llamó una voz al ingeniero, y los dos amigos se separaron.

Cuando ya quedaban muy pocas personas en el salón, Florio aproximose a Alp para despedirse. El honorable banquero le retuvo afectuosamente con una sonrisa en su agudo hocico de raposo.

—Espere un instante. Quiero hablar con usted.

Estrechó las manos a sus amigos e hizo que el joven le siguiese a su despacho.

—¿Qué le ha parecido nuestro proyecto? —inquirió.

—Excelente, Alp. Estoy decidido a participar en la empresa.

—No se arrepentirá. Todo marcha perfectamente, y ahora mismo contamos con más dinero del que es preciso para comenzar. Pero su adhesión de usted me interesa singularmente. ¿Me ha oído usted hablar de ciertos negocios comerciales relacionados con el transporte de carnes y frutas? He pensado que la experiencia de usted nos sería muy útil en ese aspecto de nuestra actividad. ¿Quiere usted ser uno de nuestros directores?… No le pido que responda ahora mismo. Voy a darle un bosquejo de lo que se pretende. Usted lo examina, y si no le desagrada queda encargado del desarrollo y organización de la idea… Hay tiempo… Hasta que funcionen las líneas regularmente, nada podrá hacerse. Pero queremos tenerlo todo preparado, estudiado hasta en sus más pequeños detalles.

Hizo sonar un timbre. Asomó entonces tímidamente un joven mal vestido y peor afeitado, a juzgar por lo poco que de él podía verse, porque se limitó a abrir la puerta nada más que lo suficiente para poder avanzar, con la cabeza ladeada, un ojo y una oreja.

—Andrés —dispuso Alp—, trae la carpeta que está rotulada con el nombre del señor Oliván.

El ojo y la oreja desaparecieron silenciosamente.

—Es mi secretario —informó el gerente de la Caja de Ahorros—; un muchacho que llegará muy lejos. Vale todo lo que se quiera dar por él. Es cierto que yo he formado su espíritu desde que era una criatura; pero no me ciega el orgullo al juzgarle; lo aseguro. Nadie como él tiene la virtud del ahorro. Si alguna vez se escribiese su historia, sería edificante.

El señor Alp se proponía, sin duda, fortalecer sus afirmaciones con alguna anécdota; pero la puerta volvió a entreabrirse, y Andrés entró. Era flaco hasta no tener, probablemente, más carne que la precisa para vivir; su labio superior montaba sobre el otro en un gesto de reserva, y, al entregar el legajo mostró las anchas yemas de sus dedos encallecidos por la máquina de escribir.

—Espera —ordenó su jefe.

Andrés cerró los ojos como si quisiera ahorrarse la fatiga de ver inútilmente, y se mantuvo sobre el pie derecho, apoyando apenas la punta de la bota izquierda en el entarimado. Teófilo Alp brindó un guiño a Oliván.

—Andrés —dijo, fingiendo seriedad—, no estoy muy satisfecho de tu conducta. Te he visto anoche en la terraza de un bar bebiendo cerveza.

—Vermut —rectificó el secretario, concisamente.

—¿Vermut? Eso es peor todavía.

—Un vermut horrible, que sabe a barniz —aclaró Andrés—. Quita completamente el apetito.

El rostro de Alp se iluminó con una sonrisa.

—Comprendo… Entonces ayer no has tenido gana de comer.

—No.

—He aquí un mozo que llegará muy lejos, Oliván —comentó el gerente, sin poder disimular su júbilo—; nunca compró una novela, ni tuvo dos gabanes, ni invitó a ir al cine a una modista, ni gastó su dinero en superfluidades. Nada me extrañará que sea dueño de una fortuna a los sesenta años. Te espera una vejez dichosa, Andrés.

—Tal creo —aseguró, con deleite, el joven escuálido—. Siempre pienso en mi vejez, y la veo rodeada de comodidades y venturas. Cuando mi mujer, que es reumática, se queja de lo penoso que resulta prescindir del tranvía para recorrer largas distancias, le suelo decir: «¿Y no vale algún sacrificio la seguridad de que en la vejez serás dueña de un silloncito de tres ruedas que guiarás tú misma y empujará un criado por las calles?» «¿Llevaré una piel sobre las piernas?», me pregunta. «Sí, una excelente piel.» Entonces la alegría le humedece los ojos y nos abrazamos enternecidos.

—Sois una pareja feliz. Habéis nacido el uno para el otro.

—Así me parece, señor, y cada vez estoy más contento con no haber hecho caso a los consejos de algunos amigos, para los que era un defecto imperdonable la extraordinaria pequeñez de mi novia. «El mismo esfuerzo te costará una mujer gorda y alta —me decían—, y eso saldrás ganando.» Sí, sí (pensaba yo); pero la constante presencia de una mujer gorda desmoraliza y habitúa al derroche. Se empieza por tener una mujer gorda y se termina por hacer tres comidas diarias. Además, nos obliga a comprarle abanicos y a tener muebles amplios, sólidos. No…, gracias… Mi Juana es suficiente, no rompe demasiadas botas, no engulle demasiados manjares, cuando mis chaquetas envejecen, se hace gabanes con ellas. Me ha dado un hijo y lo amamanta, señor, como cualquiera otra. Cierto que durante la lactancia no puede llorar, y un día en que sudó un poco se encontró sin elementos con que elaborar la leche. Pero esto apenas tiene importancia.

—Me gustaría saber —intervino Oliván— cómo llegó usted a sentir esa devoción por el ahorro.

Andrés cerró, para reconcentrarse, el único ojo que había abierto.

—Podría decir que fue la observación de la Naturaleza, caballero —contestó—. La Naturaleza odia lo superfluo. La atrofia es su caja de ahorros. No me sería difícil invitarle a usted a interpretar grandes fenómenos impresionantes, pero me contentaré con llamar su atención sobre un hecho asequible y frecuente: la calvicie. La Naturaleza suprime a los hombres el cabello en la edad en que las hijas de estos hombres saben ya bordar gorros de seda. «Puesto que puede protegerse contra los resfriados por sus propios recursos —parece decir—, suprimámosle el pelo.» ¿Acaba todo aquí? No; las calvas brillantes de untuosidad no quedan baldías e inútiles, no son un lujo en la Naturaleza. Millares y millares de moscas se alimentan exclusivamente de lo que pueden chupar sobre esa sonrosada tersura, y la Naturaleza ahorra, por tanto, el gasto de nutrirlas con otros manjares. He meditado mucho acerca de tales lecciones, señor; pero lo que verdaderamente acabó de formar mi ideología fue el

ejemplo de mi tío Miguel.

—¿También ahorraba?

—Mi tío Miguel dilapidó una inmensa fortuna en beber los vinos más viejos, en amar las mujeres más hermosas y en recorrer los más distantes lugares del orbe. Decía que un billete de banco era un bono de felicidad, y no comprendía que existiese alguien bastante imbécil para guardar los bonos sin apresurarse a cambiarlos por la felicidad. Es la funesta teoría de los pródigos. Sostenía también que el ahorro solo servía para que muchos pobres formasen un solo banquero rico, y que más bien hacía él a la economía general distribuyendo locamente su herencia que otros con ir guardando todos los céntimos roñosos que podían coger.

—¡Qué absurdo! —gruñó Alp, sinceramente indignado.

—Absurdo, pero era inútil procurar disuadirle. Tendría cincuenta y cinco años cuando reapareció entre nosotros, agotadas sus fuerzas, miserable como un mendigo, careciendo hasta de lo preciso para comer. Pretendía que le alimentásemos por caridad. «¡Haber ahorrado! —le gritaba yo cuando aparecía por mi casa—. ¡Haber ahorrado: si yo llego a viejo, no me faltará un buen pedazo de carne en la mesa!» «Pero te faltarán los dientes —profetizaba él—; dame una hogaza, y la devoraré pensando en un faisán con trufas que comí en París; puedo evocar todos los sabores delicados, porque todos los conoció mi paladar.» Era incorregible. Dejé de verle, y un día me avisaron que estaba en el hospital. Le había atropellado un automóvil, y se hacía preciso amputarle las dos piernas. Este accidente pareció despertar su razón, porque me dijo, acariciándome el cuello: «Si todos pensasen como tú, no habría tantos automóviles, y acaso no me vería yo en este trance.» Una semana después volví a visitarle. Su rostro estaba exangüe, pero revelaba una dulce serenidad. Me acogió más cariñosamente que nunca y me rogó que le diese mi opinión acerca de unas botas de agua con la suela todavía lustrosa, que había junto al lecho. «Son excelentes», dije, y era verdad. «Tal me parecen», corroboró él, contemplándolas también con ternura, y añadió: «Hace mucho tiempo que las deseaba, porque mis zapatos están rotos y dejan entrar la humedad; al fin son mías.» Después me contó que había vendido sus amputadas piernas a dos alumnos de Medicina para hacer lo que ellos llaman una «preparación». Dicho esto, calló un instante, y, por último, me estrechó con fuerza las manos y exclamó: «¡Tienes razón, Andrés: bendito sea el ahorro! Si yo no hubiese conservado hasta ahora mis piernas, ¿cómo podría venderlas para comprar las botas? Dios ha querido iluminar mi entendimiento con este símbolo, aunque temo que sea ya un poco tarde.» Y era tarde, porque murió tres días después. Pero aquel edificante episodio no se me olvidará nunca. Procuraré no tener que arrepentirme, como el pobre tío Miguel, cuando el mal no encuentre remedio.

Y el prudente joven sacó de su bolsillo un pañuelo que era como la cuarta parte de cualquier otro pañuelo y enjugó media lágrima.

CAPÍTULO III

QUE REFIERE LO QUE SE HABLÓ UNA NOCHE EN EL CAMARÍN DE ADRIANA

Faltaban pocos días para alcanzar la fecha en que debía celebrarse el banquete trimestral de la sociedad de glotones que presidía Alberto Truffe, cuando se presentó este en la casa de Florio llevando dos billetes para la función del Teatro Nacional.

—Hemos decidido invitar a Adriana para que asista a la comida, y tú serás también de los nuestros. Un fabricante de *foie-gras* es un compañero confortable. Voy a visitar a nuestra bella amiga esta noche, y quiero que me ayudes a convencerla.

Oliván accedió. Dejaron transcurrir los dos primeros actos, en los que trabajaba la actriz, y al caer el telón por segunda vez, Truffe se puso en pie, de espaldas a la orquesta, y contempló los palcos.

—¡Qué maravilla! —alabó.

Florio se volvió también para mirar. Era día de gala, y no había un solo asiento vacío en el teatro. Brillaba tan intensamente la luz, que cada cual tenía la sensación de estar destacado y en evidencia ante todos los ojos hasta en los menores detalles de su cara y de su indumento. Desde las plateas trepaban las guirnaldas incandescentes hasta el techo, y allí una enorme lámpara dejaba caer una silenciosa cascada, como para colmar de luz el gigantesco vaso del recinto. Rápidos destellos surgían y se cruzaban al moverse una mano enjoyada o la cabeza de una mujer embellecida con arracadas o diademas. Los ojos eran también como piedras preciosas o como oscuros espejos en donde las bombillas eléctricas se copiaban, empequeñecidas. Un poderoso rumor de charlas aturdía tanto como la fuerte claridad. Así, por los oídos y por las pupilas entraba en las almas una doble embriaguez deliciosa, que exaltaba y hacía propender a la risa sin causa y a un irrazonado contento de estar allí, a ese goce de ver y ser vistos que la civilización ha refinado hasta convertirlo en uno de los más sutiles, sin que para ello exija, por otra parte, la exquisitez espiritual que para ciertos espectáculos requiere.

Ninguna mujer parecía fea y ningún hombre desgarbado. Los amplios escotes tenían una estatuaria dignidad, y los brazos desnudos esa ondulada gracia que creó la imagen tópica de las serpientes. Cada traje aspiraba a ser una obra de arte; pretendía no servir al cuerpo, sino armonizar con él; no ser útil, sino ser bello. Paradójicamente, realzaba la desnudez, al encubrirla, y la acusaba más atrayente aún.

—Nunca han vestido las mujeres tan bien como ahora —suspiró Truffe.

—Así pensaron los hombres de todos los tiempos —repuso Oliván.

—No por eso dejaban de tener razón —opinó su amigo—, una razón sucesiva y escalonada. Nosotros, que somos ahora los últimos, disfrutamos de un grado más de perfección; estamos un peldaño más arriba, sin que esto quiera decir que cada peldaño anterior no haya sido el más alto en su momento. ¿Cuándo crees que fue

superado el arte actual de embellecer a las mujeres? ¿Ni en qué otra época estuvo tan extendido y asequible? ¿Hay alguien que pueda calcular lo que representa para la riqueza de los pueblos el múltiple y activísimo trabajo que exige el adorno de la mujer? Piensa en los millones y millones de obreros que tejen, tiñen, cosen, cortan, bordan, rizan, engranan abalorios, urden encajes, trenzan la fina paja de los sombreros o realizan esos milagros de telaraña de que se hacen las ropas íntimas de las muchachas de hoy. Piensa en la extenuación de los pescadores de perlas, en las luchas libradas por poseer los campos de diamantes; en los trabajos de los químicos que se afanan en producir un nuevo perfume; en las mil pequeñeces indispensables en un tocador, que son elaboradas en cantidades increíbles; en los esfuerzos de los artistas al servicio de las casas de modas para superar la belleza de sus propios modelos… ¡Pero si hay veces que cavilo en esto, Florio, y me parece que el mundo entero no hace más que elaborar para que la mujer se hermosee!

Oliván recordó las confidencias del ingeniero Lawel.

—Acaso sea verdad, Alberto —otorgó.

—Yo me pregunto de qué tejido prodigioso y con qué galas insospechadas se harán dentro de diez centurias los trajes femeninos. Me gustaría vivir para verlo, Florio; sí, me gustaría.

Cruzó las manos sobre el vientre esférico y se abstrajo en el desconsuelo que le producía la seguridad de no poder saciar aquel noble afán de conocimiento.

—De cualquier manera —dijo de pronto—, creo que sería aún mucho más interesante saber cómo cocinarán la langosta en el año tres mil. Probablemente, harán maravillas.

Pero Florio había vuelto a contemplar la sala, y no contestó.

Estaba inquieto, en lucha con su afán de visitar a Adriana. Cuando la vio aparecer en escena, deslumbradora dentro de su túnica de tisú abierta a un lado para mostrar la pierna correctísima, notó acelerado el latir de su corazón y una extraña sequedad en la boca. El murmullo admirativo con que el público acogió la presencia de la joven le hizo sufrir, y advirtió su amor más imperioso. Notó también, con una claridad que no le iluminó hasta entonces, cuánto había de deseo en su amor y cómo le espoleaba y enfurecía el confuso deseo de la multitud. Por primera vez imaginó aquel cuerpo adorable sumiso ante Archibaldo Granmont, y la melancolía de su propio fracaso se hizo sufrimiento y odio.

«En esta sala —pensaba, recorriendo con su mirada los palcos— hay muchas mujeres tan hermosas como Adriana, más hermosas quizá, y más dignas de mi cariño. Sin embargo, yo no soportaría una conversación de diez minutos con cualquiera de ellas sin aburrirme. Podría oír como la historia más natural del mundo que cada una tiene un amante, y me angustia la idea de que ese Granmont… ¡Oh, si pudiese dejar de querer a Adriana!… ¡Si volviera a encontrar, al menos, aquel sentimiento apacible que antes manaba de mi corazón para ella!…»

Repentinamente propuso a Truffe:

—¿Vamos al camarín de Adriana?

El bondadoso gordiflón asintió, y ambos se dirigieron al cuarto de la actriz.

Era la primera vez que entraba Florio en él, y le sorprendió el lujo con que estaba tapizado y enjoyado. «Granmont sabe hacer bien las cosas», pensó, mientras la Sánder le alargaba, jubilosa, su mano chispeante de alhajas entre la enorme manga de una bata de seda.

—Te he visto desde el escenario —declaró—, y esperaba que vinieses.

—Alberto tiene algo que decirte —se disculpó Oliván—. ¿Estorbamos?

Había allí dos personas más: un hombre pequeño, de rostro arrugado, cuyos cabellos, ralos, pero rígidos, daban a su cráneo el aspecto de un acerico, o mejor, dibujaban sobre él líneas rectas y un poco divergentes, como las que trazan los caricaturistas cuando quieren sugerir la idea de que se ha disparado una escopeta o abierto una botella de champaña. Y parecía, en verdad, viendo a este hombre, que algo acababa de salir violentamente de su cabeza. Al reconocer en él a Héctor Azil, el más agrio y famoso crítico del reino, el símil ganaba en propiedad. El otro visitante de Adriana era un joven reportero que tomaba rápidamente unas notas cuando Florio y su amigo penetraron en la antecámara de la actriz.

—¿Estorbamos? —había preguntado Oliván.

—No —respondió, sonriendo, la artista—; supongo que este caballero no tendrá inconveniente en continuar la interviú delante de vosotros.

El aludido se inclinó un poco.

—Tengo todo lo que apetecía —anunció—; únicamente…, ya que la suerte ha querido que encontrase aquí al maestro Azil…, si él no se opone…

Y se encaró con el crítico.

—¿Se trabaja mucho, maestro?

—Mucho, amigo mío —respondió el hombrecillo, adoptando repentinamente un gesto de víctima.

—Es una fortuna para los que admiramos su talento.

—En nuestro país, decirle a un hombre que tiene talento es recordarle el asilo.

—¿No está usted satisfecho de su reputación literaria?

—¿Mi reputación literaria? Cualquiera que se decida a escribir en un cuento tedioso esta frase idiota: «Una a una sonaron las campanadas de las doce», tiene ya una reputación. No vale la pena.

—¿Qué opina usted del teatro contemporáneo?

—Que es una amplísima pinacoteca de cornudos. Solo se dedica a pintar complacida y minuciosamente los géneros, subgéneros, familias y variedades de los hombres engañados por sus mujeres, informándonos de lo que cada cual ha hecho en su caso, sin preocuparse de si nos importa.

—¿Y las novelas…? ¿Ha leído usted a Magnus?

—No; no debe leerse nunca a un mal escritor, ni aun para desdeñarlo. Siempre hay un grumo de tontería que se pega. Es como estar junto a una persona que tiene un

estribillo. Se comprende que es una abominable manía, pero termina uno adoptándola.

—Magnus tiene un estilo elevado.

—La gente da en decir eso porque ve que utiliza palabras infrecuentes. Nada hay más fácil: ese truco solo lo emplean los que no tienen nada que decir. El que ha de exponer una idea bella o nueva procura que le entienda todo el mundo. Una palabra rara es, en una página, como un adoquín levantado en una calle. Se tropieza en ella, se destruye la emoción artística, y la atención se aparta del pasaje literario para encaminarse al diccionario de la lengua.

—¿Quiere usted que hablemos de política?

—Ya he pasado de la edad en que interesan los cuentos de lobos.

—Alguna anécdota de su vida…

—La más interesante no se la puedo referir a usted, porque estaba cloroformizado. Fue cuando me operaron del hígado.

—Temo mucho que este señor se suicide al salir del teatro —apuntó Truffe al oído de Adriana—; me parece que está bastante asqueado de todo.

—Es él así —contestó la actriz—; pero, puede usted creerme, un genio, un verdadero genio.

En el instante en que el periodista, guardadas sus notas, abandonaba el camarín, dos nuevos personajes dibujaron sus siluetas sobre el claro fondo del pasillo. Vestía uno de ellos el rutilante uniforme de los Lanceros Exterminadores: pantalón verde con franjas de oro, chaqueta amarilla, sobre la que destacaban unos cordones negros en la misma aterradora disposición que las costillas de una osamenta humana; casco bruñido, con un esqueleto de marfil como cimera, y una corta capa blanca con galones de oro, negligentemente caída sobre un hombro, como mandaba el reglamento. El acompañante de este magnífico guerrero era un sujeto descuidadamente trajeado, que revelaba su condición de artista por el inequívoco detalle de tolerar que un copioso y rizado mechón de cabellos le tapase casi por completo uno de sus ojos, sacrificio que únicamente se sobrelleva cuando se ha jurado consagrar la vida a cualquiera de las bellas artes.

—Salud a todos —gritó el hombre del mechón, agitando su roñoso sombrero—, y atención, que voy a recitar un poema épico con solo pronunciar un nombre.

Extendió su mano hacia el límite, y anunció:

—El comandante Guido de Cœdere.

Adriana lanzó una leve exclamación de sorpresa, y el genial Azil sujetó el monóculo para mirar al nuevo contertulio, que se acercó en dos trancos enérgicos —rimados por un son de espuelas— a besar la mano de la actriz. Los periódicos habían hablado largamente del comandante con motivo de sus hazañas en la guerra contra ciertas tribus malayas que se resisten estúpidamente a la acción civilizadora de dos cuerpos de ejército. Había sido el primero en tomar el célebre monte de los Buitres, y en la acción del 5 de marzo —de la que, sin duda, todos ustedes habrán oído hablar—

alcanzó las Aspas de la Temeridad, con distintivo rojo, supremo galardón que podía concederse a un soldado.

—Soy un fervoroso admirador de su arte y su belleza, señorita —declaró el comandante al recobrar la vertical después de un saludo.

—Y yo de su heroísmo, señor De Cœdere.

Y la joven extendió la afilada punta de sus dedos para presentar a sus amigos. El bravo lancero estrechó la diestra de Oliván, batiendo al mismo tiempo la bota derecha contra la izquierda; también tributó el mismo homenaje, más ruidoso aún, a Alberto Truffe, que pareció quedar singularmente encantado de aquella amabilidad. Mientras tanto, el eminente Azil saludaba al poeta.

—¿Se trabaja mucho?

—Un horror —declaró el tuerto voluntario, que en toda su vida no había escrito más que un soneto.

—Y ¿cómo marchan las cosas por aquellas tierras lejanas? —preguntó Truffe al comandante.

—Cuando emprendí el regreso —contestó el interpelado—, Wulkara se corría hacia Kamsaku con otros jefes rebeldes, y los malamitas se aseguraban en Tibilibi, excitados por Jolomé.

—¡Diablo! —comentó, muy alarmado, el excelente Truffe, que no había entendido una palabra de aquel galimatías.

La verdad era que la remota empresa colonial, que solo servía para romper la larga ociosidad del ejército, no interesaba a nadie.

—Pero el general Malúquez —continuó Cœdere— ha tomado la cota noventa y seis.

—Eso es otra cosa —respiró el gordiflón—; si ese general ha coronado tal hazaña, podemos darnos la enhorabuena. Yo soy un enamorado del ejército, caballero. Tengo en mi casa un cuadro que representa a un personaje al frente de sus tropas en el momento de decir al enemigo: «Vayan ustedes disparando, que ahora volvemos.» Fue una buena idea, y muchas veces me confesé que yo hubiera hecho algo igual.

—No, no…; confunde usted —protestó el militar, extrañado—; esa frase no se ha pronunciado nunca. Si usted quiere referirse a la batalla de Fontenoy, entre los franceses y los aliados, lo que dijo Charles Hay fue: «Disparad primero.»

—En fin, no estoy muy seguro —reconoció Truffe, sonrojándose bajo la repulsa—; pero la verdad es que tengo el cuadro en mi casa.

—¿Llevan ustedes ese mismo uniforme en la guerra? —inquirió Adriana, que admiraba la brillantez del traje de lancero.

—¡Oh, no, señorita! El ejército de operaciones en Oceanía usa un uniforme gris muy sencillo.

—¡Qué pena! —lamentó sinceramente la actriz, habituada a los conjuntos escénicos.

—Muchos compañeros piensan como usted, y aun añaden que un deber histórico, una especie de gratitud, nos aconseja batirnos en traje de gala.

—¿Se refieren a la batalla llamada de los Sastres? —terció Oliván.

—Exactamente.

—No estoy muy fuerte en historia… —confesó, sonriendo, la joven.

—La batalla de los Sastres no fue precisamente una batalla, señorita. Hace poco más de un siglo, las amistosas relaciones que sosteníamos con nuestros vecinos del sur se rompieron bruscamente. Un soldado que hacía guardia al otro lado de la frontera se embriagó y dio un golpe a uno de nuestros centinelas. Como legítima represalia, una patrulla nuestra disparó sobre dos compañeros del agresor. Entonces, una compañía enemiga se internó en nuestro territorio y fusiló a cinco pastores y a un profesor de párvulos. Justamente ofendidos, bombardeamos una aldehuela. Y ya no se pudo evitar que la guerra estallase. Nuestro ejército avanzó al encuentro del enemigo. En los grandes llanos que señalan hacia el sur el fin del territorio nacional aguardaba el adversario. Desbordaron nuestras tropas los cerros que limitan aquella extensión y se desplegaron en orden de batalla. Las masas de lanceros, con sus alazanes y sus uniformes vistosos; los dragones, de guerrera azul y calzón blanco, sobre sus negras cabalgaduras; los coraceros, con el cuerpo guardado en una deslumbradora caja de metal, y la Guardia, con sus casacas bordadas, y los bombarderos, con su alto morrión, y los infantes, con un puñado de plumas de pavo real cayendo sobre la gallarda ala del fieltro… En las nutridas filas del adversario hubo unos momentos de estupor. Con los gemelos de campaña, nuestros jefes pudieron ver a más de un oficial enemigo encaramarse a un árbol para dominar mejor el sorprendente espectáculo. Sonaron los clarines, agitaron los tambores sus brazos, protegidos por grandes puños cónicos de cuero blanco, y nuestro ejército avanzó. Entonces oyose un formidable tableteo, como si muchos fusiles disparasen. Pero no cayó ni un herido entre los nuestros. El ruido creció, ensordecedor e imponente… Era el ejército enemigo, que aplaudía con frenesí la magnífica visión que le ofrecían tantos y tantos hombres artísticamente vestidos. Desde el general en jefe al último camillero, todos habían abandonado las armas para batir sus palmas, en olvido completo del belicoso afán que allí les llevara. Los hurras se alzaron frenéticos. El caudillo rival avanzó hasta encontrarse con nuestro caudillo, le abrazó y declaró que ni en Venecia ni en Niza, donde solía pasar los carnavales, ni en ningún teatro de su país, había visto nada tan extraordinariamente bello. Dicho esto, cogió la bandera blanca que llevaba su corneta de órdenes, se enjugó la humedad de sus ojos, se sonó ruidosamente y la guardó en el capote. Estaba sinceramente conmovido. Allí terminó la guerra. Se nos dieron explicaciones y se ofreció castigar en seguida al culpable. Como no se le pudo encontrar, colgaron de un árbol a otro soldado cualquiera, porque, como dijo el general en jefe, había bastantes, gracias a Dios, y todos se parecían. Esta fue la que las gentes dieron en llamar la batalla de los Sastres.

—¡Qué interesante narración!… —suspiró Adriana—. A mí me han deleitado

desde niña los relatos guerreros.

—Tienen la ventaja de la amenidad —corroboró Truffe—; siempre muere alguien, que es lo que nos gusta en las buenas novelas. Por otra parte, sin las guerras, las naciones no dispondrían de otros héroes que esos seres ridículos que pasan la vida vagando por los malecones, en espera de que alguien se caiga al agua para salvarle. Cuando leo una de estas frecuentes noticias en los periódicos, suelo decir: «He aquí un vanidoso más.» Un héroe que chorrea agua, y no sangre propia o ajena, no puede satisfacer a nadie.

—Creo lo mismo que usted, caballero —aseguró el poeta, que hasta entonces se había dedicado a sostener que el país estaba muerto y podrido, frente a la tesis de Azil, que pretendía que estaba muerto nada más—; creo lo mismo que usted. Conozco un hombre que se ha especializado en una de las ramas del heroísmo civil y que, a pesar de sus esfuerzos, no puede decir que ha adelantado mucho en su carrera. ¿Ha oído usted hablar de Simeón Taurido, caballero?

—Es posible —insinuó Truffe con el tono de quien ha oído hablar de muchas personas en su vida.

El poeta le contempló al través de su mechón artístico.

—No; nada sabe usted de él —afirmó con melancolía—, porque solo le conocíamos dos o tres amigos: un marchante de cuadros que vive en los suburbios y aquella resignada mujer que albergó en su casa de huéspedes al hombre de quien hablo. Sin embargo, Simeón merecía otra suerte. Pintaba naturalezas muertas con una maestría que no vacilo en calificar de genial. Un cenicero, un bote de mermelada, una taza de barro de cincuenta céntimos le bastaban para componer un cuadro. Aseguraba (y, sin duda, es verdad) que cualquier otro género de pintura es falso, porque se hace imposible admitir la existencia de un señor inmutable, eternamente sentado en una butaca, tal como suele verse en los retratos, o de un paisaje invariable en su verdor, mientras que la Naturaleza inanimada dispone de la perennidad apetecible y puede producirse con ella todo género de emociones. Para probarlo pintó su gran cuadro «¡Demasiado tarde!». No había en él más que unos termos, un portamantas y una guía de ferrocarriles, cuyas hojas se aplastaban violentamente contra el suelo. Cualquiera que contemplase el patético lienzo comprendía en el acto que el poseedor de aquellos objetos acababa de perder el tren y que el percance le había contrariado mucho. Conmovía la realidad de tan silenciosa tragedia.

El autor del soneto desconocido suspiró profundamente.

—Mal día fue para el arte —siguió— aquel en que Taurido se decidió a abandonarlo. Porque lo abandonó. Estaba cansado de luchar contra la incomprensión del marchante y contra la indiferencia de la sociedad. Cuando su proveedor de colores le anunció que ya no le fiaría ni un céntimo palideció un poco y murmuró: «¡Atiza!». No dijo más. Llegó a su cuarto, cogió un balde de cinc y un mantón de flecos que le había prestado su patrona y los vendió por lo que le quiso dar un chamarilero; según afirmó después, cuando le supusieron intenciones de lucro, no

podía resistir sin dolor la presencia de aquellas cosas que había pensado reproducir para inmortalizarse. Desde entonces Simeón Taurido, sin hogar ni recursos, se dedicó a vagar por la ciudad. Una noche crudísima paseaba nuestro hombre tiritando y dio en cierta calle iluminada dramáticamente por el resplandor de un incendio. El incendio de una casa, señores míos, es una de las pocas venturas que durante el invierno pueden aliviar las congojas de un vagabundo. Simeón se instaló en la acera fronteriza al ascua pavorosa, se apoyó en la pared y, sosteniéndose sobre los talones, expuso al aire ardiente las destrozadas y húmedas suelas de sus zapatos, mientras con las manos en los bolsillos, se entregaba a una presurosa gimnasia digital. Ya confortado, renació su sensibilidad artística. «Magnífica noche», dijo a otro miserable que se calentaba a su lado. «Sí —respondió el infeliz—; pero nunca hay para los pobres ventura completa; es más que probable que mañana estaremos cubiertos de sabañones.» Y así fue. Sin embargo, el lúgubre augurio no entenebreció el espíritu de Simeón, que se entregó dulcemente a contemplar el espectáculo. Las enormes llamaradas, el inmenso penacho de humo y la agilidad con que los bomberos trepaban por las escaleras altísimas, eran interesantes, pero nada tan entretenido como ver a las mujeres salir en paños menores, corriendo alocadamente por el amplio espacio que un cordón de guardias mantenía libre. Dos jovencitas que surgieron de una casa próxima apenas con unas sutiles y transparentes camisas, fueron y vinieron durante mucho tiempo, tropezando en las mangas, cayendo y levantándose, como mariposas aturdidas, hasta que todos los presentes se enteraron bien de sus perfecciones. Simeón comunicó a su vecino que aquel episodio le recordaba los bailes rusos, y su vecino masculló, moviendo tristemente la cabeza, que el decoro de las costumbres públicas estaba muy relajado; después de lo cual, como un objeto de los que arrojaban por los balcones llegase hasta sus pies, lo recogió apresuradamente, lo ocultó bajo su chaqueta y desapareció. Taurido era un observador perspicaz, y la conducta de aquel compañero de infortunio hizo que su atención se fijase en el desorden con que la gente procuraba la salvación de sus riquezas. Los moradores de los primeros pisos tenían concentrado su interés en librar de la ignición, arrojándolos por las ventanas, todos los espejos y jarrones que poseían, mientras que los de los pisos terceros, cuartos y quintos precipitaban afanosamente cómodas, armarios de luna y algunos pianos. Excitado por el ejemplo de su colega o por la actividad que el calor ponía en sus nervios, Simeón quiso aproximarse al lugar donde se amontonaban los objetos desalojados, pero la policía se lo impidió. Entonces, espoleado por un súbito afán filantrópico, penetró en una casa cualquiera. Allí no ardía nada, pero esto no podía saberlo Taurido, ciego por su ansia de cooperación. Encontró abierta una puerta. Entró. Corrió por un pasillo. Llegó a un comedor, vio un estuche con cubiertos de plata y un niño de tres años que lloraba frenéticamente. Los padres de la criatura estaban impeliendo una sillería por el balcón. La fiebre salvacionista de Taurido le impulsó a lanzarse sobre lo que estaba más cerca; el estuche de los cubiertos. En este instante apareció el dueño de la casa, que había pensado en librar, por el mismo procedimiento de la sillería, un reloj de

pared. «¿Qué hace usted aquí?», preguntó. «¡Sálvense! —rugió mi amigo—. ¡Vengo a ayudarlos!» «¡Llévese entonces a ese chiquillo, que está llorando porque quiere un bombero!» Simeón salió con el niño. Chillaba tanto la criatura, que partía los corazones. Reuniose la gente alrededor e hizo conjeturas patéticas. Decíase que los padres del niño habían muerto carbonizados y que Taurido le salvara con exposición de su vida. Un reportero fotografió al hombre y al arrapiezo, y al día siguiente apareció el retrato en un periódico, con unas líneas laudatorias. Nunca había conseguido tanto Simeón con su trabajo excelso de pintor de naturalezas muertas. Si su fe en el arte había disminuido, vivía su deseo de notoriedad. Creyó entender que aquel era un camino, y lo siguió. Desde entonces, apenas estalla un incendio se le ve aparecer gritando: «¡Los niños!». Ha salvado ya diez o doce, y los archivos de todos los periódicos conservan su clisé. Pues bien: este ciudadano aún no ha recibido honor ni provecho alguno, y cuando lo solicitó del alcalde, el alcalde le mandó llamar, después de pensarlo largamente, para decirle: «Me alegro mucho de poder ofrecerle a usted la recompensa de acuerdo con sus aficiones.» Y le brindó una plaza de oficial en el horno de un panadero.

—Así son las cosas —suspiró Oliván, que había temido que aquel relato no acabase nunca.

Y para evitar una posible reanudación, estimuló a Truffe a que revelase a Adriana la intención de la visita.

—Se trata del banquete trimestral de nuestro club Las Siete Vacas Gordas —explicó Alberto—. Ya lo conoces, Adriana, y sabes que siempre buscamos alguna persona significada para acompañarnos. Ahora hemos pensado en ti. Dentro de siete días nos reuniremos en La Marmita de Oro.

—Iré —prometió la bella muchacha.

—Nos honraría también mucho —añadió Truffe, haciendo una leve reverencia a Cœdere— que un héroe tan insigne como usted compartiese nuestra fiesta.

—No faltaré —dijo el lancero, brindando a la joven, con una ardiente y rápida mirada, la aceptación del convite.

Y todos se dispusieron a marchar, porque la función ya había terminado, y llegaba hasta el camarín el ruido con que la multitud abandonaba el teatro, entre charlas y rastrear de pies y rebatir de butacas. Guido se anticipó a todos para colocar sobre los hombros de Adriana la capa de cebellina, y lo hizo con una lentitud que a Florio le pareció impertinente. Luego, al enterarse de que la actriz se proponía tomar una colación en un restaurante de moda, declaró que él no se acostaba nunca sin detenerse precisamente en aquel sitio, con lo cual marcharon solos, porque Truffe y Oliván habían de regresar al campo, y el crítico y el poeta se reunieron con otros escritores, y estaban indagando recíprocamente si trabajaban mucho, a lo que no hubo nadie que no respondiese con tristeza, pero también con la energía de los mártires, que trabajaban «un horror».

CAPÍTULO IV

EN QUE SE TRATA DE UNA VIDA HUMILDE Y DE UN PONCHE SIN LIMÓN

Un día cada mes, el magnífico automóvil de Archibaldo Granmont conducía a su ilustre propietario al pueblo de Negrimia, porque una vez al mes reuníase el consejo de administración de los Altos Hornos, y él acumulaba sobre sus muchos trabajosos cuidados el de presidirlo.

Pese a su nativa bondad, que le llevaba a sacrificarse por todo lo que fuese ajeno bien, Archibaldo no realizaba aquel viaje con la satisfacción con que acometía empresas más difíciles. Cierto que no existe quizá en todo el planeta un paisaje más ingrato que el que rodea a Negrimia, ni en ninguna otra parte se pueden ver tantas casuchas achatadas y pobres, torcidas y desconchadas, como si la humedad las hubiese atacado con las deformidades del reúma y con las pústulas del leproso. Solía llamarse aire en aquel lugar a una mezcla de humo y polvo de carbón que ennegrecía las paredes y las personas e impedía que la luz del sol llegase con todo su brillo y su alegría al suelo cenagoso del poblado. Parece ser que en algún tiempo hubo árboles y verdor en Negrimia; pero desde que comenzó la explotación de las minas y eligieron aquella zona como solar las fábricas más importantes de siderurgia y metalurgia del país, no era posible ver una sola mata crecida en la comarca. El reino animal triunfaba sobre el vegetal con una dura y despiadada exclusión que hacía pensar en las humanas invasiones guerreras, exterminadoras de razas. Después de aniquilar a los vegetales, diríase que los minerales aspiraban a un remedo de su apariencia. En los yermos, donde se amontonaban escombros y residuos de combustión, no era raro que atrajese la mirada la forma caprichosa y el color azul, verde y morado de una escoria vítrea que quería ser como la flor de la aridez, y un bosque terrible (el que fingían las chimeneas de las fábricas) había sustituido al otro bosque y alzaba hasta el cielo la copa tupida y sucia de sus humaredas. Pero ninguno de los pájaros de antaño hacía ya su nido en Negrimia ni cruzaba sobre sus eriales. Lodo, detritos, informes montones de hierro enrojecido, rizosos tejados de cinc, un bataneo incesante sobre las planchas ruidosas, lívidas llamaradas, montañas de carbón, vagones minúsculos que corrían por vías inseguras cargados de mineral; humo, polvo, grandes ratas grises, que rebuscaban entre los escombros y los montones de chatarra, como si se hubiesen resignado a roer los férreos desperdicios…; esto era Negrimia. Y moviéndose entre las fábricas y las casas y el erial, hombres hoscos, mujeres tristes, niños anémicos, manchados todos ellos con el sello del carbón de Negrimia, como el señor mancha las ovejas de su rebaño para afirmar su propiedad.

Las minas estaban a media hora del pueblo, y las casitas y barracones que se veían antes de llegar a él eran habitados por los hombres que trabajaban en lo profundo de la tierra. La primera choza que se encontraba al venir a la capital, casi al

borde de la ennegrecida carretera, fue edificada por Abdías Marzán, y Granmont solía detenerse allí algunas veces.

Cuando Abdías Marzán llegó a Negrimia era fuerte y hermoso como Dionisos. Hasta los veinte años había sido leñador. Tenía la sencillez y la rudeza de los montañeses y amaba la vida libérrima del bosque con un inconsciente amor que él no había analizado jamás y que se acusaba en toda la suave felicidad de su existencia. Al amparo de una enorme roca hizo en la montaña su albergue de piedra y tierra, techado con toscas láminas de pizarra y envuelto bien pronto por zarzas y hierbas hasta no parecer humana guarida. En un huerto chiquitín cuidaba patatas y coles; preparaba trampas para los conejos y liebres, y alguna vez perseguía los jabalíes con su vieja escopeta asegurada con alambres. En los días en que el viento del norte azotaba la selva y todos los árboles aullaban, la enorme roca, escarpada y torcida, era como una madre que abriese su falda para cobijar contra el cierzo aquel informe amasijo de la choza del leñador. Un pino joven, que crecía solitario en la cumbre, silbaba entonces y extendía sus ramas hacia el hoyo, como si llorase de miedo y quisiese huir. En estas jornadas de huracán y de lluvia, Abdías gustaba de envolverse en su manta, calentar un jarro de cerveza fuerte y cantar a media voz las coplas tristes de los leñadores.

Ganaba muy poco, pero no le hacía falta más. Bruscamente, su vida tomó un rumbo insospechado: fue el día de Santa María Cleofé.

El joven permaneció aquella mañana acostado por más tiempo del que solía. La claridad entraba por las cien rendijas de la choza, y él continuaba tendido, mirando sin ver, oyendo sin escuchar los rumores de la alborada. Pero bajo aquella deliciosa pereza sentía toda la fuerza de su salud, como el blando mantillo debe de sentir que se abre y prospera en su seno la semilla huesosa. Era ya todo el bosque algarabía de pájaros cuando Abdías salió a chapuzar su tostada cabeza y su fuerte busto en el agua, que aún conservaba el frío del invierno. Entonces vio que en el aire había disuelto oro el sol y que los brotes se habían multiplicado desde la víspera. Olía tan fuertemente a pino y a eucalipto, que se diría que los calores de julio descorchaban ya sus esencias. Cerca de la choza, una avecilla de pecho rojo y verde enmudeció al aparecer el joven, ladeó la cabeza para observarle y siguió trinando con prisa, como si quisiera recuperar el breve tiempo perdido. Abdías frotó enérgicamente su morena piel hasta aturdirse. La sangre le coloreó y zumbó con fuerza en sus oídos. Permaneció un instante sonriente, atento a aquel tumulto interior.

«Los pájaros cantan también dentro de mí», se dijo.

Y comenzó a silbar mientras se vestía. Notaba en su espíritu algo así como la sospecha de una próxima felicidad, y en su cuerpo, cierta ingravidez, como si se hubiese hecho más sutil aún el aire de la mañana. Vio un topo, envuelto en su abrigo gris, pasar arañando la tierra con sus manitas rosadas.

—¡Ah, bandido! —gritó—. ¡Pobres patatas mías!

Pero no lo mató, porque le pareció encontrar no sé qué cosa divertida en su

aspecto. La verdad era que en aquella mañana primaveral existía algún tierno encanto escondido. Los animales y las plantas lo sabían acaso, y por eso gorjeaban unos y enverdecían las otras, y nunca hasta ese día pudo contemplar Marzán alimaña alguna que hiciese tan graciosos dengues ni se lanzase en saltos tan atrevidos como la ardilla que entonces corrió por los viejos robles, ante los ojos del leñador.

«¿Qué sucede hoy en el bosque?», se preguntó el joven, sonriendo.

Pero no caviló mucho en este tema, porque de pronto se acordó de que tenía que comprarse una chaqueta nueva. Ninguna de las veces que había pensado en tal adquisición experimentó la alegría de ahora. Decidió bajar a la aldea inmediatamente. Y así lo hizo.

Ya en el valle, encontró a Donata, que lavaba en la orilla del regato. Los bellos brazos de la joven estaban desnudos, y en los movimientos con que frotaba la ropa —chorreante de espuma—, sobre la losa, ancha y blanca, un negro rizo pendulaba sobre su frente.

—¡Buenos días! —gritó el leñador.

Ella se alzó sobre sus rodillas.

—¡Buenos días! —dijo.

Marzán se inmovilizó, sonriendo:

—¿No teníais vosotros una vaca enferma?

Ella apartó el rizo con el dorso de la húmeda mano y contestó, sonriendo también:

—No tuvimos ninguna vaca enferma, gracias a Dios.

—Más vale así. Creía haber oído algo… Entonces, todo marcha bien.

—Todo marcha bien —asintió la muchacha.

Y siguió lavando. Abdías miró largo rato cómo el agua jabonosa salía a borbotones a enturbiar el riachuelo y cómo navegaban con la corriente las irisadas burbujas. En torno a una mata de juncos que brotaba en la orilla se habían acumulado, estremecidas y turbias, muchas pompas. Abdías golpeó la mata con su garrote y confesó que había bajado para comprar una chaqueta. Donata dijo, cortando las palabras con el mismo ritmo de sus esfuerzos, que su padre había hecho una adquisición igual. Abdías contempló la tersa nuca, la gentil espalda, la fuerte grupa de la joven, y suspiró. Despidiéronse. El leñador compró una chaqueta más cara de lo que se había propuesto, con coderas de pana, grandes botones brillantes y forro carmesí. Apenas la tuvo —quizá ya antes de adquirirla— descubrió que no le produciría contento alguno si no la exhibía ante Donata. Para ir con su nuevo atavío consideró indispensable encender un puro. Encendió un puro. No sabía fumar, y los esfuerzos para contener la tos llenaban de lágrimas sus ojos. Donata nada dijo; pero le trató con evidente solicitud. Cuando Abdías retornó a su choza guardó lo que restaba del puro, evocó la imagen de la aldeana lavando junto al río y reconoció, un poco gravemente, «que había que hacer algo».

Se casaron un año después. El padre de Donata opuso irrebatibles razones a la pobreza del leñador. Pero el leñador no pensaba tampoco enterrar a su mujer en la

choza de la montaña, donde él apenas podía removerse. Hacían falta entonces brazos vigorosos en las minas de Negrimia. Al día siguiente de la boda, los jóvenes marcharon allá. Abdías conoció el más rudo de todos los trabajos, respiró el aire húmedo y enrarecido de las profundas galerías, vivió días sin sol; permaneció muchas horas esperando la muerte cuando un hundimiento obstruyó la salida; añoró su choza, y el viento montañés, y la clara y libre vida del bosque; padeció los sombríos decaimientos de los paros y la contenida iracundia de las huelgas; aprendió a odiar a un monstruo enemigo, inasequible e informe —el Capital—, que se le antojaba el culpable de todas sus desgracias. Para él, como para sus compañeros de trabajo, la vida no acertaba a ofrecer más que un regalo: el alcohol. Donata consiguió también un empleo. Al sexto año de residencia en Negrimia, la moza aldeana era una mujer huesosa, malhumorada y violenta. Tuvo tres hijas. Su último parto no fue feliz. Desde entonces sufrió vértigos y vahídos, enflaqueció y anduvo siempre quejándose de dolores misteriosos que vagaban por todo su cuerpo desmoronado. Por último, se le hincharon horriblemente las piernas, y se resignó a vegetar, un poco idiotizada, envuelta en mantones, hundida en un sillón de madera de pino. Se dolía tan solo de tener un grillo en la cabeza. Este grillo no era sedentario: unas veces iba a cantar al oído derecho de Donata y otras al izquierdo. La infeliz mujer aseguraba sentirlo ir y venir por el interior de su cráneo, arañándole con unas patitas de alfiler, y en alguna ocasión se daba un fuerte palmetazo en los parietales para hacer caer al insecto, que se había detenido allí como una mosca en el techo de una habitación. Tenía entonces Constanza —la primogénita— quince años, y se encargó del gobierno de la casa.

Medio lustro después fue cuando Abdías sufrió su primer vómito de sangre. Caminaba solo, de regreso del trabajo; apoyó su enorme mano en una valla para no flaquear, y quedose contemplando la roja espadañada.

«Soy muerto», pensó con una alarma que corrió fría, fría, por su medula.

Y aquella noche la pasó despierto en su pobre cama, cavilando, con el pavor sentado sobre su pecho y la frente caldeada por el rápido paso de imaginaciones luctuosas. A veces le parecía advertir en la boca sabor a sangre. Buscaba las cerillas en el chaquetón, que había extendido sobre sus pies; encendía una y escupía, incorporándose para mirar. No dijo nada a nadie. Dejó de fumar y de beber, y confió en hallar alivio en tan sanas privaciones; pero sus fuerzas se debilitaron rápidamente; experimentaba una angustiosa sensación cuando trabajaba en las galerías, y las incómodas actitudes a que la disposición de los filones obligaba a los picadores de minas, le torturaban hasta imponerle el abandono de su labor. El segundo ataque le sorprendió en su casa, una mañana que se calzaba sus gruesas botas para salir. Tornó a acostarse, hizo llamar al médico y obedeció sus prescripciones de inmovilidad. Estuvo una semana boca arriba, entre las mantas, casi sin hablar, ajeno a su mujer y a sus hijas, pensando en la montaña y en la muerte. Cuando se levantó, su agotamiento era visible. El largo horror a la mina se agigantó en él y le dominó totalmente, acosándole con el presentimiento de que moriría apenas pusiese los pies en los

lóbregos corredores entibados y húmedos, en cuyo encharcado seno sentía él, desde hacía algún tiempo, gravitar sobre sus propias costillas el peso inmenso de la tierra socavada.

No volvería más. Lo anunció lacónicamente a los suyos, y así lo hizo. A cualquier objeción cuidadosa del porvenir, y aun a las que él mismo se formulaba, respondía: «Ya veremos…» Y esperó, olvidado de todo lo que no fuesen sus fúnebres temores.

Agotáronse los escasos ahorros, y los subsidios con que una asociación benéfica le socorrió cesaron. Abdías pasaba cotidianamente muchas horas en la llanada rojiza que comenzaba detrás de las últimas fábricas. Hacía asiento de un montón de escoria, y en aquel paisaje desgarrador añoraba, cada día con más vehemencia, el perdido paraíso del bosque. Sus ojos se fijaban en el suelo arcilloso, sembrado de carbón y de sílice fundida y de restos de hojalata brillantes o tomados ya por el óxido (que todo era o se hacía en aquel lugar rojo o negro), y en tal aparente examen, el desdichado no veía, en verdad, más que su inmenso infortunio. Iba allí para escuchar más atentamente la voz apenada que dentro de él balbucía esperanzas consoladoras. Pensaba largamente en sí mismo y en las altas frondas natales, y el horror a la muerte le aislaba de todo lo externo.

Una tarde, el médico que le había asistido pasó por aquellos lugares tétricos y se detuvo junto a Abdías. Abdías permaneció con la cabeza inclinada, en reposo las manos sobre el bastón. El doctor, conmovido por aquella absorta tristeza, habló con afligido acento mimoso:

—¿Cómo van esas fuerzas?

El minero le miró dulcemente:

—Pocas son ya —dijo—; apenas las necesarias para venir hasta aquí. Temo quedarme en la choza, porque creo que, si me emperezase un solo día en la cama, no habría de levantarme jamás.

—No conviene pensar así —aconsejó el médico.

—Es muy posible —aceptó melancólicamente Abdías—; pero ya que usted se aviene a escucharme, le diré lo que estaba rumiando ahora. No era nada extraordinario, señor, y, sin embargo, resultaba muy duro para mis pobres entendederas. Se me había ocurrido que mi vida era demasiado breve y triste, y no comprendía la razón de que así fuese. Nunca hice mal a nadie. Cuando llegó usted acababa de preguntarme si habría ofendido al Señor abandonando la montaña para vivir esta vida de topo, reñida con el sol, y hacer agujeros de polilla en el corazón de la tierra… Quizá no deba pensar en esto…, ni en nada, porque todo está jugado y perdido. Pero me resta valor la idea de morir aquí… Muchos se reirían de mí si me oyesen: ¿qué paz puede darnos esta tierra que han arañado en sus entrañas nuestras propias manos? Ni calor ha de tener para nuestros huesos, porque está muerta ella también. ¿No ve usted, señor, que está muerta?

Extendió una mano hacia la árida planicie, negra y roja. El médico se sintió henchido de piedad.

—Abdías —dijo—, aún puedes curar. Ve mañana a mi casa. Haré que te admitan en el sanatorio de Montalbo, y buscaré quien te pague el viaje hasta allí. Ve a mi casa y lleva ya tu hatillo. Hay un tren que sale al mediodía.

Súbitamente feliz, Abdías sonrió entre las barbas lacias, que manchaban sus pálidas mejillas escuetas.

El médico se alejaba. Abdías se puso en pie lentamente, alzó una mano, que temblaba de fe ante la hermosa ilusión, y descubrió la sudorosa cabeza.

—¡Que Dios le bendiga! —balbució.

Quedó erguido. Un milagro adorable se operó bajo la atención despierta y nueva de todos sus sentidos. Y fue que se hermoseó la triste llanada, y se hizo aroma en el aire el humo sofocante de las chimeneas y el bataneo del metal en las fábricas adquirió armonía. ¡Qué hermosa es y qué magia tiene la palabra «vivir», y qué inmensa, qué amplia!… La pronunciamos mil y mil veces, sin que se destaque de entre otras palabras oscuras y vulgares, y de pronto, una vez comprendemos todo lo que encierra y nos admiramos de que nuestro débil aliento pueda formular ese verbo maravilloso, grande como el universo, magnífico como un esplendor de Dios. ¡Vivir! … Toda la posible ternura del mundo está en esas sílabas, y ninguna fraternidad es más fuerte que la establecida por ellas. Porque viven, son nuestros hermanos la flor, y el lobo, y el pajarillo, y hasta el regato, que tiene inquieta y constante apariencia vital.

Abdías caminó hasta su choza, y la esperanza cantaba en su corazón como las aves del lejano bosque al advenir la primavera. Cuando atravesó el pueblo iba más erguido que de costumbre, y aún se detuvo un instante a escuchar las canciones que entonaban algunos obreros en la taberna Los Dos Hornos.

—¡Pasa —le gritó Jacobo, el ayudante de palero de la fábrica de hojalata—, pasa, Abdías! Convido yo.

El enfermo denegó con una sonrisa antes de preguntar:

—¿Y qué buenos vientos soplan para que tú convides?

—Me he despedido hoy del «Infierno» —respondió el mozallón—, y saldré mañana para América.

Llamaban el «Infierno» al lugar donde estaban instalados los hornos de fusión, cuya elevadísima temperatura era funesta para la vida de sus servidores. Ninguno de ellos alcanzaban longevidad. Muchachos fuertes, que comenzaban su trabajo en aquel volcán cuando apenas entraban en la juventud, morían antes de contar cuarenta años. Los jornales eran tentadores, pero no abundaban los pretendientes. Abdías contestó:

—Me alegro mucho, Jacobo. Buena suerte.

Y siguió su camino.

«El mundo no es tan malo como parece —se decía—, ni los hombres tienen tan mal corazón. Ese joven era también un condenado, y se ha redimido.»

Cuando Abdías llegó a su choza, la noche había sobrevenido, y las lívidas llamaradas de los altos hornos fulminaban contra ella —como sobre una plancha de hierro la llama de un soplete— para abrir en su densa capa de nubes y de humo un

agujero por donde asomarse a la luna. Constanza puso ante su padre un hondo plato lleno de sopa de pan, enrojecida por el pimentón, caliente y vaharosa. Abdías frotó sus flacas manos y sonrió, feliz.

—He de daros una buena noticia —ofreció misteriosamente.

La pequeña Lucila, un esqueletito de siete años, vino a colocarse junto a él y se debruzó en la mesa, con la naricilla casi pegada al borde del plato. Miraba con tenaz atención el lento ir y volver de la cuchara goteante, que parecía coger cada vez una leve columna de humo sutil. Hacía frío, y la madre, enferma, gemía alguna vez en su sillón, bajo las mantas que la envolvían.

—¿Una buena noticia? —repitió Constanza.

Abdías la miró, más sonriente aún, y le hizo un guiño.

—Una gran noticia… Ahora…, cuando acabe.

Quería tenerlas intrigadas algún tiempo. Se sentía tan bien que de buena gana hubiese fumado una pipa.

¡Qué dichoso asombro el de su gente cuando, después de la espera disimuladamente ansiosa, le oyese decir!

—Mañana me marcho a un sanatorio. ¡Ya no hay que temer fúnebres cuidados! Buena comida, buena cama, sol, aire puro, largas horas reposadas ante los pinos olorosos…: todo esto me darán, por el amor de Dios, hombres a quienes aún no conozco.

—¿Qué ha dicho tu padre, Constanza? —inquirió la enferma—. Empuja un poco el sillón para que pueda oírle. Este dichoso grillo está gritando ahora en mi oído derecho.

La joven volvió el sillón de modo que el oído izquierdo de la mujer estuviese más próximo al grupo. La pequeña Lucila aprovechó esta ocupación de su hermana para posar su mano, sucia y débil, en el brazo de Abdías, que iba a elevar nuevamente la cuchara. El padre fijó un momento en la criatura su mirada distraída.

—¿Qué hay, gusanillo?

La chiquilla sonrió, azarada, y rebulló un poco. Otra vez se detuvo su mano sobre el burdo paño de la zamarra.

—¿Qué quieres?

Lucila comprobó que Constanza seguía atendiendo a su madre, y tiró apresuradamente de la chaqueta del minero, invitándole a inclinarse ante ella.

—¿Un beso? —adivinó Abdías.

Y la besó; pero la niña buscó el oído del padre para murmurar en él misteriosamente:

—¿Te gusta?

—¿Qué es lo que ha de gustarme?

Lucila señaló el plato con los ojos.

—¿La sopa? Muy buena…; está muy buena la sopa.

Lucila le soltó, suspiró y se puso un poco encarnada.

—Cuando yo sea mayor también la sabré hacer —vaticinó—, y he de poner el pan bien tostado.

Abdías volvió a abstraerse en sus pensamientos. La menor de sus hijas continuó, después de contemplar largamente el plato, casi vacío ya:

—Puede ser que le eche un poco de chorizo… Sí, alguna vez le echaré chorizo… Entonces te daré a ti también; pero a ti solo… A Constanza, no.

—A Constanza, no —asintió el padre maquinalmente.

—Lo comeremos todo los dos —añadió, sonriendo y con un anhelo extraño la chiquilla.

—Eso es.

Lucila le miraba como si esperase algo; pero él no se daba cuenta. Repentinamente seria, aproximó más a él la desgreñada cabecita, y la tierna boca suplicó en un susurro:

—¡Dame un poco!…

Abdías le ofreció una cucharada, como un mimo. Temblaba levemente la criatura al estirar el pescuezo hacia el bocado apetecido, y se oyó chocar sus dientes menudos contra el metal. Abdías siguió comiendo.

Pero entonces sonó la voz de Constanza:

—¡Luci!

Era una voz reprochadora. Lucila se apresuró a tragar, y enrojeció súbitamente.

—¡Luci, debías estar ya acostada, como tu hermana!

—¿Qué hace Luci? —interrogó la tullida—. ¿Qué hace ese diablillo, Constanza? ¡Jesús, Jesús! El grillo se me ha pasado ahora al oído izquierdo.

—La chiquilla está tomando la sopa del padre —acusó Constanza.

—¿Quién hace eso? ¡Vete a la cama, Luci!

La niña rompió de pronto a llorar, como bajo una aflicción inmensa. Entre sollozos, la vocecita infantil clamó, y con tan extraño acento, que parecía acusar más que pedir:

—¡Quiero comer, quiero comer! ¡Tengo mucha gana!

—¡Has comido ya! —gritó Constanza.

—¡No; no he comido, no he comido! ¡Tengo mucha gana!

Abdías pasó su mano sobre las tibias guedejas. Fue su mirada grave de Constanza a Donata. Acomodó a la pequeña en sus rodillas y le ofreció los restos del manjar.

—¡Bien! —censuró aún Constanza—. ¡Ahora privarás de su cena a papá, que está enfermo!

Tenía lágrimas en los ojos, y en su ira contra la hermana había más bien impotente rencor contra todas las miserias que asediaban la choza.

—¡Calla! —ordenó Abdías.

Y dio de comer cariñosamente a la hambrienta. Después la besó y la empujó hacia el lecho. Mientras tanto pensaba, y su egoísmo de moribundo se deshacía bajo el amor y la compasión por los suyos, que aquella noche habían querido guardar para el

enfermo el único plato de sopas.

Regresó Constanza, después de arropar a la niña. El minero comenzó a hablar:

—¿Queréis saber, al fin, la buena nueva?

Hubo un silencio, en el que Abdías buscó un acento alegre para sus palabras.

—Volveré a trabajar mañana —anunció—. Jacobo, el ayudante de palero de la fábrica de hojalata, se marcha a América. Tendré su puesto. Pagan muy bien, y estaremos todavía mejor que antes.

Calló, y se hizo el silencio mayor aún en la pobre vivienda. Constanza evocó la visión del «Infierno». Recordó al propio Jacobo sosteniendo en el extremo de una pértiga ahorquillada una arpillera empapada hasta chorrear para interponer su amparo entre el palero y la blanca boca del horno. Recordó cómo unos segundos bastaban para que el terrible calor volatilizase el agua y aun incendiase la tosca tela… ¿Cuántas horas podría resistir su padre aquel trabajo que abrasaba los pulmones de los hombres más vigorosos?

Abdías afirmó:

—Ahora estoy fuerte ya… Desde hace unos días vengo notando que vuelvo a estar fuerte.

Sonrió a su hija… Y su hija apartó de él los ojos y se echó a llorar.

* * *

Dos años habían transcurrido desde que abrieron para Abdías Marzán una fosa en la estéril tierra de Negrimia. Los hornos continuaban devorando hombres y carbón. Aquel ingrato hacinamiento de talleres era, en la llanada, como otra isla donde un doctor Moreau torturase, para elevar su esencia, no a seres vivos, sino a la misma materia inorgánica. Como gritaban los animales atormentados en el gabinete del extraño personaje de Wells, así gritaba y se retorcía la materia, de apariencia insensible, en los laboratorios de Negrimia. Gemían los rojos lingotes de hierro bajo la presión de los laminadores, o se escapaban sobre el suelo cementado como largas sierpes flexibles, siempre capturadas por las fuertes tenazas y devueltas a la máquina infatigable; volcaban los convertidores, entre humo verdoso, el incandescente líquido, que chisporroteaba al contacto de un nuevo recipiente, o se deshacía en breves rosas de luz al tocar la tierra de los moldes. Un enjambre de seres sudorosos, tiznados, mudos entre el estrépito, eran como los auxiliares de aquel suplicio; y así como los animales del doctor fantástico salían del dolor monstruosos, pero espiritualmente realzados, así la materia fundida, abrasada, taladrada, retorcida, limada, tenía después un sello de humanidad; y era la máquina. Algo más que un sello de humanidad: una parte de la Humanidad misma. Era el sable que prolonga el brazo, la bala que vuela como un pensamiento mortal, los carriles sobre los que corre el tren que suple nuestra torpeza, los alambres que conducen los signos o la voz de nuestros idiomas, los útiles

que facilitan y perfeccionan el trabajo, las agujas, la azada, el hierro de la caja de caudales y el de la verde reja del jardín, y la fina lámina de la pluma que fija y difunde las ideas… Por la desgarradura de las minas, y con el dolor de los talleres, la tierra paría a nuestros hermanos menores, las máquinas, tan múltiples y diversas como la viva fauna que va del insecto al elefante.

Poco después del fallecimiento de Abdías Marzán, su hija segunda encontró ocupación en una fábrica. Constanza, sujeta en la choza por el cuidado de la enferma, había ideado dedicarse a la venta subrepticia de vinos. No pagaba contribución ni había añadido al escaso menaje casero útil alguno que denunciase una taberna; pero cualquiera que llegase paseando hasta aquel arrabal y sintiese hambre o sed sabía que la hermosa muchacha estaba pronta a servir una jarra espumosa o a encender unas astillas bajo la sartén donde había de calentarse una merienda.

Promediaba una tarde calurosa de junio, cuando un enorme automóvil, brillante y poderoso, que había salido momentos antes de Negrimia, se detuvo, rechinando, a unos cuantos metros de la choza. Un señor, provisto de todas cuantas prendas y accesorios pueden hacer más feliz un viaje por carretera, preguntó al chófer con muy mal talante:

—¿Qué sucede ahora?

El chófer había saltado del coche.

—Otra cubierta destrozada, señor. No es muy agradable viajar por estos lugares.

Erguido junto al automóvil, había cruzado los brazos e hinchaba los carrillos con un soplo iracundo.

—Por fortuna, el pueblo está cerca. Tendré que ir allá…

Consultó a su amo con la mirada. La mole señorial, revestida de un guardapolvo, una piel, un pasamontañas, manoplas, gafas y tapaboca, se agitó para interpelar a un hombre enlutado y triste que se sentaba a su derecha:

—Dígame usted, Lucio, si se conoce en el mundo bondad como la mía, que aún conservo a este hombre a mi servicio. ¿Qué ocurriría si fuese en mitad del camino donde nos faltase la cubierta? ¿Ha oído usted hablar, por acaso, de un chófer más imprevisor?

—He oído hablar de muchos chóferes imprevisores, señor Granmont —contestó el secretario del personaje—; pero ninguno podría compararse con este.

El viajero pareció alegrarse de esta superioridad sobre todos los demás propietarios de coches, y gritó, sin excesiva cólera, al mecánico:

—¿Qué haces ahí? ¡Corre al pueblo y trae todo lo que haga falta!

El servidor emprendió a pie, lentamente, el regreso a Negrimia. Archibaldo Granmont desembarazose de gran parte de sus adminículos y comenzó a pasearse aburridamente por la carretera. El calor era sofocante. Granmont se detuvo a la sombra del olmo crecido que abría su pompa no lejos de la choza de Abdías y contempló distraídamente la humilde morada, la joven que, desde el umbral, fijaba sus ojos en el coche y una mesa de pino que, entre dos sillas, exhibía su manchado

tablero en el exterior de la vivienda, al cobijo del muro. La singular perspicacia del señor Granmont le advirtió que aquella mesa estaba allí para algo, y cuando una inspección más escrupulosa le hizo observar las huellas circulares que el fondo de los vasos rebosantes de vino había dejado en la madera, concibió la esperanza de hallar en aquel antro algo con que mitigar a un tiempo su sed y su calor. Algunas preguntas sabiamente formuladas le hicieron saber que entre las cuatro oscuras paredes de la choza existía una parte importante de los elementos necesarios para hacer un ponche frío. Los pidió, y cuando Constanza los hubo depositado en la mesita, el filántropo hizo la mezcla con escrupuloso cuidado y llamó al secretario, que no se había movido del coche. Los ojos del creso brillaban con la misma alegría que debe iluminar los de cualquier inventor afortunado de un jarabe contra la tos, que espera de él honra y provecho.

—Lucio —exclamó—, dígame con franqueza qué opina de esta bebida.

Lucio llevó a su boca el vaso, tragó primero un breve sorbo, luego otro mayor, abrió una larga pausa, en la que hizo convergir sus pupilas; frunció los labios y las cejas y aun hizo otros gestos, con los que pretendió reflejar su delicia, pero que, en realidad, sugerían la sospecha de que acababa de envenenarse. Por fin, agotó el líquido y definió:

—Es un ponche magnífico. Nunca he probado otro igual. Especialmente el limón está en las proporciones justas.

—No tiene limón.

—Por eso he dicho en las proporciones justas —corrigió Lucio—. No me decidiré jamás a aprobar que se eche limón en el ponche.

—Yo echo siempre limón en el ponche —afirmó Archibaldo severamente—; pero esta joven no me lo ha podido facilitar. Es usted el hombre de peor gusto que conozco, Lucio. Siempre me he preguntado por qué le tengo a mi servicio.

—Me atrevo a creer —balbució el adulador, muy apurado— que vuestra excelencia interpretó mal mis palabras. Si verdaderamente hubiese yo dicho algo en contra del ponche de limón, no tendría consuelo en mi vida. Vuestra excelencia sabe que no siempre encuentro la forma más apropiada de expresión.

Estas frases parecieron abrir nuevos caminos a las preocupaciones del personaje, porque su frente se cargó de arrugas y, cuando mandó a su secretario que se sentase frente a él en la mesa, su voz ya no revelaba enojo alguno.

—¡La expresión… —murmuró, pasado un instante—, las palabras…! ¡Qué difícil es manejarlas bien!

Lucio se creyó obligado a suspirar melancólica y profundamente.

—Si usted me oyese ahora decirle *plitocancio* —siguió el prócer—, ¿qué pensaría usted?

—Que lo tengo bien merecido, señor —aseguró, después de vacilar un poco, el secretario, con el más humilde gesto de compunción.

Archibaldo le miró con asombro.

—No me ha entendido usted, Lucio. Óigame. Usted sabe que, después de haber pagado la edición de lujo de todos los clásicos, voy a merecer de la Academia de la Lengua ser llamado a su seno como individuo de número. Este honor me obsesiona por su importancia. Anoche, antes de dormirme, pensaba yo en los nuevos deberes que acumula sobre los míos ese nombramiento. He dado dinero a muchos poetas, subvenciono el Teatro Nacional. Pero esto no basta. Tengo que hacer algo por el idioma. No soy orador, no sé escribir una novela… ¿Qué puedo idear?… Si, por lo menos, inventase una palabra… Y así, casi en sueños, se me ocurrió de repente esa que usted ha oído: *plitocancio*.

Lucio miró arrobado a su señor, que adoptó un aire de modestia.

—¡Es un verdadero hallazgo! —alabó.

—No es fea —reconoció Granmont—, tiene eufonía. Pero lo malo está en que no sé lo que quiere decir.

Lucio meditó un poco.

—Lo primero que hay que hacer con ella —aconsejó— es indagar su etimología.

—Temo que no tenga etimología, Lucio. Ya le he dicho que se me ocurrió de repente. Lo más adecuado sería buscar un ser o un objeto a quien conviniese. Tenemos el nombre, pero no tenemos la cosa. ¿A usted qué le sugiere esa palabra?

—¿Cómo es?

—*Plitocancio*. Examínela bien… *Plitocancio*…, *plitocancio*…

Lucio contempló fijamente el suelo.

—Quizá no le viniese mal a un plato de cocina —aventuró con timidez.

Granmont hizo un mohín.

—«*Plitocancio* a la marinera» sonaría muy bien —insistió el secretario.

—No.

—Aunque quizá conviniese más ese nombre a cualquier monstruo antediluviano —rectificó Lucio.

El filántropo meneó la cabeza.

—Comienzo a pensar —dijo— que esa designación es muy recomendable para una planta. Los vegetales suelen llevar nombres de ese estilo. Ahora solo nos falta buscar quien descubra la planta.

—Eso es lo más fácil, señor —aseguró Lucio—, y al que se encargue de ello ya se le da más de medio camino andado.

El protector de los necesitados dio una palmada sobre la mesa.

—¿No me ha escrito hace días la Sociedad Geográfica pidiendo dinero para ayudar al viaje de un naturalista a la Guinea?

—Sí…; el profesor Durand…

—Es preciso que vea usted mañana a ese profesor. Le da usted un cheque y el encargo de que descubra el *plitocancio*. Dígale que me agradaría que fuese una planta propia de jardín; y si tiene que ser un insecto, prefiero una mariposa.

En lo alto del camino, a lo lejos, apareció el chófer, que hacía rodar ante él una

cubierta. Archibaldo llamó para pagar el ponche, y Constanza se detuvo ante la mesa, ocupada atentamente en sumar los precios, pero en realidad pensando hasta qué punto se dejarían robar aquellos señores. Rojos los labios, grandes y negros los ojos, morena la tez entre la prieta cabellera, ceñida por un pintoresco traje, la moza despertaba el sano apetito que hace codiciar la fruta en el árbol, con preferencia a la que sirve, entre trozos de hielo y en fuentes de plata y de cristal, un camarero ceremonioso. Granmont, acaso por su natural bondad o porque le hubiese puesto de buen humor el descubrimiento del *plitocancio*, alabó:

—¡Hermosa muchacha!

La joven siguió echando sus cuentas. El magnate insistió, sin mejor éxito:

—Tiene un bonito color de piel.

Constancia dio fin a sus cálculos.

—Cuatro coronas —dijo.

Lucio la interpeló, sonriendo, en socorro de su amo:

—¿No oyes que te ha alabado ese señor?

El reproche solo mereció un leve encogimiento de hombros. Granmont puso sus monedas en la mano de la joven y le acarició después la barbilla con el pulgar y el índice en gesto paternal. La moza dio un respingo y vertió, quizá sin querer, parte del líquido que aún quedaba en un vaso sobre el traje del mecenas.

—¡Qué ineducación! —protestó el secretario amargamente.

—Calle usted, Lucio —ordenó Granmont—. Esta amiguita va a dejar ahora que la bese por diez coronas.

—Ni por todo el oro del mundo, señor —respondió Constanza sin alterarse—. Me tengo en más estima.

Lucio aclaró:

—¡Es una lástima! ¿Sabes tú quién es este caballero?

Constanza continuó recogiendo vasos y botellas.

—Una máscara —contestó.

—¡Una máscara!

—Déjela usted, Lucio —aconsejó el filántropo, que en aquel momento se sintió incómodo con su pasamontañas y su guardapolvo y sus gafas color caramelo—. Déjela usted. ¿Qué sabe ella?

—Pues va a saberlo. ¿Quieres conocer el nombre de este señor que te ha hecho la merced de hablarte?

—¡Qué tontería, Lucio! —objetó débilmente el prócer, previendo la consternación de la muchacha.

Y, para desentenderse de aquella indiscreción, se dedicó a limpiar sus pantalones.

—Este es el señor Granmont —aclaró el secretario.

No ocurrió nada. La joven terminó de reunir botellas en una desconchada bandeja.

—Archibaldo Granmont —repitió Lucio—. ¿Has oído?

—He oído. ¿Y qué tenemos con eso? Es un nombre bastante raro; pero hay otros más feos aún.

Lucio y su señor cambiaron una mirada de espanto.

—¡Qué incultura! —gimió el primero.

Constanza desapareció en la choza. El ilustre filántropo se dirigió lentamente hacia el automóvil y se acomodó en él. Trepidó el motor.

—Quisiera saber ciertamente lo que es una reputación, Lucio —habló el personaje con disimulada tristeza—. He ahí, a ocho leguas de la capital y a dos pasos de Negrimia, una persona que no ha oído nunca, hasta hoy, pronunciar mi nombre.

—La culpa es de los maestros, excelencia.

Archibaldo enmudeció. Diez kilómetros más allá dijo:

—Entérese de quién es esa joven… Querría saber…

Rodaba el coche sobre el asfalto de la ciudad cuando Granmont volvió a romper su silencio:

—Es muy hermosa —afirmó, suspirando.

—¿Quién? —inquirió el secretario, apresurándose a examinar los balcones y las aceras.

—Esa muchacha de Negrimia.

—¡Ah!

—Muy hermosa.

—Ciertamente, excelencia.

Un cuarto de hora después, en su palacio, cuando ya se había desembarazado de una manga de su guardapolvo, el señor Granmont pareció salir de su largo ensimismamiento, colocó su mano libre en el hombro de su secretario y le miró con un mirar cargado de amargura.

—¿Quiere usted oír una gran verdad?

Lucio se inclinó respetuosamente.

—En esta vida —suspiró el prócer— no hay felicidad, amigo mío.

Aumentó un poco la presión de su mano.

—Y casi me siento inclinado a afirmar que no hay justicia.

Aún miró algunos segundos más a su servidor, como para hacerle advertir la firmeza de tales convicciones. Después terminó de despojarse del guardapolvo y se retiró con la cabeza baja y los pulgares en la sisa de su chaleco.

CAPÍTULO V

DURANTE EL CUAL VEINTE HOMBRES GORDOS ESTÁN SENTADOS ALREDEDOR DE UNA MESA

Puede decirse que sería muy duro el corazón del hombre que no hubiese sonreído, bajo el influjo de un íntimo contento, como sonrió Florio Oliván al contemplar, desde la puerta de un lujoso comedor de La Marmita de Oro, el espectáculo que ofrecían los camaradas de Las Siete Vacas Gordas. El propio Alberto Truffe se detuvo también, con las manos cruzadas sobre el vientre y la cabeza un poco ladeada, para ponderar:

—Míralos, Florio: he ahí los veinte mejores hombres de todo el reino. ¡Qué cuadro enternecedor ofrecen! Solo el verlos abre el apetito, Florio.

Veinte eran, en efecto, los que con Truffe formaban la original agrupación, cuyo único fin conocido era devorar pantagruélicamente, ora como individuos, ora como colectividad. Allí estaban comiendo entremeses y charlando, gordos, brillantes, inmensos, enrojecidos, unido el pestorejo a la papada, como una gola o como una bandeja que sostuviese la cabeza sobre el corpachón esférico. Algunos utilizaban dos sillas para sentarse con relativa comodidad. Otros hacían temblar la habitación con sus pisadas al ir desde la mesita que soportaba los entremeses a la que ofrecía licores y mezclas aperitivas, de matices brillantes. Entonces temblaban también un poco, como enormes masas gelatinosas, las barrigas de los que estaban sentados, y las innúmeras copas dispuestas sobre la larga mesa central tintineaban.

Al aparecer, con Truffe, Florio y Marco Massipo, todos se pusieron en pie; todos, menos un asociado de ciento setenta kilos, que, por haberse acomodado en un asiento demasiado bajo, no pudo incorporarse, a pesar de sus desesperados esfuerzos.

—Bien, Truffe —exclamó, después de los saludos, uno de los glotones—; ¿has estado ya en la cocina?

—He estado en la cocina, queridos amigos —afirmó el presidente de Las Siete Vacas Gordas—, y tengo la satisfacción de anunciaros que todo va bien.

Un caballero, cuyo pantalón semejaba un enorme embudo, opinó:

—Yo no hubiese puesto en el menú un plato de langostinos, Alberto. ¡Nunca! Y me duele no haberlo sabido antes. Los langostinos no son un manjar serio; está muy bien para distraerse, como las sardinas o las chuletas de cordero; pero no sirven para una comida.

—Son pasteles de langostinos, Armando —exclamó Truffe.

—Bueno, no insisto más; pero debieron traerlos con los entremeses. Eso es lo que pienso.

Oliván había salido para mostrar a Marco la magnificencia del restaurante, el más acreditado de la ciudad. Amplias salas de techos artesonados, pisos de reluciente madera, ventanales de un solo cristal, grandes macetas que sostenían frondosas plantas de estufa, criados silenciosos. En el bar, anexo a los comedores —una caja de

mármol blanco con montera de vidrios—, todo relucía y brillaba con la más impecable pulcritud entre la luz, que los gruesos vidrios hacían un poco verdosa. En el níquel de las cocteleras y de los grifos que se alzaban en columnas metálicas sobre el mostrador, se reflejaba el cabeceo de los ventiladores, que llenaban con su zumbido la estancia, y la anaquelería, cubierta con botellas extrañas y adornada con banderitas, y también —en terrible caricatura— el rostro del *barman*, inmóvil y atento, que llevaba su chaqueta blanca con el mismo grave orgullo que si fuera un uniforme de mariscal.

—¿Qué te parece, Marco?

El antiguo conserje del cementerio de San Mamed alabó sinceramente:

—No está mal esto, señor; es fresco y alegre como la tumba de un niño.

E íntimamente orgulloso de la exactitud de su imagen, se alisó el pelo, que una ráfaga de ventilador había alborotado, y regresó, con Florio, al comedor de los glotones.

Ya estaba allí Guido de Cœdere, ceñido en su hermoso traje de colorines, y no tardó en llegar Adriana, seductora y risueña, tan grácil y movible, de tan adorable esbeltez, que los veinte compañeros de Truffe parecieron, por contraste, haber aumentado el volumen desde que ella entró. Como un rebaño de elefantes que cortejasen a una garza, aproximáronse a ella los miembros de Las Siete Vacas Gordas para agradecer su presencia. El obeso anciano que ocupaba el bajo y cómodo butacón hizo entonces todo lo que le es posible hacer a un hombre para levantarse, sin lograr otro resultado que hacer crujir el recio mueble que le soportaba.

—Ocúlteme, Pedro —rogó entonces a uno de los comensales.

Y el así llamado inmovilizó ante él su crasa humanidad, con lo que el otro quedó invisible para Adriana e inadvertida la falta de su saludo.

Como no se esperaba más para dar comienzo a la comida, cada cual ocupó en la mesa el sitio que de antemano se le señalara, y hubo ese instante de silencio que es el inicial de todo banquete. Una voz se alzó para anunciar con mal disimulada timidez:

—Nuestro querido tesorero, el señor Crombo, ruega que se le permita comer aparte.

Truffe dirigió sus asombrados ojos al lugar que en la mesa debía estar ocupado por la mole del tesorero, y lo vio vacío.

—¡Cómo es eso! —gruñó—. ¿Dónde está Crombo?

Desde un extremo de la estancia, el hombre pegado al butacón gritó:

—Estoy aquí, querido Truffe.

Alberto se volvió hacia él.

—¿Qué absurda idea es esa, amado señor Crombo? ¿Cómo puede usted rehusar nuestra compañía? ¿Es que no se encuentra usted bien?

—¡Oh! —se apresuró a contestar el otro—. Me encuentro muy bien. Palabra. Nunca me he encontrado tan bien. Este es un sitio delicioso. Mi único deseo es que traigan aquí una mesita… o un velador… que no sea muy alto…

Truffe adoptó un gesto severo.

—Señor Crombo —interrumpió—, tenga la bondad de venir. Estamos haciendo esperar a una dama.

El caballero de los ciento setenta kilos posó su angustiosa mirada en los compañeros; pero no se decidió a repetir, bajo los bellos ojos de la dama aludida, su inútil braceo de sapo caído de espaldas.

—¿No se mueve usted, señor Crombo?

—Perfectamente, Truffe; me moveré, si usted quiere —ofreció el anciano con sombría desesperación—; creo que conseguiré escurrirme hasta el suelo, pero después será peor.

Truffe comprendió.

—Que vaya una comisión a convencer al tesorero —dijo con una indulgente sonrisa.

Y tres o cuatro de los más ágiles camaradas, auxiliados por dos mozos de comedor, se acercaron a Crombo para emprender una labor de convencimiento, que consistió en tirar unos fuertemente de sus brazos y de su chaqueta, mientras otros le empujaban por la espalda, hasta que se puso en pie, sudoroso, entre un huracán de resoplidos.

Las primeras fuentes llegaron al salón; pero no se rompió el silencio hasta dar fin al tercer plato de la larga lista, momento en el cual uno de los comensales interrogó a Cœdere acerca de la exactitud de los rumores que atribuían a los rebeldes de Oceanía la costumbre de comer carne humana, y, en caso de ser cierto, rogó algunos datos acerca de la manera de condimentar a las víctimas.

—La verdad es —respondió el comandante— que nunca he tenido ocasión de comprobar esas noticias. Tal vez algunas tribus del interior sean antropófagas; pero yo he operado siempre en el territorio de Malamó, cerca del litoral…

—El señor Cœdere —explicó Truffe para subrayar la categoría del invitado— fue el bravo que tomó primeramente el monte de los Buitres.

Un imponente caballero que había abierto la boca sobre la tajada presa en el tenedor interpeló entonces al mílite:

—¡Ah! ¿Fue usted, señor, el del monte de los Buitres?… En esa acción murió el mejor cocinero que he tenido en la vida. ¡Gran pérdida! Oiría con mucho interés los detalles del glorioso encuentro, si no le molesta a usted referírmelos.

—No me molesta —afirmó Cœdere—; pero nada hubo de particular en aquel hecho. Subimos al monte disparando tiros, por un lado, y los malamitas se marcharon por el otro.

—¿Nada más que eso? —exclamó, desencantado, el hombre que había perdido a su cocinero—. Sin embargo, yo he oído hablar durante muchos años del monte de los Buitres. Creo recordar que lo hemos tomado veinte o treinta veces, y otras tantas lo ha recuperado el enemigo.

—Sí, pero hay una explicación que… no está al alcance de todo el mundo.

—Es lo que se llama «estrategia» —aseguró Truffe guiñando un ojo, porque al parecer, tenía una idea bastante divertida de lo que podía significar aquella palabra.

El comandante exclamó:

—En este caso, el monte de los Buitres fue el pretexto de que se valió el Estado para recompensar méritos hasta entonces desatendidos. Ustedes saben que cuando estalló esa guerra hacía unos doscientos años que vivíamos en paz con todas las naciones. ¿Cuántos grandes generales, cuántos héroes prodigiosos murieron, por esta razón, desconocidos, sin hallar la ocasión de legar su nombre a la historia? Nadie podrá calcularlo jamás. La rebelión de los malamitas vino, por fortuna, a quebrantar nuestro marasmo. Entonces se vieron los gobernantes en la necesidad de administrar con escrupuloso cuidado esa guerra llovida del cielo. Todo el ejercito, harto de los ascensos por escalafón, quería ir a batirse; pero los malamitas no son más que seis mil, incluyendo ancianos, mujeres y niños; y si cayesen sobre ellos todas nuestras fuerzas, quedarían aniquilados en una sola jornada. ¿Cómo era posible satisfacer con tan pobre bocado el apetito beligerante de un millón de hombres en pie de guerra? La solución honra a nuestros políticos. Cien mil soldados marcharon a pelear; cuatrocientos mil fueron con ellos para llevarles municiones, comprar vituallas, recoger los heridos, cocina, construir barracones, hacer fotografías, instalar aparatos, guiar automóviles, instruir sumarias. Los quinientos mil restantes permanecieron en la metrópoli haciendo las cuentas del gasto. Fue una intachable distribución que permitió a todos satisfacer el patriótico afán de tomar parte en la contienda. Pero aun así quedaba algo muy importante que resolver, y era la acción belicosa de los cien mil guerreros. Hubo que dosificar los choques. Cuando yo tomé, con mis muchachos, el monte de los Buitres, el resto de las tropas permaneció en una forzosa holganza, porque yo había monopolizado el enemigo, poco numeroso por entonces. Durante una semana esa quietud se rompió con la organización de los convoyes. ¡Hermosos convoyes, caballeros! Venían con cada uno de ellos varios generales y la banda de música; el café nos lo servía otro convoy no menos lucido e imponente. Al octavo día recibí, con la noticia de mi ascenso a capitán, la orden de abandonar el monte. Nos replegamos. Un mes después, la compañía que mandaba el hijo del generalísimo tomó nuevamente la posición. Se concedió otro ascenso. En fechas posteriores la ocuparon tres comandantes y cinco coroneles. Al fin la reputación del monte de los Buitres fue tan clamorosa que el general Malúquez se resolvió hacerle el honor de coronarlo él al frente de sus hombres, por lo que fue nombrado general de división. Esta es la historia. Aun hoy continúa ese monte sirviendo para demostrar que no hay oficial ni jefe en nuestro gloriosísimo ejército que no tenga sobrados arrestos para dominarlo.

—No está mal la estrategia esa —alabó Truffe.

El gordo al que la patria le había arrebatado el cocinero, y que por tal razón sentía cierto interés por la milicia, indagó:

—¿Fue en esa lucha donde ha ganado usted las Aspas de la Temeridad?

—No; fue en otra ocasión más terrible.

Adriana Sánder suplicó:

—Cuéntela.

—Recordarán ustedes los ataques del cinco de marzo, cuando otras tribus se decidieron a auxiliar a los malamitas, y la sublevación alcanzó su gravedad máxima. Entonces estaba destacado en una posición, y tuve que defenderme contra una nube de rebeldes que lucharon con verdadero coraje. La agresión comenzó, casi inesperadamente a medianoche, y nos batimos un día entero. Los hombres caían como fruta madura, y hubo muchos instantes en que creí que ninguno de nosotros podría salir con vida de aquel lugar. Estaba a mis órdenes como teniente un animoso muchacho de humilde origen, que cuando se vio precisado a cumplir su deber militar trabajaba en una fábrica de tejidos. No tenía afición a las armas, pero sobrellevaba contento el servicio, porque el director de la empresa, satisfecho de él, le había ofrecido el puesto de inspector del trabajo en los talleres cuando regresase con la licencia. Mi asistente estaba enloquecido de júbilo con esa perspectiva. Me profesaba un grande afecto y me hacía confidencias más de una vez. Aquel día tuvo uno de los puestos de mayor peligro en el reducto pero su optimismo no decaía un momento, aunque vio rodar cerca de él a muchos bravos. Los malamitas dominaban la posición desde una altura y hacían sobre nosotros un fuego incesante. Imaginen el cuadro: sangre, estrépito, ayes… Al amanecer, mi ordenanza cayó herido en una pierna. Fui a confortarle en la barraca donde le estaban vendando. «He perdido el empleo, mi capitán» —dijo al verme—. «Animo —le exhorté—; eso no es nada.» «No es nada; pero con una pierna de palo no se puede ser inspector-jefe; oirían que me acercaba y burlarían mis cuidados; habré de contentarme con un cargo de vigilante en cualquier nave.» Poco después se hizo llevar al parapeto y continuó disparando. No me opuse, porque aseguro a ustedes que no sobraba ningún fusil. Mediaba la mañana cuando hizo donación a su patria de la otra pierna. Al ser retirado se cruzó conmigo. «¡Aún hay porvenir —me gritó—; aprenderé mecanografía!» Siguió batiéndose aquel héroe, tumbado en unos sacos; y al perder su mano izquierda todavía perseveró en su puesto tiroteando al enemigo.

»¿Cómo escapamos de aquel asedio? No lo sé; pero, al caer la tarde, los malamitas, varias veces rechazados, desistieron de sus acometidas y terminaron por retirarse. Yo sufrí una herida en un hombro, que no me impidió atender a mis deberes. La jornada había sido espantosa. Cuando hice el recuento de bajas, supe que de mis ciento veinte soldados quedaban vivos tan solo cuarenta y uno. Tan solo cuarenta y uno. No quiero ocultar a ustedes que, ya restablecida la calma, pensé que, en medio de la suerte que representaba no haber perecido todos en el combate, no era completa mi ventura. El reglamento de las Aspas de la Temeridad exige, para que tan alta distinción pueda ser otorgada a un oficial, que, además de verter su propia sangre, haya perdido en la acción las dos terceras partes de los hombres de su mando. Las Aspas de la Temeridad son casi un titulo de nobleza y una cuantiosa pensión, y

grandes privilegios… Todo eso tendría yo si hubiese muerto un hombre más; uno más… Bien poco entre tanto cadáver. Conté de nuevo a los vivos. Eran cuarenta y uno. Ni uno menos. No había que soñar con las Aspas.

»Algo triste —¿quién no lo estaría en mi caso?— fui a ver a mi asistente, que reposaba en un trozo de lona tenso entre cuatro estacas. Le habían destrozado a última hora la mano derecha. ”¿Cómo va eso?”, dije. “Disfrutando lo que me han dejado”, contestó; pero adiviné que no estaba muy satisfecho. “Esta es la guerra”, declaré. “Ya lo veo, señor; y le aseguro que no la he confundido con otra cosa.” “Mira, Juan —le expuse para animarle—, todos tenemos que sufrir nuestros males y bajar la cabeza ante la fatalidad; ya ves: yo he perdido hoy, por un pequeño detalle, las Aspas con distintivo rojo, y aquí me tienes resignado con la injusticia del destino.” Y le conté lo que ocurría. Me escuchó atentamente, Y repuso: “Mi capitán, esta mañana aún era yo inspector de trabajo; luego me reduje a vigilante de taller; después confié en servir como mecanógrafo; cuando perdí, tras las dos piernas, una mano, pensé que mi jefe no se negaría a concederme la plaza del hombre que toca la campana para que los obreros entren o salgan de la fábrica. Mi pan estaba de todas maneras seguro. Más pan o menos pan; pero al fin, era el sustento. Había porvenir. Ahora no hay nada. No podré trabajar, y si vivo, habrá de ser a costa de la caridad de la gente… ¿Sabe usted lo que le digo, mi capitán? Que yo soy ese pequeño detalle que le hace falta.” “No entiendo”, balbucí. “Que aquí tiene usted ya las tres cuartas partes del cadáver que necesita, y de lo que me queda en buen estado puede usted hacerse las aspas, porque se lo regalo con mucho gusto.” Comprendí entonces lo que quería y le amonesté. Pero fue inútil. Al día siguiente le encontramos agonizante; se había arrancado las vendas, y su sangre empapaba la tierra. “Capitán —murmuró con voz debilísima—, no querría ser enterrado aquí.” Le ofrecí que le llevaríamos con nosotros y que en su lápida se haría constar su heroísmo. “No es necesario —me dijo —; deseo que graben tan solo: *Aquí yace un pequeño detalle*.” Y murió. Era un valiente. Nunca podré olvidar que su vida es la octogésima parte de las Aspas que llevo.»

Durante esta conmovedora narración, los opulentos socios de Las Siete Vacas Gordas comieron tan copiosamente, que nadie podría dudar de que el interés de la charla había hecho perder la noción de sus actos. Adriana Sánder, exaltada por la admiración, elevó su copa, en un brindis devoto y mudo ante Cœdere, y ambos bebieron sin apartar sus miradas. Florio sintió la mordedura de los celos, y comenzó a decir:

—Creo que la importancia que se le da a la muerte y al valor de un guerrero…

Pero un comensal le interrumpió, gritando:

—¡Señor presidente, que se lea el artículo quinto de nuestros estatutos!

—Querido Florio —habló entonces Truffe—, será preciso cambiar de tema. Nuestro reglamento nos prohíbe hablar de la muerte en estas reuniones.

Oliván encogió, malhumorado, los hombros, y Alberto se creyó en el caso de

explicar al heroico comandante, temiendo merecer su desprecio:

—No es que nos aterre la evocación de lo que al fin ha de ocurrirnos a todos, sino que preferimos asuntos más agradables para nuestras charlas. No somos cobardes; pero tenemos un buen corazón. He ahí todo.

—Diga usted mejor, Truffe, que comprendemos y estimamos lo que hay de amable en la vida… —proclamó el viejo Crombo.

—Sí, sí —apoyaron muchos glotones—; no existen motivos serios para quejarse de ella.

Continuó Truffe:

—Dicen que no hay un gordo que sea malvado. No lo sé; pero puedo asegurar que todos los hombres tristes que conozco no exceden de los setenta kilos.

Un largo murmullo aprobó esta manifestación interesante. Marco Massipo se atrevió a objetar:

—Yo bien sé de cien kilos juntos en una sola pieza que no estaba conforme con ustedes.

Crombo aventuró:

—Sería un enfermo.

—Era la abadesa de un convento de Capuchinas —afirmó el hombre fúnebre—, y lo que sucedió con aquella virtuosa señora es posible que no haya ocurrido otra vez desde que el mundo es mundo.

—¿Qué sucedió? —preguntaron algunos.

Massipo movió con solemnidad la pensativa cabeza.

—Algo muy edificante, señores míos, que debiera hacerse conocer en todas las escuelas del reino. Debo decir que la abadesa de las Capuchinas estaba enterrada en el cementerio de San Mamed; pero con esto no creo faltar a los estatutos de que ustedes hablaban, porque el cementerio de San Mamed era uno de los lugares más amenos de Europa, y siempre afirmaré que fue una grave equivocación clausurarlo. Sería inútil, no obstante, buscar las cenizas de la venerable monja en su ataúd, porque la verdad es que la sepultura está vacía y la lápida rota. Una noche (hace ya muchos años) apareció así, y pocas personas saben el secreto de tan extraña ausencia. Si yo puedo decir algo es por habérselo oído al más viejo de los enterradores de San Mamed, un individuo conocedor de muchas historias y de todas las marcas de aguardiente de precio inferior a tres coronas por litro.

Se interrumpió el narrador para sujetar con ambas manos el plato que un camarero intentaba llevarse, y, más tranquilo, continuó:

—Parece ser que la reverenda madre había llevado una vida ejemplar, y si era verdad que pesaba cien kilos, era por la inmovilidad a que la obligaba el claustro, no porque hubiese comido nunca más de lo absolutamente preciso para no morir. Cuando su alma se le escapó en una oración, fue directamente al Cielo, y las magníficas puertas abriéronse para ella de par en par, sin más trámites que su advertida presencia. La virtud de la anciana monja era estimada por quien todo lo

sabe, y quien todo lo sabe dispuso que el espíritu recién llegado compareciese ante Él. Fueron presurosos unos ángeles y volvieron trayendo a la abadesa, que se prosternó colmada de celestial delicia. Y el Señor habló:

«—Conozco tu amor hacia Mí —le dijo—; quiero ahora oír lo que piensas de la vida que te he dado y del mundo de donde vienes.

»—Señor —suspiró la santa mujer—, ¿cómo evocar ahora lo que, ante Ti, me parece, más que nunca, lugar de horrible destierro?

»Plugo al Altísimo la respuesta; pero insistió amorosamente:

»—¿Cómo juzgaste a los humanos?

»—Siempre les creí, Señor, viles criaturas, manchadas por el lodo del pecado, revolcándose en sus propias miserias, ignorantes de su infinita pequeñez y de su maldad enorme.

»—Sí, sí —asintió Dios, paternal, sin ira—: es tremenda esa gente, es incorregible. Pero, sin duda, existen entre ellos seres hermosos y gallardos capaces de inspirar una sana admiración.

»—Pequeños bienes son los de la belleza y la gallardía, Señor, que envanecen a quienes los poseen y que el tiempo o una enfermedad destruyen.

»—Verdad es. Mas acaso, entre tus amigos haya habido un alma noble, un espíritu inteligente…

»—Señor, yo he leído en el *Kempis*: “El que se aparta de sus amigos y conocidos consigue que se le acerquen Dios y sus ángeles”. Yo he renunciado al engañoso trato de los hombres.

»—¿Y el mundo? —inquirió Dios, como si tratase de cambiar de tema—. La tierra misma, ¿qué te pareció?

»—Valle de lágrimas, patria de afligidos, palenque de luchas, celda de mortificación…

»—Sin duda…, sin duda… Pero hay también algunas cosas: una puesta de sol, las flores, ciertos paisajes…

»—Yo he elegido para pasar mis días un lugar tan árido, que ni la hierba acertaba a crecer.

»—¿Por qué has elegido así?

»—¿Para qué buscar alegrías transitorias, Señor? Yo no apetecía más que arroyos de lágrimas para lavarme y purificarme en ellos.

»—Y la fruta azucarada y madura, ¿no merece tu elogio? ¿No has clavado nunca tus dientes con delicia en la pulpa de un melocotón sazonado?

»—He comido las negras hogazas, y he repetido muchas veces la conmovida súplica del Profeta: “Dadme, Señor, a comer el pan de lágrimas y a beber en abundancia el agua de mis lloros.” Siempre estimaré los deleites del paladar como una puerta para la tentación.

»—Sí, pero… no tanto, no tanto…

»—Observé abstinencias rigurosas, no salí de entre los muros de mi convento, no

serví a mi cuerpo ni aprecié ninguna pompa mundana.

»—Bien; pero… no tanto, no tanto…

»—Conocí, al través de muchas meditaciones, cuán hay de aflictivo en la miseria de vivir en aquel bajo mundo.

»—¡Basta! —ordenó Dios.

»Y al resonar el divino mandato, enmudeció todo el universo, y la excelsa abadesa humilló su empavorecida figura. La voz del que todo lo puede volvió a sonar entre compasiva e indignada:

»—¡Infeliz mujer! —dijo—. ¿Cómo te atreves a juzgar así lo que es mi obra? Solo has creído encontrar en la tierra negrura y maldad, y dolores, y lágrimas. Siempre lágrimas: arroyos, lagos, océanos de llanto. Has cerrado voluntariamente tus ojos a lo que hice de bueno, y de bello, y de gustoso, y de amable, porque supusiste que por ser hermoso y grato era pecador. ¿Cómo puedes denigrar mi creación sin pensar que me denigras? Vuelve al mundo otra vez. Conócelo. Ama a un hombre, cuida una flor, gusta un fruto, llena tu corazón, hasta que rebose, de cariño a todo lo creado; desentraña y comprende la belleza que hay en la vida, la alegría que existe en vivir, y retorna entonces. He ahí mi sentencia.

»Y la buena mujer se encontró de pronto empequeñecida y sonrosada, pataleando entre las sábanas de una cuna, otra vez en la tierra, para comenzar la existencia decretada.»

Por lo menos —concluyó Marco Massipo—, esto es lo que me ha contado el viejo enterrador, y no creo que haya muchos motivos para desmentirle.

El señor Crombo intentó aplaudir; pero sus cortos brazos solo podían unirse en la extremidad de los dedos.

—Esa es una admirable historia —proclamó—, y le ruego a usted que me la escriba, porque es seguro que se me olvidará antes de los postres.

El comandante afirmó, mirando intencionadamente a Adriana, que él también creía que en la vida era posible encontrar grandes motivos de alabanza al Supremo Hacedor, y el camarada a quien llamaban Armando contó que en cierta ocasión se había conmovido hasta verter lágrimas ante el tierno espectáculo de un lechoncillo relleno, graciosamente adornado con laurel.

—Nunca como entonces —dijo— comprendí lo que hay de enternecedor en la infancia.

La conversación fue, a partir de este instante, general y confusa; pero cuando Alberto Truffe se puso en pie con una enorme copa de champaña en la mano, trocáronse las charlas en aquel punto y se abrió un gran silencio. Truffe volvió a colocar lentamente la copa ante él.

—Camaradas —dijo—, voy a hablar, porque tal es una obligación de mi cargo; mejor preferiría, si la ceremonia de este banquete lo permitiese, que entonásemos juntos cualquiera de las canciones que amamos. Algunas de ellas no están de moda ya; pero a nosotros nos traen recuerdos de la juventud y vemos volver con sus notas

el sol más vivo de aquellos años y la alegría de entonces, y acaso también rostros queridos que se han borrado para siempre de sobre la faz de la tierra. Nada hay, compañeros, que aproxime tanto a los hombres como la mesa común; pero cuando las voces se unen a la hora de los licores, por esa poética necesidad de cantar que experimenta el hombre bien alimentado, puede decirse que las almas se han fundido en una sola, y que esta sola alma está pura de todos los vicios; el que entona bien no siente soberbia, sino el placer de regalarse y regalar a los otros: el tenor no envidia al bajo, ni el barítono al tenor, y es frecuente que animemos con bondad sincera a aquellos amigos que, por no ser capaces de acompañarnos, se dedican a imitar al trombón con las mejillas inflamadas. *(Varias voces: ¡Cierto, cierto! ¡Es verdad!)*

—Hermanos míos —siguió Truffe—, siempre que nuestras prácticas nos reúnen os contemplo con una emoción de renovada ternura, la misma con que cada uno de vosotros pasea su vista por los demás. Entre todos los hombres, somos los únicos que podemos pronunciar sin hipocresía esta palabra: ¡hermanos! No sabemos lo que es la verdadera fraternidad hasta haber superado los cien kilos. El amor, el talento, las riquezas, son grandes suscitadores de odios. Nunca una belleza podrá mirar apaciblemente a otra belleza, ni un poder dejará de sentirse celoso ante otro poder, ni una sabiduría reconocerá que otra es más útil o más profunda o más completa. Pero el hombre gordo opone a toda proterva pasión su tocino, como a la fuerza de las antiguas granadas se oponían los blandos colchones en las ciudades batidas por la guerra. Y es inútil buscar otro sentimiento que el de una complacida y dulce aprobación en la mirada con que un gordo contempla a otro gordo. El origen de todo pecado y de todo mal está en la delgadez. El ligero raterillo es siempre escuálido; no se conoce ningún salteador de caminos que sea obeso, y si un ladrón de hoteles tuviese que abrir las dos puertas de una habitación para entrar en ella, renunciaría a sus hazañas; el hombre de talle esbelto se siente burlador de mujeres y pendenciero porque es ágil para atacar y también para huir si sale mal librado. Un gordo no será soberbio, porque no gusta de llamar la atención hacia sus carnes, adornándolas con fajas, y bandas, y cruces, y encomiendas. En fin: cuando los artistas quieren personalizar fantásticamente algún vicio, lo pintan flaco. Los flacos son descontentos capaces de las mayores malicias. Hasta el canibalismo. ¿No os habéis estremecido alguna vez al sentir, en cualquier sitio público, posarse en vosotros una mirada hambrienta? Nuestro camarada el señor Crombo se detuvo una noche ante el escaparate de una tienda de comidas; un sujeto diminuto y feble como un hueso de pollo contemplaba el delicioso espectáculo con la nariz pegada al cristal, cuando se acercó nuestro amigo. Dice el señor Crombo que aquel escurrido personaje se quedó de pronto como en éxtasis ante él, y, despreciando las golosinas del escaparate, le siguió por calles y plazas, frotándose las manos y sosteniendo entre los dientes un palillo, que solo apartaba de tiempo en tiempo para chasquear la lengua. El señor Crombo (que confiesa haber tomado un coche para sustraerse a aquella admiración extraña) asegura que vio en los ojos de su perseguidor la misma mirada que ha tenido

ocasión de observar en los amigos de Las Siete Vacas Gordas cuando se les coloca ante un manjar suculento. Me ha preguntado si debe creer que aquel hambrón abrigaba contra él ideas de antropofagia, y le he contestado francamente que sí. Tal es mi opinión sincera, y estimé un deber el prevenir con lealtad a nuestro amigo.

Una voz:

—Discrepo. Crombo debe de estar coriáceo. Indudablemente fue una falsa alarma.

Crombo, indignado:

—¡No…, no!… ¿Cómo es eso?… ¡Coriáceo!… ¡Que me dejen hablar!

—Se nos dirá —continuó Truffe, dominando a los interruptores— que también es un vicio la gula. ¿Qué hemos de oponer a esta pueril acusación, fruto de la rutina humana? La gula, señores míos, fue proclamada pecado por razones políticas, no morales; por servir los intereses económicos de la Humanidad en una época en que comer bien, y aun simplemente comer, era problema difícil; en la edad en que el hambre tenía a veces el poder asolador de una peste. La tierra se cultivaba poco y mal; las epizootias diezmaban los rebaños; la pesca era ardua; la caza, peligrosa. Se imponía racionar a los hombres. Si alguien comía a todo su placer, otro fenecía de inanición. Eran los tiempos en que las turbas asaltaban los graneros, las madres devoraban a sus hijos y se agasajaba a los dioses ofreciéndoles una res. Los preceptos contra la gula deben, por tanto, ser considerados como sencillas leyes suntuarias, muy útiles entonces. Si no se diese carácter divino a ese racionamiento, si la gula no fuese en aquellos días anatematizada, esa madre hambrienta a la que antes aludí, después de comer un hijo, quizá hubiese comenzado a roer otro. Y eso era preciso evitarlo. *(¡Muy bien! ¡Muy bien!)* Afortunadamente, esos siglos están muy lejos ya. Un mejor gobierno del mundo, un trabajo más inteligente, han suprimido el azote del hambre colectiva. Se puede comer, se debe comer. Abarrotad de filosofía el cerebro de un hombre, y no podréis evitar que sea un malvado. Alimentadle hasta que pese algo más de los cien kilos, y no se atreverá a dar muerte con sus propias manos a la gallina que ha de hacer sustancioso su puchero. Si a mí me preguntasen qué es preciso para que entre los hombres reine la igualdad y la fraternidad anheladas, yo me limitaría a decir, seguro del éxito: «¡Engordadlos!»

Grandes aclamaciones apoyaron este discurso del presidente. La música comenzó a sonar en una estancia vecina, y los camareros entraron llevando los helados sobre bloques de hielo iluminados eléctricamente con luces de colores. Crombo quiso explicar que no era juicioso desdeñarlo como comestible; pero el súbito crujido de una silla, abrumada por un comensal, y la subsiguiente desaparición de este bajo la mesa, entre los restos del mueble, apartaron del tesorero la atención de la concurrencia.

Mediaba la tarde cuando Truffe y los invitados abandonaron La Marmita de Oro. Adriana y Cœdere dirigiéronse al Teatro Nacional, y Alberto propuso a Oliván un paseo en coche para digerir con mayor placidez el almuerzo.

Habían subido casi hasta la cumbre del cerro donde se apiñaban los árboles del Parque Municipal, cuando Florio rompió su hosco mutismo para declarar:

—Creo que Adriana sigue un mal camino, Alberto.

—¡Ah! —exclamó Truffe en el mismo tono de un cómico distraído.

—¿Te has fijado en sus coqueteos con el militar? Te digo que le acariciaba con los ojos. Eso va mal, Alberto; va muy mal.

—¿Por qué?

—Porque se enterará Granmont y le retirará, naturalmente, su ayuda. Debía tenerlo en cuenta esa chiquilla loca. Su obligación es ser fiel a Archibaldo, por interés y por decencia.

—Hace algunos días no pensabas así.

—Siempre censuré que Adriana haya prescindido de su recato; pero, dentro de lo irremediable de su situación, todavía puede conservar cierto decoro, que también perderá si abre su puerta a todos los caprichos. Al fin, Archibaldo Granmont es algo, significa algo…; hasta es posible que cualquier día la hiciese su esposa… Mientras que ese insoportable Cœdere…

—La verdad es, Florio, que tú defiendes ahora la causa de Granmont porque es un rival que te inquieta menos. Sabes que nuestra bella no le ama, a la vez que ningún otro móvil que el amor puede aproximarla a ese lancero presumido.

—No; no es eso…

—Sí, es eso. Como sabes también que Adriana no es más que un objeto de lujo para el millonario, y que nunca se le ocurrirá casarse con ella. Hablas influido por el despecho.

Florio se indignó:

—Creí que eras un buen amigo, Alberto. Me he equivocado.

Truffe se encogió de hombros.

—Si es para ti un alivio, insúltame.

Y se recostó en el coche, dispuesto a sufrir resignadamente el aluvión. Pero Florio fingió desdeñarle.

Se apearon en la explanada que se extendía en la cumbre y desde la que se dominaba la ciudad. Anochecía, y comenzaban a brillar algunas luces en la inmensa aglomeración de edificios. Una balaustrada de mármol protegía contra el corte brusco abierto por una vieja cantera, y acodados en la fría blancura miraron los dos amigos el torrente de automóviles que fluía allá abajo, en dos hileras sin fin, rápidos y clamorosos, entre el parque y el campo de la feria, en el cual giraban los tiovivos, y penduleaban los columpios, y sonaban las detonaciones de las barracas de tiro al blanco. Cada minuto que pasaba hacía nacer centenares de estrellas en el cielo y en la ciudad, blancas o amarillas, pero todas temblorosas, como de impaciencia. Los ruidos iban adquiriendo la sonoridad con que los refuerza la noche, y aquí o allá, sobre la masa de tejados, lucieron, redondos y nítidos, como lunas, los relojes de las torres más elevadas. Un clamor, mezcla de todos los clamores de la ciudad, llegaba y

seguía, incesante y casi sensible como una ráfaga, porque parecía acariciar suavemente el rostro y cortarse en él, igual que la brisa.

—Seriamente, Alberto —habló Oliván—: ¿disculpas la frivolidad de Adriana?

—Disculpo que quiera saborear la vida.

—¡La vida!… La vida no es más que una enfermedad asquerosa y doliente; no se puede meditar acerca de ella sin sentirse irritado contra su crueldad y sus absurdos.

Dejó Truffe transcurrir un instante, como si no hubiese oído las violentas palabras, y ya se disponía el irritado Florio a continuar sus imprecaciones, cuando el bondadoso gordiflón se decidió a opinar con suave voz tranquilizadora:

—Comprendo que no hay serenidad en tus frases y que tú mismo las desaprobarías en otra ocasión cualquiera. Sin embargo, muchos hombres hablan como tú y hasta escriben largas disquisiciones contra la pesadumbre de la existencia. Deja que te diga, amigo mío, que tales diatribas no son más que vergonzosos lugares comunes, cuya injusticia puede comprobar un observador ecuánime. La vida no es como la pintáis. La vida es grata y fácil. Creo que no fue siempre así, y por eso supongo que en vuestras protestas hay un oscuro atavismo; la memoria de las células os ha transmitido el dolor de nuestros antepasados, la aflicción de su incomodidad, de las hambres que padecieron, del frío que los atirió, de la ferocidad de sus semejantes, de su desamparo entre la Naturaleza hostil, hasta de las luchas libradas en las épocas del celo y también de sus terrores bajo el rigor de las divinidades inclementes. Pero el hombre ha vencido ya esa larga serie de suplicios. La civilización luce ahora, para nosotros, con la tibieza y la alegría del sol después de una noche amedrentante. No niego que haya un pequeño tanto por ciento de desgraciados. Los habrá siempre, sin que puedan evitarlo las leyes más justas ni los corazones más generosos. Alrededor de esos infelices, muchedumbres incontables, pueblos y pueblos viven sin sufrimientos graves, sin angustias excesivas, sin conflictos agobiadores, dejándose llevar en el lomo de las horas como por un río de suave corriente. En los países civilizados no es agria ni difícil la vida; la solidaridad entre los hombres se ha hecho más fuerte; el amparo recíproco, más eficaz. Tú gimes aquí por un amor contrariado; otro se dolerá ahí abajo por no poseer bastante dinero… Bien: ¿y qué son esas menuditas lamentaciones, ese gruñir del egoísmo? Poca cosa, en verdad. No debe otorgarse voto al ególatra en este asunto. Pero contempla la ciudad que tenemos ante nosotros, evoca lo que de ella conoces. Por sus calles corre una multitud afanosa u ociosa, vestida, alimentada, con nociones suficientes de cultura y de educación. La impresión que debiera recibir cualquier paseante, si el hábito no le impidiese contemplar el verdadero aspecto de las cosas, es de que todo está allí para atenderle y servirle: a uno y otro lado de la calle, los escaparates desdoblan las ricas telas, exhiben los muebles vacíos, acumulan los manjares tentadores, invitan silenciosamente al transeúnte con el guiño luminoso de las piedras preciosas, que es como un guiño de mujer; nos requieren, nos acarician con su luz abundante y gozosa, nos llaman con sus grandes bocas abiertas y nos brindan el placer de ofrecernos

invenciones, riquezas o comodidades que superan a las de nuestros sueños. «¿Qué desea usted? —claman sucesivamente y solo con su presencia—. ¿Comer? ¿Vestirse? ¿Guardar su dinero en profundos sótanos inviolables? ¿Oír música? ¿Bailar? Pase usted; yo me he preocupado de elegir unas cuantas muchachitas amables que le esperan, sin conocerle. También ideé y trabajé esta alhaja que encierra el poder milagroso de aumentar el brillo en los ojos de su novia de usted cuando se la ofrezca. ¿Quiere usted saber lo que ocurre en el mundo? Deténgase ante ese altavoz o pase su mirada por esos diarios que han traído de todas las capitales de la tierra hombres diligentes sobre pulidos carriles.» Un gesto hará que se pare junto a nosotros un automóvil servicial, pronto y desconocido, como si lo enviase a nuestro antojo el genio esclavo de la lámpara maravillosa. En la negra pared de la noche, la misma mano que trazó las palabras fatídicas en el banquete de Baltasar, inspirada ahora por más benévolos cuidados, escribe y borra las palabras de fuego de los anuncios luminosos: «Bebed champaña extra…» «Jarabe Z para la tos…» «El hotel X es el más confortable…». Si un impaciente nos hurta la cartera, si un iracundo nos ataca, corren tras aquel y se abalanzan sobre este hombres que se han puesto un casco y se han ceñido un sable para impedir que se atente contra nuestro físico y nuestra propiedad. ¿Es esto poco? Brigadas de políticos, falanges de médicos, gente vestida de colores y que conoce el manejo de los fusiles y del cañón velan por el derecho, la salud y la tranquilidad de todos; incesantemente se producen mujeres bonitas y modistos bienhechores. Las universidades y las instituciones benéficas se multiplican. Disponemos de hombres de genio que, con su vida útil y esclavizada, nos hacen la doble merced de sus obras y de librarnos de todo pesar por no haber nacido geniales… Se vive bien, Florio; se vive bien. La vida no es hoy ni una enfermedad asquerosa ni una amargura siquiera. Oye atentamente el rumor de esa ciudad poderosa. ¡Cuánta fortaleza! ¡Cuánta plenitud! Es el tumulto de un corazón contento y sano. Ni un grito de angustia, ni un ¡ay! en todo ese clamor… Pero si acaso escuchases alguno, tampoco abraces a él tu pesimismo: piensa que entre las frondas de ese parque suelen buscar refugio por las noches muchas parejas de enamorados.

CAPÍTULO VI

EN EL QUE, A PESAR DE OCURRIR MUCHOS GRAVES SUCESOS, EL PERSONAJE MÁS INTERESANTE ES UN GUSANO

El ingeniero Lawel mostraba a sus visitantes los amplios talleres y los pabellones de cemento y hierro, construidos casi con la misma rapidez con que en otras épocas el diablo hacía surgir castillos en lo sumo de un roquedal. El lugar elegido para cuna de la formidable empresa era la llanada que abría su esterilidad ante Negrimia. Lawel iba y venía, infatigable, saltando sobre cascotes, subiendo escaleras sin baranda, recorriendo los edificios en construcción, explicando nerviosamente, con una leve sonrisa de optimismo, el emplazamiento que habían de tener las múltiples dependencias. Caminaba el primero, pisando rápidamente con sus altas botas manchadas de barro rojizo, y su amplio impermeable restallaba a veces tras él al atravesar el campo, o cuando se acercaba a un balcón aún sin puertas para mostrar desde allí el sitio de aterrizaje o los solares del hangar. A veces volvía su rostro en algún paso difícil para advertir: «¡Cuidado!»

El grupo de consejeros de la Compañía de Estabilizadores Lawel iba, compacto y aburrido, detrás de él, sintiendo crecer la fatiga de la incómoda caminata y de los áridos tecnicismos. El enjuto Alp era el único que manifestaba complacencia, y hasta trataba de encender el entusiasmo de los demás con guiños y exclamaciones ponderativas. Oliván, Granmont, el opulento David y cuatro o cinco consejeros más, transcurrida una hora, miraban sin ver y oían sin escuchar las explicaciones del ingeniero. Sike y Noke, los dos sabios rivales, muy a retaguardia del grupo, conversaban entre sí.

Estaba próximo a su fin el otoño, y un viento frío corría por la llanura, deshaciendo las nubes de humo de las altas chimeneas y alzando fantasmas de polvo en la lejanía. Los consejeros, caladas fuertemente las gorras de automovilistas, subido el cuello de los gabanes, comentaban los informes de Lawel con un «Muy bien», cada vez más débil. De pronto, Granmont pretextó confusamente un olvido y abandonó a sus compañeros. Con una prisa temerosa, como si recelase ser llamado, subió a su coche, dejando a pie al mecánico que le aguardaba, y atravesó las calles enlodadas para seguir la carretera al otro lado del pueblo. Dos kilómetros más allá fue conteniendo el vértigo de su marcha, hasta detenerse junto a un olmo añoso —quizá el único árbol de Negrimia—, entre cuyas ramas desnudas el viento desolado de aquellos tristes parajes silbaba lúgubremente.

Granmont apeose y se acercó a la humilde choza vecina. Sus pasos eran lentos y una angustiosa ansiedad asomaba a su rostro. Empujó la puerta y se destocó.

—Buenos días, Constanza.

Advertida quizá por el ruido del coche, la joven no demostró sorpresa alguna. Continuó en su taburete, cerca del sillón de madera donde su madre apuntaba entre un

montón de cobertores, y contestó fríamente:

—Buenos días, señor.

Archibaldo se sentó frente a ella, y un silencio difícil pesó sobre todos.

—Constanza —habló el prócer, al fin, con voz en la que latía una súplica—. Lucio me ha devuelto la joya que te mandé por él hace días. ¿Por qué la rechazaste?

Ella contestó pausadamente, sin alzar la cabeza:

—¿Por qué la había de aceptar?

—Como recuerdo de un amigo.

—Usted no es un amigo.

—¿Qué soy yo?

La joven hizo un gesto.

—No sé.

Rebulló Granmont en su asiento y se inclinó hacia Constanza.

—Preferiría que me hablases de otro modo, aunque fuese más duro, mujer, pero más franco. ¿Crees que podría comprometerte esa alhaja?

—¿A mí?… ¿Por qué? La hubiese guardado.

—Entonces, ¿supones que intentaba…, que intentaba comprarte?

—¡Bah!

—Constanza, óyeme…

El filántropo retorció sus manos nerviosamente. Luchaba con lo que quería decir, como si tuviese que vencer su razón a su orgullo.

—¿Has pensado acerca de lo que te he propuesto?

—¡Qué terquedad! —protestó la joven, irguiéndose con evidente fastidio—. No me interesan sus proposiciones, ni he pensado en ellas, ni quiero verle a usted más. ¿O no comprende?…

Archibaldo la interrumpió para explicar, perdida ya toda calma, formulando precipitadamente sus frases, ansioso y resuelto:

—Calla…; no sabes aún… De lo que digas ahora depende todo… Aunque hoy no me quieras, más adelante, cuando me conozcas mejor… Di: ¿por qué no has de amarme? Y aunque no pudiese enamorarte nunca, ¿qué faltaría para tu dicha estando juntos? ¿Cómo no ves que te traigo la felicidad, que está aquí a tu lado, tan completa como no has podido soñarla nunca?… Espera, ya acabo… Mira: te decides y marchas durante un año a un colegio. Al salir de él nos casamos. Esto es lo que he resuelto decirte.

Constanza le contempló con desdén.

—Usted no es más que un pobre chiflado, señor, y el único bien que puede hacerme es dejarme en paz.

Y salió murmurando aún bravíamente.

El magnífico personaje tardó en dominar su estupor, en el que le había sumido la glacial negativa. Después escondió el rostro entre las manos convulsas. Transcurrió un largo silencio, y la pálida luz reapareció trastornada por la angustia. Fijáronse

entonces sus ojos en la enferma, inmóvil entre las mantas, y habló quedamente:

—¿Ha oído usted? ¿Ha oído usted?… ¿Es posible esto?

La vieja le miró también, apenada, sin responder.

—Le he ofrecido lo que pudiera enloquecer a la aristócrata de más orgullo: ser la esposa de Archibaldo Granmont, y, sin embargo… ¿Por qué?… Dígame… Usted le habrá oído decir algo, explicar algo… ¿Por qué me desprecia?

La anciana agitó la cabeza con su rápido movimiento habitual, que le daba parecido a un sonajero.

—Algo dice —maulló—, algo les explica a sus hermanas.

—¿Y a usted?

—Sí, sí; a mí también. Es muy buena hija; es una hija de bendición.

—¿Y qué dice?

—Cuenta sus cosas. Pero después vienen los grillos que tengo dentro de la cabeza y se meten en los oídos y se comen todas las palabras que entran; sí, cuando voy a buscarlas, no hay ninguna.

Granmont se acercó a ella.

—Tiene novio Constanza, ¿verdad?

—¿Novio? ¡Pobre hijita! No tiene novio.

—Pero quiere a alguien.

—No sé…, no me acuerdo. Mire, señor: antes no había más que un grillo aquí dentro. Corría de un lado para otro; pero, naturalmente, no podía estar en todas partes, y yo oía muy bien y recordaba muchas cosas. Una vez le dije a Constanza: «Constanza, he notado que el grillo ha dado a luz.» Se rio. Muy bien. Al día siguiente tenía yo dos grillos en la cabeza. Eso es lo que salí ganando.

Granmont se puso en pie, desalentado, y marchó. Deslizose el coche suavemente hasta Negrimia, y el millonario se reunió con el grupo de visitantes que regresaba hacia el hotel, aterido y cansado; emparejó, al azar con Florio y caminó sin que le fuese dado disimular su abatimiento. Oliván comentó:

—Siento la impaciencia de ver en función la obra de Lawel. Cambiará la vida hasta términos que no sospechamos aún. ¿No cree usted lo mismo, Granmont?

El filántropo denegó con melancolía:

—¿Qué cambiará? Nada de lo que puede ser esencial para el hombre. Quizá las costumbres, pero no los sentimientos, que son los que importan para ser feliz. Se triunfa lentamente sobre la materia, pero nadie sabe cómo se evitan los peligros dolorosos de un alma. El día en que los aviones estabilizados crucen el aire no habremos hecho más que dotar de alas a la misma desesperación, que antes se movía a ras del suelo.

—Señor Granmont —rio Florio—, ¡que diga eso un ser tan dichoso como usted!…

El creso alzó la frente hacia él, como para dejarle leer toda su congoja.

—No soy —dijo— sino uno de los hombres más desgraciados de la tierra. El

hombre, el poder y la riqueza nada importan si son incapaces de retener a los que amamos.

Repentinamente serio ante aquella grave tribulación, Florio desvió a Archibaldo su mirada para murmurar:

—Perdóneme. Ignoraba que la quisiese usted tan profundamente.

—¿A quién?

—A Adriana.

—¿Adriana? ¡Oh, no!… Sentiría que usted supusiese… Cuando nos hemos separado, hace un mes, conocía ya su capricho por ese lancero con quien ahora vive, y nunca… Fue ella la que, en charla amistosa conmigo, declaró la incompatibilidad de mi protección… Creía estar apasionada por su comandante y acaso sea así. Es posible que él haya querido probar la sinceridad de su cariño haciéndole renunciar a las ventajas de mi amistad. De cualquier manera, puedo asegurar a usted que no fue Adriana la que me hizo saber lo que es esta amargura del amor despreciado, para la cual ninguna fuerza y ninguna sabiduría tiene remedio. Es horrible pensar: ¡no tiene remedio!

Habían llegado al hotel, donde estaba preparado el almuerzo. El regidor de Negrimia y algunos funcionarios de Altos Hornos esperaban a Granmont para saludarle. Quizá por primera vez en su vida, el filántropo acortó los cumplidos, cedió el paso en las puertas y se olvidó de ocupar en la mesa el sitio de honor.

* * *

Cuando Oliván llegó aquella noche a su casa le entregó Marco un pliego en que la actriz le rogaba con apremio despavorido que fuese a visitarla inmediatamente. La petición de auxilio, explícita en el billete, y la nerviosa concisión con que estaba redactado, alarmaron a Florio. Cenó apresuradamente y regresó en su automóvil a la ciudad.

Vivía Adriana en un barrio triste y antiguo, en el que se alzaban viejos conventos y oscuras casas señoriales entre jardines breves y umbrosos. Al separarse de Granmont había dejado el magnífico alojamiento de la Gran Avenida para recibir hospitalidad bajo el techo de Guido de Cœdere, en el caserón crujiente y prestigioso que el comandante había heredado de sus mayores. La pasión de la joven hacia el guerrero había sido súbita y resuelta. Fue ella misma quien comunicó a Archibaldo su designio de consagrarse al héroe, y tampoco intentó velar ante nadie la realidad de sus nuevos amores. Devolvió al millonario todos los valiosos regalos que de él había recibido, hasta el pequeño «torpedo» rojo, que era su coche favorito, el que delataba a la gente el paso de la bella actriz por cualquier parte de la ciudad. Granmont encontró este desprendimiento algo humillante para él. No sintió celos; pero le irritó pensar que pudiera creerse que había sido él, por despecho, quien arrebatara a su amante los

dones otorgados para seducirla. Ante la tenacidad de Adriana, concluyó por encogerse de hombros.

—¿Continuarás, al menos, en el teatro? —preguntó—. Lo he arrendado para ti, y si lo abandonas, cedo mañana mismo el aburrido negocio.

—El teatro —afirmó ella— es mi otro amor. Y… mi novio no es rico. Continuaré trabajando.

Se exhibió públicamente con el oficial, orgulloso de su conquista; muchos periódicos hicieron claras alusiones a aquella veleidad. Adriana adoptó interesantes actitudes de mujer enamorada, y todo el mundo pudo apreciar que en el segundo acto de *La alegre Susana* se presentaba a escena con unos trajes mucho menos escotados que los que hasta entonces había lucido.

Tres meses contaban de vida las relaciones de Adriana con el lancero, y en todo ese tiempo Oliván rehuyó cualquier ocasión de hablarle. Al conocer la nueva locura de su amiga juró ante Truffe que la hermosa muchacha apenas era un cadáver para él. Verdaderamente, la quería con un amor más desesperado, y la inexplicable carta encendió en el joven una inquietud que creció, favorecida por cábalas y conjeturas, hasta que se vio en presencia de la Sánder.

Fue una vieja criada la que le hizo entrar en el salón de muebles vetustos y apolillados tapices, iluminado por una lámpara de ocho brazos, en la que solo lucían tres bombillas. Adriana apareció muy pronto vestida con ese «buen gusto» exagerado que es la elegancia de las actrices. Florio se disculpó:

—Sé que es muy tarde; pero me han entregado tu carta hace una hora…

—Te esperaba —atajó ella, apretando sus manos nerviosamente—. Te hubiese esperado toda la noche… *Él* no está… Ha salido de maniobras… Si no hubieras venido, no sabría qué hacer de mí.

Se sentó en un sillón de empalidecido damasco, y las lágrimas que pugnaban en sus ojos desde que penetró en el salón se desbordaron entre grandes sollozos. Oliván, impresionado por aquel vive pesar, formuló algunas alarmadas preguntas.

—¡Déjame llorar! —rogó ella—. Me produce bien. ¡Soy tan desgraciada!

Al fin hizo el relato de su desdicha. Guido era un hombre iracundo y brutal, que la perseguía con sus celos continuos. Pocos días después de haber sido suya, comenzaron ya los disgustos, las frases duras, los reproches ásperos. Primeramente le recriminaba su entrega a Granmont («¡Como si él no lo supiese ya al acercarse a mí!», suspiraba la joven); después, la suspicacia de Cœdere encontraba incesantes motivos de tortura para su amante. En su feroz desconfianza, toda traición, aun la más baja, le parecía posible. Le había propuesto una elección entre su arte y su amor; no quería que continuase representando comedias, y el regreso a aquella lúgubre casa después de cada función era la señal para el comienzo de escenas de violencia o de insinuaciones sarcásticas, en las que el celoso intentaba explicar los éxitos de la actriz por el pretendido desenfado de la mujer ante el público.

—Ayer —siguió ella— encontró a Azil, el crítico, en mi camarín. Me ha

prohibido que vuelva a recibirle. Me negué. Yo no puedo indisponerme con ese hombre bilioso, que tiene tan acatada autoridad. Entonces Guido me culpó de pagar los elogios de Azil con mi propio cuerpo. Hemos sostenido la disputa más repugnante, más hiriente, más soez en que puede asfixiarse la dignidad de las personas. Y… mira…

Con un rápido movimiento ensanchó el escote para hacer surgir uno de sus hombros. Sobre la suave blanca piel, un ancho cardenal mostró crudamente su estigma.

Oliván se mostró conmovido por la pena y por el rencor.

—¡Me ha pegado!… ¿Ves?… —continuó la joven, engarfiando un dedo casi hasta clavar la uña lustrosa en el borde malva de la huella.

Y desaparecieron sus lágrimas, como si una llamarada de odio las hubiese evaporado. Alzose y comenzó a pasear sobre la desgastada alfombra.

—¡Oh! —barbotaba—. ¡El canalla!… ¡Pegarme!… ¡Naturalmente, todos dirán que es el merecido precio de mi estupidez…; sí…, yo también lo digo! ¡He estado ciega, he estado ciega!… Archibaldo mereció mi cariño por mil razones más que este hombre, y yo no le he querido nunca… Pero se acabó. Esto no puede continuar así; me volvería loca. Se acabó. Lo he decidido. ¡Me iré!

—¿Cuándo?

Al oír la pregunta se detuvo ella junto a Oliván, y nuevamente volvió a sentarse, inclinada hacia adelante, con las manos entre sus rodillas, dibujando bajo el somero traje los muslos esbeltos y fuertes. La angustia reapareció en su rostro.

—Pero ¡si no puedo irme, Florio; si no me atrevo! —confesó con voz casi infantil —. Me ha amenazado con no sé qué horrores si pretendo separarme de él… Y lo hará. Le tengo miedo. ¿No ves que le tengo miedo? Te he llamado para que me aconsejes, para que me ayudes… Tú eres mi único amigo; no hay otra persona en el mundo a quien pueda confiarme tan seguramente como a ti. ¿Qué debo hacer?

—Marcharte.

—¿Adónde? Tú sabes que no puedo abandonar la capital. Y él no me perdonaría…, porque me quiere. Es así…, pero me quiere.

—Es un miserable.

—Pero está enamorado de mí. ¿Crees que sería este su proceder si no me tuviese cariño?

Oliván la miró con fijeza.

—También tú le quieres —dijo.

—Ya no.

—Todavía le quieres, porque le disculpas. ¿Para qué acudes a mí?

—No comprendes, Florio… Yo sé que en el fondo de su corazón hay bondad, y que son los celos únicamente los que le arrebatan. Hubiera deseado tenerme pura, que fuesen para él mis primeras caricias… Yo también, si con media vida pudiera borrarse…

Florio se puso en pie. Dijo fríamente:

—Supongo lo que esperas de mí. Se te ha ocurrido que visite a ese hombre para rogarle que no te golpee con demasiada fuerza…

—¡Florio!

—Para decirle que tú aprecias toda la pasión que hay en sus brutalidades; pero que la luz de un escenario es demasiado indiscreta para un cardenal…

—¡Florio!

—Adiós, Adriana. No precisas de mi mediación para arreglar esos tristes asuntos.

La joven se abalanzó a él y asió sus brazos.

—No puedes marcharte así… Te he considerado siempre como un hermano mayor. ¿Has olvidado ya tu generoso cariño hacia aquella niña que hoy es una mujer infortunada y que necesita de ti? Sé otra vez como mi hermano mayor: guíame. ¿Qué debo hacer?

—Sal ahora de esta casa. Tengo mi coche abajo. Te dejaré en un hotel cualquiera, y mañana, reposadamente, volveremos a hablar.

—Pero ¿ahora…, ahora mismo?

—Sí.

—No debo hacer eso, Florio.

—Entonces, adiós.

Volvió ella a retenerle, pero esta vez con una viva expresión de alarma en el rostro.

—¡Espera!… —murmuró.

Tenía los agrandados ojos fijos en la puerta, cuyo cortinón se había movido lentamente, y su mano se agarrotaba sobre el brazo del hombre. Oliván miró también con un movimiento brusco, y por un instante hubo un silencio angustioso, dentro del cual palpitaba amenazadora una posibilidad.

Y de pronto fue rebatido el damasco —con rápido ruido de argollas— hasta que sus pliegues formaron como un haz de columnas sobre el quicio. Y los vivos tonos del uniforme de Cœdere se destacaron en la negra lámina rectangular de la puerta. Adriana sofocó un grito. Su amante avanzó cruzados los brazos, en los que sus dedos se ahincaban, desfigurado el rostro por el desprecio y por la ira. Se detuvo a unos pasos de la joven haciendo un visible esfuerzo para vencer la cólera que le agitaba en un temblor.

—¡A la calle! —ordenó—. Dime cuánto te debo por tus complacencias… y a la calle.

Oliván se interpuso. Un afán violento encendía su sangre y le empujaba contra aquel hombre aborrecido. Sintió en el fondo de su conciencia algo así como el aviso de que era inminente un suceso trágico.

—Como no hay nada que justifique sus insolencias —habló—, supongo que esperará usted a que me explique.

Guido le contempló con desdén.

—Apenas le conozco a usted. Son las doce de la noche, y le encuentro a usted en mi casa, cuando esta mujer me creía ausente. No necesito sus explicaciones. El miedo obliga a mentir.

—No voy a mentir, sino a decirle dos grandes verdades: que Adriana ni aun sospecha que la quiero como nadie ha podido quererla, y que usted, que maltrata a las mujeres, es un cobarde.

Se precipitó hacia él, ciego, sintiéndose llevar por su propia ira como un vendaval. Los dos hombres formaron por un minuto una sola masa jadeante y conmovida. Refugiada en un rincón de la estancia, la joven, lívida, atemorizada, tenía en sus ojos un anticipado horror del inevitable final de aquella lucha. Se oyó en el vasto recinto la voz estrangulada de Cœdere:

—¡Suelte, o le mato!

Había desenfundado su pistola y la apoyaba en una mejilla de Oliván.

—¡Suelte!

Adriana cayó de rodillas en el lejano ángulo de la sala. Las manos de Florio disminuyeron la presión que ejercían en torno a la garganta del lancero y abandonaron, al fin, su presa. Ambos rivales se miraron. La pistola seguía aún asestada contra la cabeza de Oliván. Después, el comandante bajó su brazo.

—Está usted en mi casa, y eso salva su vida. Váyase. Mañana le facilitaré ocasión de volver a encontrarnos.

* * *

Muy temprano, Adriana se presentó en el pabellón donde vivía Florio, próximo a la fábrica, entre los campos entristecidos por el otoño. Oliván la encontró vestida con un traje oscuro, sin afeites sobre el bello rostro, empalidecido por los espantos y la vigilia de la última noche. Cuando vio entrar a su amigo, Adriana comenzó a llorar silenciosamente, ocultando la cara entre las manos. Él quiso ofrecerle algún consuelo; pero sus frases se le antojaron llenas de vulgaridad, y calló. Ella dijo, mirándole a través de sus lágrimas, con voz nacida en su propio corazón conmovido, con un acento nuevo, que ella misma, habituada a prestarlo a todos los personajes de la farsa irreal, no conocía aún:

—Vengo a pedirte perdón, Florio…

Todo, en sus palabras y en su actitud, era humildad y tristeza.

—No supe lo que podía ser para ti, no adiviné tu cariño. ¡Perdóname! No fui más que una chiquilla equivocadamente ambiciosa, sin guía ni sensatez. Pero me hice mujer en unos minutos y nada de lo que he sido hasta anoche perdura en mí. Tú mismo eres para mi corazón un hombre nuevo; al que ayer se lanzó sobre Guido para defenderme no lo había sabido ver nunca. Desde que nos separamos, Florio, no he pensado en la terrible hora que hemos vivido en aquella casa, sino en ti. Creo que he

olvidado la aparición de Cœdere y vuestra lucha; pero recordaré siempre la voz con que afirmabas quererme. Buscaba locamente un amor, y no veía el tuyo, tan fervoroso y digno, tan próximo, limpio de todas las vergüenzas que ahora me abruman. Si fueses otro hombre, si yo continuase siendo la mujer que era anoche, todavía, acaso, podría haber felicidad para nosotros. Pero ya no es posible ofrecerte lo que mereces. He venido tan solo a hacerte un ruego: no te batas con ese hombre.

—Adriana —respondió Oliván—, lo sucedido ayer es demasiado grave. No debo rehusar las consecuencias. Al fin, he sido yo…

—Pero hay muchas lógicas disculpas. Es un profesional de la guerra; tiene sobre ti la ventaja de su serenidad, de su sangre fría; maneja perfectamente las armas; tú, no. Te asesinará sin riesgo alguno para él. Excúsate conmigo. Di que no quieres comprometer tu reputación en una riña por… lo que soy…; por una pobre mujer cualquiera…

Otra vez rompió a llorar desoladamente.

—¡Por Dios, Adriana —acudió Oliván—, todo esto es insensato! Cálmate. Ni tú estás tan abajo ni yo en tanto peligro. Por otra parte, ignoro aún si ese hombre tiene el propósito de desafiarme. Me disgusta oírte hablar así. Entre nosotros nada ha cambiado; continuaremos siendo los dos buenos amigos de siempre. Solo exijo de ti que si la escena de anoche me reserva alguna complicación no des ni un paso que pudiera ponerme en ridículo.

Ella se alzó.

—Nosotros no continuaremos ya siendo dos buenos amigos.

—¿Por qué?

—Porque ya no me bastaría tu amistad.

Él había palidecido un poco. Rogó, sonriendo, para evitar que siguiese la peligrosa conversación:

—Vuélvete al hotel, Adriana; creo que no estaría bien que supiesen que habías venido por aquí.

Aquel mismo día fue requerido Oliván por los padrinos de Cœdere para nombrar sus representantes, y comenzó la gestión del duelo. Invirtiéronse veinticuatro horas en dilucidar cuál de los dos había sido el ofensor; otras veinticuatro horas fueron apenas suficientes para resolver qué arma se emplearía en la lucha, y tardaron dos días más los padrinos en proporcionarse pistolas de desafío en condiciones de ser disparadas. Al fin, en un amanecer neblinoso, reuniéronse los rivales, los testigos y un médico en las afueras de la ciudad. Oliván acudió sin miedo, pero también sin odio. Ya se habían enfriado dentro de él los impulsos que le aconsejaban estrangular al lancero en la noche en que Adriana le mostró las huellas de los golpes en su hombro suave. Reconocía Florio, mientras el coche rodaba hacia el lugar del encuentro, que, aparte su propia defunción, no podía sucederle nada más horrible que matar a su adversario. Cuando le vio, ya en el terreno, tampoco sintió excitación belicosa alguna. Los testigos conversaron brevemente. Eran militares los cuatro, y se hicieron, mientras

cargaban las pistolas, algunas preguntas relacionadas con el repentino movimiento de tropas hacia la frontera sur. Desde la víspera, muchos trenes cargados de hombres y de material habían salido en aquella dirección, en tanto que los gobernantes y la Prensa comentaban con ásperas frases la ocupación de unos pozos de petróleo en tierras de Asia por la nación vecina. El regimiento en que servía Cœdere estaba dispuesto para marchar aquella tarde, y el lancero, más preocupado con la futura contienda posible que con su desafío, mezclaba sus comentarios a los de sus compañeros, felicitándose de que al fin les ofreciesen lo que él llamaba «una guerra decente».

Medido el campo y terminados todos los preparativos, el comandante y Oliván situáronse frente a frente y se saludaron. Distanciáronse un poco los padrinos. Diose la señal. (Guido disparaba primero.) Un tiro. Un brusco movimiento de Florio. «¿Qué fue?» La sangre manchaba ya sus ropas. El hombro derecho, herido. Formose un grupo en torno del joven, que procuraba sonreír, y el médico le ayudó a desnudar el brazo. El duelo había terminado. Guido dio unos pasos hacia adelante, saludó militarmente con toda la corrección que pudiera exigir el más descontentadizo, y se marchó con sus testigos. Esto fue lo que ocurrió. Verdaderamente, nada terrible. El choque en el caserón desvencijado había sido más desagradable y feroz. Luego, Oliván, sus testigos y el médico regresaron juntos, y cada cual se esforzó en ser más ingenioso y alegre que los otros, después de haber abandonado la seriedad precisa para afirmar que Florio era un intachable caballero, que se había batido como un caballero y que llevaba su herida con la dignidad de un caballero. Hasta tal punto y con tanto placer insistieron en esos particulares, que podría creerse que el papel más lucido y envidiable no era precisamente el del vencedor. Y, en realidad, Cœdere se había marchado con el mismo sencillo continente de un oficinista que ha terminado su labor y retorna a su casa.

Alberto Truffe, Marco y Adriana esperaban ansiosamente noticias del duelo. Achacándose toda la culpa de aquella tragedia, la desolada mujer corrió a ocultarse, sin fuerzas para salir al encuentro de la verdad, al ser divisado a lo lejos, en la carretera, el coche de Oliván. Marco fue a librarla de su inquietud cuando los padrinos se despidieron, y ella entró en la alcoba del herido y se arrodilló, llorando, junto a la cama, balbuciendo palabras de gratitud y de disculpa y de amor.

Ya no hubo fuerza humana que la alejase de allí. Al anochecer, Oliván tuvo fiebre, y Adriana declaró que ella se quedaría a velarle. Al amanecer dormitó, rendida, en una butaca, cerca del lecho del herido, y pronto estuvo otra vez atenta a su cuidado. Ella auxiliaba al médico en las curas; ella renovaba las vendas con la delicadeza incomparable de sus manos; ella se ocupaba en hacer los manjares prescritos, y en servírselos, y en graduar la luz de la estancia, y disponer los almohadones, y en adivinar lo que quería, y lo que pensaba, y lo que podía aliviar su dolor los primeros días, o poner más tarde una sonrisa en sus labios.

Una semana después de este suceso, Florio, restablecido casi por completo, vio la

realidad de un jirón del dulce egoísmo en que vivía, y preguntó:

—¿Y tu teatro?

La joven sonrió, un poco confusa.

—Pues…, precisamente…, no tengo teatro…

—¿Se cerró el Nacional?

—El Nacional continúa abierto; pero ya no trabajo en él… No trabajo en ninguna parte. He descubierto que no nací para las comedias.

Florio la miró seriamente.

—¿Qué ha sucedido, Adriana?

Y ella se puso también repentinamente seria.

—Ha sucedido lo que te he dicho ya. La Adriana Sánder que conociste es otra mujer. Cuando se concertó tu desafío pensé que, si morías en él, el horror de mí misma me haría imposible continuar presentándome en público; y si vivías, nada que no fueses tú podía importarme. Aquel día rescindí mi contrato. He resuelto no volver a la escena, y sueño con hacer de mi vida, a fuerza de amor, algo más interesante que todas las falsas vidas del teatro. Ahora… no soy nadie, no tengo nada… ¿Quieres dejar que pruebe a hacerte olvidar que no merezco tu cariño?

Él meditó.

—Nada deseo tan fervorosamente, Adriana, y solo así podría ser dichoso; pero todo esto, ¿es algo más que una excitación tuya? No eres mala, aunque temo que seas voluble. Si tú algún día…

Bruscamente, con un mimoso ademán, cerró ella la boca reprochadora.

—¡Nunca más!

Acercose a él hasta apoyar la cabeza en su pecho. Murmuró con una especie de pudorosa malicia:

—Si en esta casa hubiese sitio para unos baúles… Hace siete días que me ves con el mismo traje.

Levantó el rostro y le ofreció por primera vez sus labios.

—¿Los traigo ahora mismo?… ¿Para siempre?

Y salió corriendo, feliz, ordenando a gritos al chófer que preparase el auto.

A mediodía, cuando Truffe llegó para acompañar a su amigo durante el almuerzo, advirtió la ausencia de Adriana. Marco Massipo, interrogado directamente, declaró que se había marchado a la ciudad, y el gordiflón volvió entonces sus curiosos ojillos hacia Florio.

—Volverá —anunció secamente el joven.

Pasó un instante, y ya iniciaba Alberto una observación sobre un tema distinto, cuando Oliván aclaró:

—Va por los baúles.

—¡Ah!

Y el discretísimo glotón no añadió a esta sílaba el menor comentario. Entonces Oliván apartó su plato con disgusto, y confesó que estaba sufriendo las torturas de

una cruel vacilación. ¿Hasta qué punto hacía bien en entregarse a aquel cariño y admitir la convivencia de Adriana? Enamorado profundamente de ella, ¿podría soportar el posible golpe de una veleidad de aquella muchacha, acostumbrada ya a una existencia agitada, de triunfos y halagos y solicitaciones incesantes? ¿Qué debía resolver? Sus amigos tenían la obligación de aconsejarle francamente. ¿Opinaba algo Truffe?

Sí, Truffe opinaba que hiciese lo que le pareciese mejor. Para estos asuntos no hay una receta, como para guisar una perdiz a la cazadora. Adriana era, sin duda, una buena muchacha, y considerada la cuestión desde lo alto de esta verdad, no era peligroso el compromiso que Florio estaba a punto de adquirir. Pero tampoco debían dejar de tenerse en cuenta las modificaciones que la vida del teatro y la licencia de que había hecho uso la joven para sus costumbres podían haber introducido en su carácter. A Florio correspondía estudiar esta amenaza…

Pero Florio protestó. No era justo mostrarse tan severos. Adriana había pecado, pero no por vicio. En Granmont vio el triunfo de sus ambiciones, el dominio de la fama y de la comodidad. Antes de encontrar a Granmont, Adriana vivía casi pobremente, y su honradez era el primer obstáculo para su triunfo. Ya se sabe lo que es el teatro. Prueba de que no era mala, que cuando se creyó verdaderamente enamorada de un hombre, aunque no era rico ni podía protegerla en su carrera, se negó a continuar toda relación con el millonario. Esto constituía, al fin, un rasgo digno de aprecio, revelador de delicadeza. ¿Y su conducta con él, con el propio Florio, en esta semana que vivió consagrada a atenderle? No, que no le dijesen…; no había mujer más dulce y más buena en el mundo. Y aunque realmente hubiese cometido muchas locuras, si estaba arrepentida, valía más que cualquier señorita ñoña y vulgar.

—Entonces —inquirió Truffe—, ¿cuáles son tus temores?

Florio repitió su gesto malhumorado. Verdaderamente desconfiaba de sí mismo. No era celoso; pero amaba demasiado a Adriana para no sentir la amargura de sus… imprudencias anteriores, de sus deslices. Era innegable que ella había pertenecido a otros hombres. ¿Cómo olvidarlo? ¿Cómo no recordar que sus primeras emociones eran ajenas a él, que otros habían impuesto brutalmente su sello en aquella sensibilidad que él desearía pura y limpia de toda huella? ¿Podría perdonar a Adriana el desmayo sufrido en el rigor con que una mujer debe velar su honra? Esta idea, que vivía ya en él, ¿se agigantaría hasta ser un tormento insoportable? Tal era el espinoso caso.

—¿Qué debió hacer Adriana? —preguntó Truffe.

—Guardarse.

—¿Esperar por ti?

—O por cualquier hombre honrado.

—¿Crees que eso tiene mucha importancia?

—Una enorme importancia social. Lo sabes tan bien como yo. Es la base de todo

juicio que haya de formarse acerca de la conducta de la mujer. Adriana no podrá contar nunca, por esa causa, con el aprecio sin reservas de la gente. Ser intacta es la más elevada categoría femenina.

—Nunca ha dicho usted una verdad más grande, señor —terció Massipo—; pero así Dios me salve como nunca haría yo caso alguno de ella.

—Poco entiendes tú de eso, Marco.

—Algo ha visto y oído uno, a fuerza de años, señor, y lo que acerca de este asunto he aprendido, darían algún dinero por conocerlo también muchas doncellas.

—Massipo —exclamó alegremente Truffe—, apostaría una buena merienda a que se trata de algún cuento de tu confortable cementerio de San Mamed.

—Cuento o no cuento, no lo cambiaría, para juzgar estas cuestiones, por las tablas de logaritmos ni por un manual de electricista.

—Seguramente —corroboró Truffe—, y hasta tal punto creo en tus palabras, que si Florio no conoce ya esa historia, nada mejor podías que referírnosla.

Asintió Oliván, y el grave Massipo, después de comprobar que el café estaba en su punto y haber llenado con el negruzco líquido las tazas transparentes, comenzó su relato:

—Hubo en tiempo de nuestros padres un amable señor, de noble familia, tan excelentemente educado y tan sometido a las reglas que rigen la conducta de los caballeros, que nadie pudo acusarle jamás de haber cometido acción reprensible alguna, ni fue sorprendido, en todo lo que duró su existencia, entregado a trabajo de ninguna clase. Era un señor, como he dicho ya, y esto basta. Ponía el honor por encima de su propia vida, y no ignoraba que no hay vaso tan frágil, entre todos los que pueden contener esa preciosa sustancia, como el cuerpo de una mujer. Aunque buen cristiano, se lamentaba a veces con sus íntimos de que el Señor hubiera perdonado a Magdalena, y sostenía que en esa clemente conducta había que buscar la causa de que las mujeres hayan llegado a fumar cigarrillos. El honorable caballero se casó con una dama tan virtuosa que nunca consintió en sus corrales, para cada gallo, más que una gallina, ni admitió que se instalase en su casa esa deshonesta invención de Satán que se llama cuarto de baño.

»El ejemplar matrimonio tuvo dos hijos y una hija. Herederos de las altas prendas morales de sus progenitores, eran los niños más angelicales del reino. Nadie les vio detenerse a contemplar las turbadoras estatuas desnudas que hay en los parques, ni leer libro sin censura eclesiástica, ni pararse ante los escaparates de las tiendas donde, con el pretexto de mostrar fajas, corsés, medias y camisillas, se exhibían impúdicamente, para pervertir a la infancia, relajados maniquíes de cera. El matrimonio ejemplar estaba satisfecho de sus vástagos y le sobraba razón. La hija, especialmente, fue instruida con pertinacia acerca del insuperable valor de la doncellez, de su trascendental significado y de la tenacidad que es necesario poner en su defensa, aun pisoteando el propio corazón cuando en él se albergan tentaciones ilícitas. Las últimas palabras que la noble dama pronunció en su lecho de muerte, al

oído de su hija, fueron una recomendación más acerca de tan vidrioso asunto.

»Es probable que el digno caballero hubiera fallecido con igual tranquila beatitud que su esposa, si un desgraciado accidente no perturbase los minutos postreros de su existencia. Cierta tarde en que Azucena, la hija adorada, contemplaba desde su balcón el ir y venir de los transeúntes, cedieron los herrajes en que se apoyaban, dio un terrible grito y cayó.

»Quiso el azar que sus faldas prendiesen en una férrea vigueta que sobresalía entre el segundo y el primer piso para sostén de cables y palomillas aisladoras. Y así quedó la encantadora muchacha, doblada sobre sí misma como un muñeco de guiñol, lívida, sin sentido (lo que fue buena suerte, ya que un leve movimiento le hubiera sido fatal), y mostrando a cualquier persona de mediana vista que por la calle transcurriese las maravillas que entraban a componer más de la mitad de su cuerpo.

»Apenas advertido de la desgracia, el padre bajó, presuroso, anhelante, con la horrible certeza de ver a la hija amadísima trocada en un montoncito incognoscible y sangriento. Los gritos y la actitud de la gente le hicieron ver el casi milagroso tropiezo al que debía su salvación Azucena. Pero su angustia ante aquella inestable situación, que podía resolverse fatalmente de un segundo a otro, se le hizo irresistible. Corría el infeliz caballero de aquí para allá, llorando, lamentándose y rezando a la vez, requiriendo de todos un rápido socorro que nadie sabía cómo prestar. Al fin, los espectadores más serenos amontonaron colchones sobre las losas donde pudiera caer Azucena, y se solicitó con urgencia una escala del parque de incendios más próximo. Estas precauciones y la seguridad con que la joven parecía estar retenida tranquilizaron un poco al honorable señor y también a los estremecidos curiosos que se habían acumulado en la calle hasta obstruirla. Un joven que estaba próximo al caballero murmuró, entre compasivo y admirado:

»—¡Pobre muchacha! ¡Qué bien formada está!

»—¡Oh, sí! —apoyó su acompañante—. ¡Muy bien formada, la pobre!

»Solo entonces (esta es la verdad) se dio cuenta el afligido padre de que la bella en peligro mostraba a la muchedumbre, perseverantemente y con la indiferencia de quien bastante tiene que hacer con estar desmayada, todos los atractivos que son capaces de reunirse en la distancia que hay de unas suaves caderas a unos breves pies. El orgullo, la delicadeza, los plausibles prejuicios de cien generaciones de caballeros honorables y de damas que nunca recibieron a sus maridos sino a oscuras y con camisón, vinieron a elevar y hacer más aguda la congoja del excelente padre. Miró y vio centenares y centenares de ojos clavados en aquel cuerpo que se mostraba en lo alto; vio a un señor gordo y anciano soplar con disimulo bajo un sofoco que enrojecía su piel; vio, cerca de este, a un hombre pálido limpiar apresuradamente sus gafas con un pañuelo; vio a unos mozalbetes abrirse paso entre la multitud para ir a situarse en sitio desde donde pudiesen contemplar de frente lo que ya habían examinado de espalda… Las voces del gentío, los bocinazos de los automóviles detenidos a distancia, las campanas de los tranvías… todo adquirió para el caballero esta

descifrable significación: “¡Qué bien formada! ¡Qué bien formada! ¡Venid a ver a la virtuosa señorita que está aquí colgando, con las nalgas al aire!”.

»El desventurado señor apretó sus puños con ira. ¡Si pudiere cerrar contra tanta gente!… La vergüenza y la cólera debieron de oscurecer su razón, porque gritó de pronto:

»—¡Azucena, tápate!

»Algunos sonrieron. Preguntaron otros:

»—¿Qué ha dicho ese señor? ¿Qué ha dicho?

»Y él vociferó fuera de sí:

»—¡Baja esas faldas, Azucena!

»Entonces rieron más fuerte muchas personas, y aquellas que estaban cerca de él le aconsejaron:

»—Cálmese usted, señor. La escala no tardará en llegar.

»Enloquecido, irritado como si mancillasen a su hija en su presencia, se precipitó nuevamente en su casa y subió a saltos. Pronto le vieron aparecer en el saledizo del balcón, llevando una sábana, que desplegó, sosteniéndola por una punta. Creyeron que trataba de descolgarse; pero no quería más que ocultar con ella el cuerpo de su hija. Extendió el brazo fuera del balcón, inclinose y perdió el equilibrio. Entre un unánime clamor de espanto, se aplastó en la calle. La sábana, apresada aún por él, le siguió flameando. Pareció un rápido cometa, y todos los que presenciaron su caída ya no pudieron seguir mirando el cuerpo de Azucena.

»Quedaron los tres huérfanos en posesión de una pequeña herencia, y con el alma conmovida por las sabias admoniciones que su padre les dirigía en su testamento, que era como una voz que llegase desde la tumba a sus oídos: “¡Velad por Azucena!”, decía a los varones, y a su hija: “¡Sé honrada!”. Para el intachable señor, este último consejo tenía una intención exclusivamente referida a la conducta amorosa de la joven. Entre sus remotos ascendientes figuraban una mujer que había envenenado por rivalidades políticas a un senescal, y otra que había despojado de su patrimonio a unos sobrinos después de un pleito confuso y sospechoso; pero estos actos eran más bien motivos de envanecimiento para los parientes y en nada afectaban —todo el mundo lo reconocía— el honor del apellido. Lo interesante, el punto concreto a que se refería la recomendación póstuma del cuidadoso padre, era el cómo y el cuándo había de despedirse la joven de su doncellez.

»Tanto cautivaban los dones físicos de Azucena, que los pretendientes abundaban en su alrededor, y, a pesar del recato en que vivía y de su casi continua reclusión en el hogar, celosamente guardada por los hermanos, la fama de su belleza extendiose y corrió por todo el pueblo. Muchos eran los que le ofrecían su corazón; pero ella mostrábase temerosa en aceptar galanteos sin tener aún la razón madura para discernir, y a todos daba largas. Un señorón, tan orgulloso y violento como adinerado, la asedió con más ahínco que nadie y mereció una indisimulada repulsa. Jurose el donjuán hacer suya a la esquiva, por caro que le pudiese costar, y cierta tarde en que

Azucena paseaba por las afueras del pueblo, acompañada por su hermano mayor, varios hombres precipitáronse bruscamente sobre ellos e intentaron raptarla. Defendiose la joven como pudo, y el hermano, repuesto de la sorpresa, luchó a bastonazos contra los sayones, y aunque le hirieron de una feroz cuchillada, no desmayó su tesón hasta que los incesantes gritos de la virgen amenazada atrajeron gente a aquel lugar, y con esto escaparon los raptores, y el valeroso muchacho no esperó a más para rendir su vida.

»Cuando el hermano menor se enteró de lo ocurrido, lloró al muerto; pero dio gracias al Señor, porque, aunque a tanto precio, hubiese tenido Azucena quien la librase de la deshonra que la acechaba. Y siguió la vida en aquel hogar, después de adoptar precauciones para impedir el triunfo de cualquier mal deseo de los hombres. Dobláronse las rejas, fueron despedidos los criados jóvenes y se contrataron los servicios de dos señoras viudas de militares, para acompañar y atender a la codiciada belleza, que se hizo más retraída aún y más desconfiada de las intenciones del mundo.

»Por aquel tiempo dos de sus pretendientes se hirieron tan gravemente en desafío, que murieron sin poder despedirse de nadie, y poco después, uno tras otro, cuatro jóvenes de buena familia se suicidaron por no conseguir reconciliar su vida con los desdenes de la hermosa.

»Tenía Azucena veintidós años cuando un *crac* financiero redujo su fortuna a tan insignificante cantidad, que el hermano menor decidiose a abandonar los estudios para aumentar los ingresos con su trabajo. Valido de sus buenas relaciones, consiguió un puesto en una casa de banca, donde laboraba más de diez horas por día, sin alzar la cabeza, sobre unos libros aterradores que no se llenaban jamás. La dulce Azucena, entristecida por el excesivo esfuerzo del joven, anunció, llorando, que ella estaba resuelta a trabajar también, ya en una oficina, ya bordando o cosiendo en su propia morada; pero su hermano recibió esta declaración ceñudamente.

»—Azucena —dijo—, no creo que la desgracia te haya hecho olvidar lo que te debes a ti misma. Una muchacha soltera, como tú, corre siempre algún peligro al convivir entre hombres. Tampoco me gusta que hables de trabajar en casa. Te ajarías, se irritarían tus ojos, se estropearían tus manos, perderías tu graciosa delicadeza. No. Continúa como hasta aquí, que bastante tiene que hacer una señorita con guardar dignamente su decoro. Mientras yo viva y tenga fuerzas, nada te faltará.

»Y ella continuó, en efecto, guardando su preciosa doncellez en el fondo de la triste casa como una joya única en un arca de caudales.

»Tres años más estuvo manejando números el hermano, que acumulaba quehaceres para aumentar su retribución, y apenas tenía tiempo para comer y dormir. Y al cumplirse los tres años, a las seis y media de la tarde, sus compañeros de oficina vieron con asombro que se ponía en cuclillas sobre una mesa, y cuando se aproximaron a él le oyeron hacer la extraña confidencia de haberse convertido en una máquina calculadora; luego rogó que lo empeñasen en cualquier casa de préstamos,

porque le hacía falta dinero, y a partir de ese instante no pronunció palabra alguna que no fuese un guarismo. Murió meses después en un manicomio.

»Quedó afligida y sola la gentilísima Azucena; pero nada alteró su firme honestidad y el recogimiento de su vida. Únicamente, pasado un lustro, cuando estaba pagando el recibo de la luz al comprobador de contadores, se le ocurrió pensar que el humilde empleado era un buen mozo. Estaba junto a la puerta abierta, y por la puerta entraban el perfume y el sol de un día primaveral, en el que todo parecía rejuvenecido y alegre. Algo dijo el comprobador y algo contestó ella; rieron los dos, y, como en un sueño delicioso, se vio entre los brazos fuertes y duros de aquel hombre, y se dejó besar y besó, fugitivamente hipnotizada.

»Nada más ocurrió. Otra vez sola, junto a sus rejas floridas, Azucena meditó que ya no podía confiar en su voluntad, que su pureza estaba como suspendida por las faldas sobre un abismo, y que si aquel hombre, con el que no debía mezclar su prosapia, la besase otra vez, ella (¡oh angustioso hechizo!), ella no podría reflexionar ni defenderse…

»Aquella noche disolvió seis cajas de fósforos y bebió hasta la última gota sin hacer un gesto.

»La enterraron en San Mamed, en el panteón de la familia, donde ya reposaban su padre y sus hermanos. El noble señor la recibió amorosamente.

»—Confío —habló— en que te habrás portado como corresponde a tu educación y a tu linaje; pero me gustaría oírlo de tus labios. Dime, hija mía: ¿y tu honor, que es también el nuestro?

»—Lo traigo conmigo intacto, padre querido», contestó la joven, ruborizándose levemente.

»—¡Dios te bendiga!», deseó él.

»Pasó tiempo. El espejo de caballeros solía golpear todas las mañanas el tabique que separaba su nicho del de Azucena, a manera de cariñoso saludo. Pero un día nadie le contestó. La joven había huido del panteón, y un grupo de esqueletos que paseaban para desentumecerse la encontró gimiendo cerca de la fosa común. Una difunta de dos siglos se acercó, a ella:

»—¿Qué te sucede? —preguntó.

»—¡Ay de mí! —se dolió Azucena—. ¡No puede existir desgracia comparable a la mía! Por velar mi honestidad se mató mi padre; por defenderla murió uno de mis hermanos, y por alimentarla, el otro; por conservarla me di muerte yo misma; varios hombres que quisieron adueñarse de ella tuvieron mal fin; no hice en el mundo otra cosa que cuidar incesantemente eso tan precioso y frágil que es la virginidad de una mujer. ¡Y esta noche, señora mía, se la ha comido un gusano, un horrible gusano! ¡Ay, ya no podré presentarme jamás ante mi padre!

»La vieja difunta habló:

»—Cuando lleves más tiempo entre nosotros podrás conocer, solo con mirar un cráneo, si quien lo paseó por la vida fue un idiota, un criminal o un sabio; pero nunca

podrás saber por ningún síntoma quién se desmayó en un cariño sin pedir permiso al juez. Quizá esto no le importa a la Naturaleza, o quizá le importa tanto, que a aquella que resiste el dulce amor le da el mismo violador monstruoso que tú has tenido. Vuelve a tu panteón, y si quieres gemir, hazlo por tu vida y por las otras vidas estérilmente perdidas.»

Marco enmudeció, y entonces abrió los ojos Truffe, que se había dormido bajo el influjo de la digestión y el arrullo de la grave voz del antiguo sepulturero.

—Continúa —insistió el gordiflón—; es muy interesante esa historia.

—He terminado ya —gruñó Massipo.

Florio se echó a reír.

—¡Qué diablo! —opinó—. Acaso tenga razón ese feo cuento. Por otra parte…, lo hecho, hecho está…

Y brindó un ademán acogedor al Destino.

CAPÍTULO VII

DONDE EL DIABLO SE DECIDE A REALIZAR EL ACTO MÁS IMPORTANTE DE SU HISTORIA

Nunca se creyó Oliván tan feliz ni halló tan colmada su vida como en aquella luna de miel, de inacabable apariencia, que le ofreció el amor de Adriana, entregado y humilde, atento y dulce, que parecía agradecido al bien de ser aceptado y a que otro corazón se abriese para recibir su ternura. Florio comprendió que su existencia había anclado, al fin, en puerto seguro, del que no sería capaz de alejarle nada que no fuese alguna imprevista tempestad. Estaba acogido a la fórmula más simple de la ventura, la que proporciona mayor y más duradera serenidad a los espíritus sencillos: un trabajo provechoso y un solo amor de mujer. La atracción de Adriana parecía acrecentarse cada día, y muchas veces la evocación de un gesto, de una actitud, de una frase de la amada en cualquier instante de un infatigable idilio, le hacía consultar su reloj en el despacho de la fábrica, impaciente por reunirse con ella.

Al caer la tarde solían marchar a la ciudad a hacer compras o para comer en un restaurante cualquiera, que, de pronto, les parecía que estaba allí esperándolos desde el principio del mundo.

Los encantaba someterse en alguno de estos lugares a la imposición de un menú demasiado sencillo, o advertir la oficiosa discreción con que el camarero cerraba la puerta y llamaba antes de entrar, creyéndolos una fogosa pareja que ocultaba de la gente sus amores difíciles. Cualquier futesa hacía sonar todas las campanillas de su contento. Su alegría se desbordaba para teñir cuanto se ofrecía a sus ojos y se olvidaban de haber pensado alguna vez que la vida no siempre es grata.

Fue en una de estas ocasiones cuando los jóvenes presenciaron el suceso más trascendental que pudieron sospechar los humanos.

Anochecía cuando el automóvil, guiado por Florio, entró en las primeras calles de la ciudad, extrañamente desiertas. Más adelante hirieron los oídos de los enamorados un griterío confuso, ruido de cristales rotos, y al llegar al cruce de dos amplias vías vieron correr a algunos transeúntes, vanguardia de un miedo colectivo. Los comerciantes se asomaron a sus puertas, recelosos. Oliván disminuyó la marcha y pudo oír que la policía había cargado contra los apedreadores de una residencia diplomática. Los periódicos del día se ocupaban en el asunto de los pozos petrolíferos y dejaban ya resueltamente a un lado toda la moderación en que se habían contenido hasta entonces. Algunos artículos reclamaban la venganza urgente de ciertas violencias cometidas por el país vecino, y recordaban nombres de héroes y de batallas, entrando en el archivo de la Historia con la iracunda prisa con que pudieran hacerlo en un arsenal. Florio explicó a Adriana las causas del lejano tumulto y continuaron. Pero, a medida que entraban en los barrios populosos, la agitación se hacía más evidente. Dialogaban las mujeres de balcón a balcón, y grupos de hombres

comentaban con gritos o con rostro preocupado y triste algo extraordinario cuya inminencia se advertía. En la plaza Central no pudo seguir el automóvil. Una muchedumbre, a la que guardias a caballo mantenía a distancia del palacio de los reyes, aguardaba en impresionante silencio la conclusión de un consejo de ministros, del que se esperaban definitivos acuerdos. Por una de las amplias calles próximas irrumpió, anunciándose con «¡vivas!» y «¡mueras!», que sonaban largos y unánimes, imponentes, una manifestación de miles de hombres. Llevaba carteles y estandartes con leyendas belicosas, y un grupo que había izado sobre sus hombros a un soldado de estúpida cara de campesino, vitoreaba frenéticamente al ejército.

Quedó el auto como preso en aquel espacio súbitamente cuajado a su alrededor, y toda la plaza negreó de gente apiñada, bajo la viva luz de los focos y de los anuncios eléctricos, que continuaban apareciendo y apagándose en las fachadas, manchando con reflejos fugitivos los rostros ansiosamente vueltos hacia la mansión real.

Aquí y allá, ocultos entre la informe masa, los más exaltados lanzaban un «¡muera!», y se veía entonces aparecer el brazo que impulsaba el grito a la altura, ofreciéndolo a la multitud, y la multitud respondía con una sola voz rugidora. De pronto encendiéronse los globos esmerilados que coronaban el gran balcón central del palacio. Fue como un aviso de revelaciones, y el gentío calló. Las conocidas figuras de los gobernantes se fueron alineando, un poco turbadas bajo la impresión de ser vistas por millares y millares de ojos, bajo la fría y fuerte luz. El primer ministro extendió su mano, y todo se recogió en un ansia expectante. Hasta Florio llegaron frases debilitadas y rotas por la distancia: «nuestra gloriosa historia…», «el honor nacional…», «demostraremos ser dignos de…», «la guerra…» Y al sonar por primera vez esta terrible palabra, un aullido feroz subió hasta el cielo, y blanqueó súbitamente la plaza, porque las manos se alzaron unánimes para aplaudir.

—¡Viva el rey! —se oyó.

—¡El rey!

—¡El rey!

Y entre los ministros, ahora replegados respetuosamente, apareció un hombre de mediana estatura, de barba gris, de ojos que lucían doblemente bajo una frente mezquina. Y saludó. Y el pueblo, delirante, estalló en un vítor largo y frenético, conmovido de entusiasmo y de amor.

Florio crispó las manos sobre el volante y sintió la profunda emoción del momento hecha humedad en sus párpados. La conciencia de la muchedumbre se imponía a la suya y la fundía en el ansia común. Si fuese oportuno, hubiera pedido entonces un fusil y un jefe y el primer puesto en la lucha contra no importaba quién.

Sobrevino un descanso de las gargantas fatigadas, de los nervios en vibración duradera; ese declinar que algún experto aprovecha siempre para hacer a las multitudes la recomendación de disgregarse. Y en este instante fue cuando sonó la extraña voz.

Fue una voz llena y fuerte, segura; pero tan impregnada de mansedumbre, de

calma, de bondad, que en la agitación de todos los espíritus sonó como el contraste menos previsible y conveniente.

—¡Hermanos!… —dijo la voz.

En pie sobre uno de los asientos que rodeaban la gran farola central, el que hablaba se mostró al gentío. Era alto y pálido, y una barba rala y oscura aumentaba la demacración de su rostro; sus manos huesudas se extendían como para amparar o bendecir el mar de cabezas, y sus ojos tenían, bajo las zarzas de las cejas, el vago extravío de los éxtasis. Una leve brisa levantó en aureola sus cabellos lacios sobre las sienes hundidas.

—¡Es Acracio —se oyó decir—; es el eremita de la Peña Negra!

Y de nuevo fluyó la voz mansa y segura:

—¡Oíd, hermanos!…

* * *

La víspera, al ponerse el sol, cuando aún cruzaban el aire, el retozo, pájaros distantes del nido, Acracio, el anacoreta, había recibido la visita de Satanás.

Sintió sobrecogida a la Naturaleza, dentro de aquel silencio repentino, hondo, glacial, que otras muchas veces le había anunciado al Enemigo; y antes de alzar los ojos hacia la negra roca donde sabía que el Ángel Triste recortaba su figura en el cielo, rezó. Después, suavemente, posó la inmensa piedad de su mirada sobre el Maldito.

—Acracio —oyó—, tres meses hace que no vengo a turbar tus meditaciones. Hemos dejado pendiente una discusión teológica, que me recuerda aquellos debates que sostenía con el iracundo Lutero, o mis lucubraciones de hace algunos siglos, cuando conspiraba contra los franciscanos en un convento de Berna. Hoy necesito más que nunca el consuelo de advertir tu enemistad, porque otra vez vengo derrotado y entristecido. ¿Quieres saber lo que hice en este tiempo?

El ermitaño continuó silencioso. Suspiró tristemente Satanás, y dijo:

—El primer mes fui campesino en Francia. Hice saber que poseía una gracia sobrenatural para curar todos los males solo con el contacto de mis manos, y acudieron a mí enfermos desahuciados ya por la ciencia, y les devolví la salud. Mis hechicerías dejaron sin clientela a todos los médicos de muchas lenguas en rededor. Realicé verdaderos milagros. Al fin, me prendieron, por ejercer una profesión ilegalmente. Era lo que yo ansiaba. En el interrogatorio afirmé que era divina mi facultad, y mis rezos los que me procuraban el triunfo. Los doctores que me escuchaban se rieron de mí. «Cura por sugestión —opinaron—; la sugestión es capaz de operar maravillas.» Y me impusieron una multa.

Satanás esperó. El santo anacoreta siguió callado.

—El segundo mes fui obrero sin trabajo en España, y me acogí a la protección de

las Damas Devotas, que me daban un real diario y unos borceguíes de cuero al ingresar en el redil piadoso. Quería templarme al fuego de la fe. Un día intenté provocar la explosión virtuosa en la que, al afirmar la existencia de Él, afirmasen la mía. Hablaba a solas con la presidenta y fingí un cínico ateísmo. «Nosotras —me contestó— respetamos las conciencias ajenas: únicamente le ruego que, en las elecciones, reserve su voto para nuestro candidato.»

Volvió a suspirar el rebelde. Acracio perseveró en su mutismo.

—El tercer mes me inscribí en un congreso en el que los sabios de las más cultas naciones se proponían debatir temas de biología. Ni una vez sonó el nombre del que todo lo hizo. Entre el respeto unánime, hombres próximos ya a la tumba, que debieran estar poseídos por la preocupación del más allá, aventuraban orgullosas suposiciones acerca de cómo ciertos animales marinos cambiaron por la tierra su elemento nativo, y cómo las necesidades de su existencia los fueron transformando hasta que entre los trepadores de árboles surgió la posición vertical y aparecieron los monos gibones, parientes inmediatos del hombre. «Pero ¿y el espíritu —pregunté—, y la inteligencia?» «La inteligencia —me respondieron— se deriva de su verticalidad. Gracias a ella, las manos están aptas para asir y para defenderse; pueden llevar el alimento, ya desgarrado, a la boca, lo que permite la reducción de las mandíbulas. Al ocurrir esto, los músculos elevadores de la quijada —que antes se unían en vértice sobre la cabeza, apresándola— quedan limitados hasta su inserción en la fosa temporal; el cráneo puede desarrollarse, libre de su compresión; se ensanchan los frontales y los parietales, el cerebro crece cómodamente, el sistema nervioso alcanza un gran predominio. He ahí la aurora de la inteligencia humana… Por lo demás, nuestras fibras musculares son como las de otros vertebrados; nuestro cuerpo está, como el de los gusanos, dividido en segmentos; nuestros dientes no se diferencian de las placas resistentes que forman el esqueleto dérmico de los tiburones; en los embriones humanos se esbozan los arcos branquiales, como en los batracios; nuestras células nerviosas son las mismas de cualquier animal, en sus caracteres exteriores. Somos la culminación de la Naturaleza, pero no es verdad que hayamos sido creados por espontánea y especial generación.» Esto he oído, y nunca vi al hombre tan lejos del Hacedor como al proclamarse de esta suerte su obra casual.

El ermitaño volvió a elevar su mirada hasta el Ángel Malo, y habló:

—Es cierto que la impiedad se ha enseñoreado del mundo; pero ¿cómo no ves en ella el resultado de tu propia obra? Sembraste de sal todas las almas, y son páramos. El camino de la ciencia conduce hasta Dios; pero la soberbia engaña a los hombres con sus espejismos. Ella es el origen de todo pecado, porque hace menosprecio del Creador, y ella eres tú. Como de hábiles trampas, has llenado de tentaciones las sendas del mundo; larga y terrible ha sido la lucha de la Humanidad entre el mal y el bien. Dios atraía lo que en ella hay de divino; tú la retenías en lo que tiene de vil. El pobre espíritu de los hombres estaba ya a punto de enloquecer entre la presión poderosa, cuando se refugió en ese sórdido y culpable indiferentismo al que tu

orgullo no sabe someterse. Te falta piedad para poder juzgar a las criaturas. Creen haberse declarado neutrales en tu batalla incesante contra Dios; pero la verdad es que no han logrado la calma, y las sierpes de tus intenciones traban su marcha y se les enroscan en el corazón. Han derribado las imágenes de los altares para encaramarse ellos mismos; en la risa con que te persiguen se advierte el frío con que tú quisiste enseñarles a negar al Señor.

El anacoreta se puso en pie, conmovido por una profunda tristeza.

—¡Oh! ¿Qué has hecho de esos débiles seres? El afán vanidoso de saber los tortura como a un insaciable sediento que hubiese de extraer el agua gota a gota, cavando con sus uñas la tierra; la envidia les amarga el bien que poseen; son turbios sus pensamientos, y viven, entre el deseo y el temor, en una inquietud espantable que va con ellos desde la cuna al sepulcro. Suponen gloria en las matanzas y hacen de la codicia una virtud social. Si no los contuviese la soberbia, todos mostrarían un corazón lacerado, insatisfecho, y un alma vacía por la desilusión; si corriesen todas las lágrimas que el orgullo retuvo, se anegaría la tierra infeliz. Esa es tu labor, mil y mil veces maldita. ¡Execrado seas por los siglos de los siglos y que la propia conciencia de tu ser monstruoso se te haga insufrible!

Y el santo varón volviose lentamente y penetró en su choza. Satanás quedó caviloso y callado, arrancando con sus corvas uñas el liquen de la oscura roca en que asentaba. Levantose, al fin, y se acercó al humilde refugio del anacoreta.

—Acracio —llamó.

El ermitaño oraba.

—¡Acracio!

La voz de Lucifer se había hecho suplicante y dulce, como la de un niño después de una reprimenda.

—¡Hombre —siguió, luego de esperar inútilmente—, yo no creo que…, la verdad…, has estado un poco duro conmigo!… Sal un momento.

El penitente no se movió.

—Acracio —continuó Satanás—, eso no puede ser… Estás pensando en no volver a escucharme nunca… No hay que extremar las cosas, ¡caramba! Sabes muy bien que no tengo con quién hablar de teología más que contigo, y que yo no puedo pasarme sin tratar de ese asunto. ¡Sal, no seas terco! Comprenderás que no voy a vengarme de ti; no es cosa de asustarte con endriagos, ni de tentarte con un *pendentif*, o enviando contra tus fríos doce lustros alguna hermosa doncella. Concédeme un instante…

—*Vade retro!*… —pronunció solemnemente Acracio desde el interior de la choza.

Satán cabeceó, como protestando contra aquella conducta.

—¡Muy bien! —exclamó—. Haz lo que quieras; pero te digo…

—*Vade retro!*… —insistió el anacoreta.

Satán dio un impaciente golpe sobre el suelo.

—¡Ya me voy, ya me voy!

Se encaramó de un salto a la roca y abrió sus amplias alas de murciélago sobre el abismo temeroso. Pero aún se detuvo en una ceñuda meditación, y bruscamente volvió hacia la choza.

—Acracio —dijo—, hablando nos entenderemos mucho mejor. Parece que te afliges por el género humano… Puedes suponer que a mí los hombres, por sí mismos, no me interesan gran cosa, y tal como se han puesto, menos aún… Toda la culpa de lo que les sucede no es mía. Pero si tú crees que está en mi mano, hacer algo, dilo francamente, y…, y… lo pensaré…

Silencio.

—¿Has oído?

El ermitaño apareció en la puerta.

—¿Prometes obedecer ahora mismo aquello que yo mande?

—Haré que la tierra duplique sus cosechas, que el oro asome a su haz, que se prolongue la vida…

—No.

—Tenderé puentes sobre el mar, raeré los animales dañinos, acrecentaré la belleza de las mujeres…

—No.

—¿Qué pides?

—Suprime todas tus tentaciones.

—¡Oh Acracio!

—Haz que desaparezcan entre los hombres los siete pecados capitales. Que puedan ser puros y limpios los corazones de las criaturas de Dios y que la paz perdida con el Paraíso vuelva a reinar sobre la tierra. Deja que la Humanidad se rehaga en una vida nueva y bondadosa, en la que el sufrimiento y la culpa no sean conocidos jamás…

—¿Bondadosa?… No; yo no puedo otorgar la virtud.

—Pero puedes suprimir el pecado.

—Puedo solamente suprimir el pecado. ¿Es eso lo que deseas?

—Sí.

Lucifer clavó su mirada irónica en el ermitaño y permaneció así un momento, como si reflexionase en la atrevida demanda del siervo de Dios.

—Nunca se me había ocurrido… —murmuró al fin—. Voy a complacerte.

E hizo otra vez el agudo basalto, pedestal de su esbelta figura. Comenzaba la noche. Algún rojo matiz del ocaso, que iba a desleírse en las sombras, corrió hacia el desnudo cuerpo satánico, como atraído por él, y lo tiñó luminosamente; los rizosos cabellos abultáronse sobre la frente dominadora. Lucifer extendió un brazo hacia el oscuro horizonte. En la montaña todo era silencio y miedo y quietud, y la amplia llanura semejaba un enorme lago negro, sobre el que la lámina dormida de un río parecía tender un puente de metal. El pálido resplandor de la ciudad invisible y lejana manchó el cielo en el confín por donde avanzaban unas nubes informes.

El ermitaño miró, estremecido por el presentimiento de un espectáculo pavoroso. La delgada luna bicorne diluía una luz irreal. Acracio vio que la extraña nube corría al ras del suelo, y advirtió, sobresaltado, confuso, que era, al aproximarse, un león gigantesco y temible. La testa poderosa se erguía en un fiero escorzo, y caía la melena en redor, toda erizada de guedejas que no eran sino llamas de rizosas volutas. Al asentarse en la tierra, cada garra parecía tomar posesión del enorme valle y aun de todo el globo humillado y rendido, y el polvo que alzaba al caminar salía proyectado hacia el cielo, de entre sus fuertes patas, como si con él quisiese cegar las estrellas. La altivez entornaba sus ojos, desdeñando mirar lo que él mismo no fuese; el ancho pecho quería ser como muralla que detuviese las brisas y los huracanes; en la inquieta cola había toda la amenaza, todo el desprecio, toda la soberbia que en las manos del señor puede tener el látigo con que se flagela a los siervos.

Acercose el león, tembló el aire con el resoplido de sus pulmones. Pasó.

Y llegó tras él, también sobrenatural y desmesurado, un lento erizo, viva montaña recubierta de lanzas, mole inadorable, recogida en sí misma, hostil, oponiendo a la seducción de toda caricia las púas aviesas, guardadoras del tesoro de su egoísmo. Sobre el hocico picudo eran sus pupilas dos monedas de oro, y un vago resplandor de ese metal brillaba entre la viva mata de saetas que parecían prontas a partir de su cuerpo arqueado. Robaba al pasar el brillo de los cristales, que fingían joyas sobre la tierra surcada, y el áureo chorro que en el agua del río mentían las luces de una aldea. Si un corazón menesteroso se aproximase, el erizo no sería más que una bola de espinas lacerantes en torno a sus propios ojos de tal, cerrados para no ver y para no ser vistos.

Acercose… Pasó…

Y detrás, la innoble silueta de un cerdo monstruoso, la baja voluptuosidad de sus ronquidos entrecortados; vivo y taladrante el mirar, cargado de todas las curiosidades lascivas; la cabeza humillada hasta el lodo, y hozando en él, placentero. Por la áspera piel, maculada por la lepra amorosa, corría el estremecimiento de todas las delicias vedadas, y en su incesante rebusca por el fango había una especie de avidez, insatisfecha siempre.

Y se acercó… Y pasó.

Y vino entonces, formado de horror, un can de babeantes fauces, de ojos inflamados en amarilla luz. Colgaba su lengua abrasadora y abrasada, y donde su saliva venenosa caía se mustiaban la feliz quietud y los nobles designios. La rabia sacudía aquel esqueleto liado en la sarnosa piel, y bien se advertía, al contemplar a la bestia proterva, que no había conocido nunca el reposo.

Y transcurrió. Y en su pos surgió, en contraste de acritud, pero en hermandad de pavores, un oso lento y panzudo, torpe y craso, que aún relamía en sus fauces la miel robada a las amables abejas.

Y después, un lobo, cuyas quijadas entreabría la avidez de desgarrar carne doliente. Manchado estaba por la sangre propia y ajena, vertida en luchas sin piedad,

y temblaba todavía en su hocico el goce del rastro descubierto y de la presa dilacerada entre aullidos, y en sus dientes agudos, la última rojiza piltrafa que arrancó, gruñidor, furioso, ahincadas las patas sobre el cuerpo inmolado a su ira ciega y brutal.

Y a la zaga de todos, cachazudo, indeciso, inhábil, un asno remolón. Deteníase alguna vez para exhalar un largo bostezo; tropezaba, ramoneaba en las sombras, seguía… En sus lomos y en su vientre, la húmeda y sucia arcilla en que se había tumbado formaba madroños repugnantes.

Acracio reconoció en las siete descomunales bestias, aquellas que los padres de la cristiandad designan como símbolo y expresión de los siete pecados. Fueron haciéndose más visibles entre la escasa claridad de la noche, caminando sobre la llanada en hilera de increíbles monstruosidades.

El anacoreta cayó, de rodillas, cerrados los ojos y transido de horror. Quedó el aire envenenado por la vaharada bestial; una pestilencia más intolerable aún que la que produjese un cementerio removido se estancó en la serenidad nocturna. Y detrás de la choza del ermitaño, cerca del negro bosque de pinos, la montaña se abrió para tragar, uno a uno, los terribles seres del rebaño diabólico.

Acracio estaba aún prosternado sobre la dura tierra. Satanás volviose hacia él.

—Te he obedecido —anunció—. Los siete pecados capitales ya no turbarán a los hombres. Ve a la ciudad y da la buena nueva a tus hermanos. Desde el mismo instante en que tú la anuncies, comenzará la vida que deseas.

Y tendió las fuertes alas membranosas.

* * *

Las palabras que Acracio pronunció a la noche siguiente —después de su anhelosa caminata de todo un día— en la plaza Central fueron rápidamente comunicadas al mundo entero. Hubo un largo estupor. Después, una reacción jubilosa. Nada había cambiado aún, o, dicho más exactamente, ninguna modificación profunda podía notarse en la existencia individual o colectiva empujada por una inercia milenaria, pero los espíritus se abrían, embriagados de felicidad, a la esperanza de la perfección y de la ventura. Los periódicos publicaban extensos artículos en los que se intentaba bosquejar el panorama de una futura vida donde estuviese ausente el mal. Las personas de más relieve eran sometidas a interviús, y también modestos representantes de profesiones y oficios. El mundo apareció un día, obedeciendo a una indicación, adornado de banderas y colgaduras y guirnaldas de papel. Hubo procesiones solemnes y acciones de gracias en todos los templos de la tierra. Peregrinos llegados de los cuatro puntos cardinales visitaron la choza del anacoreta. Se acordó que los hombres se llamasen hermanos en sustitución de todas las fórmulas que la cortesía o el orgullo habían impuesto. Fue una conmoción general

y delirante. Los caudillos socialistas hicieron saber, por el portavoz de sus diarios, que la decisión de Satanás equivalía al triunfo de los ideales del partido, y por esta razón, aunque habían tratado al Demonio con evidente menosprecio, no tenían inconveniente en alabar su conducta en tan señalada ocasión y en reconocer que, sin su inesperado auxilio, la confraternidad humana tardaría muchísimas centurias en ser algo más que una aspiración atormentante.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

GRACIAS AL CUAL EL LECTOR PUEDE ASOMARSE A LAS ARCAS DE TEÓFILO ALP Y AL ESTOMAGO DE TRUFFE

Cinco años después, los doce o catorce obreros que aún continuaban trabajando en la fábrica de *foie-gras*, al llegar, en una mañana de primavera, a la puerta del edificio vieron a Florio Oliván sentado en el banco de piedra de la solana, entre el fiel y sombrío Marco y una especie de odre vacío en el que era muy difícil reconocer al Alberto Truffe de otros tiempos. Los trabajadores destocáronse respetuosamente y se detuvieron indecisos y sobresaltados ante el patrono. Oliván los miró con profunda tristeza.

—Amigos míos —anunció—, esto se ha acabado. La fábrica no volverá a funcionar. Hace mucho tiempo que no recibimos pedido alguno. Hemos logrado dar salida a parte de nuestra producción cuando comenzó a decirse, hace un año, que el *foie-gras* era bueno para las quemaduras. Pero parece que también fracasó como medicina de uso externo. Nadie come *foie-gras*, bien lo sabéis. Por cariño hacia vosotros, los más antiguos en esta casa, os mantuve en ella mientras me fue posible. Ya no puedo más; estoy arruinado. El desastre de la Caja de Ahorros, del que tuve noticias ayer, acabó de aniquilar mi hacienda. He querido ser yo quien os dijese estas palabras amargas para que pudieseis ver en mi rostro la pena con que las pronuncio. Casi todos habéis trabajado bajo la dirección de mi padre… Sois para mí… como hermanos…

La angustia estranguló su voz. Los obreros permanecían inmóviles, con sus gorras entre las manos inquietas. Un anciano preguntó sordamente, como hablando consigo mismo:

—¿Qué va a ser de nosotros? No hay trabajo en ninguna parte. Los campos están llenos de miserables que ofrecen sus brazos por el pan.

Pero nadie respondió a estas palabras. Florio quiso acortar la penosa escena y se puso en pie.

—Adiós, amigos míos.

—Señor Oliván…

El viejo dio unos pasos hacia él con las manos extendidas. Florio le abrazó. Estaba pálido. El grupo de infelices se alejó entre los pabellones en silencio. Distantes ya, algunos se detuvieron para mirar a la fábrica y devanar entre sí la madeja de su brusco y triste desconcierto.

Massipo hizo sonar su manojo de llaves, y Florio se arrancó a sus meditaciones.

—Vámonos —dijo.

Y siguieron los tres en su mudo paseo entre los almacenes y el taller de embalaje, revisándolo todo para disponer un abandono definitivo. Frente a los corrales, Florio inquirió:

—¿Cuántos patos hay?

Marco hizo un mohín desdeñoso.

—No queda más que uno, señor.

—Suéltalo.

Massipo entró y volvió a salir con el animal torturado. La larga permanencia en la oscuridad, la excesiva alimentación y la incómoda y forzada postura en la estrecha jaula de alambre habían convertido al pobre animal en una dolorida e hinchada bola de plumas. Sus patas no le sostenían ya, y cayó en el suelo con un quejido. El rostro de Truffe, en que las mejillas desinfladas pendían, expresó una compasión profunda.

—¡Infeliz! —gimió—. Tiene el hígado como la cabeza de un niño.

Los tres hombres contemplaron meditativamente el ave enferma. Truffe evocó:

—En verdad, Florio, cuando nos poseía el pecado todo se deformaba en nuestra comprensión. Hace apenas un lustro, tú te mostrarías orgulloso de haber reducido a esta bestezuela al triste estado en que la vemos y yo pensaría ávidamente en devorarle las entrañas. Hoy no puedo imaginar sin lástima el suplicio que padeció el pequeño e inocente ser que está ahí, ciego y destrozado. ¿Te das cuenta, Florio, del monstruoso fin al que habías consagrado tu vida? Más vale que no, porque tu conciencia no te dejaría dormir. Era preciso que la gula nos cegase para que admitiésemos como actos naturales, de irreprochable conveniencia y licitud, las crueldades que cometíamos con tantos animalitos. ¿Cuántas langostas habré cocido vivas, a fuego lento? ¿A cuántos pavos hice tragar a la fuerza, empujándola con mis dedos por su garganta, la bola alimenticia? ¿Qué atención presté a las contorsiones de las grandes almejas que anegaba en salsa de mostaza? Todo me parecía tan legítimo como ahora tomar mi sopa de legumbres. Era, indudablemente, un malvado, y mi estómago impedía funcionar sentimentalmente al corazón. ¿Qué vas a hacer con ese pato?

—¡Qué sé yo!…

—Cédemelo. Lo llevaré a la granja benéfica de Crombo, nuestro amigo tesorero de Las Siete Vacas Gordas. Él fue quien hizo despertar en mí estos remordimientos. Se convirtió en vegetariano, y consagra su vida a reparar, en lo posible, el mal que hizo. Su viejo parque está trocado en asilo de animales; los que más le tentaban antes por su suculencia viven seguros allí bajo sus cuidados. No es capaz de despojar de un huevo a sus gallinas. Cuando vea este pato llorará, estoy seguro.

Massipo aceptó el encargo de poner el ave en las manos franciscanas del antiguo glotón, y penetró en la casa para preguntar a Adriana si estaba dispuesta a acompañar a los señores a la ciudad. No tardó en presentarse la joven. Vestía una especie de túnica gris; su sencillo peinado se aseguraba con una estrecha cinta oscura, y anchas y fuertes sandalias protegían sus pies; sobre su piel, tostada por el sol y curtida por el aire de la llanura, hacía mucho tiempo que los lápices del tocador no acentuaban los matices. Acaso por esto pareciesen empequeñecidos sus bellos ojos y se buscase en vano aquel brillo que antes daba a su mirar la fuerza de una quemadura.

—Será preciso apresurarse, Adriana —exclamó Florio—; es tarde, temo encontrar

cerrado el banco, y no puedo diferir más tiempo mi entrevista con Alp.

Y se dirigieron, a pie, a la ciudad, por la carretera empolvada.

Cinco años antes, Truffe hubiese gozado en aquella caminata de la visión de los campos ubérrimos. La fertilísima llanura, abundantemente regada por los arroyos que descendían de los montes lejanos, era, por aquellos pasados tiempos, un ajedrezado y enorme tapiz, compuesto con todos los matices del verde. La proximidad de grandes centros consumidores y los transportes abundantes y rápidos estimulaban la producción. El cultivo era inteligente, la tierra daba el máximo rendimiento y la población rural vivía con una holgura que muchas veces merecía más bien ser llamada riqueza. Cada heredad parecía, por el cuidado con que era vigilada y servida, un jardín, y de aquellos lugares habían salido, después de sabios esfuerzos, frutos tan mejorados en calidad, en cantidad y en tamaño, que pudiera creerse que el hombre los había concebido y hecho surgir así, adueñado del secreto de la vida; tan distintos eran de los frutos originarios libremente ofrecidos por la Naturaleza. Las vides, que producían el vino más famoso del reino, crecían allí en grandes extensiones, que llegaban hasta la falda de las montañas remotísimas, y que en el otoño se encendían con la púrpura de sus hojas, en el mismo color del rostro de un borracho, como en una báquica hermandad de tonos y de motivos.

Pero ahora no se mostraba tan alegre el campo. Los cultivos delicados habían desaparecido, y todo tenía el aspecto de una resignada entrega del labrador a lo que la tierra pudiese producir sin necesidad de cuidadosos auxilios. Aquellos amplios patatales, nevados por sus propias cándidas flores; el aún tierno verdor del trigo, en grandes manchas rectangulares, entre las que eran como mariposas bermejas los temblorosos pétalos de las amapolas; legumbres de oscuro color. Y también yermos eriales, calmos, donde la tierra comenzaba a deshacerse en polvo o donde crecían libremente ortigas y zarzas y hierbajos inútiles. Más de dos terceras partes de las vides habían sido arrancadas para quemar los sarmientos en el crudo invierno pasado o extendían sus largos brazos, sin que nadie atendiese a conservar su vigor. Ni aun el tibio encanto que la primavera derramaba sobre todo el valle alcanzaba a disimular la revelación de descuido y de pobreza que eran las heredades, antaño tan prósperas. Quien comparase el antiguo esplendor con el mustio presente había de pensar en una extraña y súbita fatiga de la tierra o en un entristecido renunciamiento de los hombres.

Como el espectáculo no ofrecía novedad alguna a los tres caminantes, las escasas palabras que estos pronunciaron refiriéronse a asuntos muy distintos. Todo el dinero de Truffe y los fondos disponibles de Oliván estaban depositados en la casa de banca dirigida por Alp, y la víspera habían llegado hasta los dos camaradas inquietantes rumores que afirmaban la quiebra del organizador de la Caja de Ahorros. La inquietud de Oliván era grande. El ex gordiflón expresaba su confianza en que algo podrían salvar aún.

Cuando llegaron a la ciudad daban la una los relojes. Adriana, que marchaba entre

los dos hombres sin muestra alguna de cansancio, aproximó su boca al oído de Florio y murmuró ruborosamente algunas palabras.

—Sí —otorgó él—; quizá encontremos por aquí algún sitio…

Y miró en derredor. A unos cuantos pasos, en la acera de enfrente, se alzaba el edificio ocupado por La Marmita de Oro. Al reconocerlo, Florio se lo mostró discretamente con una mirada.

—Entra —dijo—; nosotros iremos también.

Y la joven apresuró el paso y penetró en el restaurante por la puerta de la derecha, sobre la cual un rótulo anunciaba que daba acceso al reservado de señoras.

—Tiene hambre —explicó Oliván cuando su novia se hubo alejado—, y creo que no estaría mal que tomásemos un refrigerio. El banco habrá cerrado ya, y podemos aplazar hasta la tarde nuestra visita.

A su vez cruzaron la calle. La Marmita de Oro no era aquel lujoso edificio de encerado parqué, de amplios escaparates, de comedores suntuosos, en donde orquestas infatigables tocaban detrás del muro que formaban las plantas exóticas. En el exterior había desaparecido el rótulo, y cuanta indicación escrita tentaba antes el apetito del transeúnte. Tres palabras extendían sus letras negras al ras de los dinteles: «Suministro de vitaminas». Nada más. Cortinas transparentes, pero que guardaban, impenetrables, el misterio del interior, se extendían tras las brillantes lunas. Dentro, los amplios comedores habían sido divididos con biombos y con tabiques bajos de madera sin pintar, en mezquinos compartimientos individuales. Mesas de hierro y mármol, sillas de anea y también antiguas butacas que el tiempo había hecho más incómodas que las sillas.

Un *maître* triste y sucio, de barba poblada, recibió a los dos amigos.

—Todo lleno —anunció—; si los señores no quieren fortalecerse juntos, tendrán que esperar.

—Nos fortaleceremos juntos —accedió Florio—; somos viejos amigos.

El *maître* se inclinó y les hizo entrar en uno de los cuchitriles, cuyo menaje aumentó con otro asiento. Truffe leyó la lista y eligió. Tomates crudos, col con patatas, frutas, pan. Florio pidió la adición de un trozo de carne. Entre bocado y bocado, Truffe habló, después de exhalar un hondo suspiro:

—La verdad es, amigo mío, que la vida perdió uno de sus mayores encantos. Por lo que ahora sabemos, todos los hombres acogidos a la civilización practicaban el vicio de la gula, desde el magnate que hacía sustituir con trufas las entrañas de un ave, hasta el obrero que iba los domingos al campo a devorar un cabrito y beber una azumbre. Puede decirse que la gula era uno de los aspectos más importantes de la civilización. La gula hizo que se perfeccionase la agricultura, que los frutos de la tierra fuesen mejores y más abundantes, que avicultores y ganaderos modificasen las especies hasta aumentar la suculencia típica. Millares y millares de industrias nacieron y prosperaron porque el estómago y el paladar de los hombres eran viciosos, y ese mismo vicio colmaba de riquezas grandes comarcas, porque era grato su vino, o

tiernos sus espárragos, o famosas las aves que salían de sus corrales, o las ostras de sus viveros. La culinaria era una ciencia profunda y un arte difícil. Algunos platos requerían ciertas dotes de arquitecto en quien los componía, y se buscaban en ellos la armonía y la belleza de sus colores como en un buen cuadro. Sí, era un arte, Florio; un arte creado para el gusto, como la música regala el oído. Ahora, muchos hombres que, como tú, vivían de la gula, están en la miseria. He visto, hace un mes, al dueño de la más importante casa exportadora de jamones de York. Se dedica a comprar dentaduras postizas por cuenta de una sociedad que aprovecha el oro de los engarces. Pero todo esto no es sino el menos importante aspecto del mal que sufrimos. La gula había llegado a disimular el verdadero carácter de la acción de comer; lo accesorio y superfluo era más frondoso que lo principal, y bajo este concepto amable, «el placer de la mesa», iba quedando cada vez más oculta esta sujeción tiránica: «la necesidad de alimentarse». Alejada la complacencia que nos lleva al pecado, no queda más que la necesidad escueta, imperiosa y brutal. Comer es, para los hombres de hoy, tan solo eso: satisfacer una necesidad imprescindible, y desde que así ocurre no puede haber alegría en torno de la mesa. Los hombres nos avergonzamos de todas nuestras necesidades. La acción de comer se hizo exclusivamente fisiológica, y nos repugna por cuanto revela una imperfección; ha vuelto a ser una simple función animal, y comemos como los animales, que pueden reunirse para atacar la presa, pero que se separan al devorar los bocados que consiguieron desgarrar. Las bestias nunca han celebrado un banquete ni conocen esa alegría que encontrábamos en hacer comer bien a otros. Tienen hambre, pero ignoran la gula. Desde que se alejó de nosotros ese pecado capital poseemos un pudor nuevo: el pudor de comer. Ninguna mujer se atrevería a morder la pechuga de un pollo ni un pedazo de pan en nuestra presencia; nos refugiamos en habitaciones para engullir nuestra ración, sin un placer mayor que el que antes experimentábamos al afeitarnos. Desandamos el camino de la civilización. En el *Boletín de la Sociedad de Antropología*, de París, he leído, hace muchos años, un estudio de Haan, en el que habla del horror y del asco que produce en numerosas tribus salvajes el que un hombre coma en público o ante sus familiares.

—Ignoraba ese precedente. Sin embargo, entre nosotros puede obedecer ese pudor a que hayamos comprendido que no hay interés ni belleza en el espectáculo de un hombre que mueve las mandíbulas para triturar un alimento.

—No; no hay belleza alguna. Pero antes una comida era una fiesta, y, sin embargo, se movían las mandíbulas como hoy. La conciencia de que todos los que nos acompañaban gustaban el mismo placer que nosotros, sin disminuírnoslo, nos infundía una suave felicidad. A los postres, las mujeres eran más guapas, y los hombres, más ingeniosos. La gula era un pecado, sin duda alguna; pero nos hacía, en cierta manera, más buenos, y, terminada una copiosa y selecta comida, la existencia ofrecía otro color. Era la hora de las reconciliaciones, de los indultos y de las dádivas, y nunca como en ella estaba tan propicio el corazón de las mujeres.

Truffe volvió a suspirar.

—Ahora no soy más que un pobre hombre triste, querido Florio. Veo a la gente y al mundo de muy distinta manera, y más de una vez, a la caída de la tarde, lloro sin saber por qué lloro. Muchos hombres que comían mal fueron poetas geniales, pero ninguno alcanzó el don de la alegría, Florio; lloraban desgarradamente: esto es todo lo que hicieron.

Terminada la colación, marcháronse. Adriana los aguardaba a la puerta de los comedores reservados para las mujeres, y juntos se encaminaron a las oficinas de la Caja de Ahorros.

Una muchedumbre esperaba ya, estacionada ante el edificio, y al verla comprendió Oliván que los rumores de quiebra que habían llegado hasta él eran ciertos.

—Temo que todo se haya perdido —gruñó Florio.

Abriéronse paso sin dificultad entre el gentío. Hombres ensimismados, de expresión extraña, que no era de dolor ni de abatimiento, sino una mezcla de indiferencia y de hastío; mujeres mal vestidas, despeinadas, que se habían sentado en los umbrales o en el borde de la acera, separábanse para permitirles avanzar. Apoyado en el quicio de la puerta, Andrés, el secretario de Alp, hundidas las manos en los bolsillos, silbaba débilmente con la tranquilidad de un burgués satisfecho, como si la catástrofe no le hubiese afectado.

—¿Puede recibirnos el gerente? —inquirió Florio.

—Supongo que no —respondió el joven, sin rectificar su actitud—. Está en su despacho; pero dentro de un cuarto de hora ha de conversar con estos que esperan.

—¿Quiénes son?

—Imponentes de la Caja de Ahorros, que está en liquidación. Se les ha llamado para devolverles sus cuartos. No hay más clientes que estos. Todo se acaba.

Hizo un guiño y sonrió.

—Todo se acaba. Yo recogeré también mi dinero.

Agregó, interrumpiéndose:

—¿Pueden ustedes esperar? Lo que el jefe tiene que decir a estos señores es muy breve.

Fue a buscar una silla para Adriana y volvió a su posición anterior, sin dejar de sonreír y hacer guiños animosos.

—¿Vienen ustedes a buscar sus cuartos?

—Venimos a hablar con Alp.

—Muy bien, muy bien… No he querido indagar nada. Pero hemos recomendado a todos que se lleven su dinero. El señor Alp ha escrito una circular conmovedora. Quedaban unos mil imponentes que acaso no se acordaban ya… o a quienes no hacía falta… Se les ha estimulado para que acudiesen, y ahí están. Verdaderamente, ninguno de ellos poseía más de cien coronas. El más importante acreedor de la casa soy yo; no he querido retirar fondos hasta ahora por respeto a la institución.

—¿Dónde va usted a situarlos?

Andrés se echó a reír, como si hubiese oído una pregunta graciosa.

—¿Dónde voy a situarlos?… ¡Oh, no tenga usted inquietud alguna! Está bien calculado ya; hemos hablado muchas veces acerca de esto mi mujer y yo. Pienso gastarlos hasta el último céntimo. Eso es lo que haré con mis ahorros. Se ha iluminado mi razón, señores, como la de tantos otros que vivían en el error, y si algún pesar me tiene afligido, es el de no poder recuperar el tiempo que he perdido. Atesoraba dinero para la vejez, como si yo fuese dueño de la vida, y era incapaz de comprender que mi preocupación por el hipotético futuro me impedía saborear el presente. En el fondo, mis normas no servían otra ansia que la de una disimulada avaricia. El cuidado de un posible desvalimiento en años que están por venir, ¿puede ser tan fuerte que nos mueva a sacrificarle los goces de nuestra juventud? Es muy difícil. La prudencia del ahorro es una máscara del pecaminoso placer de la codicia, que siempre ha buscado en la conmovedora debilidad de la vejez una disculpa y hasta una simpatía. Pero la Humanidad ha quedado, venturosamente, libre de ese vicio. Ya no ahorraré nunca.

—¿Qué hará usted?

—Cuando yo se lo diga… En otros tiempos me parecería una locura…, casi un delito, el mayor de los despilfarros… Mi mujer y yo nos hemos reído mucho urdiendo nuestro plan. ¿Sabe usted lo que haremos cuando nos entreguen el dinero? Ir a Salvot a tomar las aguas minerales.

—¿Está usted enfermo?

El joven Andrés sufrió otro ataque de risa.

—No —dijo, cuando pudo hablar—, no estamos enfermos. Eso es lo chusco. Aunque, en rigor, ¿cree usted que si padeciésemos algún mal nos lo habían de curar las aguas?… No; ni mi mujer ni yo nos hemos tragado nunca ese anzuelo, y si había alguna dilapidación que nos causase más extrañeza que las otras, era la de comprar aguas embotelladas como si fuesen vinos. ¡Sacadineros, y nada más! Pues ahora nos hemos dicho: «¡Qué gracioso desquite gastar en agua el tesoro de la avaricia!» En los primeros días del mes próximo marcharemos. Parece que en Salvot llevan hasta el manantial en unos carritos a los enfermos a quienes fatiga la caminata. Mi mujer quiere ir todos los días en un carrito. Tiene esa ilusión desde que yo le aseguré que dispondría en su ancianidad de un sillón con ruedas. Pues bien: tendrá ahora el carrito. Sabemos todo lo que hay que hacer: pasear el agua, reposar el agua, contemplar el paisaje, beber… Cuando yo le diga a Juana: «Tienes cinco coronas de agua en el cuerpo», estoy seguro de que no podrá oírlo sin retorcerse de risa. ¡No, no puede pasarle a uno nada más divertido!

—¿Y después?

—¿Cómo… después? Soy joven. Antes trabajaba para otro hombre achacoso, amargado y sin ilusiones, que no existía aún; ahora trabajaré mejor para este hombre joven y fuerte que comprende la alegría que hay en vivir y que no sé dónde estará mañana, pero que hoy se encuentra aquí, ante ustedes, en cuerpo y alma.

Iba a añadir algo más, cuando sonó el timbre.

—El jefe me avisa… ¿Quieren pasar al salón? Voy a dar entrada a esta gente.

Los precedió hasta el local donde solían celebrarse las juntas, y salió para abrir las grandes puertas, que habían de dar acceso al público. La muchedumbre penetró mansamente, sin precipitaciones ni disputas, callada y dócil. Apenas se hubo amortiguado en el salón el rumor de las pisadas, separose la roja cortina que daba fondo a la mesa presidencial, y el gerente de la Caja de Ahorros apareció. Tras un leve saludo aseguró sus lentes, tosió, esperó a que cesasen las toses que la suya había estimulado y dijo con voz firme:

—Señores, dentro de unos instantes habrá terminado entre nosotros la relación de administrados y administrador que nos unía tan satisfactoriamente, y he querido darles un adiós afectuoso. La Caja de Ahorros va a desaparecer. Ya no hay Caja de Ahorros en el mundo. Los vicios que en nosotros fermentaban conseguían turbar el entendimiento hasta hacernos creer que realizábamos una obra de mérito, cuando no hacíamos más que servir al diablo. Yo fui, sin saberlo, uno de sus más contumaces agentes. Incliné hacia la avaricia con mis folletos y mis discursos a centenares de hombres que vinieron a ser clientes de la Caja, y vituperé en público más de una vez a los salvajes porque desconocían el ahorro. Me retracto. Hoy sé que «las riquezas dan y dejan sed», y que nada hemos traído a este mundo y nada podremos llevarnos de él, como dijo San Pablo. Pierde su vida quien la consagra a acumular tesoros, y el metal precioso contagia de su frío a los corazones que lo aman. Pero, singularmente, el ahorro, señores míos, es la más proterva derivación de la avaricia, porque ofende a Dios con la más indisimulada crudeza. El ahorro es, al fin, desconfianza, y no otro sentimiento lo inspira. El hombre que presencia cómo el Señor alimenta a sus pajarillos y se atreve a dudar de su misericordia, teme verse en el desamparo y se entrega al vicio del ahorro. El que ahorra no tiene fe. Se nos ha dicho que cada hora tiene su cuidado y que a cada hora debemos de atender como si fuese la última, y en vez de hacerlo así nos dedicamos a asegurar el sopicaldo de la distante senectud. El temor de que flaquease vuestra voluntad o de que un accidente os privase del dinero hurtado a vuestras necesidades os hacía traerlo aquí en cautiverio seguro. Otorgabais vuestro crédito a nuestra cerraduras de combinación y se lo negabais a la clemencia divina.

»Alegrémonos de habernos podido sustraer al error. Id y cobrad lo que os pertenece. Y gastadlo en sanos placeres o en vuestros cuidados familiares. Cuando el último de vosotros salga de esta casa, las puertas de la Caja de Ahorros se cerrarán detrás de él para no volver a abrirse. Y ahora…, perdonad a un hombre que os incitó a pecar sin saber lo que hacía… Adiós.

El excelente Alp, conmovido, enjugó la humedad de sus ojos. El joven Andrés gritaba alegremente para encauzar a los acreedores de la Caja hacia las ventanillas, en las que otros empleados, apercibidos ya, los esperaban. Fue entonces cuando Florio avanzó hasta el gerente y le arrancó de su ensimismamiento melancólico posando su

mano sobre la encorvada espalda del banquero.

—¡Oh mi buen amigo! —exclamó Alp—. ¿Estaba usted aquí? ¿Ha visto…? Es el final de todo.

—¿Y mi dinero, Alp?

El financiero hundió la pálida cabeza entre los hombros afilados.

—Todo perdido, Oliván. Nuestra casa ha hecho ayer la declaración de quiebra. No hemos podido resistir. Más de un centenar de hombres me han visitado en estos días para hacerme la misma pregunta que usted: «¿Y mi dinero?» Mas ¿qué puedo yo decir? ¿Sabe alguien hoy, acaso, dónde está y cuánto vale el dinero de alguien? Las empresas más sólidas se han desleído en poco tiempo como un terrón de azúcar en el agua; la crisis industrial que se extiende por el mundo ha acarreado el hundimiento de los bancos más poderosos. A mí me parece oír el espantoso crujido de esos edificios al desmoronarse sobre sus sótanos agotados. Apenas funcionan los establecimientos que cuentan con la ayuda oficial, y sus operaciones son rudimentarias, paupérrimas. ¿Qué va a venir después de este general desquiciamiento? Nadie lo sabe, ni parece que a nadie le importa.

—A mí, sí. La pérdida que usted me anuncia representa mi ruina.

—Es un caso distinto. Los que, como usted, lo han perdido todo, suelen lamentarse, preocupados por el agudo problema. Pero yo he visto aquí, en este despacho, hombres inmensamente ricos que al saber que su fortuna había quedado reducida a la vigésima parte se han limitado a murmurar: «¡Tengamos paciencia!» Usted conoce al opulento David. Cuando le avisaron el cierre de su gran fábrica de automóviles estábamos juntos. Aquel fracaso significaba para él tanto como ver convertidos en humo nueve millones de coronas. Era el tercer negocio que se le derrumbaba en el transcurso de un año. Me hizo leer el telegrama. «He aquí otra singularidad de los tiempos —me dijo—: nadie utiliza ya los automóviles.» Y encendió un puro con la más admirable indiferencia. «No he visto a ningún hombre —exclamé sin contenerme— pasar a la pobreza con mayor serenidad que usted.» «Soy tan rico como antes», contestó. «Conozco exactamente su situación —dije—, y si le quedan más de trescientas mil coronas, declararé que nunca he entendido de negocios.» «Esa es la cifra —confesó—, y ni aun necesito tanto para continuar mi vida de siempre. Bien sabe usted que no gastaba ni una centésima parte de mis rentas. El dinero me servía para crear dinero. Un nuevo millón no era para mí un plato, ni una alhaja, ni una querida más; era un guarismo que todos los años paría hermafrodíticamente otro guarismo menor. Hay un límite para el bienestar, para el regalo del hombre rico, pero no lo hay para la codicia. ¿Cree usted que a mí me importaban mis automóviles? Nunca he guiado los míos; no sé lo que es un motor. Me interesaba la ganancia que su fabricación me producía. ¿Por qué? Antes creía sinceramente que yo era un hombre de negocios; pero esta frase servía tan solo —bien lo comprendo hoy— para ocultar una forma de avaricia. El tipo del avaro que reúne monedas de oro está lejano. Ya no hay monedas de oro, y aunque las hubiese,

no bastarían todas ellas para saciar la sed del avaro en nuestro tiempo. La avaricia se había sutilizado, cerebralizado; procedía por fetichismo, como el amor. Nuestro fetiche era el número. No acariciábamos discos de metal ni montones de mugrientos billetes; hacíamos algo más limpio y tan voluptuoso; sumábamos. Cuando yo pude escribir seis ceros a la derecha de un número para expresar mi riqueza sentí más felicidad, infinitamente más felicidad que la de un Shylock de corvas uñas negras que pesase su oro, tal como lo pintan los escritores momificados. Los ceros a la derecha de otro número…, esas son las monedas del avaro de hoy: redondos como las monedas, pero más bellos, más brujos, más inquietantes, más valiosos. Y en cada uno ve el hombre de negocios un color, un brillo, un sonido diverso. Los últimos ceros son cobre vil; del cuarto al sexto, plata; del sexto al octavo, oro. El primer cero del billón, amigo mío, ¿de qué sustancia maravillosa está formado? ¿Lo sabe usted? No; nadie que no haya llegado a escribir con esa cifra su fortuna puede saberlo. Hay un cuento árabe que habla de un trébol de cuatro hojas: tres, de metales distintos; la última, de diamantes, solo podía encontrarse en el Paraíso. Así ese cero prodigioso del billón. En poder trazarlo, al hacer una suma escrupulosa, estaba la máxima felicidad inabordable. Estaba, ya no está. La avaricia desapareció de entre los hombres. Mi fortuna eran números, estaba en números; lo que me hace falta para mis necesidades, ayer como hoy, es poco…; lo que aún poseo me sobra… Soy igualmente rico.» Esto lo oí al opulento David, amigos, y muchos que hace cinco años se hubiesen saltado la tapa de los sesos al conocer su ruina, la sobrellevan con igual estoicismo que él.

—Escúcheme, Alp. El nombre de David me ha hecho recordar que poseo muchas acciones de los estabilizadores Lawel. Si yo las vendiese…

—Si usted las regalase, sería difícil que alguien accediera a guardar tantos papeles inútiles. Ni siquiera se han terminado de construir los talleres, y no creo que se terminen jamás. En la última junta, cuando solicitamos la entrega de parte del capital suscrito para poder continuar los trabajos, nadie dio un céntimo. Le aseguro a usted que valía la pena de oír a aquellos señores. El anciano Stup pidió la palabra y dijo que en su vida había tenido intención de volar; y que, por tanto, no le interesaba aquel asunto, del que deseaba no volver a oír hablar nunca. Su primer desembolso y su entusiasmo inicial se referían a la posibilidad de conseguir una ganancia del cincuenta por ciento; pero, libre de la codiciosa avidez, no hallaba razón alguna que le aconsejase proteger la empresa. Apenas sale de su casa; pasea por su propio jardín; no tiene parientes fuera de la capital… ¿Qué iba a hacer él dentro del más rápido y seguro de los aviones? No, no le importaba eso de los estabilizadores; que no se contase con él. Y se marchó. Los demás aseguraron que el viejo Stup había interpretado sus pensamientos, y no obtuvimos más que diez coronas.

—¿Y la ciencia?

—Ningún accionista era hombre de ciencia, sino de negocios.

—Pero el progreso, querido Alp…

—El progreso, amigo mío, no tiene pie, no puede moverse por sí solo. El más útil de los inventos, mientras permanece en los laboratorios no es más que una curiosidad, y si pasa a los libros no es más que una teoría. Para que resulte verdaderamente beneficioso es preciso industrializarlo. Vienen los hombres de dinero, ansiosos de ganar más dinero, le ponen ruedas de oro, lo empujan, y el progreso es tal progreso: avanza, se difunde… Así el teléfono, la imprenta, la electricidad, la aviación.

—No todo es así, Alp. El medio en que usted vive le hace hablar de esta suerte; pero hay hombres que trabajan por el bien de los otros sin que la codicia los guíe. Yo los encontraré para reanimar esa empresa.

—Ojalá.

Despidiéronse. En la calle se inmovilizó Florio, abrumado por la conciencia de su situación.

—¿Y ahora…? —indagó, tímidamente, Truffe.

—No sé qué hacer —contestó el joven—; nunca pensé que pudiese llegar este trance.

Miró a Adriana. La mujer inició un mohín desdeñoso.

—No harás nada, Florio —opinó agriamente—, porque siempre fuiste un hombre tímido. Te aterrará encararte con la vida, como antes te aterraba encararte con otras tantas cosas. Tú sigues creyendo que cedes a una sensibilidad refinada; pero yo sé perfectamente que todo eso es cobardía y nada más que cobardía.

CAPÍTULO II

DE COMO OLIVÁN RECHAZO UN TRONO Y SE CONTENTO CON UN EMPLEO

Desde que se había instalado en la capital, Florio iba todas las mañanas a pasear su desesperanza y su fatigosa ociosidad por el parque. Habituado a la existencia campesina, era para él necesario huir por algún tiempo de las calles sucias y bulliciosas y divagar por los senderos enarenados, entre los macizos de flores y los grupos de álamos del paseo público. La risueña elegancia de aquellos lugares manteníase igual que en los tiempos de la tentación, pero sus visitantes no eran los mismos. Ya no corrían por la ancha cinta asfaltada los charolados automóviles en cuyos blandos asientos se dejaba llevar la pereza, deleitada en ir velozmente de ninguna parte a ninguna parte, haciendo su esclava a la prisa, en una complacencia refinada de paradoja, como algunos reyes enanos de cuentos de hadas se hacen llevar la cola de su manto por gigantescos servidores. Ya no buscaba la gente el placer de la mutua contemplación, ni el traje de una bella levantaba murmullos, ni el flirt componía grupos sobre el césped o en las terrazas floridas de las casas de té. Los paseantes tenían ahora en el rostro un gesto igual de preocupación o hastío. Pordioseros desharrapados se templaban al sol, tendidos en las blandas praderas, o asediaban al transeúnte con monótonas excitaciones a la caridad. Nunca habían existido tantos mendicantes en el reino; festoneaban las calles de la ciudad, escuálidos, roñosos, peludos, con mansedumbre bovina en la mirada, tenaces como los parásitos y también con esa prolífera multiplicación del parásito. Cada fábrica que cerraba sus puertas lanzaba centenares, millares de familias a la mendicidad. Primero era el estupor de la desgracia; después, la busca ávida e infructuosa de nueva ocupación; por último, cuando el hambre y la miseria, dando diariamente una vuelta al torniquete, hacían irresistible la tortura, hombres, mujeres y niños salían de sus mechinales con una mano extendida y una súplica en los labios. Millones y millones de seres, en la redondez de la tierra, habían refugiado sus esperanzas de vida en la ajena generosidad, y el mal iba en irremediable aumento. Comenzaba a dibujarse en la conciencia popular ese sentimiento, mezcla de respeto, de temor y de supersticiosa interpretación del concepto cristiano de la pobreza, que en las peores épocas de penuria del medievo hacía de cada mendigo un personaje rodeado de cierta indefinible superioridad. Lo que la civilización había condenado y procuraba extirpar revivía con los fueros que da la miseria en tiempos de miseria.

Una mañana, Florio sentose a descansar en un banco próximo al estanque grande. A su izquierda se alzaban las multiformes barracas de la feria, como un extraño pueblecillo que en aquellas horas durmiese aún. Los árboles lo cercaban, y podría creerse que era el suyo un sueño encantado si se observaba la inmóvil actitud de los caballitos del carrusel, sorprendidos por el conjuro cuando alzaban sus patas para una

galopada en la que había no sé qué ingenuidad, y los muñecos que adornaban la fachada de un órgano —una pastora, una dama, un caballero de rizosa peluca, con una varita en su mano diestra, en traza de dirigir la melodía interrumpida por el soponcio unánime—. Solo una bandera, en lo alto de una cúpula de lona pintada, vivía con largos estremecimientos, que mejor parecían ansias de huir en un ave que tuviese atravesada un ala por la lanza cruel.

El hombrecillo giboso que esperaba ante un pimpampún, como una araña ante su red, a unos pasos de Florio, le hizo una reverencia al verle acomodado en su vecindad.

—¿Quiere el buen caballero disparar algunas pelotas contra mis muñecos? Una hora de ejercicio por media corona.

Florio no contestó.

—Precios de competencia —insistió el hombrecillo—. Nada hay más saludable y divertido que esta gimnasia.

Se sumió con amargura en el nuevo y hondo silencio que siguió a su oferta y fue lentamente a situarse junto a Oliván.

—¿Dará el buen caballero algunos centimitos al pobre jorobado? Tengo hambre, con perdón del buen caballero.

Florio miró aquel rostro triste y envejecido, mellado por los golpes de la vida, como el rostro disforme de los muñecos por el rudo choque de los proyectiles de madera. Accedió a la súplica dolorida.

—Mal va, según eso, el negocio —comentó.

—¿Negocio? —respondió el pobre hombre—. Ha dejado de serlo desde hace cinco años. ¿Por qué? Hace cinco años, el caballero tendría que esperar turno si quería hacer dar una voltereta, de un buen pelotazo en la frente, al gendarme o a la recién casada, que eran los personajes preferidos del pimpampún. Se ganaba mucho, la vida era fácil, y nunca creí hacer mal alguno con industria tan inocente. Había hombres muy serios, señor, con largas barbas, que competían con sus propios hijos en arrojar pelotas contra mis muñecos. Cuando la recién casada caía hacia atrás, enseñando sus gordas pantorrillas de cartón, o cuando el gendarme era volteado, con sus grandes bigotes y sus cejas de un solo trazo, reía la gente, una y otra vez, con risa bondadosa, y no subrayaba el acierto con chanzas. Pero eso ya pasó. Nadie ha vuelto a acercarse a ese cajón podrido. Lo conservo porque hice de él mi vivienda, y algunas almas piadosas me socorren de vez en vez.

—¿Nadie acude?

—No; ni una sola persona. Es extraño, ¿verdad? ¡Ni una sola persona! Como si estuviese apestado. A mi amigo Matías, que posee al otro lado de la feria una barraca de tiro al blanco sobre figuras de metal, le ocurre lo mismo. ¡Nadie…, nunca…, desde hace cinco años!…

—¿Por qué?

—No lo sé con certeza. Me han dicho… En cierta ocasión sentose en este banco

un caballero, y hablamos, como ahora hablo con usted. Él intentó explicarme…; supone que el pimpampún es una invención nacida de la cólera de los hombres. «¿Qué placer podría hallarse en él —me dijo— como no fuese el elegido por nuestra maldad? Si colocases tablas uniformes, en vez de muñecos, nadie arrojaría contra ellas tus proyectiles. Se apedreaba al gendarme en efigie; a la mujer de otro en efigie; a los hombres, en fin, representados por sus contrafiguras. Era una válvula por donde la ira escapaba sin riesgo ni sanción. ¿Te has fijado cómo brillaban los ojos de tus clientes al elegir su víctima entre los muñecos? ¿No paraste atención en su furia, en la crueldad de su risa, en el ansia con que deseaban matar figuradamente a tus hombres figurados? Vivías de la iracundia, del furor humano, sin sospecharlo tú ni los que a ti acudían; y ahora, extinguido el pecado, nadie volverá a calmar en este juego sus agresivos afanes.» Esto me dijo y esto debe de ser. Al menos, yo no puedo explicarlo de otro modo.

Oliván caviló:

—Todo está trastornado en el mundo.

—Sí —gimió el hombrecillo—, todo está trastornado.

Y, después de guardarse la limosna de Florio, se volvió a sentar junto a su barraca, grotesco e inmóvil como sus ociosos espantajos.

Los pensamientos de Oliván continuaron por el camino en que acababan de situarlos las palabras del infeliz. Evocó el joven otros muchos extraños efectos de la desaparición del pecado: empresas que nadie podía considerar arraigadas en el vicio, ni aun relacionadas con él, se hundían como edificios sin cimientos; actos que antes gozaban la estimación de virtuosos, cesaban ahora entre los hombres, sin que a veces fuese posible descubrir su conexión con el mal, tan subterránea y difusa, tan sepultada bajo convencionalismos acumulados y endurecidos por la aprobación de centenares y millares de generaciones. Así había podido ocurrir con casi todos los espectáculos públicos. Los circos, adonde la gente acudía a gozar con el riesgo del domador, o del equilibrista, o del *clown* saltarín, estaban cerrados; y habría sido más difícil de entrañar la razón de que los teatros, aun aquellos donde solían representarse las obras de los más grandes ingenios, hubiesen tenido que suspender su labor. En verdad, a nadie le interesaba ir a ver las piernas y los escotes de las tiples del Coliseo Alegre, donde se ofrecían, lujosamente atendidas, operetas desenfadadas, sin otra pretensión que el lucimiento de unas docenas de mujeres hermosas; pero tampoco despertaban emoción alguna los dramas hasta entonces estimados como más geniales y profundos. Otelo era un fantoche estúpido para la nueva comprensión de una Humanidad que no sentía el afán de la violencia y que estaba tan distante del sentimiento celoso, que, desde la ausencia de toda tentación lujuriosa, las mujeres, jóvenes o ancianas, matronas o vírgenes, iban y venían a su antojo, sin guardianes ni supeditación, y disfrutaban mayor libertad que los hombres de antaño, aunque jamás la utilizasen para faltar a una castidad que se imponía y conservaba sin esfuerzo, y contra la que nadie sentía el prurito acometedor. Y ¿cómo entender tampoco la

conducta del judío avaro y cruel de *El mercader de Venecia*? ¿Y aquel amor suspirante, empalagoso, obstinado (perfume, al fin, de una fuerte atracción carnal, disimulada y contenida bajo prejuicios), de Julieta y Romeo? No; nada de lo que fuesen viejas pasiones humanas movía ya los corazones de ahora, porque los hombres no se reconocían en ellas y se veían reducidos a contemplar aquellos episodios como referidos a seres de otro mundo cualquiera. Faltaba eso que prende al hombre en la obra de arte: verse a sí mismo tan maravillosa e íntimamente reflejado que llega a sentir supersticiosamente la superioridad del artista, y le llama «creador» y se humilla ante él para alabarle:

—Tú viste en mí lo que yo mismo ignoraba.

Solo se había presentado pujante y acrecido en la devoción del público un espectáculo: el boxeo. Esto pareció, al principio, una misteriosa contradicción dentro del nuevo orden de fenómenos. Sin embargo, se elucidó bien pronto que en el boxeo no hay ningún mal; es, evidentemente, el único caso en que dos hombres pueden golpearse hasta caer desvanecidos sin sentir ira alguna y aun estimándose profundamente.

Florio se sustrajo a sus meditaciones para indagar la razón de un hecho singular del que acababa de ser testigo.

En uno de los bancos más próximos al estanque se habían sentado dos niños de doce a trece años, vestidos con viejos uniformes del asilo Granmont. Sus piernas y sus brazos sobresalían del traje más de lo suficiente para que se pudiera calcular que habían alcanzado aquellas prendas antes que el uso de razón; pero si este no era un indicio bastante claro, la cantidad de manchas y roturas del paño tosco que los envolvía apretadamente era tal, que el hombre menos apto para resolver problemas comprendería bien pronto que eran precisos más de cuatro años para que un chiquillo cualquiera pudiese poner un uniforme en estado tan lamentable.

Las dos criaturas, con las manos cruzadas sobre sus tristes vientres cóncavos y la mirada perdida en el vacío, parecían consagradas a utilizar en su provecho esa fuerza nutritiva que los naturalistas atribuyen al sol para con la prole de las tarántulas. Uno de los niños poseía una cabeza tan grande, que el hecho de mantenerse en pie solo podría admitirse como natural si se le viese girando incesantemente, como una peonza. El otro se resignaba con una cabeza tan diminuta, que si se pudiese volver al asilo sin ella, tardarían mucho tiempo los inspectores en echarla de menos sobre los hombros del rapaz.

Había en el aspecto de los dos asilados abundantes motivos para cautivar la atención de un observador que no tuviese gran cosa que hacer en otra parte; pero no fue su simple presencia lo que obligó a Florio a abandonar sus reflexiones para soliviarse en su asiento con la boca entreabierta y las cejas remontadas en la frente, en el esfuerzo de abrir más los asombrados ojos. Oliván había visto, de pronto, aparecer sobre el ancho borde de piedra del estanque un pececillo rojo, brillante de agua, reluciendo al sol como si fuese un reflejo mismo de la líquida superficie; este

pez se curvó en bruscas contorsiones durante unos segundos, y después saltó graciosamente a la arena del jardín. Una vez en tierra firme continuó revolviéndose con creciente agitación hasta conseguir rodearse de una capa de polvo, y entonces marchó en línea recta —coleando aún— hacia el banco donde reposaban los niños; trepó por la pierna derecha del poseedor de la cabeza precaria y llegó hasta sus manos, sin que el muchacho diese muestra de la menor extrañeza, ni aun abandonase su aire abstraído, que, por el contrario, pareció acentuarse más. Poco después otro pececillo repitió, con las mismas contorsiones, la peregrinación del anterior, prefiriendo encaramarse hasta las rodillas del asilado de la enorme cabeza, que lo recogió y lo guardó en un bolsillo, sin afectarse por el suceso.

Esta vez Florio concibió una sospecha, y quiso comprobarlo. Acercose al banco donde los pupilos de Granmont parecían dedicados a contemplar el vuelo de las mariposas, y se detuvo ante ellos. Pudo ver perfectamente el hilo del cual apresaban un extremo, mientras el otro se hundía, sin duda, en las aguas del estanque, atado a un anzuelo.

—¿Estáis pescando aquí? —preguntó.

El macrocéfalo le miró con ojos que parecían cargados de sopor. Después dio un leve codazo a su camarada.

—Pedrito —habló—, este caballero pregunta si estamos pescando.

El microcéfalo contestó, sin corregir su actitud:

—Este caballero es muy amable al interesarse por nuestros asuntos. Dale las gracias, Jacobito.

Jacobito movió la enorme bola en que remataba su esqueleto.

—Muchas gracias, señor.

Después torció horriblemente los ojos y sacó la lengua hasta alcanzar la punta de la nariz, que había acordeonado en una contorsión grotesca. Pedrito aprobó su conducta con una tierna mirada.

—Puede usted decir que le ha sido simpático a Jacobito, caballero —dijo Pedro—, porque no hace visajes, así como así, al primero que llega. En el asilo, cuando los demás muchachos quieren reírse de esas muecas, tienen que pegarle. Y ahora es inútil que usted permanezca más tiempo aquí, señor. Ya ha visto todo lo que valía la pena.

—Bien —respondió Oliván—; entonces me iré en busca de un guarda.

—Perfectamente; pero si es usted un buen deportista nos concederá una ventaja de media hora. Jacobito no puede correr más que cuesta arriba.

—¿Por qué?

—Porque, al inclinarse para subir, la cabeza le impulsa, y, si no corre, se cae. Si ha hecho usted (como es seguro) equilibrios con un bastón sobre la nariz, sabe de sobra que a veces hay que dar pasos precipitados para que no se vaya al suelo.

—Así es, Pedrito —apoyó el otro, muy satisfecho del tono científico que, a su parecer, iba tomando la charla—. ¿Cómo nos dijo el profesor de gramática que había que llamar a eso?

—Las leyes del choque —contestó, gravemente, el de la cabeza invisible.

Florio no pudo contener la risa ante el cínico empaque de los estrafalarios arrapiezos.

—No os denunciaré —ofreció—; pero habéis de prometerme abandonar esta diversión. Es una maldad exterminar a los pobres peces que están ahí para recreo de todos.

—Pero esta no es una diversión, caballero.

—¿Qué es, si no?

—Es nuestra cena.

Jacobito asintió tan vehementemente, que fue de temer que su cabeza se desprendiese del delgado tallo del pescuezo.

—¡Vuestra cena!… —repitió Oliván, asombrado—. ¿Queréis decir que no os dan de comer en el Asilo?

—Exactamente, caballero. En el Asilo no hay nada que comer. Primero echaron en las ollas el salón de actos; después, las mesas de la escuela; por último, devoramos las camas… De esto hace medio año… Ya no queda nada comestible.

Florio comprendió que el muchacho se refería a la venta de muebles para obtener dinero, y la noticia le sorprendió, porque suponía que la munificencia de Archibaldo continuaba socorriendo al Asilo.

—Entonces —dijo—, el señor Granmont…

La cabeza grande y la cabeza pequeña oscilaron tristemente. Mucho tiempo había pasado desde que el señor Granmont se desentendiera de la obra caritativa. Cuando suspendió los subsidios, el alto personal de la casa ensayó cien procedimientos para conmoverle y excitar su generosidad decaída. Todos los asilados fueron a cantar un himno bajo los balcones del magnate, dirigidos por el inspector de recreos, que tenía seis hijos y no cobraba desde hacía seis meses. Archibaldo se limitó a obsequiarlos con limonada. Poco después le visitó una comisión de profesores y de monjas, a los que aseguró que no pensaba volver a ocuparse en aquel asunto, y que no podía comprender cómo se le había ocurrido alguna vez dar casa, instrucción y alimento a chiquillos que no le importaban, hijos de unos padres a quienes no conocía. Finalmente, se apeló a enviarle a Pedrito y Jacobito —por los que siempre había sentido debilidad, y a los que solía llamar «el orgullo del Asilo»— para que recitasen en su presencia una poesía estimulante y conmovedora. Como el poseedor de la cabeza gorda carecía de condiciones mnémicas, se le encargó tan solo de recitar el estribillo que decía: «¡Por favor, buen señor!…» Antes que terminase la tercera estrofa, Archibaldo mandó que los hicieran salir. Ahora, el Asilo no contaba con otros recursos que los de la caridad de muy pocas personas. Algunos niños habían muerto, otros recorrían las calles y las iglesias con cepillos limosneros, y todos procuraban su manutención con iniciativas análogas a la que Florio había podido admirar aquel día.

Después de este regalo, Pedrito declaró que debían marchar urgentemente para abrir y limpiar los seis pececillos que habían pescado, porque, de no hacerlo así,

corrían el riesgo de que se descompusiesen. Oliván los vio alejarse, disformes, esqueléticos, caminando con cierta rigidez que les imponía el temor de romper el estrecho traje con cualquier movimiento brusco. Y, cuando los hubo perdido de vista, el joven continuó su paseo por el parque.

No había recorrido aún cien metros por la avenida central, orillada de frondosas palmeras, en el instante en que detuvo su atención en un caballero que marchaba ante él, próximo a la fila de bancos, vestido con una pulcritud que era menos frecuente encontrar de día en día. Florio advirtió que este caballero se acercaba a los paseantes para hacerles algún ofrecimiento o alguna pregunta, a los que todos contestaban con una negación cortés.

Al final de la avenida, el caballero, que retornaba, cruzose con Florio, le examinó rápidamente y se detuvo ante él, alzando en un saludo su sombrero hongo color café.

—Buenos días —deseó.

—Buenos días.

—¿Podría convenirle a usted esto? —preguntó el desconocido.

Y separó por la solapa su gabán, mostrando al joven una corona de oro rematada por una crucecita de brillantes, que llevaba oculta y sujeta bajo la axila. Florio miró con extrañeza el insólito objeto, y, cuando alzó sus ojos al rostro del oferente, vio una aguda barba gris y unas pupilas dulces clavadas en las suyas con cierta ansia melancólica. Oliván reconoció súbitamente a aquel hombre y se descubrió.

—¡Majestad! —pudo balbucir, sorprendido.

—No, no me dé tratamiento alguno —suplicó su interlocutor—; soy, en efecto, Juan IV; pero no encuentro placer en que me lo recuerden. Dígame: ¿le conviene a usted…?

—Señor, no comprendo.

—Es muy sencillo. ¿Tiene usted, acaso, condiciones de rey?

—¿Condiciones de rey?

—Talento bastante para regir un pueblo; la exquisitez precisa para sentir todas sus necesidades y todos sus dolores, la voluntad necesaria para servirle aun a costa de los mayores sacrificios, la inteligencia suficiente para cuidar no solo del momento que pasa sino de los años venideros, de los siglos que esperan su turno para desfilar bajo el gran arco de la Historia…

—¡Oh señor! —exclamó Florio, confuso.

—¿Podría usted hacer todo esto?

—No, majestad.

El hombre de la barbita gris inclinó la cabeza, desalentado.

—Yo tampoco —suspiró.

Tomó a Oliván del brazo y encaminose a una de las carreras laterales. La estrecha frente del monarca se fruncía en el esfuerzo de la meditación. Añadió, pasado un instante:

—Yo tampoco. He pedido mil veces que me relevasen, y mis ministros no han

encontrado sustituto. Entonces he decidido buscarlo yo. Como Harún-al-Raschid salía a pasear por Bagdad para juzgar por sí propio de la felicidad de sus súbditos, yo salgo para indagar si hay entre ellos uno que pueda cargar con el peso de mi corona. He recorrido todos los paseos, los cafés, el mercado…; ofrecí este aro de metal a hombres de alta y de pequeña condición… Inútilmente. Estoy a punto de creer que no hay nadie que sirva para rey en todo el reino.

Florio protestó respetuosamente.

—Vuestra majestad es un excelente soberano.

—Eso pensaba yo hasta hace un lustro. Sí, me hubiese muerto en la seguridad de que era un gran monarca. La riqueza y el poder de la nación crecían; yo trabajaba incesantemente: por la mañana, cambiaba dos veces de traje; por la tarde, tres; por la noche, una. La perspicacia que se necesita para averiguar cuándo es más indicado el uniforme de almirante, o el de general de artillería, o el frac, o una cazadora ribeteada, agota en veinte años el cerebro más poderoso. Y firmaba…, ¡oh, firmaba sin tregua! Y asistía a funciones teatrales, y vi colocar más de veinte mil primeras piedras… Si en aquel tiempo hubiese dicho alguien que yo era un mal rey, le haría llevar a la cárcel; si cualquiera me disputase el cetro, lanzaría mis tropas a la guerra, convencido de defender la más intangible de las legalidades. Además…, usted ha oído hablar, naturalmente, del derecho divino… Pero usted no puede saber hasta qué punto me sentía yo asistido de ese derecho, amparado por esa gracia… Creía que Dios me había conferido verdaderamente el encargo de gobernar los cuarenta millones de habitantes de mis estados. Y cuando Dios me había elegido, cuando se había fijado en mí…, por algo sería, ¿no es cierto? Por otra parte, mi bisabuelo fue rey. ¿Qué podía ser yo más que rey? Esto me parecía muy claro.

—Sin duda —apoyó Oliván.

Juan IV se detuvo para clavar en él sus tristes ojos.

—¡Soberbia, soberbia, amigo mío, y nada más que soberbia! ¿Quiere usted saber lo que soy? Un pobre diablo, un inútil.

—¡Majestad!

—Bien: no debí decir eso; no es absolutamente exacto. Es cierto que yo no sirvo para gobernar un pueblo, que nada sé y nada comprendo de la dificilísima complejidad de sus problemas; pero esto no impide que yo tenga algunos conocimientos, alguna utilidad. Yo soy un formidable coleccionista de espuelas del mundo. Nací para eso, como otros nacen para sociólogos o para economistas. Si yo no fuese rey, mi colección de espuelas me habría ganado una reputación extraordinaria. Soy rey, y no se habla de ella; en cambio, la Historia me alabará o me censurará por actos que verdaderamente no he inspirado ni casi conocido. Es un prejuicio sobreponiéndose a una vocación. ¿Tiene usted noticias de mi museo?

—He de confesar que…

—No hay otro que le aventaje; soy dueño de quince mil pares de espuelas, de todos los tiempos y de todos los países, de todas las formas y de todos los materiales;

de hierro y de oro, de bronce y de espinas de pescado; junto al agudo acicate, la antigua espuela alemana de tres estrellas y de hebilla historiada; los espolines cerca de las ruedas erizadas de largas púas; las «nazarenas» de los paisanos argentinos y las «vaqueras» de los mejicanos, anchas y bellas; las etruscas y las francesas; las que lanzaron a galope los caballos en la última guerra y las extrañas espuelas de madera de los primitivos pobladores de Patagonia. Puedo hablar largo tiempo de barriles y de cajas, de rodajes y castillejos, de veneras, de astas, de la moda del cincelado… De esto sí entiendo. Que me dejen mi colección y que se lleven mi corona. Es demasiado duro para mí continuar en este puesto inmerecido, elevado por un azar de nacimiento sobre tantos y tantos hombres más sabios, más prudentes, más buenos, más sagaces, más rectos, más compasivos, más valiosos, en fin, que yo. Mi vida está amargada con tan recia pesadumbre, hasta tal punto sobrehumana, que, ya lo ve usted, nadie se cree con alientos para soportarla, ahora que está raída de los espíritus la soberbia.

—Pero, señor, también hay una especie de humildad en aceptar el destino.

—Es posible, cuando ese destino solo le afecta a uno. Mas en el caso presente no es así. Usted ignora el número y el horror de las amenazas que penden sobre la sociedad. En la Historia del mundo no ha existido un momento igual. Diríase que ahora todo va a deshacerse para ser fundido en un común espanto indescriptible, para emprender el camino de regreso al caos. La pobreza, el hambre, el desconcierto, la subversión de fundamentos en que descansa la comunidad… ¡Horrible, horrible! Yo escucho a mis ministros, y… no sé, no sé. En tales circunstancias, ¿cómo puede pedírseme que continúe resignado con mi destino? Yo tengo que gritar: «No entiendo, no sirvo, me voy: aquí hay un error; yo no he venido al mundo para regir a un pueblo; no sé qué hacer, no sé qué decir. ¡Que busquen a otro!»

Pasó de la axila izquierda a la axila derecha la corona, y siguió andando en silencio. Preguntó después amablemente:

—¿Quién es usted?

Florio dio algunas noticias de su condición y expuso con prolijidad, alentado por la atención de su egregio oyente, las dificultades que en su vida habían provocado el cierre de la fábrica y la quiebra de la Banca Alp.

—¿Qué piensa usted hacer? —inquirió Juan IV.

—Luchar cuanto sea preciso.

—¿Es usted animoso?

—Sí.

—Parece usted inteligente.

—Tengo apenas cierto buen sentido.

Su majestad le examinó con mayor interés.

—¿Le conviene a usted ser mi secretario? —propuso con brusquedad.

—Señor…, yo —tartajeó Oliván, atónito.

—Medítelo. No puedo pagar mucho; las rentas reales se han reducido. El trabajo es copioso. No crea que le ofrezco una ganga. Hace tres días dimitió el que

desempeñaba ese puesto, el marqués de los Alpes. Uno de sus tatarabuelos salvó la vida de un antecesor mío, y, desde entonces, a él y a sus descendientes se les concedió el derecho de poseer la camisa que use el rey el día de San Eleuterio de cada año. Nunca pidieron otra cosa, y parecían muy contentos de la merced. Pero el pasado dieciocho de abril, al entregarle mi camisa, el marqués enrojeció, frunció el ceño y dijo que la broma había durado ya bastantes siglos y que le gustaría saber lo que yo haría si él me enviase uno de sus calcetines cada Domingo de Pentecostés. Dimitió y no he vuelto a verle. En verdad, la corte está trastornada, y no la conocería nadie que hubiese vivido en ella hace cinco años. Si usted acepta mi proposición, verá más de una curiosa escena.

—Pero, señor, en esa corte sobran personas más dignas de ese cargo que yo…

—Me agradaría conocer sus nombres. Puedo asegurarle a usted que no hay entre mis nobles muchos que posean la sintaxis precisa para redactar una carta. Reconozco que en otros tiempos no hubiera podido utilizar los servicios de un fabricante de *foie-gras* como secretario; pero todo cambió. Si no le conviene, enviaré un anuncio a los periódicos.

—En ese caso, majestad, debo deciros que acepto, reconocido; que procuraré no darle motivos para arrepentirse. En mis circunstancias, un sueldo de mil coronas mensuales…

—No, no…; de quinientas coronas.

—Perdón…, de quinientas coronas…, me libra de muchas graves preocupaciones.

—Pues no hablemos más… ¿Quiere acompañarme hasta palacio?

—Con mucho gusto.

—Haga el favor de llevar este chisme hasta allí. Tengo ya el brazo dolorido.

Le entregó la corona real, y ambos salieron del parque sin cambiar más palabras.

CAPÍTULO III

QUE ABARCA MÁS ASUNTOS DE LOS QUE PUEDE COMPENDIAR UN EPÍGRAFE

Del palacio real había desaparecido aquella profusión de guardias y criados de atavíos brillantes que daban a cualquiera que mirase el amplio zaguán la impresión de inasequibilidad de la regia morada. Un solo portero fumaba su pipa bajo el arco suntuoso de la entrada, y en las calurosas tardes del estío nadie le censuraba por despojarse de su casaca y lucir en la fresca penumbra la nitidez de la camisa. Todo el complicado ceremonial de la vida palaciega se disipaba lentamente, y aquellos doce hombres de bordadas dalmáticas que hacían sonar largas y bruñidas trompetas cada vez que el soberano entraba o salía de su mansión habían sido reemplazados por un gentilhombre ocioso, flaco y lírico que se había brindado a tocar el himno real en una ocarina siempre que las circunstancias lo exigiesen.

Florio acudía a su labor muy temprano y se retiraba muy tarde; asistía al rey en el despacho de los asuntos públicos y le acompañaba a casi todos los actos que reclamaban su presencia. Entonces conoció a los más brillantes personajes de la corte, a los que aún quedaban agrupados en derredor del trono porque allí habían estado durante toda su vida e ignoraban qué hacer y adónde dirigirse fuera de aquellos suntuosos salones. Su antigua tiesura, la arrogancia de sus maneras, se habían entristecido y ajado como el oro de sus uniformes; la extinción de las ceremonias los redujo a una ociosidad en la que veían melancólicamente diluirse sus días. Derrumbábanse en actitudes poco protocolarias sobre los divanes del gran salón de los Tapices, y estaban allí horas y horas, sin hablarse, sin verse, abstraído cada cual en preocupaciones incognoscibles.

El mayordomo mayor, el duque del Océano Atlántico, la más ilustre figura del reino por la antigüedad de sus blasones, ocupaba la cúspide de esta pirámide de tribulaciones. Sentado en un sillón magnífico, junto a la puerta que daba acceso a las habitaciones del monarca, pasaba las horas suspirando y gimiendo, sin que le fuese posible arrancarle la confesión de sus cuitas. Gruesas lágrimas humedecían frecuentemente los bordados de su chaleco, y, cuando abandonaba su rincón para marcharse, sus reverencias a cuantos encontraba a su paso eran tan profundas y humildes que provocaban la intención de darle limosna.

Una mañana en que Florio entró en el salón de los Tapices para asistir a una entrevista con el rey vio al viejo duque, en pie, bajo la enorme lámpara de cristal de roca, cuchicheando con los quince o veinte nobles asiduos, que habían abandonado sus divanes para escuchar algo que, a juzgar por la expresión de sus rostros, debía de ser muy interesante. Todos tenían grave el gesto e inclinada la cabeza. El conde de Soimás gemía:

—¡Es horrible! ¡Es horrible!

Pero como advirtiesen la presencia de Oliván callaron, y cada cual se dirigió lentamente a su lugar preferido.

«¿Una conspiración?», se preguntó, preocupado, el antiguo fabricante, examinándolos de reojo.

Y siguió hasta donde el rey le esperaba. Aproximábase la hora en que el primer ministro solía llevar las resoluciones del Consejo a la firma del monarca, y no tardó en aparecer con una abultada cartera bajo el brazo. Era un cuarentón de ancha frente, de cuadradas mandíbulas, de cejas separadas por un pliegue profundo, en el que se enroscaban algunas arrugas y que parecía dibujar una especie de caduceo sobre la corva nariz y los ojos escrutadores. Había sido fabricante de cajas de caudales, y su reputación de hombre enérgico y de gran economista le había llevado a presidir el Gobierno en aquellos tiempos en que los antiguos profesionales de la política, después de hacer pública declaración de incapacidad, volvieron otra vez a la vida anónima. Dos hombres acompañaban al presidente: uno era Magnus, el novelista famoso cuyas obras habían sido traducidas a todos los idiomas; el otro era un individuo pequeño, de tez terrosa, de cabello erizado, como si cada hebra saliese disparada por una fuerza que hiciese de cada poro una cerbatana. Oliván reconoció en él a Héctor Azil, el célebre crítico, al que había visto una noche en el camarín de Adriana.

—Señor —habló el presidente, dirigiéndose al rey—, he aquí los dos nuevos ministros que propongo. Tengo el deseo y la esperanza de haber acertado. El señor Magnus pasa por ser una de las primeras inteligencias del reino. En cuanto a Héctor Azil, todo el mundo conoce lo que la patria debe a los escritos con que fustigaba la inepcia y corregía los desaciertos de los gobernantes, estimulándolos a una mayor bondad. Me alegrará que sean de vuestro agrado.

El rey saludó a los dos hombres.

—Estoy muy satisfecho de obtener su concurso —dijo—. Pronto verán que yo no entiendo nada de estos negocios, y quiero anticiparme a decírselo. Si alguno de ellos acepta mi corona… Quizá el señor Magnus…

—¡Oh! —protestó el novelista.

—Acaso el señor Azil.

—No, no —rehusó el crítico—; todo está bien así; solo encuentro disparatado el empeño de hacerme figurar en estos belenes. Yo no tengo nada que decir, ni se me ocurre un solo remedio. Ustedes bastan y sobran… ¿Por qué obligarme a intervenir en lo que no me interesa?

—¡Pues eso es lo que estoy diciendo yo de mí mismo hace cinco años, señor Azil! —exclamó el rey fogosamente—. Usted advertirá que soy un pobre hombre, un sencillo padre de familia, y, sin embargo… Ahora recuerdo que usted dijo esto de mí en alguna ocasión.

—No lo creo; sería injusto…

—No. ¿Cómo injusto?…

—Majestad —interrumpió el presidente—, no tenemos tiempo que perder. Es preciso que examinemos algunas graves cuestiones. La recaudación de tributos ha sufrido una nueva baja, más importante aún que todas las que anteriormente nos alarmaron. El nivel industrial desciende sin cesar, como el agua de un depósito agujereado; la agricultura se reduce a un primitivismo espantable. No tenemos dinero para la instrucción ni para las obras públicas; muchos ferrocarriles están parados y la maleza crece entre las vías. Ahora se nos plantea un nuevo conflicto: las más importantes fábricas de Negrimia van a cerrar sus talleres. La crisis alcanza a toda la metalurgia. En cuanto a la Fábrica Nacional de Armas, es imposible sostenerla un día más. Su inutilidad es tan evidente, que cuanto se gasta en ella constituye un derroche para el Estado. No sabemos cómo arbitrar recursos; debemos, mientras tanto, escatimar el dinero. ¿Cómo?

—¿Cómo? —repitió Juan IV.

—Todo el día de ayer estuve estudiando la cuestión. Si licenciamos al Ejército, tendremos, por el momento, un gran alivio económico.

—¿Licenciar al Ejército? —indagó Magnus, como si hubiese oído mal.

—Suprimirlo —aclaró el presidente.

—¿Y qué ocurriría?

—Nada, no puede ocurrir nada. Casi todas las naciones del mundo han adoptado esta resolución. Nosotros manteníamos nuestras tropas por respeto a lo instituido, a los intereses creados legítimamente. Pero, en el actual estado de la sociedad, la fuerza armada es inútil; tan inútil como las cajas de caudales que yo fabricaba. No hay choques, no hay guerras: nunca las habrá en lo sucesivo; ya no alza la ira los brazos de los hombres. Licenciaremos nuestras milicias, y no es de esperar que se suscite otro contratiempo que el que representa aumentar el número de los «sin trabajo». Cuando suprimimos la gendarmería pasó igual. Una comisión de veteranos vino entonces a hablarme de la angustiosa situación que les creaba la cesantía. «¿Y qué queréis que haga? —les dije—; desde hace cuatro años percibís del Tesoro un sueldo que no justificáis. ¿Cuántos ladrones capturasteis en ese tiempo? Vuestras caminatas por los montes donde antes se escondían los bandidos, ¿son algo más que tranquilos paseos saludables? No se roba ya, no se mata; las cárceles están, por fortuna, vacías; la nación no necesita de vosotros y no puede pagarse un lujo tan caro.» Se convencieron y resignáronse con su suerte; como me he resignado yo, como tantos otros a quienes el nuevo orden de vida causó más daño que bien. En cuanto al considerable ahorro que obtuvimos con la reducción de las oficinas públicas, fue todavía más fácil. ¿Conoce usted lo que sucedió, señor Magnus?

—Algo he oído…

—Lo más imprevisto y extraordinario. No fue en mi época de gobernante, porque acaeció apenas cesaron las tentaciones. Espontáneamente, sin que nadie los estimulase a ello, sin que se acordasen entre sí, los funcionarios públicos, millares y millares de funcionarios públicos, presentaron la dimisión. Alegaban todos que una

fuerza interior los impelía a abandonar los negociados, donde habían vivido hasta entonces por instigación de su pereza, en la pereza y para la pereza. Las oficinas públicas se cerraron el mismo día que los casinos. ¿Recuerda usted? Ahora solo quedan unas docenas de hombres trabajando en cada departamento. Pero… ya hemos divagado bastante. Querría conocer la opinión de su majestad a propósito de la disolución de las milicias de mar y tierra.

Juan IV rebulló en su asiento.

—¡Dios mío!… ¿Y yo qué sé?… Si ustedes lo deciden…

—¿Qué le parece a usted, Azil?

El crítico se encogió de hombros.

—Lo que a usted le parezca, querido presidente. Mi opinión es la suya… Desde luego, puedo afirmar que cualquier resolución que se tome merecerá mis parabienes.

Magnus se expresó con mayor firmeza. Verdaderamente, ejército y armada eran organismos superfluos, casi anacrónicos ya, y su sostenimiento, vano y carísimo. No se debía esperar ni un momento más. Y el acuerdo quedó adoptado. Después se decidió que aquel mismo día Azil y el escritor se trasladasen a Negrimia para conocer y evitar, en lo que fuese posible, la crisis que amenazaba convertir el más importante centro industrial de la nación en un abandonado cementerio de actividades. Florio había de acompañar a los ministros como secretario. Cuando salió para guardar algunos documentos, tornó a sorprender a los nobles agrupados en redor del duque del Océano Atlántico, que elevaba sus brazos al cielo en el más patético instante de una arenga escuchada con profunda atención.

—¿Podemos —decía— continuar sometidos?…

Pero divisó a Oliván y truncó su perorata. Bajó las manos, las cruzó sobre el vientre y se retiró hacia su lugar predilecto. Los demás le miraron.

—¡Hum! —gruñó Florio—. O todas las novelas que he leído mienten, o aquí se trama algo contra el rey.

Apresurose a reunirse con los nuevos ministros, que no tardaron en llegar al carruaje que los esperaba ante el palacio, y que partió con ellos en dirección a Negrimia.

—En verdad —dijo Oliván, sin poder reprimir la sonrisa ante el aspecto confuso de Azil—, en verdad, señor mío, que si todo lo que está ocurriendo ahora lo hubiese contado el señor Magnus en cualquiera de sus libros, por una de esas adivinaciones tan frecuentes entre los artistas geniales, nadie hubiese creído en su posibilidad. ¿Cuándo se vio que un rey hiciese secretario suyo a un hombre desconocido, al que encuentra en un paseo público y con el cual cambia unas palabras para ofrecerle su trono? ¿Ni cómo podíamos suponer que escaseasen tanto los aspirantes a ministros que fuera preciso ir a arrebatar de sus casas a quienes quizá no habían pensado nunca en tal contingencia? El gesto de mal humor que hacen ustedes era inédito aún en la política.

Magnus contestó:

—Yo no advierto nada extraordinario en cuanto ocurre. Me desagrada; pero no me admira. Es la consecuencia natural de unas premisas que estableció el Diablo al acceder al ruego del anacoreta. Solo un orgullo desmedido podía llevar al ánimo de los magnates la convicción de una superioridad tan injustificada y absurda que, rotos los lentes de aumento de la soberbia (cristales que no van entre los ojos y el mundo exterior, sino entre los ojos y la propia alma), tenía que aparecer ridícula. Nunca me he burlado de esa manía del rey de ofrecer su corona a cualesquiera. Las mismas razones que le mueven a ello impiden a los demás atenderle, y si alguno recogiese de sus manos ese símbolo, tendría que ser un hombre excepcional, capaz de ejercer la soberanía del pueblo en toda la inacabable amplitud de los deberes de un monarca. Mi opinión es que ese hombre no existe. Usted aceptó el puesto de secretario, no por vanidad, sino por creerse con la amplitud bastante.

—Y porque necesitaba un sueldo.

—Perfectamente. En cuanto a mí, la creencia de que un buen sentido es más útil para gobernar que otra condición cualquiera, y el horror a la ociosidad, me han traído a este cargo. Un barrunto de fracaso bastará para que lo abandone.

—¿No escribe usted?

—No escribo por la misma causa que Juan IV no quiere ser rey. Insospechadamente, nos ligaba un mismo vicio, nos movía el mismo motor. ¿Conoce usted alguna pretensión humana donde exista más soberbia que en la del artista? Yo quería ser como un dios que crease hombres y mujeres, vidas y conflictos. Sentía en mí el amor de ser preciado, honrado y loado, que como soberbia se ha definido. De ella escribió Dante, que era «la presunción de sobrepujar a los demás». Dígame, si lo sabe, qué artista no ha dado albergue a esta ansia pecadora en su cerebro y en su corazón. ¡Si hasta podría afirmarse que sin ella falta el estímulo creador suficiente! No escribo novelas, ni tengo noticias de que alguien se dedique a tan orgullosa labor. Espero que nuestro amigo el señor Azil, que tantas veces fustigó mis defectos de literato, encuentre descanso y complacencia en mi inactividad de ahora…

Azil protestó:

—¿Por qué dice usted eso, querido Magnus? Siempre he creído que era usted un gran novelista.

—No intento dirigirle el menor reproche, amigo mío; todo ha pasado, y hasta el amor propio, hijo menor de la soberbia, se marchó del mundo con su madre. Pero nadie me ha criticado con tanta saña como usted.

—Hace un instante, Magnus, nos confesaba usted su pretérito estado de soberbia. ¿Por qué no he de descubrir yo que he sucumbido, contra mi voluntad, a la envidia? Nunca tuve el poder de crear, aunque lo ansié fervorosamente. Los triunfos ajenos no me procuraban satisfacción, sino disgusto. Me situaba frente a ellos en actitud hostil, una hostilidad previa y casi inconsciente que yo confundía con un análisis honrado, buscaba los resquicios de todas las armaduras para deslizar la fría hoja de mi crítica; revolvía cualquier acción entre mis manos hasta hallar su lado débil, su punto

vulnerable. No hay obra humana sobre la que no haya caído alguna imperfección, como la hoja sobre la espalda de Sigfrido cuando se bañaba en la sangre del dragón prodigioso. El venablo de mi sátira iba a clavarse allí. Reconozco que con ello tendía a rebajar a los otros a un nivel inferior al mío, a consolarme de mi incapacidad. Pero conste lealmente, Magnus: ¿no se ha derivado para usted algún bien de mis biliosas diatribas?

El novelista pareció meditar.

—Sí —dijo al fin—, y no es esta la primera vez que lo pienso. Sí. La injusticia de sus censuras me irritaba; pero me impelía a buscar nuevos recursos para mi arte, me estimulaba en el afán hacia la perfección. Creo que si no sonase su voz áspera y discrepante en el coro de alabanzas, me hubiese adormecido en una vanidosa satisfacción y llegaría a creer que era genial hasta cuando escribía en mi talonario de cheques. ¿Se acuerda usted de *Las garzas*? Es mi mejor obra. A usted le debo el haberla escrito. La ideé y la compuse en un ansia desesperada de desquite, cuando usted me culpó de no ser más que un escritor realista, ayuno de imaginación.

—Lo sabía, Magnus, y no ha sido esa la única buena obra que se debe a los ataques de mi envidia. He ejercido un influjo benéfico en la existencia y en los actos de muchos hombres. No era esto precisamente lo que me proponía; pero el resultado es igual. Algunos gobernantes, bajo el acoso de mi aguijón envenenado, corrigieron sus defectos, aumentaron su cultura, rehuyeron el error, se esforzaron en ser mejores, más justos, más comprensivos, al verse retratados con malévolo diseño en mis crónicas implacables. Los murmuradores corrigen al ambicioso. La Envidia hizo muchas veces centinela a las puertas del Bien. La figura más exacta sería, acaso, decir que, en manos del Bien, fue muchas veces la Envidia el látigo que fustigó a los otros vicios.

—Así lo creo, Azil. Había innumerables extrañas paradojas en la vida de entonces. Ahora…, yo quisiera comprender bien…; ahora…

—Ahora —repitió el crítico, encogiéndose de hombros—, ¿sabe alguien hacia dónde marcha ahora la Humanidad?

Enmudecieron, cavilosos. Avanzaban ya por la rojiza y árida estepa en que la ciudad fabril dominaba. Cuando entraron por las calles sucias e ingratas de Negrimia, se advirtieron sobrecogidos por el aspecto de todo cuando se ofrecía a sus ojos. Una muchedumbre harapienta —avisada del viaje de los ministros— se alineaba en una exposición de rostros famélicos, de cuerpos esqueletizados. Hombres en cuyas mejillas pálidas la barba era como el musgo rizoso y áspero de las ruinas; mujeres semidesnudas, cuya demacración aumentaban las manchas de la hulla sobre la fláccida piel; pupilas donde brillaba una triste luz entre los párpados enrojecidos por el ofuscamiento de los hornos, o por la débil lámpara que hace más espantable la sombra de las profundas galerías mineras… Un vaho de sudor, de enfermedad, de rebaño humano, se adhería a la pituitaria. Y sobre la congoja de esta visión larga y unánime, que se repetía en todas las calles de la ciudad, el horror más profundo aún

del silencio de Negrimia; un silencio tan grande como grande era el anterior tumulto habitual de martinetes, rodillos, grúas, correas; del metal bataneado, cortado, ahilado, fundido en un machaqueo incesante; de los gemidos que exhalaban los convertidores, del rugir del agua sobre los bloques ígneos de coque, del ronco silbido de los tornos, del rumor poderoso de centenares y centenares de ruedas en constante movimiento, de las sirenas llamando al trabajo, de las voces con que se dirigían las labores de precisión matemática en los talleres de fundición… La batahola inenarrable había enmudecido, y aquella quietud ponía en el alma ese sobresalto, ese atisbo de amenaza con que los viajeros de un transatlántico sienten de pronto en alta mar que ha cesado el latir de las máquinas del buque.

Los consejeros y el personal técnico de las fábricas esperaban a los ministros en las oficinas de Altos Hornos. Una comisión de obreros asistía a la reunión. Magnus pidió que le explicasen detalladamente las causas y la extensión de la crisis que paralizaba la vida de las factorías más importantes del reino. Entre aquellos hombres congregados para afrontar un grave peligro —sabios, como Sike y Noke; inventores, como Lawel; espíritus de empresa, como Granmont— hubo un largo y conmovido silencio. Miráronse unos a otros, como procurando leer en sus semblantes quién entre todos había hallado las palabras claras y dolorosas con que exponer la situación. Y fue Archibaldo Granmont el que, al fin, dejó oír su voz conmovida.

Las fábricas arrastraban una existencia precaria desde hacía algún tiempo. La demanda era casi nula. Verdaderamente, no debían ser buscados en Negrimia los orígenes del mal. Negrimia no era más que un registro muy sensibilizado de la acelerada penuria industrial de todo el país. Así, la gran fábrica de cristalería artística, que surtía de envases a las perfumerías del reino, suspendió su trabajo, porque ya no se elaboraban perfumes. De la misma manera, la creciente reducción de manufacturas obligaba a disminuir la obra en los talleres de maquinaria, y esta aminoración repercutía en la siderurgia, y todo junto influía poderosamente en la crisis minera. Al principio se decidió despedir parte del personal obrero; redujéronse las nóminas a lo absolutamente necesario. Después mermáronse los salarios. Ahora era precisa una nueva poda de jornales y de hombres, y los operarios oponíanse a ella.

—¿A qué atribuyen ustedes el aniquilamiento industrial? —preguntó Magnus.

Granmont hundió la cabeza entre los hombros.

—¿Quién lo sabe? —suspiró.

—Es un fenómeno muy complejo —terció Lawel—; pero la causa principal de que no se trabaje es que ha desaparecido la pereza.

—Señor mío —gruñó el novelista—, no creo que sea esta la mejor ocasión para idear paradojas.

—Si usted me permite explicar mi afirmación, la suscribirá conmigo. La pereza fue el primer estado del hombre, y en la nostalgia que sentimos del Paraíso late fundamental y preferentemente la nostalgia de la pereza. En los tiempos en que el sol era más grande y más intenso su calor, y un verano ininterrumpido abrigaba la tierra,

no era precisa la lucha por la vida. Puede decirse: en el principio fue la pereza. Pero las condiciones del mundo cambiaron. El ángel de la espada flamígera coloca a Adán y Eva en el umbral de una existencia áspera y difícil en que todo ha de ser obtenido mediante el trabajo y el dolor: los frutos de la tierra y los frutos humanos, la propiedad, el conocimiento, el traje que nos defiende del frío y la blandura del lecho donde reposamos nuestra fatiga. Dura ley a la que habíamos de someternos o morir. Mas el hombre no ha renunciado nunca a la reconquista del Paraíso; la dulce añoranza de su ociosidad nos fue transmitida por nuestros primeros padres, generación por generación, inextinta e imperiosa como la mácula del pecado original. Trabajábamos para rehacer el Paraíso. Nuestra obra comienza en el hacha de sílex, y ha llegado al avión y a las matemáticas einstenianas. Hemos sorprendido el secreto de muchas leyes naturales; nuestra actividad se acrecentaba de año en año; volábamos entre los cirros y corríamos sobre las amplias carreteras. Nadie se fijaba, sin embargo, en la trayectoria que marcaba esa terrible y asombrosa labor de la Humanidad. Ignorábamos que todo aquello no era más que un esfuerzo titánico por recobrar la perezosa actitud paradisíaca. Íbamos de la pereza a la pereza al través de las ciencias. En los rascacielos, un ascensor nos evitaba la fatiga de subir; cómodos muebles nos recibían; oíamos la voz de un amigo lejano sin tener que movernos de nuestra habitación; brotaban el fuego y la luz solo con hacer girar una llavecita; las máquinas reemplazaban al hombre en numerosas faenas, y, en esas mismas carreras vertiginosas por el aire o por el suelo, no se agitaban nuestros pies: bastaba mover unas palancas. La civilización, toda la civilización, no es más que una amplia curva que comienza en la pereza del hombre primitivo y va a parar en la pereza de los hombres venideros. La Humanidad trabajaba por horror al trabajo, por un afán tenaz y esperanzado de redimirse de él. También se decía entonces, como hoy: «El trabajo es virtuoso; la ociosidad, criminal.» Pero estos eran gritos de aliento con los que se impedía que la fuerte atracción de la pereza hiciese desertar a muchos de la obra de redención y retrasase o convirtiese en imposible el advenimiento de una edad en la que, gracias principalmente a la química y a la mecánica, fuese el mundo un paraíso inmenso donde el hombre, libre de la esclavitud del trabajo, pudiese consagrarse a vivir. A vivir. Porque ¿puede llamarse vida a esa serie de años en los que un individuo gasta día por día sus energías en cepillar tablas, en extraer carbón, en dibujar planos, en colocar uno sobre otro los ásperos ladrillos de un muro? La existencia colectiva es el reflejo de la individual, y así como el individuo que ya salió de la dichosa holganza de la niñez trabaja ansiosamente para procurarse una nueva y sabrosa holganza en sus años maduros, así la Humanidad soñaba con la ventura de un porvenir (muy lejano aún, porque el mundo es joven) en que pudiese recrearse en el reposo, pensando alguna vez, como en una espantable pesadilla, en las edades en que el hombre fatigaba hasta la tortura su cerebro y sus músculos para poder vivir… miserablemente.

—Nada de eso ha cambiado.

—Todo ha cambiado, porque hemos dejado de añorar la pereza. No hay perezosos ya. Al hombre no le hace falta la máquina. ¿Sabe usted a qué se debe la aplicación del vapor como fuerza? A la pereza de un joven. Podría citar otros muchos casos en que la indolencia favoreció al progreso. Pero es inútil. Mi tesis es suficientemente clara para ser comprendida, y tan vigorosa, que no necesita las muletas de los ejemplos.

—No me parece disparatado lo que usted dice, señor Lawel —intervino Azil—; pero, sea como sea, estamos aquí para buscar alguna solución al conflicto, más que para divagar acerca de sus raíces. ¿Cuál es la última palabra de los patronos?

—Los patronos —anunció Granmont— no podemos ceder. Si no se acepta la nueva reducción de personal y de jornales, cerraremos las fábricas y los Altos Hornos no serán más que un frío bloque inservible.

Hubo un silencio.

—En verdad —observó Azil, como hablando consigo mismo—, ningún momento impuso, como el presente, la necesidad de transigir. ¿Por qué no se avienen los obreros a este sacrificio?

El viejo capataz que presidía el grupo de trabajadores contestó:

—Porque no podríamos vivir con los salarios que nos ofrecen, señor. Muchos hermanos nuestros padecen los horrores de la miseria, las enfermedades afligen nuestro hogar. Hasta hace algún tiempo, los patronos sufragaban los gastos de un sanatorio, adonde íbamos cuando nuestra salud se rendía a la dura labor. Funcionaba también una Caja de pensiones y se practicaban las leyes del retiro para los obreros. Nada de eso existe en estos días, en que es más que nunca preciso.

—Cuesta demasiado dinero —interrumpió Archibaldo.

—Menos que hace quince años. El funcionamiento de esos organismos se había regularizado ya, y no eran tan gravosos…

—Sinceramente, debo decir que nunca hemos estado conformes con la merma que imponían en nuestros ingresos. En rigor, no podía exigírsenos que nos preocupásemos de la salud y de la felicidad de todos los empleados a costa de nuestros propios bolsillos.

El viejo inclinó la cabeza.

—Es verdad —concedió—. No olvidaré jamás la lucha que sostuvimos contra ustedes para obligarles a otorgar ese bien. La tarde en que rodeamos este mismo edificio, donde los patronos celebraban consejo, hacía un mes que habíamos proclamado la huelga. Nuestros fondos se agotaban, y el hambre y la desesperación eran huéspedes en nuestras chozas. Aquel día hubiésemos sido capaces de todo…, de lo más horrible. ¿Recuerda usted, señor Granmont, la expresión de nuestros rostros cuando se asomó a esa ventana a recomendarnos sosiego? Dios me perdone; pero no nos hubiese importado matar. Éramos miles de hombres exasperados, y nuestro furor habría hecho un montón de cenizas de todo el pueblo si se le provocase. Ustedes lo sabían. Nuestros gritos y nuestra presencia hostil lo proclamaban. Comprendiendo que se habían metido en la boca del lobo y que entre la turba irritada había hombres

que llegaban en su odio hasta cambiar todas las ventajas y beneficios solicitados por la terrible satisfacción de arrastrar el cuerpo de un patrono por el barro de Negrimia, aquella tarde firmaron ustedes la aceptación de nuestras proposiciones. Después se jactaron de ser los amos más bondadosos y considerados, ofrecieron el sanatorio y el montepío y el retiro como modelos de un régimen humanitario y de la más cordial relación entre el trabajo y el capital. Pero nosotros sabemos (y también ustedes) que fue un triunfo que obtuvo la ira, y que si no se frunciesen tantas cejas y no se crispasen tantos puños bajo estos balcones, nada se habría conseguido. Hemos vigilado el crisol donde se fundía el bronce para centenares, para millares de estatuas que aspiraban a hacer inmortal la efigie de los que en alguna manera procuraron el bien de los hombres, y no se ha erigido aún el glorioso monumento, mayor que todos los demás monumentos, que merece de nuestra gratitud el más eficaz y solícito de los bienhechores del siervo: falta sobre el mundo una estatua a la ira, a la fuerte ira, que robusteció nuestra voz y animó nuestros brazos para algo que no era el ademán suplicante; la ira, más útil a nuestro servicio que la piedad y la razón.

El viejo tornó a inclinar la cabeza.

—Pero ya no tenemos ese aliado, señores —continuó—: nada ha de ocurrir, por crueles que sean vuestras decisiones. Únicamente, si la desavenencia persiste, nos diseminaremos por la tierra en busca de pan, y no encontraréis quien nos sustituya.

Magnus volvió hacia Granmont sus ojos rogadores.

—Señor Granmont —dijo—, de usted esperamos la solución del conflicto. Tiene usted una reputación de filántropo bien ganada por sus actos de generosidad, y en este instante…

Archibaldo extendió sus manos, como si quisiera impedir que llegasen a sus oídos aquellas frases.

—No continúe usted —clamó—; me es imposible escuchar cualquier alusión a mi filantropía sin excitarme. No, no soy un filántropo. ¿Qué entienden ustedes por filántropo? Un hombre al que se le puede pedir dinero con muchas probabilidades de que lo dé. Pues bien: no lo tengo en tanta abundancia ni comprendo por qué he de correr en auxilio de todas las necesidades ajenas. Hubo una época en mi vida en la que cometí algunos actos que hoy no puedo explicarme. Fundé una cantina económica, una biblioteca pública, un asilo de huérfanos; favorecí estudios científicos, subvencioné una expedición al África central, edité a los clásicos… Y ni los niños me conmueven, ni el África me importa, ni los clásicos me distraen. ¿Qué ganaba con eso? Indudablemente, estaba loco; pero me he curado ya. No acuda usted a mi filantropía, señor Magnus. Si pudiésemos hacer algo por estos hombres, no nos negaríamos; pero la situación es tal como la he pintado. Una fatalidad nos empuja a todos. He ahí las fábricas. Que el Gobierno se encargue de ellas, si le conviene. Nosotros las cerraremos mañana. Es el criterio unánime, y no tenemos más que añadir.

Lo que se habló después no consiguió alterar las actitudes, y cuando terminó la

conferencia había huellas de desaliento y de fatiga en todos los semblantes.

Florio se aprovechó de la presencia de los ingenieros de la Compañía de Estabilizadores para instarles a continuar la obra abandonada. Sike y Noke le oyeron con una dulce sonrisa. El último le contestó, con sus ojillos grises clavados en los de su compañero, para recoger su aprobación:

—Hemos trabajado bastante…, somos viejos ya, y casi no podemos decir lo que es la vida. Que los jóvenes ocupen nuestro lugar.

Sike añadió:

—Nos retrae una razón más poderosa aún que el cansancio. Pero es un secreto que no debe salir de nosotros. ¿Verdad, Noke?

—Ciertamente, Sike.

Y los dos sabios se dieron un efusivo apretón de manos.

—¿También tú has renunciado a la empresa por algún misterioso motivo? —preguntó Oliván a Lawel cuando quedaron solos.

El interventor hizo un mohín de indiferencia.

—Soy el que siempre fui —dijo—: un hombre un poco escéptico, con más imaginación que actividad, y si recuerdas la conversación que sostuvimos el día de la fundación de la empresa, no te será difícil comprender mi retraimiento. Entonces te dije: «Así como a estos hombres que nos rodean no les importa el estabilizador, sino la ganancia que pueden obtener explotándolo, a mí no me interesa más que conseguir el amor de Celia.» Trabajé por satisfacer el ansia de hacerla mía. Era orgullosa y había que ofrecerle un nombre ilustre; era rica, y quise igualarme a ella en fortuna. Ahora…, te hablaré con absoluta franqueza, no la amo ya. La veo tal cual es: frívola, insustancial, poco inteligente… Ni su dinero me tienta, ni su belleza me atrae. Lo que por ella hice, el largo tiempo que consumí en estudios y experimentos, las congojas sufridas, los desánimos, las fiebres, la terrible y dolorosa lucha…, no querría vivirlo otra vez. Necesitaría un impulso igualmente poderoso. Y dime: ¿cuál puede haber aún? La soberbia aspiración a lo que llamábamos gloria murió ya en todas las almas; el desmedido afán de riquezas ha cesado de ser un móvil de nuestros actos…

—Pero otro amor…

—¿Y crees que si ahora me enamorase habría de ser preciso acometer proezas que halagaran en la mujer una vanidad o una codicia inexistentes? Bien sabes que no. El sentimiento amoroso se ha revestido de una especie de serenidad que está muy próxima a la indiferencia. No hay héroes. El príncipe azul ha desaparecido, súbitamente borrado, de todos los ensueños femeninos. Cerca de la misma Celia, antes tan exigente y altiva, cualquier hombre, el más humilde de todos los hombres, valdría tanto como yo. Así…, dejemos que corra la vida sin demasiada amargura, sin demasiado esfuerzo, sin demasiados sacrificios. Yo he perdido mi brújula. Me pregunto cuál puede ser el norte de mis acciones… y no lo sé.

* * *

Al regresar de Negrimia, los dos ministros y Florio dirigiéronse al palacio para dar cuenta del lamentable resultado de su información. El rey y el presidente les esperaban, y escucharon con tristeza las malas noticias. Aún no había concluido Magnus la detallada relación de lo visto y oído en la ciudad del hierro y de la hulla, cuando sonó un creciente y numeroso rumor de pisadas en el pasillo y alguien golpeó suavemente varias veces la puerta de la habitación donde se celebraba el consejo.

—Adelante —otorgó el soberano.

Rebatiose la tallada hoja de madera y apareció en el umbral la fofa corpulencia del duque del Océano Atlántico, tras del cual se apiñaban todos los nobles de la camarilla. El corazón de Oliván dio un brinco.

«¡El golpe de Estado!», pensó.

Pero en la actitud de los que se agolpaban al otro lado de la puerta no había ningún indicio amenazador. Rostros pálidos y sombríos con expresión de duelo más que de violencia, y ojos enrojecidos que conservaban huellas de llanto… El gelatinoso duque inclinó la cabeza y exhaló un hondo suspiro antes de rogar con voz meliflua:

—Pedimos perdón a vuestra majestad por importunarle; pero no hemos podido resistir más tiempo…

—Pasad —ordenó el rey, alarmado—, pasad todos… ¿Qué os sucede?

Entraron lentamente. El duque contempló a Juan IV con un gesto compungido en que toda su ancha cara se descomponía.

—Señor…

Y se echó a llorar con irreprimible desconsuelo. Varios nobles hiparon. Algunas grandes lágrimas cayeron desde los párpados hasta los bigotes del marqués de la Pirita, obligados por las tenazas a apuntar al cielo, y, poco a poco, la humedad fue desrizándolos y haciendo que las guías cayesen como de un desmayo.

—En fin, duque —gruñó el rey—: ¿puedo saber qué quieres?

—¡Oh señor, señor!… ¡Es tan triste lo que he de deciros!…

—Pues oigámoslo pronto.

El mayordomo mayor retorció sus manos carnosas.

—Señor, hace mucho tiempo que una idea torturadora no me permite el descanso. ¿Cómo nació en mí? No lo sé. Seguramente en las solitarias horas que he pasado de guardia al servicio de vuestra majestad adquirí una tendencia extraña a meditar sobre la vida. Un día se me ocurrió pensar que… Pero no; quiero referirme al principio. Al principio no hacía caso de mis aprensiones. Atribuía mis malos pensamientos a un posible mal funcionamiento de mi estómago, y hasta tomé un laxante para borrarlos. ¡Ay! No era sino la conciencia la que hablaba en mí, señor. Tres años llevo cavilando en lo mismo, incubando mi resolución con la fiebre de un arrepentimiento doloroso. Y ya estoy decidido.

El rey le contempló estupefacto.

—¿Decidido a qué, duque?

—Perdón, majestad; si no me explico, resultarán tan incomprensibles mis conclusiones, que temo pasar por loco. Una vez que hacía mi guardia en la soledad del salón de los Tapices, se me ocurrió mirarme en uno de los grandes espejos que copiaba íntegramente mi figura. Me acuso de haber hecho esto repetidas veces, y siempre con una complacencia especial. «He ahí —me decía— al duque del Océano Atlántico», y me examinaba con devoción. Esto era, al fin, lo que hacía mucha gente cuando yo entraba en un teatro o me presentaba junto a vuestra majestad en algún acto público luciendo mi precioso uniforme. ¿Por qué había de ser yo la única persona del mundo que no pudiese gozar en la visión del duque del Océano Atlántico? Lo tenía ante mí en el espejo, y me felicitaba de ser aquel personaje orondo y magnífico, repleto de sangre azul de la mejor calidad conocida. Sangre histórica, apellido histórico. Todo auténtico y respetable. Pero esta vez, señor, después de haberme contemplado largo tiempo, sufrí esa especie de extravío de la personalidad, de desdoblamiento momentáneo, que es frecuente y fácil conseguir cuando se mira de cerca y con atención sostenida la propia imagen. Me pareció que aquel hombre que me observaba a medio metro de distancia no era yo, y la fría dureza de su mirada me hirió como un insulto. Recorrí con mis ojos la imagen desde los zapatos con hebilla hasta el mechón de pelo en que se desvanecía la frente, y me reí: «¡Valiente títere!», exclamé, volviéndole la espalda. Confieso que inmediatamente me arrepentí, y sentí disgusto por mi conducta. Pero había ocurrido algo irremediable, algo así como si me hubiese perdido el respeto a mí mismo, y cuando ocupé mi sillón, en un distante ángulo de la estancia, comencé a enjuiciarme con la severidad que pudiese aplicar a un extraño. «Verdaderamente, ¿quién soy yo? —me preguntaba—. El duque del Océano Atlántico, el principal personaje de la corte después de las personas reales, un hombre rico, poderoso, reverenciado, caballero de casi todas las órdenes conocidas. Mi puesto en la sociedad es preeminente. Pero ¿por qué? ¿Qué hice yo para escalar esta cumbre?» Repasé mi vida. No, yo no había hecho nada. Ni mi padre, ni mi abuelo, ni el bisabuelo de mi tatarabuelo. Todos estos vinieron, como yo, del prestigio y del esfuerzo de un más remoto ascendiente: de Diego de Lostán, llamado también el Cocodrilo por la dureza de su corazón. Permitidme, señor, que os recuerde la acción que valió a aquel temible guerrero la espuela de oro de los nobles. Fue en el sitio de Rocalina. Muchos bravos capitanes habían fracasado en la empresa hercúlea de rendir la heroica ciudad. Cada asalto llenaba los fosos de cadáveres, y de los valientes que conseguían llegar al pie de las murallas pronto ascendía, hasta embalsamar la atmósfera, un excitante olor a carne frita (según frase feliz de nuestro gran historiador el padre Teodosio): tanta era la cantidad de aceite hirviendo que los sitiados arrojaban desde las almenas. Diego el Cocodrilo mantuvo sus huestes en torno a la ciudad durante el frío de dos inviernos y el calor de dos veranos. Pero la ciudad no se rendía. Entonces mi remoto ascendiente tuvo una idea infernal. La hija mayor del príncipe enemigo vivía con sus abuelos en un castillo muy apartado de aquellas tierras. Diego la hizo raptar, y cuando la tuvo en

el campamento anunció al príncipe que tomaría fiera venganza en la doncella si no le entregaba a Rocalina en un plazo de veinticuatro horas. El mensajero fue asaeteado. Al día siguiente, ante la mirada iracunda o penosa de los guerreros agolpados en la muralla, un sacerdote casó, con bufa ceremonia, a la infeliz adolescente con un soldado de las huestes de Diego, hombre monstruoso, patizambo y peludo, de ojos torcidos y desdentado por la podre de no sé qué enfermedad. Allí dejaron a la doncella con el marido que el infierno le deparaba, cercados ambos por una red de alambre y bastante próximos a los muros para que pudiesen ser vistos. El monstruo, indiferente a las risas de sus camaradas y a los denuestos de los sitiados, tomó a la virgen para sí ante las miradas de todos. En vano el padre sin ventura pedía a sus arqueros que disparasen contra la joven para evitar con la muerte el ultraje feroz, porque nadie se atrevía a acabar con la gracia y la belleza de la infortunada. Lo que hicieron fue salir, ardiendo en la más terrible de las iras, olvidando el consejo de la prudencia. Franquearon las puertas formidables y desbordáronse contra los sitiadores con el odio en las manos, en la boca, en los ojos, en el corazón… Era lo que había previsto Diego de Lostán. En campo abierto la victoria fue suya. Cortó, hendió, aniquiló tantos enemigos, que no se sabía si la brillante rojez de su espada era de humana sangre o si el furioso martilleo la inflamaba. Aquella noche la ciudad ardía sobre los cuerpos de todos los moradores, pasados a cuchillo sin piedad ni perdón. Esta fue la hazaña de mi antepasado, por la que tuvo en feudo grandes territorios y por la que se ennobleció su prosapia.

Se oyó un fuerte sollozo. El marqués de la Pirita ya no podía más: lloraba como una criatura.

—Señor —continuó el duque del Océano Atlántico, siempre dirigiéndose al rey—, yo he pensado un día y otro día en tales sucesos, y cada hora que pasó los fue engrandeciendo de espanto. ¿Cómo hemos podido vivir tantos y tantos hombres, tantas y tantas generaciones aureoladas de gloria, acariciados por la fortuna, por el respeto, en la cumbre social, precisamente por aquella acción terrible, que ninguno de nosotros condenó jamás en público ni en privado? ¿Es comprensible que esto haya podido ocurrir así? Si se cavila en ello, ¿no se llega a creer que fuimos locos y que entre locos estuvimos siempre? Señor, ¿cómo lograré que olvide el mundo quién soy y de qué tronco procedo? ¿Cómo lo olvidaré yo mismo? ¿A qué precio hay que pagar el perdón de tan extraña soberbia? Mucho he gemido haciéndome estas acongojadas preguntas. He hablado con mis compañeros, los que vuestra majestad ve ante sí, y hemos llorado juntos. También ellos tienen un primer abuelo de cuyos homicidios y depredaciones se jactaban hasta hacerse la luz en su ánimo. A todos nos trae aquí un mismo afán y una misma demanda.

—¡Sí, sí! —gimoteó el marqués de la Pirita.

—Pero, marqués —observó Juan IV—, ¿han sido también conquistadores sus ascendientes?

—No, majestad —aclaró el duque—; han sido comerciantes enriquecidos. Su

bisabuelo, el fundador del linaje, tuvo el honor de regalar a vuestro bisabuelo la finca de Los Claveles, que rentaba un millón de coronas. Entonces se ennobleció. Pero el tal bisabuelo la había robado antes, por decirlo así… Era un gran ladrón, por denominarlo claramente, y su padre también. Verdad es que desde entonces nadie ha vuelto a robar en la familia.

El marqués asintió bañado en llanto.

—Y ahora, ¿qué pretendéis?

—Ahora solicitamos humildemente el permiso de vuestra majestad para abandonar su servicio. Proyectamos fundar una orden religiosa desde la que podamos comenzar a ser útiles en alguna manera a nuestros semejantes, en el nuevo sentido que damos a esta palabra: es decir, a todos los hombres.

—Perfectamente, duque, y aun he de hacer más que otorgaros mi venia. Soy dueño aún de algunos palacios que no me sirven para nada. Elegid el que más os convenga y tomadlo como retiro…

—Gracias, señor; pero nuestra orden no ha de ser conventual. Sus fines nos obligan a recorrer incesantemente el mundo. Hemos meditado con escrupulosa paciencia a propósito de la labor a que consagraremos en lo futuro nuestras energías. Para la enseñanza no servimos; para enfermeros nos falta vocación; como predicadores, no contamos aún con el auxilio del Espíritu Santo. Alguien, entre nosotros, propuso que nos dedicásemos a elaborar licores y chocolates, ocupación especialmente grata, como es sabido, a los ojos de Dios; pero ya hay quien lo hace con más ciencia y… con éxito antiguo. Creo haber tenido, por último, una excelente inspiración.

—Habla, duque.

—Señor, por fortuna, ya no se batalla sobre la tierra, y es imposible que surja otro Diego el Cocodrilo ni que Caín se alabe de haber vertido complaciente la sangre de su hermano. Pero, repartidas por calles y plazas, paseos y jardines, en todas las ciudades, en los pueblos todos del mundo, existen aún millares y millares de estatuas, lápidas, monumentos y alusiones a aquellos hechos. No se ha pensado aún, señor, en que, si huyó el pecado, queda su altar. Costaría dinero borrar esos vestigios, y los estados son hoy demasiado pobres. Demoleremos los fetiches de la antigua y cruel violencia, hasta que no quede ni una huella por la que se pueda averiguar dónde los había emplazado la errónea devoción humana… Esa será nuestra labor. Los nombres que recuerdan homicidios innumerables, las efigies de bronce de los que han tenido de bronce el corazón, esas matronas que brindan el laurel heroico que nacía en las tierras ensangrentadas…, todo será despedazado, fundido, aniquilado, para que en la memoria de los hombres no viva el recuerdo de tal horror. Aún no hemos decidido cómo se llamará nuestra orden… Quizá nos denominemos Los Canteros Reparadores… Dentro de unos días comenzaremos nuestra peregrinación con la piqueta al hombro y el espíritu confortado con el designio de expiar nuestros yerros.

CAPÍTULO IV

DONDE SE ASISTE AL MILAGRO DE QUE EL AMOR RAZONE

Las estadísticas acusaron insistentemente un nuevo peligro: la población decrecía con alarmante celeridad. Eran desconsoladores los guarismos demográficos, y no aterraba tanto en ellos el aumento que la miseria provocaba en la mortalidad como la escasez de natalicios, que iban reduciéndose progresivamente hasta no representar más que el diez por ciento de los que podían registrarse antes de la supresión del pecado. El fenómeno era general en el mundo. Algunos periódicos se entretenían en hacer cálculos para fijar la fecha de la probable desaparición del género humano.

Inútilmente se prometían premios a la fecundidad y se garantizaba el trabajo a los hombres que tuviesen más de dos hijos. Nadie atendía a los requerimientos formulados en nombre del bien común y del triste porvenir. Los gobernantes no sabían a qué argucia apelar, y el rey, desesperado por su incapacidad ante aquel nuevo peligro, llegó a ofrecer toda su colección de espuelas para estímulo de la remisa producción de súbditos. Hecho este sacrificio, mostrose Juan IV abatido y taciturno durante algunos días. Pero sus ministros le devolvieron la calma, haciéndole saber que no confiaban en el éxito de la oferta y que podía continuar en posesión de sus enmohecidos trozos de hierro, sin perjuicio de hacer constar su rasgo en la *Gaceta*, para que el pueblo conociese su buena intención.

Entre las medidas con que se quiso atajar el daño figuró la designación de unos comisionados oficiales, a cuyo cargo estaba el convencimiento individual de los posibles padres de familia. Repartíanse la ciudad por distritos para sus gestiones, y visitaban a todos los matrimonios, exponiéndoles la responsabilidad en que incurrían y excitándoles a la procreación con razones de índole moral, social, política y religiosa. En esta labor ocupáronse todos los empleados del Estado y de los municipios. A Florio Oliván le fueron asignadas cuatro largas calles del distrito tercero.

En la primera casa que visitó estaba instalada una barbería. Florio consultó sus notas. Decían: «Manuel de los Manueles, peluquero; tuvo un hijo único hace siete años.» Empujó la puerta vidriera, sobre la que un cartelón anunciaba los servicios de una manicura, y entró. En la pequeña estancia penumbrosa blanqueaban los espejos. Dos sillones extendían sus brazos ociosos. Olía a cuero cabelludo y a alcohol desnaturalizado.

—¿El maestro?… —preguntó Oliván, tratando de escrutar en las sombras.

—¡Pase usted, señor! —exclamó un individuo abandonando el periódico en que leía, cerca del cristal esmerilado de la ventana.

—¿Manuel de los Manueles? —indagó Florio.

—No; el maestro no está; aún tardará unos minutos. Pero es lo mismo; soy su

dependiente.

—Es para un asunto personal.

—Entonces…

Florio volvió a abrir la puerta con mano indecisa. En aquel instante, el fígaro, que le contemplaba con atención, dio un paso hacia él.

—Disculpe… ¿Es usted el señor Oliván?

—Sí.

—¿No me reconoce?

Florio denegó con un gesto, mientras lo examinaba fijamente. Continuó el otro:

—Han pasado muchos años, y… en esta traza, es difícil que usted descubra…

Pero Oliván le interrumpió, súbitamente iluminada su memoria.

—¡Cœdere!

—El mismo —aprobó, sonriendo, el antiguo comandante de Lanceros Exterminadores—. Tengo mucho gusto en saludarle, amigo —agregó, tendiéndole su mano—. ¿Cómo le va?

—Confieso que no esperaba encontrarle a usted dentro de esa blusa blanca —balbució Florio—, aunque es la verdad que todos hemos sido inconcebiblemente desplazados…

—Sí, esa es la verdad. Siéntese usted. A esta hora no suele venir ningún cliente. ¿Y el *foie-gras*?… ¿Aniquilado?… Naturalmente. ¡Señora Micaela, aquí tiene usted al hombre que fabricaba el mejor *foie-gras* del reino!

Una viejecilla enlutada que se fundía con las sombras en un rincón de la estancia, cerca de una mesa de cristal cubierta de útiles de manicura, hizo una leve reverencia y volvió a dormitar.

—¡Pícara vida! —gruñó Cœdere, acomodándose cerca de Florio—. No creo que haya un solo hombre contento sobre la vieja costra del planeta. Y aún hemos de bendecir nuestra suerte los que hemos hallado alguna tabla donde asirnos. Sé de unos mil compañeros cuya salud ganaría mucho si pudiesen mover las quijadas para algo más que para lamentarse.

—¿Y cómo ha elegido usted…?

Cœdere interrumpió:

—¿Elegir? No; yo no he elegido. ¿Qué podía hacer?… Un año después de la disolución de las milicias se había agotado hasta el último céntimo de mi escasísimo patrimonio. Era preciso vivir. Yo sabía montar a caballo, sabía dar una carga, sabía mandar unos escuadrones; pero nada de esto era útil para la nueva vida ni tenía aplicación a ninguna ciencia, a ningún oficio, a cualquiera de las normas del trabajo humano. Me sometí a la casualidad, como tantos otros, como usted mismo quizá. Mi situación era ya insostenible, cuando una mañana, al pasar por esta calle, vi el anuncio de que el señor Manuel necesitaba un ayudante. «Bien —me dije—, así como me afeito a mí mismo, afeitaré a los demás.» Y aquí estoy. Es una especie de ratificación de mi destino, porque, como usted ve, continúo viviendo de las armas.

Señaló con un ademán las navajas que relucían sobre el tablero de mármol.

Florio sonrió.

—Puede decirse —bromeó— que es usted un cesante de la ira.

El excomandante discrepó con un gesto.

—¿De la ira precisamente?… No creo que pueda afirmarse así. Es un juicio equivocado, en el que coincide mucha gente por no conocer la cuestión. Pero mi opinión es más fundamentada… ¿Usted cree que en la guerra hay ira?

—¿Dónde, si no?

—Hay crueldad, violencia, frío del corazón, desprecio hacia la vida; pero… ira…, no; yo no he sentido ira ni la advertí en los demás. La ira me lanzó contra usted cuando le sorprendí aquella noche en mi casa; pero si recibía la orden de proteger a un convoy o de cargar contra el enemigo no era la cólera la que me animaba. No, no soy un monstruo de esa especie. En el primer mes de mi aprendizaje en esta casa he visto correr la sangre por las mejillas de mis clientes bajo el filo de mi navaja… Me causaba disgustos…, créame. Comprenda usted que un ejército al que dominase la cólera estaría irremediablemente a merced de sus adversarios, lucharía como un ciego y se le batiría sin grandes dificultades. Un general colérico tendría que ser relevado como el más grave de los peligros para el éxito de una acción. En las guerras, la ira queda en los hogares y en las poblaciones rugiendo, pero sin morder, fomentada por los gobernantes, por los oradores, por los periódicos…

—Entonces, los que luchan…

—Sirven un pecado de codicia. Las guerras casi nunca fueron otra cosa que auxiliares de la codicia. La primera vez que una tribu se lanzó a combatir contra otra tribu fue para disputar un territorio de caza. Recuerdo haber leído en Max Müller que la palabra *gavishti*, que en los Vedas se emplea en el sentido de «batalla», tiene como significación literal «la lucha por las vacas». Ahora peleábamos por sostener o ampliar los mercados, por incorporar a nuestra economía tierras cuya producción especial nos era precisa. Así ocurrió con los pozos de petróleo. El comercio y la industria eran los que decidían dónde y cuándo habían de tronar los cañones. No era la cólera, Oliván, aunque esto no quiera decir que no la haya sentido yo alguna vez, como aquella noche… Ignoro lo que piensa usted acerca de esto; pero yo creo que la ira había llegado a ser, entre todos los pecados, el menos importante. Estaba… así como degenerado, como atenuado…; podía comparársele a esas enfermedades que, al cabo de muchas generaciones, pierden virulencia y ya no matan, aunque siguen siendo enfermedad. La educación había tenido sobre ese vicio un influjo mayor que sobre ningún otro. Yo no le asesiné a usted en aquel trance por una consideración que, examinada fríamente ahora, parece trivial: porque estaba usted en mi casa. ¿No resulta incongruo el reparo? Para matarle a usted, ¿qué podía importar esto? Así poníamos muchas riendas a nuestra agresividad. Cuando nos batimos ya no le odiaba.

—Yo tampoco a usted.

—¿Cómo está Adriana?

Oliván se encogió de hombros.

—Bien… Siempre en casa…

—¿Qué hace?

—Nada.

—¿Qué piensa?

—Nada. Nunca pensó.

—Es verdad.

A este punto abriose con violencia la puerta de cristales y penetró en el local un hombre como de cuarenta años, recio y alto, de ancha faz bondadosa y alegre. Al ruido, rebulló un poco en su rincón la vieja manicura, y Cœdere se puso en pie.

—He aquí al maestro —dijo—. ¡Maestro, por usted preguntan!

—¡En seguida, señor!… —ofreció el barbero, apresurándose a enfundarse en su blanco blusón.

—No soy un cliente —aclaró Oliván, rehusando ocupar el sillón tras el que aguardaba el peluquero—. Me trae una misión oficial… ¿Es usted casado?

—Sí —corroboró el hombre, sorprendido.

Y escuchó sin pestañear las exhortaciones que, en nombre de la Humanidad, y por encargo del Gobierno, le dirigió Florio, después de regalarle algunos folletos de propaganda que Magnus había redactado y hecho imprimir.

El barbero se rascó la cabeza con el peine que conservaba en la mano.

—Según eso —exclamó—, se me pide que tenga más hijos.

Oliván asintió. El ocioso padre caviló todavía unos minutos.

—No —dijo al fin—, no atenderé ese ruego. Un hijo más sería un trastorno demasiado grave. He llevado una vida muy trabajosa, gano apenas lo suficiente para sostener mi casa en un difícil equilibrio. ¿Qué bienes se deducirían para mí de la presencia de un nuevo hijo? Y aunque prescindiese de egoístas preocupaciones, me resistiría también a engendrar un ser cuya felicidad no puedo dejar asegurada. No tengo el menor deseo de otro hijo, y supongo que el mundo bien podrá arreglárselas sin un barbero más dentro de veinte años.

—Si todos pensáramos como usted…

—Me permito creer que en eso está el mal: en que ahora se piensa en eso, y antes, no. Ahora tiene uno que decirse, al acercarse a una mujer: «Es conveniente tener un hijo; voy a reproducirme, en uso de mis derechos y para satisfacción de mis deberes.» Mientras que antes, tanto se pensaba en el hijo al besar una boca fresca, como en el dolor del hígado al beber un licor. ¿Supone usted que dediqué un solo momento a sospechar la posible aparición de mi Manolito cuando ayudé a mi mujer a quitarse el velo de desposada? Pero mi mujer era entonces la muchacha más hermosa del barrio. Siempre limpia, siempre perfumada, siempre tan vestidita y compuesta… Tenía un modo de mirar que me encendía como en una llama. ¡Oh señor, ninguna mujer regordeta y maciza, entre todas cuantas pudieron existir en el mundo, habrá tenido un marido más enamorado que la mía! Mientras yo trabajaba, al oír sus pasos en esa

habitación de arriba, me imaginaba el ligero temblor de sus duros pechos blanquísimos, y estaba a punto de degollar distraídamente a mis parroquianos… Ahora…, desde hace mucho tiempo…, mi mujer…, ¡oh, nadie la reconocería!…

—Su mujer de usted —chilló la anciana manicura desde su rincón— es como todas las mujeres de hoy. Parece increíble que se haya podido llegar a tal abandono.

—Sí —concedió melancólicamente el barbero—, es como todas.

—¡Como todas! —remachó, aproximándose, la señora Micaela—. ¿Qué se hizo del arte de agradar? Ya no existe. Los vestidos ya no tienen belleza; se les pide únicamente amparo contra el frío y la humedad, pero no que realcen gracias o que las creen. He sido la más famosa modista del reino; mis trajes eran joyas, y como joyas se pagaban, y cada mujer semejaba con ellos una flor de seda. Los hombres sucumbían a la sugestión de los adornos, sin analizarlos ni comprenderlos completamente; no sabían qué era lo que los atraía en la hembra envuelta en pieles y en crespones; encontraban en ellos la misma tentación que hay en abrir las cáscaras de terciopelo de una almendra o en despojar a la rubia naranja de la tierna envoltura que protege el zumo dulce y deseable. Sedas y pieles eran un anticipo de color, como trocitos de la carne oculta, hecho collar para deleite de las imaginaciones. Se creía luchar únicamente por la elegancia, cuando en realidad se luchaba por el amor, por provocar el deseo de los hombres. A nadie envidiaba más profundamente una mujer que a otra mejor vestida. «¡Frivolidad!», se exclamaba. Y no era así; era, por el contrario, el sentimiento más grave y trascendental que pudiera pedírsele, porque en las galas ajenas envidiaba la ajena superioridad para atraer al varón más codiciable. ¿Y ahora?… ¿A quién soy útil? He visto mujeres envueltas en viejos gabanes de sus maridos; el traje usual es como un saco tosco y corcusido. En vano buscaréis también en los tocadores la múltiple panacea, graciosa y frágil, que antes completaba o acrecía los encantos de la mujer. Nadie os negará ya la entrada en lo que fue como un santuario. Los lápices suaves y milagrosos, como dedos de hadas, que enrojecían más los tiernos labios, y los que agrandaban los ojos amables, y los perfumes que daban a cada mujer un olor propio y distinto, como el del clavel es distinto al de la rosa, y las cremas en que bebía la piel claridad y tersura…; nada de eso veréis en sus manos. Este oficio en que ahora me he refugiado, tan ruinoso es como el anterior, y por la misma causa. El ansia de agradar se ha borrado de entre las mujeres; su propia belleza no les importa ya. No me aflige que esté próximo el fin de mis días, porque así me libraré de continuar presenciando el desfile de la fealdad y de la ordinariez que invaden el mundo.

La anciana, dicho esto, volvió dignamente a su rincón, y Florio se apresuró a despedirse para continuar sus gestiones, después de haber expresado a Guido su placer por el encuentro inesperado.

El segundo ciudadano a quien visitó Oliván vivía en una casa donde se advertían restos de un pasado esplendor. Tratábase de un caballero joven aún y de mirada inteligente. Escuchó a Florio con atención, y denegó con cortesía. Las nuevas

exhortaciones del comisionado parecieron despertar en él cierto mal humor.

—No…, no siga, no siga —rogó—; yo tengo mis ideas acerca de lo ridículo, y el Gobierno no puede hacer que las abandone. Disculpe usted mis frases; pero… si yo hubiese de atender al Gobierno…

—El Gobierno habla en nombre de la Humanidad.

—Bien; si hubiese de atender a la Humanidad, tendría que incurrir en un ridículo que…

—¿Ridículo, caballero?

—En el más grotesco de todos los actos. La consideración que le debo a usted me impide hacer ahora el análisis; pero… rememórelo usted mismo. ¿Qué belleza puede encontrarse en él, qué gallardía, qué enaltecimiento? Solo la embriaguez y la epilepsia unidas podrían remedar sus apariencias. ¿Por qué cree usted que, según la antigua observación, todos los animales están tristes después de esta práctica? Porque su razón, ya liberada, les hace saber que fue risible su actitud. No es culpa nuestra, ya lo sé; ha sido un error de la Naturaleza, una falta de consideración para con nosotros; pero ese no es un motivo para someterse.

—Me atrevo a hacerle observar que durante incontables centurias ningún hombre ha tenido más que frases de dulce agradecimiento para lo que usted llama un error.

—No es exactamente así. Algunos se han quejado antes de ahora. Pero, en todo caso, no creo que usted acepte en esta cuestión el voto de los hombres primitivos, que obedecían sencillamente al instinto y tenían sus épocas de celo como los demás animales. En cuanto al hombre civilizado, era un lujurioso empedernido. La lujuria obnubilaba su espíritu y le impedía comprender. Era otra trampa de la que se valió el instinto cuando vio su poder debilitado. A la enorme fuerza natural que nos empujaba hacia la hembra en los húmedos bosques de la niñez de la especie no nos podíamos resistir. A la lascivia que inflamaba toda nuestra sangre desde el enloquecido cerebro, tampoco. Pero a las científicas y humanitarias consideraciones de los gobiernos, sí. Nadie hará un hijo porque lo ordene la *Gaceta*.

Y puso delicadamente en la calle a Florio Oliván.

En casi todas las demás tentativas que realizó el comisionado oficial obtuvo respuestas análogas. Aburrido por el fracaso y por la repetición del empeño, Florio se dirigió a su morada a la hora del anochecer. La habitación donde esperaba Adriana estaba en sombras, y la silueta de la mujer dibujábase en negro sobre el turbio fondo del mirador, con la barbilla apoyada en la mano y atenta al trajín de la calle.

Oliván avanzó sin ser advertido. Sus pies tropezaron en otros pies, y al extender los brazos tuvo entre ellos una cabeza que no hizo el menor movimiento para apartarse.

—Buenas noches, señor —dijo aquella cabeza, hablando junto al estómago de Florio—; aquí estoy esperándole, como la momia al sabio.

—Buenas noches, Massipo —respondió alegremente Oliván, reconociendo a su servidor—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor estaría si no me hubiese metido usted un dedo por un ojo; pero si usted retira este pie que ha puesto sobre los míos, todo lo daré por bueno.

—Perdona, Marco. ¿Por qué no se ha encendido la luz?

—La señora prefirió estar así, aunque ya le he dicho que la oscuridad es mala para el hígado.

—Tengo jaqueca —protestó Adriana desde su asiento.

Oliván iluminó la estancia y se colocó cerca de su antiguo auxiliar.

—¿Qué asunto te ha traído? —preguntó—. ¿Hay alguna novedad entre aquellas viejas paredes?

—Puede decirse que todo sigue igual, señor, porque, si aumentaron mucho las arañas, disminuyeron bastante las moscas. ¿Cuándo irá usted por allí?

—Creo que no iré nunca, Marco; me entristecerá ver aquellas ruinas…

—No es muy divertido, ciertamente.

—Si no me recordasen el esfuerzo de mi padre y mis propios trabajos y tan grande parte de mi existencia, las habría vendido ya.

—En cuanto a eso, puede vivir sin sobresalto; la reliquia está bien segura. Aunque la ofreciese usted por mil coronas, no creo que encontrase comprador. Todos quieren vender; pero no hay quien se decida a adquirir. Por las mejores tierras del valle sería imposible obtener hoy lo que antes se pagaba por una hectárea de monte breñoso.

Marco dio una vuelta al sombrero entre sus dedos nudosos, y agregó:

—He pensado que no es preciso un guardián en la casa. Nada hay allí que valga gran cosa; pero, aunque hubiese, faltarían los ladrones. Alguna vez penetran vagabundos en los corrales para dormir; pero no hacen otro daño que espantar las ratas.

—¿Quieres marcharte?

—Si usted me necesita, no me iré…

—Pero…

—Pero hay excelentes noticias…

Marco miró a Oliván al decir esto, y guiñó uno de sus ojos, resplandecientes de júbilo.

—Van a abrir nuevamente el cementerio de San Mamed —añadió, sonriendo.

—Y en ese caso…

—Sí, han pensado en mí. Parece que mueren más personas que nunca. Hay mucha hambre, y la gente no tiene dónde trabajar. Eso es triste.

—¿Has aceptado ya?

—Estuve allí esta mañana para ver aquello —eludió Massipo—. Ahora nadie tiene pretexto para pedir la clausura de San Mamed. Los alrededores se han despoblado; no quedan más que casuchas ruinosas y vacías. Todos sus moradores eran obreros que han fallecido o emigrado.

—Emigrado, ¿adónde?

—No lo sé. Dicen que todo el mundo está igual. Pero nada obliga tanto a andar

como el hambre.

Sorprendido él mismo de haber dialogado mucho tiempo, Marco se puso repentinamente en pie.

—Hoy dormiré todavía en la fábrica —dijo—; he de volver allá… Pero no me despido de ustedes. Cuando esté en San Mamed podré, si no importuno, visitarles con frecuencia.

—Así lo espero, Marco. Enhorabuena.

—Gracias, señor.

Se dirigió al pasillo y se detuvo para observar:

—La Humanidad es como los vinos, señor: mejora mucho contenida en cajas de madera.

—Quizá.

—Es cuando se la puede tragar sin disgustos. Nada tan agradable como un cementerio.

—Sin duda, Marco.

—Quietud inalterable.

—Así es…

—Grandes enseñanzas… Si usted quisiese…

Dio algunas vueltas a su sombrero y siguió andando. Junto a la puerta comunicó en voz baja a Oliván, mirándole con el ansia de sugerir una idea importante y hermosa:

—Me he enterado de que pronto vacará la plaza de conservador de los panteones históricos en San Mamed…

Oliván sonrió levemente:

—Gracias, Marco: es una buena noticia, amigo mío…

Y le despidió. El antiguo jefe de corrales movió la cabeza como el que había sido testigo de una torpe incomprensión, y comenzó a bajar los peldaños.

Florio regresó a la estancia donde aún continuaba la joven en su entristecida actitud. Sentose él también junto a la ventana, y ambos permanecieron silenciosos, dejando escapar hacia el cielo oscuro sus pensamientos, como un humo invisible. Adriana inclinó la cabeza hasta el alféizar, pálida, cerrados los ojos, buscando un alivio a una fatiga o a un dolor. Florio preguntó entonces, sin abandonar su cómoda actitud en el asiento:

—¿Estás enferma?

—Sí.

Habló sin mirarle, en un desmayo de la voz. Dijo después:

—Pero mi enfermedad no es más que tedio. Hace muchos meses, muchos años, que estoy envenenada de hastío.

Florio advirtió, cruzando indolentemente las piernas:

—El tedio nace en nosotros por nuestra culpa. Es una especie de anemia espiritual, de falta de glóbulos rojos en la imaginación. Cuando no hay ideas o son

muy pobres, se aburre uno. Suele ser un mal congénito. No tiene cura.

—También puede provenir de la constancia de la vulgaridad a nuestro lado.

—También.

—Porque no creo yo —continuó Adriana, irguiéndose— que supongas algo excepcional en ti.

—Una sola condición: mi paciencia.

—Si hay un hombre borroso y gris en el mundo —siguió la joven, como si no hubiese oído la interrupción—, ese eres tú: un alma vulgar en un cuerpo cualquiera. Nunca has hecho ni dicho nada brillante. Ignoro cómo pude quererte alguna vez.

—Fuiste un instrumento de la justicia providencial; era preciso que yo expiase mis culpas.

—Pero debo decirte —clamó Adriana, poniéndose en pie— que mi corazón te ha dejado marchar sin nostalgia y sin pena desde que realmente te conoce.

Refugiose en el interior de la estancia y rompió a llorar con amargura.

—Sé que soy para ti una carga pesada —habló, entrecortándose—; deseas alejarme, romper nuestros lazos, que ya solo mantiene la costumbre… Pues así será. Esta misma noche abandonaré tu casa… Ni sabes darme felicidad ni la encuentras en mí… Hoy mismo…; esta noche… Es preciso acabar… Ha durado ya mucho tiempo nuestro engaño.

Sus propias palabras aumentaban su pena, y los sollozos ahogaron entonces piadosamente su voz. Oliván aún permaneció unos segundos recostado junto a la ventana. Después se alzó y dirigiose con lentitud hacia la joven. En su rostro ya no había el frío desdén de antes, sino dulzura y piedad. Posó su mano acariciante sobre la inclinada cabeza femenina.

—¿Y adónde has de ir tú, mujer, ni qué he de hacer yo sin tu compañía? No sé si es únicamente la costumbre o si todavía es el amor, pero te quiero. Como tú a mí. Lo que ha muerto en nosotros es la magnificencia de la pasión, aquella ansia que nos tenía en éxtasis constante y que nos encendía en inquietudes. No nos deseamos ya, novia mía, y el deseo, al marchar, desembrujó nuestras almas. Ignorábamos cuánto ponía él en la felicidad que solo al cariño atribuíamos, y en qué amable magia nos hacía vivir. No estaba en ti toda tu belleza, sino en el afán con que yo te miraba; no era tu piel tan suave como yo la advertía al acariciarte con mis manos sensibilizadas, y parecía tu aliento aroma incomparable porque se confundía con mi ilusión. ¿Por qué te quise con un amor más dolorido y celoso, pero más fuerte, cuando leí un ardor de lujuria en los ojos de la multitud que te admiraba en la escena, sino porque se avivó el egoísmo y la angustia, el temor del fracaso de mi propio deseo? El cariño es amplio, libre y generoso, como una llanura, y su horizonte lo delimita el cielo; el deseo no concede a sus criaturas más mundo para vivir que el círculo que pueden formar dos brazos. No fue el cariño el que formó el hogar, sino el deseo quien levantó sus muros, quien ideó ese poco de cárcel y ese poco de fortaleza que hay en cada casa, y también el que creó esa concreción admirable de vida que se bastaba a sí

misma, esa síntesis suficiente de todo cuanto puede haber en el universo: un hombre y una mujer. El cariño impulsa, pero el deseo acoge, y su poder es tan grande, que todo lo transfigura en maravilla. Ante los ojos encendidos de la lujuria está siempre, incorregible, deslumbrante, insuperada y conmovedora la perfección.

Aún arguyó, llorosa, la joven:

—Pero tú me tratas a veces con crueldad.

—Y tú a mí con dureza. Nos vemos, al fin, tales como somos, porque ya no nos ofusca el ansia que todo lo embellecía. El hijo de las largas convivencias desapasionadas es el tedio. A veces nos exaspera nuestra misma inútil proximidad, y mutuamente se nos revelan los defectos que antes no percibimos, y sus aristas nos hieren. Recuerdo, Adriana, que en los comienzos de nuestro amor, cuando yo saltaba del lecho por las mañanas reposado y tranquilo, satisfechas mis ansias amorosas y te veía emperezada aún o absorta en los prolijos cuidados del tocador, marchaba a mi trabajo pensando: «Es una muñequita nada más; un delicioso detalle de mi vida.» Cuando el almuerzo volvía a reunimos, cavilaba: «¡Qué bella parece, y qué agradable es contar con su cariño! Si mi labor es la mitad de mi vida, Adriana es la otra más encantadora mitad.» Y por la noche, cuando el afán de ti había crecido: «No podría vivir sin esta mujer; ella es todo para mí en el mundo.» Ahora estamos siempre como en una mañana fría e inacabable.

—Sin embargo, aún somos jóvenes y fuertes…

—Pero la lujuria abandonó a los humanos.

—Nos queremos…

—Pero con el reposo que antes solo tenía la ancianidad. Quizá sea más digno este afecto, aunque… no comprendo bien la razón…, pero ya no es el sabroso y antiguo amor humano.

Volvió a acariciar la pensativa cabeza.

—Falta algo más entre nosotros, Adriana.

—¿Qué falta, Florio?

—Aquel miedo de perderte…, aquella gratitud por tu lealtad… Y, sobre todo, la dulce compasión que en mí despertabas, y el suave placer de sentirme bueno… Venías lastimada por el pecado; ponías la más grande ternura, la más delicada sumisión, en hacer olvidar…, en alejarte de lo que ya había sido… Juntos incubábamos un alma suave, toda mía, blanca y óptima, que iba naciendo en ti. En la blandura de tus palabras, en la caricia de tus ojos, en el temblor del arrepentimiento. El plumón del éder es aún más áspero que un alma arrepentida. Y yo gozaba de la tibieza y de la gratitud de tu espíritu macerado al bañarlo en mi perdón. Hay tan profundo, tan inefable placer en perdonar, Adriana, que no es mucho premio el dolor del pecado. Pero ese deleite se extinguió. Ya no hay pecado. Ya no volveremos a tender los terciopelos de la clemencia sobre las sendas de nuestro corazón para que se acerque a él, con sus pies llagados, el contrito.

CAPÍTULO V

LAS SIETE COLUMNAS

Habían llegado a la ciudad nuevas hordas de miserables. Eran gente sin hogar, hambrienta y sucia, de cabelleras greñosas, de barbas feroces, de piel polvorienta ennegrecida por el sol. Algunos venían desde países remotísimos, y envolvían en harapos fétidos sus pies llagados por las caminatas sobre los pedregales y entre la maleza cruel de los bosques. Instalábanse en las iglesias, en los edificios abandonados que amenazaban ruina; hormigueaban en las calles, tendíanse a reposar sobre el empedrado de las grandes plazas, y entonces su agrio hedor infectaba el aire. Perdida la esperanza de encontrar alimento, muchos abandonaban la población para seguir su ruta sin oriente y sin término. La opaca desesperación que les había traído les llevaba. Y otros ocupaban sus puestos.

Con los años, todos los males iniciados al desaparecer la tentación, acrecentáronse. La propiedad casi no existía. Primeramente sufrió una gran desvalorización; después se resquebrajó y acabó por hundirse al faltarle los puntales de la fuerza que la sostenía. Se desconocía la autoridad porque no se apoyaba en la violencia, y los hombres eran en el vasto mundo como pobres animales amedrentados.

Con la fuerza de un contagio espiritual, un enfermizo misticismo se extendía por la Humanidad. Entre todas las supersticiones, la más arraigada era la de que estaba próximo el fin del planeta. En aquellos cerebros debilitados por el hambre, cualquier accidente, cualquier indicio —el resplandor remoto de un incendio, un temblor de tierra, el color de la luna, y aun causas más triviales—, despertaban el terror; y el terror prendía de un corazón en otro y las turbas huían sin saber de qué ni adónde, en ráfagas de pánico, arrollando a los que se prosternaban para orar o en desmayo de fatalismo.

Una mañana en que Florio volvía de velar a Truffe, enfermo desde hacía algún tiempo, vio embocar la amplia calle un tropel enloquecido por uno de estos frecuentes sobresaltos. El derrumbamiento de un edificio ruinoso había provocado esta vez la sospecha de que el cataclismo universal era inminente. Para librarse del ciego empuje de los fugitivos, Oliván transpuso presurosamente el umbral de una humilde casa, y se refugió en el interior. Esperó, tranquilo, a que el ruido de la muchedumbre cesara. Como su mirar se dirigiese al fondo de la pobre estancia, vio a un anciano esquelético que, a su vez, le contemplaba con dulzura desde el tosco banco en que recogía su cuerpo.

—¡Alabado sea el santo nombre de Dios! —dijo el anciano, como saludo, sonriendo suavemente a Florio—. Abre otra vez la puerta, hermano; la casa donde vivo no se cierra jamás.

Florio avanzó.

—Tú eres Acracio, el anacoreta —recordó, mirando al viejo.

Y el viejo contestó con voz amable:

—Ese soy.

Desde que el pecado no existía había vuelto a vivir con los hombres; pero muy pocas veces abandonaba aquella casucha en que se albergaba desde que llegó a la ciudad.

Oliván sentose frente al pío varón, en el silencio caviloso, mirando la apisonada tierra del suelo. El atropellado tumulto se alejaba. El antiguo ermitaño había vuelto a abstraerse en la oración.

—Tú has destruido la felicidad de los hombres —dijo Oliván.

Hablaba sin alzar la cabeza, sin rencor en su voz; con el tono empañado por una vieja resignación, con que se puede comentar lo irremediable. El asceta fijó en él sus ojos ingenuos. Afirmó blandamente:

—Yo he apartado a los hombres del mal.

—No sé si aquello era el mal; pero sí que hoy viven en el infortunio.

El viejo irguió su cabeza apostólica.

—Aquello era el mal, y todas las criaturas alentaban en su condenable esclavitud. El mundo estaba regido por los siete pecados capitales. Pocas eran las almas que estuviesen limpias de la lepra infernal.

Florio no contestó. En la calle había vuelto a renacer la quietud. Al cabo de algún tiempo objetó Oliván, tristemente, como hablando consigo mismo:

—Sí, la lepra infernal había invadido todas las almas, y, sin embargo, era más amable la vida. Al desaparecer la soberbia se detuvo el motor de muchas buenas acciones. La caridad, la filantropía, eran frecuentemente frutos de ese pecado. Por alcanzar distinción, por anteponer una partícula al apellido, por lograr la efímera recordación de un mármol, millones y millones de hombres practicaban el bien y acometían empresas provechosas. Los nobles que se alababan de su linaje, los sabios que se complacían en el relato de los prodigios de su saber, los artistas a los que exaltaba el orgullo de sus obras…, todos eran soberbios, y la soberbia les movía. Sobre la soberbia descansaba una gran parte de la organización humana. ¿Y quién era el orgulloso, al fin?… La verdad es que vivía pendiente de todos, sufriendo incesantes angustias, más atento a los sobresaltos de su vanidad que el avaro a las pisadas de los ladrones. He conocido un hombre soberbio que fundó escuelas y asilos y protegió a las ciencias. Su egolatría no le permitió enamorarse nunca. Hasta que una muchacha pobre e ignorante le desdeñó. Por el afán de vencer aquella voluntad que se obstinaba en desconocerle, el soberbio padeció un hondo martirio. ¿Recuerdas el caso de Amán, que narra la Biblia? Amán, rico, prolífero, primate entre los príncipes, primer ministro de Asuero, se encuentra infeliz y le parece despreciable todo lo logrado cuando, al pasar él con su brillante cortejo, un Mardoqueo desvalido no se quiere levantar para reverenciarle. Así eran todos. Pero en su cerebro y en sus

manos ¡cuánta fuerza había para empujar a los hombres!

—Al fin, no somos nada; morimos, y las grandezas se disipan —comentó Acracio —. No obstante, muchos sabios han consumido su existencia en favorecer a la Humanidad sin que les moviese el amor a la alabanza.

—A veces no era, en efecto, el amor a la alabanza. ¿Has oído hablar de Sike y de Noke? Su vida fue un constante sacrificio. Parecían rehuir la notoriedad y la riqueza; arrinconaban con un ademán distraído toda esa bisutería de la vanidad para la que otros hacen escaparate de su pecho. Se les citaba como ejemplos de desinteresado amor a la ciencia. Pero el diablillo que les aconsejaba en el fondo de sus corazones se llamaba la envidia. Cada triunfo de Sike era un gran pesar para Noke. Cada éxito de Noke lanzaba a Sike con acrecentado ardor en nuevas investigaciones y estudios. La soberbia, esa «curiosidad de lo malo y de lo inútil», como la llamó San Bernardo, ese afán de ser un dios, impulsó al hombre por el camino del conocimiento; pero habría desmayado muchas veces si la envidia no le prestase vigor. Había una envidia baja, de mezquindad inimportante, que promovía pequeñas tragedias individuales, y que era para nosotros el pecado por antonomasia; pero existía otra envidia a la que considerábamos con respeto, que se disimulaba bajo el nombre de estímulo, de emulación, y que fomentábamos como algo verdaderamente útil. Y lo era. La envidia corregía la pereza, acicateaba la voluntad, ora un móvil en quien la experimentaba y un freno en quien la temía. La envidia conservaba despierta, siempre alerta, una facultad crítica indispensable. Puede decirse que en sus manos estaban las riendas de los ambiciosos.

—La envidia era la compañera del odio y de la ira.

—¿Sabes lo que debíamos a la ira, Acracio? Toda nuestra organización social. La violencia señaló los límites entre los pueblos; la violencia tuvo que mostrarse al lado de las leyes más justas para que fuesen acatadas; la violencia hizo nacer la propiedad, veló por ella, disciplinó al hombre, hizo posible el orden en los grandes rebaños humanos, apoyó algunas veces a la razón y la sustituyó otras muchas; fue el más importante factor de la desigualdad entre los mortales, y sin ella no existirían las jerarquías, tal y como nos escalonaban. En los bosques, el mono más fuerte es el jefe de la banda. Así, entre nosotros, mandaba el que se hacía temer. No es arriesgado suponer que nuestra sociedad era hija del padre Ira y de la madre Miedo, sentimientos que se machihembraban para originarlo todo, y por los cuales todo alcanza explicación. Hasta para someternos a Dios tenemos que hablar de su ira, y no concebimos leyes sin sanciones. El castigo y el temor al castigo son ideas espontáneas en nuestra conciencia, y la imagen simbólica de la Justicia tiene también en sus manos un instrumento de muerte. Solo el temor hizo del hombre un animal domesticable. Después de habituarlo a esta condición, siguió ascendiendo entre el miedo y la ira, como esos presidiarios que preparan su fuga tratando de apoyarse con rodillas y codos en el ángulo de dos muros, para trepar. El miedo a los de arriba conserva a los de abajo en sumisión, contenidos su malestar y sus inquietudes; el

miedo a los de abajo obliga a los de arriba a hacer concesiones, triunfando sobre el egoísmo de su ventura. Por eso ahora no hay jefes, ni autoridad, ni respeto a las leyes, y el mundo es como el estadio donde muchedumbres desorientadas rumian su desconcierto y su desolación. Falta la dura mano colérica, sirviendo a una voluntad. No se teme, y no se obedece.

—Pero el terrible delito de Caín no se repite entre los hombres.

—Es verdad. ¿Intento negar el bien producido? Me limito a acumular junto al montón de beneficios los escombros de todo lo que se desmoronó inevitablemente en nuestro daño. También cesaron los efectos de la codicia. ¿Y qué sucedió? Fue como una parálisis del cuerpo social. Ningún cerebro humano puede abarcar todas las manifestaciones de ese vicio. Tan repartidas estaban sus raíces por la vida moderna, que no se le podía arrancar sin que tras él saliese, en bloque, compacto, el progreso, la civilización entera. Si la soberbia es el origen de todo pecado, la codicia es el más extendido, el más poderoso, el más dinámico. Aún puede haber quien se doblegue a la razón y al afecto, y no a la ira; pero no encontrarás un solo comerciante, un solo industrial, que proceda por un romántico desinterés. El afán de riquezas hizo de los hombres Atlantes. Cualquier presa, por difícil que fuese, hallaba héroes apercibidos a acometerla, si al final entreveían un tesoro. No hubo ninguna necesidad, ningún placer, hasta ningún sentimiento humano, que no explotase la codicia. Solo le importaba el oro, pero le era preciso, para llegar a él, pasar por pruebas difíciles, como ocurre en los cuentos de hadas a los caballeros que aspiran a la mano de una princesa. No era una generosa solidaridad la que ponía sobre el mar los grandes transatlánticos, la que ceñía a la tierra el vendaje de las vías férreas, la que trabajaba telas preciosas y aumentaba incesantemente la facilidad y los encantos de la vida. Era el ansia de oro. Y habíamos llegado a tal punto, que ya no era el oro quien buscaba al placer, sino que se ideaban placeres para atraer el oro. Mira a tu alrededor, piensa en todo lo que hayas visto sobre la tierra, y dime si hay algo libre del sello de la codicia. Pero así tenía que ser; era otro estímulo, el más amplio y potente. Cesó y todo lo que él sostenía se vino al suelo.

—Las riquezas son una ilusión engañosa.

—Ciertamente; pero la sed que dan obró milagros reales.

—El rico amaba la pereza y la gula.

—Y muchísimos que no tenían un céntimo. Créeme. Me gustaría que conocieses la teoría de cierto ingeniero amigo mío a propósito de la pereza. Sostiene que es la que hacía trabajar a los hombres. Aparentemente, esa afirmación y los argumentos en que la apoya, tienen todas las trazas de un juego de ingenio. Sin embargo, la verdad es que no se podía alcanzar el placer de la pereza sin haber laborado antes copiosa y duramente. En cuanto a la gula, me inclino a creer, con Alberto Truffe, que fue incluida entre los pecados capitales por razones de economía que ya no son oportunas. Quizá también por motivos de santidad. Pero la gula aguzó nuestro entendimiento para mejorar las especies, para cultivar la tierra… La industria y el

comercio que sostenía la gula representaban más de la mitad del comercio y de la industria del mundo. Y… (¿por qué no decirlo también?) alegraba inocentemente la vida.

—Esa es una teoría abominable. La gula bestializa. Es una de las dos cabezas del pecado. Las *Morales*, de San Gregorio, dicen acerca de este asunto algo más autorizado y profundo que cuanto pueda ocurrírsele a ese Truffe del que me hablas. ¿Es un filósofo?

—Era más que un filósofo. Era el primer estómago del reino. Él se llamaba un «glotón consciente». Creía que la hermandad humana se conseguiría engordándonos. Aseguraba que más allá de los cien kilos no hay maldad, como no existen ciertos elementos patógenos más allá de los mil metros de altura o de los cien grados de calor.

—¡Insensato!

Hubo un breve silencio en la estancia. Oliván siguió, más sombrío:

—Ignoro si la Humanidad puede sobrevivir a ese trastorno; pero aunque venciese tantas dificultades, aunque sustituyese tales estímulos, ¿cómo eludir el conflicto que ha planteado la abolición de la lujuria? Se despuebla el mundo, las bajas que producen el hambre y las enfermedades no son cubiertas…

—Siempre habrá quien ceda al puro placer de criar hijos para contemplarse en ello.

—Son muy pocos los tales. Pero, admitiendo que sucediese así en todos los casos y atajásemos la terrible amenaza, ¿sabes cuántos gravísimos males sufriríamos aún? La aminoración del deseo, la conversión de las pasiones en sentimientos tranquilos, de apacible curso, no solo restó a la vida un fuerte encanto, sino que produjo el aniquilamiento de las más poderosas energías humanas. La mujer no se hermosea, no se adorna. Ya no trabajan para procurar incitaciones a sus encantos las muchedumbres que, desde el cazador de pieles y plumas al modisto, desde el cultivador de gusanos de seda al joyero, se consagraban a servir su afán insaciable de realzarse, de embellecerse, de lucir…

—El único mal que aprecio es que ha desaparecido el pudor.

—Nada tiene que ver el pudor con los adornos. El pudor es un convencionalismo. No existe ahora, tal como antes se entendía; pero es, en realidad, más fuerte, puesto que los ataques contra él han desaparecido. Los trajes, las galas todas de la mujer, no nacieron por exigencias del recato, sino para atraer al varón, para estimular su deseo, para hacerla más codiciable. Entre nosotros eran como entre las aves el plumaje coloreado: un incentivo sexual. Sin embargo, no es esto lo más importante; de propósito he comenzado por lo que menos trascendencia ofrece. Hay otras derivaciones gravísimas. La atracción de los sexos era el resorte primordial de nuestras acciones. Aun inconscientemente, muchas veces, obedecíamos a su influjo. Todo estaba referido a la mujer: por ella arriesgábamos nuestra vida, y consumíamos años y años en el estudio, y perseguíamos el triunfo dondequiera que fuese y al precio

más caro. Creíamos proceder por otros móviles; pero, en el fondo, no había más que eso: la mujer, la mujer quizá desconocida aún, pero que avanzaría hacia nosotros con los brazos abiertos, como vivo y delicioso premio a nuestra victoria. La gloria no era nada si no podíamos ofrecérsela a una mujer; las riquezas nos procuraban una llave de oro para entrar en sus corazones… A veces suponíamos que tan solo nos era grato elevarnos entre los demás hombres, y su consideración y su respeto lo único que nos interesaba. Pero no nos dábamos cuenta o no queríamos confesarnos que ese tributo de nuestros congéneres, esa inferioridad en que su admiración los colocaba con relación a nosotros, era un medio de hacer evidente la propia valía ante la mujer; como si dijésemos: «Ya ves: mis rivales, los que también podrían aspirar a ti, reconocen que soy superior.» Si se me objetase que hubo sabios misóginos, yo contestaría que el odio es una preocupación tan fuerte como el amor y está con él en una relación de valores exactamente igual a la de los ángulos opuestos por el vértice. El amor era la obsesión humana. El arte casi no vivía en otro sentimiento, y la epopeya en que se nutría estaba formada por la lucha de sexos. ¿Qué caracterizaba la tristeza y hasta el horror, la compasión y el desdén que la vejez inspiraba sino su incapacidad para el amor? Porque no era sino esto. La vejez es más sabia, más prudente, capaz de una comprensión mayor y de más refinado paladeo de cualquier deleite; la muerte puede estar más próxima a un niño que a un anciano. Pero a la senectud le está vedado el amor carnal. Esa es su aterradora inferioridad, la única firma que lleva su orden de destierro. Extinguido el ardor de la lujuria, su imperioso espoleo, hay en nuestras almas una infinita laxitud. Antes, todos teníamos el corcel enjaezado para marchar en busca del pájaro que canta, del árbol que habla y de la fuente de las aguas de oro, con que pagar la posesión de un bello cuerpo femenino. Ahora… ¿qué más da?

—Tu error es penoso. Confundes en un mismo concepto el vicio y la virtud. Supones que en todo amor hay lujuria. Tus juicios son triviales. La lujuria es el uso ilícito, el apetito desordenado del placer.

—Lo sé. ¿Y quién no incurre en ese vicio? Hasta aquel que se tenga por más moral pecará de excesivo. Quisiera saber qué es eso que llamáis el uso lícito y el apetito ordenado. Probablemente solo cumplió el hombre esa norma virtuosa cuando obedecía ciegamente las instigaciones del celo, como cualquier otro animal. No es en los tratadistas de moral donde podrás encontrar las opiniones más luminosas y exactas acerca de este asunto, sino en los médicos. Ellos te dirán si conocen algún hombre, alguna mujer perfectamente normal en sus amores. El abrazo, el simple abrazo, ese acto confesable, nada protervo, que aprieta contra nuestro pecho a la amada, es nada menos que una diminuta, pero apreciable revelación de sadismo. ¿No es morboso el fetichismo? Pues fetichista es el que guarda la flor que antes dio y recibió aroma en el seno de la ansiada. Ya ves: un acto inocente, lírico, emparentado con los de aquel monstruoso saboreador de zapatos que ha descrito Octavio Mirbeau.

El asceta caviló sobre los horrores oídos. Dijo, al fin:

—No todos los hombres son tan malos como los pintas; no todos proceden así, siempre a impulsos del mal.

—Un mal que parecía bien, que era imposible discernir muchas veces; un mal del que no veíamos ya más que la flor y el fruto, y no las raíces. Pero a los puros, a los buenos, también les ha sido arrebatado el más grande placer.

—¿Cuál?

—El de la compasión, el de la piedad hacia el malo; el de acoger al pecador y cuidarle amorosamente, como a un enfermo, y devolverle su alma limpia y fuerte; el de prestarle el calor del corazón y la caricia del espíritu humano.

Pasó otro silencio entre los dos hombres.

—Los siete pecados capitales —añadió Oliván— eran las siete columnas que sostenían el edificio social, la civilización, el progreso; nuestras convenciones, nuestras leyes, nuestro trabajo, nuestro bienestar, hasta nuestros afectos, descansaban su milenaria y enorme mole sobre ellas. Cayeron los siete recios pilares, y todo cayó. La Humanidad se debate ahora entre ruinas.

Acracio elevó la frente, surcada por enérgicas arrugas. Sus blancos cabellos, en el contraluz, fingían una mística aureola.

—Vives tu mezquino momento, hermano —protestó—, y piensas con arreglo a lo que sucede en este inapreciable y fugitivo instante de la eternidad. Aunque sea exacto lo que dices, no es verdad que el hombre no pueda vivir sino en el mal y por el mal. Serán esta Humanidad y esta civilización las que en el mal se fundamenten. Quizá se hayan nutrido de él todos los hombres y todas las civilizaciones que hasta hoy pudieron contarse sobre la tierra, con la crueldad por todo freno, con la codicia por guía, con la soberbia por consejera, con la envidia por acicate, mancillando el amor, adulando al fuerte, glorificando a Caín, humillándose a Creso… Pero es joven aún la Humanidad; su infancia no ha terminado todavía. En el misterio profundo de los siglos que han de venir esperan acaso hombres mejores que sabrán extraer del bien toda su felicidad y su progreso. Debe existir esa civilización venturosa, aún muy lejana, junto a la cual será estremecedora barbarie la que hoy ha fracasado. Y si no existiese nunca, si siempre hubiésemos de ser así, aún habría que continuar esperando su advenimiento como el único medio de alejar la desesperación de los que comprenden y sufren la maldad y el error, la injusticia y las concupiscencias humanas. Confía en esa era, y que su esperanza te alegre con la pura alegría sin egoísmo de lo que no hemos de gozar. Hay algo que anuncia la realidad de esa dicha remota: nuestro deseo de que sobrevenga. Todo lo que les ha sucedido a los hombres fue antes un deseo de los hombres.

* * *

Difundieron la idea unos peregrinos llegados de países distantes. En sus ropas

destrozadas y en la demacración de sus rostros leíanse claramente las huellas de una larga caminata y de una fatiga mortal; pero sus ojos lucían iluminados por una ansia fortalecedora. En las manos, encallecidas por el báculo, llevaban ahora ramas de acebo, y en las punzantes hojas de oscuro verdor se enredaban a veces sus ásperas cabelleras, donde blanqueaba el polvo de los yermos. Eran seis hombres altos, huesudos, de tostada piel. Tenían algo de iluminados o de locos en la rigidez de sus actitudes y en el extraño ardor con que entonaban un himno imprecante y exaltado, en cuyo afán se hinchaban sus pechos desnudos y agitábanse las barbas revueltas y oscuras, como las zarzas después de incendiado el monte en que crecieron.

Una multitud innumerable seguía sus pasos decididos: hombres y mujeres de todas las cataduras y de todas las razas, enfermos de todas las desventuras y tristes de todas las nostalgias, que se habían sumado a la comitiva aquí y allí, en tierras lejanas o próximas, arrebatadas sus voluntades por el imán de una esperanza nueva. Negreaba hacia oriente la llanura bajo el gentío, y el polvo que su andar levantaba hacía turbio el aire encalmado de abril.

Penetraron en la ciudad, la invadieron y la cercaron, desbordándose de ella como el agua de una inundación. Se supo entonces que iban en peregrinación hasta la Peña Negra, al lugar donde el Rebelde se había mostrado, para pedirle que todo fuese restituido de su anterior manera, que la guarida donde dormitaban ociosos los siete pecados mortales se abriese para lanzar otra vez sobre el mundo todos los monstruos de la tentación.

Fue un júbilo tembloroso de impaciencia, un confiado anhelo, una estremecida sospecha de redención, lo que impulsó a los miserables de la ciudad entre el gregario hervor de los miserables advenidos. Fundiéronse con ellos, barridos por su misma ansia, vibrando más fuertemente en ella, porque era más joven su ilusión; abandonaban sus yacijas, brotaban de entre las ruinas que les servían de albergue, incorporábanse al torrente de peregrinos allí donde los encontraban y conocían su intención. Durante muchas horas las falanges de desharrapados discurrieron por las calles, sin que la curiosidad o el desánimo los apartase de su ruta, tenaces, densos, incontenibles, como las columnas de hormigas que emigran en los bosques ecuatoriales. Repetían el himno con fervor alentado por la proximidad del fin del penoso viaje; fervor sombrío, como el que puede asistir a los agonizantes reunidos por la fe ante un santuario milagroso.

En el mismo afán y en el mismo dolor, en igual añoranza de los pasados tiempos, el sabio y el soldado, el tendero y el industrial, el artista y el burócrata, el noble y el plebeyo, todos los hombres mezclábanse y se sumaban a la riada de desesperaciones. Pasaron durante horas y horas: mujeres semidesnudas, con los fláccidos pechos al aire; ancianos que se defendían temerosamente del empuje arrollador de los que les seguían; mozalbetes de pupilas brillantes, que enarbolaban como bandera el acebo dedicado a Satán… Llenaron todas las calles: rumor de pisadas, el jadeo de un enorme pecho fatigado; de pronto, el himno monótono y extraño…; y otra vez el

rumor del gentío, de su roce con el suelo y con las paredes de las casas que comprimían la masa viva y desflecaban en cintas lo que era en el ancho campo tapiz. Y otra vez el jadear inmenso del pulmón cansado: ¡ah…, ah…! Cientos y cientos y miles de personas…: ¡ah…, ah…! Ahora se oía preguntar ahogadamente a un peregrino:

—¿Dónde está la Peña Negra?

Y la voz de un vecino de la ciudad invadida, que contestaba, animosa, fresca, entusiástica:

—¡Cerca, cerca ya!… Una jornada.

La oscura mancha hormigueante rebasó las últimas calles. Entonces, como jalonando el camino, quedaron en las vías silenciosas, tendidos sobre el roto asfalto o apoyados, como en una almohada, en los umbrales de piedra, cuerpos de caminantes desfallecidos, incapaces de un esfuerzo más. Eran quince o veinte. Junto a un charco, donde se hundía su mano derecha, una mujer estaba caída, inmóvil, con los ojos abiertos y vidriados, exánime; la vieja falda rebatida dejaba ver las piernas desnudas, hinchadas, cárdenas… No lejos de ella, un hombre pálido, de ojos desencajados, de boca como endurecida y recortada por su propia respiración sibilante, consiguió erguirse, apoyándose en un muro, y dio algunos pasos de ebrio. Volvió a caer; tornó a arañar la pared con sus manos de esqueleto, y siguió su marcha.

—¡El pecado! —imploraba, en un último delirio—. ¡El pecado!

Sus pies, que rastreaban, tropezaron en una guija. Precipitose, trompicando, definitivamente vencido, y batió el suelo con su faz. Quedó doblado sobre sí mismo. Rebulló levemente. Luego pareció desmayado o muerto. Entre su cara y el asfalto creció, poquito a poquito, en forma de 8, una mancha de sangre.

Hasta la ciudad llegó entonces el rumor de un lejanísimo clamoreo. Era como un ronquido remoto de un mar agitado. La vanguardia de la muchedumbre había divisado ya en el horizonte, vaga y azul, la silueta de la montaña histórica. Un grito de angustia y de esperanza brotó de las turbas:

—¡Satanás! ¡Satanás!… ¡Vuélvenos al pecado!… ¡Satanás!…

Los últimos grupos pasaban entonces ante la vivienda de Acracio. Erguido en el umbral, el santo varón presenciaba el inacabable desfile de las criaturas infortunadas, y la piedad y la tristeza anegaban su dulce corazón.

De pronto, con una decisión conmovida, incorporose a los rezagados y salió con ellos de la ciudad.